

Reverberaciones decisionistas en Melville

«El miedo es la posibilidad de la libertad»
(Schmitt)

La lectura que Schmitt hace de Melville se inscribe en la trama de las meditaciones que el pensador de lo político dedica –fundamentalmente a partir de la década de 1940– a la cuestión del *orden espacial planetario*, tal como éste resulta luego de esa cuadriseccular expansión europea por mares y tierras lejanas, con la que comenzó la modernidad. Sus reflexiones, profundas y significativas, están motivadas por la necesidad de comprender el sentido histórico de la guerra y, más en general, del proceso de *totalización*, plenamente en curso durante el siglo XX.¹ Es decir, el problema del ordenamiento político de la Tierra a partir del ejercicio ilimitado de la actividad identificatoria de la subjetividad moderna, mediante la conformación del *yo* como fuerza apropiativa ilimitada, que reduce toda alteridad (los otros sujetos y la naturaleza) a mera proyección del sí-mismo; una actividad cuya resultado es la progresiva aniquilación tanto teórica como concreta de cualquier resistencia a la irrefrenable y globalizante hegemonía del así llamado *racionalismo*.

En el marco cultural de la infinitización del espacio cósmico producida por la razón moderna, esta dinámica expansivo-posesiva estructura la espacialidad que le es más propia en virtud de su inmediatez misma: la superficie de la Tierra toda.

1. Pero no es un interés novedoso, ni menos motivado exclusivamente por la guerra en curso, sino que se liga, cronológica y argumentativamente, con toda la producción schmittiana. Nos limitaremos aquí a dos de sus obras fundamentales: *Land und Meer. Eine weltgeschichtliche Betrachtung*, Leipzig, Reclam, 1942 (citaremos la segunda edición de 1954, tal como la reproduce la Edition Maschke «Hohenheim», Hohenheim V., Köln/Lövenich, 1981, que indicaremos: *LUM*); y *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum*, Köln, Greven V., 1950 (lo indicaremos como *NdE*).

Schmitt entiende que, durante la modernidad clásica, este proceso es el de una dialéctica global entre el *adentro* y el *afuera*, lo *interno* y lo *externo*, o sea el de la polaridad complementaria entre un ámbito ordenado jurídicamente, un *interior pacificado* en términos de soberanía estatal, y un *exterior libre*, donde no rige la normatividad imperante en su polo antitético. Sólo que este dinamismo también conduce, en su segunda fase, a la disolución de esta misma tensión y a la consecuente justificación doctrinaria –junto a la violenta imposición concreta– de un orden total planetario, que Schmitt ve impulsado tanto por el liberalismo, como por los totalitarismos, a partir de la común raíz universalista e inmanentista. Una evolución que –acotemos desde nuestra perspectiva– será finalmente legitimada con la reformulación neoliberal de la racionalidad sistémica del capitalismo. La historia de este proceso resulta ser, entonces, la del ideograma fundacional de la modernidad: la *libertad de la conciencia* como verdad absoluta de un *yo* elevado a demiurgo del mundo. Una historia cuyo eje es la secuencia de oportunas mutaciones filosófico-doxológicas que va sufriendo su mentor/actor constante: el *sujeto* de cartesiana memoria y eclosión posmoderna.²

Para Schmitt, dos obras clave del *corpus* melvilleano son la expresión literaria más acabada de ese movimiento de *universalización*, que se acelera con la primera revolución espacial de carácter *total*. El Melville schmittiano es el aedo de la conquista burguesa de los océanos, en su fase heroica; pero también el forjador del *último mito moderno*, al simbolizar estéticamente la doble faz de una crisis irreversible: la del soberano-representante en la decadencia de la estatalidad, y la de la élite intelectual en la era del totalitarismo y de las masas. De esta manera, el jurista alemán encuentra en la saga ballenera del *Pequod* y las desventuras del *Santo Domingo* el espejo literario de sus reflexiones históricas; y en Benito Cereno la figura literaria con la cual identificarse para intentar no una autojustificación con vistas a la absolución, como suele imputársele de modo superficial, sino cierta proyección mítico-epocal, en la cual encontrar una suerte de compensación y reconocimiento, de los que Schmitt –en el momento más dramático de su vida– se siente merecedor por haber pensado lo político bajo el nihilismo, con radical lucidez.

Al igual que en todas las ocasiones históricas y escriturales en las que ejercita su capacidad hermenéutica y propositiva, también en esta dimensión estético-política Schmitt reflexiona *desde* y *sobre* la situación concreta en que se halla in-

2. Un filosofema –éste de la subjetividad– del que no logran liberarse, pese a los afanes por desmascararlo y fragmentarlo, las impugnaciones deconstruccionistas y/o posmo-populistas, vigorosamente capacitadas para la innovación lexical y el radicalismo teórico, pero irresponsables frente a las exigencias de *lo político* en las situaciones críticas.

merso, ofreciendo así una cifra de sus conductas y escritos. Bajo esta luz, presentaremos inicialmente algunas ideas de la visión schmittiana en torno de la revolución espacial moderna como transición desde una metafísica de la finitud hacia otra de la infinitud, o, en términos existenciales, desde una forma de vida asentada en la estabilidad de lo telúrico a la fluidez e inestabilidad de relaciones sociales y visiones del mundo modeladas sobre la movilidad de lo acuoso. Luego expondremos las sugestivas opiniones schmittianas sobre *Benito Cereno*; y, finalmente, leyendo a Melville desde el decisionismo, destacaremos algunos de los motivos teológico-políticos presentes en este hito de la literatura universal.

1. «*No hay como los peligros de la pesca de la ballena para engendrar esta especie, libre y tranquila, de filosofía genial del desesperado*» (Melville)

Cuando Schmitt tematiza el significado epocal de la noción de espacio distintiva de la modernidad, posclásica y desteologizada, y con ella la función metafísica que cumple como condición de posibilidad geopolítica del dinamismo inherente al sujeto moderno (la incontrolable fuerza expansiva, la *vis* posesiva ilimitada, los afanes prometeicos del *ego* y sus sucesores), el *Jurist* no hace sino profundizar su comprensión de lo político en la dimensión que complementa las ideas expuestas en los escritos de la década de 1920 y comienzos de la de 1930, desarrollando –con estilo cautivante– la lógica de la dinámica *externa* del Estado, y, con ella, el sentido histórico universal del proceso que conoce la génesis, el auge y la decadencia del orden *interestatal* en Occidente. Schmitt lleva ahora a primer plano el concepto de *nomos*, del que podría decirse que descienden, en ilación lógica e histórica, las otras categorías con que nuestro autor expone y dilucida los rasgos epocales de la estatalidad.

Al priorizar el gesto ordenador del espacio como acción fundadora de orden político-jurídico, y, mas particularmente, al destacar las marcas específicas que la conciencia moderna imprime a tal decisión nomotética, Schmitt resemantiza una *metafísica de los elementos* (tierra, mar, fuego y aire), con la cual vigoriza su polémica con el universalismo y su denuncia de la *contraparte inevitable* del culto racionalista de las abstracciones laicas: la violencia indiscriminada y la criminalización del adversario que acompañan la neutralización de la soberanía estatal en nombre de los principios *universales* de la moral y la economía.

En este momento de su desarrollo intelectual, Schmitt se remonta genealógicamente hacia los veneros de la regimentación totalizante que las lógicas inmanentistas imponen a la convivencia contemporánea; es decir, recorre el proceso disolutivo (en clave *liberal utilitaria* durante la modernidad clásica, *totalitaria*

cuando Schmitt medita y escribe, *neoliberal globalizante* en la actualidad) de las delimitaciones y distinciones que la misma subjetividad moderna había trazado como espacios plurales para sus conductas: lo personal e íntimo, lo público-social en el sentido economicista de «privado» (el momento del mercado y de la *Öffentlichkeit*), lo público-estatal o espacio soberano en sentido estricto. Schmitt encuentra esas fuentes en el exordio mismo de ese despliegue energético de los modernos como reordenación revolucionaria del espacio. El nuevo imaginario espacial, postclásico y desteologizado, encuentra su legitimidad religiosa, filosófica y científica en el ideologema de la *libre conciencia* y en la teorización de la infinitud cósmica; tiene su correlato existencial en la experiencia concreta de la globalidad de nuestro planeta, tal como se vivencia con las navegaciones y descubrimientos transoceánicos y se plasma en las nuevas mediciones cartográficas; produce un efecto relativizante a partir del conocimiento de la variedad de usos y costumbres humanas; y, sobre todo, alcanza su correlato disciplinario en la variada (y tensionada) normativización de las conductas en términos intra- e interestatales: *leges naturales, civiles, iuris gentium*.

La premisa de las meditaciones schmittianas es la convicción de que a los humanos les corresponde una identidad espacial, que se les impone como una suerte de destino inevitable, pero –de manera paradójica– para incitarlos a construir libremente su forma de vida: «Si el hombre no fuera más que un ser viviente completamente determinado por su entorno, sería en cada caso un animal terrestre o un pez o un pájaro o una mezcla fantástica de estas determinaciones elementales. [...] La existencia y el destino del ser humano estarían completamente determinados por la naturaleza, como los de un animal o una planta. [...] No habría historia humana como acción y decisión humanas. Ahora bien, el hombre es un ser que no queda absorbido por el ambiente. Tiene la capacidad para conquistar históricamente su existencia y su conciencia. No sólo conoce el nacimiento, sino también la posibilidad de un renacimiento», esto es, su innata aptitud para conformar libremente nuevas formas de convivencia, a lo largo de su historia (*LUM*, pp. 13-14).

Precisamente estos estadios históricos tienen su marca identificatoria en el *elemento* que en ellos predomina, sin que el prevalecer de uno de ellos conlleve la exclusión de los otros; más bien los elementos se integran, pero como sometidos a las pautas discursivas que emanan del predominante. La espacialidad de lo humano se configura, entonces, de manera *epocal*, ya que el elemento rector contextualiza los desafíos existenciales que *condicionan* –en un sentido lálbil, para nada determinista, de este término– la conciencia espacial de cada momento o era histórica y, por ende, también las respuestas culturales (*i.e.* la visión de las cosas, las medidas y criterios evaluativos, las decisiones y acciones consecuentes)

con que los hombres responden a ellos. No es que –para Schmitt– el espacio y su elemento rector determinen rigurosamente la historia, sino que la espacialidad elemental traza un horizonte de sentido que, a la par que impregna a las actividades humanas desarrolladas *dentro* de él con un espíritu epocal, asimismo admite –en el interior del universo semántico y pragmático así perimetrado– la más libre creatividad con que los seres humanos ensayan –mediante su decisión/acción– una forma de convivencia política en particular, y cultural en general. El hombre «puede elegir y en ciertos momentos históricos puede incluso elegir el elemento por el cual se decide y en función del cual se organiza, escogiendo de este modo la nueva forma de conjunto donde desarrollará –mediante su acción y su denuedo más personales y propios– su existencia histórica» (LUM, p. 14).

Al tratar los elementos como magnitudes simbólicas con una alta carga semantizadora en todos los registros de la cultura *sensu latissimo*, Schmitt busca mostrar la función que ellos cumplen en una dialéctica que tensiona dinámicamente las exigencias inherentes a una determinada estructura elemental de la espacialidad y las manifestaciones culturales de todo tipo, con que los hombres espacializan políticamente su existencia. A su manera, al destacar esta función estructurante que los elementos espaciales desempeñan en toda configuración epocal (uno como rector o hegemónico, los otros como su constelación), Schmitt confirma su convicción de que no solamente toda política, sino también todo derecho son *situacionales*.

Estas reflexiones enriquecen así su concepto de lo político, pues el *caso extremo* (la crisis terminal que motiva la decisión radical del soberano) aparece contextualizado en un universo histórico, cuya condición de posibilidad *espacial* no había suscitado antes una consideración sistemática como la que recibe ahora. De este modo, no sólo toda situación concreta encuentra una identidad política que va más allá de los datos particulares de tal o cual momento determinado, sino también *la historia deviene historia de la espacialización de das Politische*. Los pasajes o transiciones de una configuración epocal a otra trastocan radicalmente la visión que una época tiene de sí misma (es decir, las figuras de la conciencia colectiva e individual, los conceptos y simbolizaciones básicos, los criterios y pautas propias de las diversas dimensiones de lo humano, lo discursivo en general), y demuestran el carácter revolucionario del movimiento cultural por el cual una «forma» espacial desplaza a la precedente. Por cierto, esto no conlleva la desaparición de la función cumplida por el elemento antes hegemónico; se trata, más bien, de su sometimiento a la –digamos– lógica del nuevo elemento rector. Es lo que Schmitt llama «revolución espacial».³

3. Schmitt destaca que el «ser humano tiene una determinada conciencia de su “espacio”, la cual está sometida a grandes mutaciones históricas. Las variadas formas de vida mantienen correspondencia

Esta comprensión del nexo entre espacio (infinito) e historia (moderna) complementa y enriquece, entonces, la precedente comprensión teológico-política del derecho y la estatalidad en la era de la secularización: «Toda vez que se produce un nuevo choque de fuerzas históricas, un desencadenamiento de nuevas energías, y nuevas tierras y nuevos mares entran en el ángulo visual de la conciencia general de los seres humanos, cambian también los espacios de la existencia histórica. Es entonces que nacen nuevas medidas y dimensiones de la actividad histórico-política, nuevas ciencias, nuevos ordenamientos, nueva vida de pueblos nuevos o vueltos a nacer. La ampliación puede ser tan profunda y sorprendente, que se modifican no sólo las medidas y criterios, no sólo el horizonte externo de los hombres, sino también la estructura misma del concepto de espacio. Es entonces que se puede hablar de una revolución espacial. Más en verdad, a todo gran cambio histórico está generalmente ligada una mutación de la imagen del espacio. Éste es el núcleo auténtico [*eigentlich*] de la mutación omniabarcadora, política, económica y cultural, que tiene lugar en ese momento» (*LUM*, pp. 56-57).

En el caso del mundo moderno, el gesto revolucionario es la «opción por el mar», el giro o vuelco existencial («*Wendung*») desde la tierra al agua, desde el elemento considerado como el natural para la existencia ordenada jurídicamente a otro en alteridad antitética. Todos los cambios históricos precedentes «empalidecen ante la más honda y grávida transformación de la imagen planetaria del mundo en toda la historia universal que conocemos. Tuvo lugar en los siglos XVI y XVII, en la época del descubrimiento de América y de la primera circunnavegación del mundo. Es recién entonces que nace un mundo nuevo, en el sentido más osado del término, y se transforma de cuajo la conciencia colectiva de los pueblos de Europa occidental y central, y finalmente la de la humanidad toda. Ésta es la primera y auténtica revolución espacial, en el sentido más pleno del término, pues abarca el mundo entero. Ninguna otra revolución es comparable con ella».⁴

La Tierra aparece ahora como esfera descentrada en el contexto de un orden planetario donde, lejos de ser el punto de sostén cosmológico, ontológicamente

con los diversos tipos de espacio», y en cada discursividad espacializada conviven visiones distintas, sólo que en posiciones diversas a como coexistían precedentemente (v.g.: la mentalidad urbana en su primacía frente a la campesina, en la modernidad). «Aún más profundas y mayores son las diferencias en las representaciones del espacio cuando se tienen en cuenta distintos pueblos en general y distintas épocas de la historia humana» (*LUM*, p. 55).

4. El texto prosigue: «No consistió simplemente en una ampliación cuantitativa del horizonte geográfico, en una dimensión cuantitativo-espacial particularmente extensa, en función, obviamente, del descubrimiento de nuevas regiones terrestres y marítimas del globo. De lo que verdaderamente se trató es de que, abandonando las nociones antiguas y medievales, cambió la imagen total de nuestro planeta en la conciencia colectiva del hombre, y, a partir de aquí, también la representación del universo todo» (*LUM*, p. 64).

firme y autosuficiente en su inmóvil plenitud, nuestro astro resulta relativizado como uno más de los infinitos cuerpos en movimiento en un vacío espacio infinito. Mas el cogollo de la cuestión no es astronómico, sino espiritual, y consiste en la conciencia metafísica de la infinitud, la creciente hegemonización de la cultura por parte de esta visión de una *infinitud real* y, en cuanto tal, abierta y predispuesta para que el hombre la domine con su creatividad también infinita (cf. *LUM*, pp. 65 y 66).

Es en una conjunción de factores, cuyas variaciones semánticas giran en torno de la visión de la espacialidad, proceso profundo pero de manifestaciones bien visibles; es en este registro metafísico que comparte la idiosincracia de la discursividad teológico-política y que concierne a los principios legitimantes de las transformaciones que sufren las estructuras topológicas sostenedoras de todo orden; es en estas dimensiones, entonces, donde reside la cifra del surgimiento del (desde Weber llamado) «racionalismo occidental».⁵ Esta alteración de la conciencia y de la vida alcanza la significación de una «monstruosa transformación epocal» cuando «la humanidad europea impone un nuevo concepto de espacio de manera simultánea en todos los ámbitos de su espíritu creativo» (*LUM*, p. 68). Bien lo demuestran no sólo ni principalmente los conocimientos científicos y los logros técnicos, sino las artes y expresiones estéticas en general, el conjunto de manifestaciones culturales que tienen en el nuevo concepto de *espacio* el núcleo animador de la autocomplaciente, pujante y omnidominadora racionalidad moderna.⁶

Con la misma inspiración schmittiana, agreguemos que hasta el momento en que comienza la revolución espacial moderna, la realidad más allá de los confines del espacio cósmico –y, por ende, no pensable con las categorías propias de la finitud– era un Dios, cuya naturaleza más íntima permanecía incomprensible

5. «No se exagera cuando se afirma que todos los ámbitos de la vida humana, todas las formas de existencia, todo tipo de fuerza creativa del hombre, arte, ciencia y técnica, participan en el nuevo concepto de espacio. Los grandes cambios de la imagen geográfica de la Tierra son tan sólo el aspecto externo de la transformación profunda, indicada por el término “revolución espacial”, tan cargado de consecuencias. Lo que se considera como la superioridad racional del europeo, como espíritu europeo y “racionalismo occidental”, comienza a imponerse irrefrenablemente. Se desarrolla en los pueblos de Europa occidental y central, destruye las formas comunitarias medievales, construye nuevos estados, flotas y ejércitos, inventa nuevas máquinas, somete a los pueblos no europeos y los pone ante el dilema de aceptar la civilización europea o bien degradarse a mero pueblo colonial» (*LUM*, p. 70).

6. «No se exagera si se afirma que todos los ámbitos de la vida humana, todas las formas de existencia, todo tipo de creatividad humana, arte, ciencia y técnica comparten el nuevo concepto de espacio. Los grandes cambios en la imagen geográfica de la Tierra son sólo un aspecto exterior de la transformación profunda, mentada por un término tan grávido de consecuencias como “revolución espacial”. Ese fenómeno señalado como la superioridad racional del europeo, como espíritu europeo y “racionalismo occidental”, irrumpe ahora irrefrenablemente» (*LUM*, pp. 69-70).

para la limitada inteligencia humana. Pero cuando lo infinito es categorizable, cuando se desarrolla una lógica de la infinitud, Dios no puede no terminar identificado con la naturaleza, y la diferencia entre la divinidad trascendente y el mundo, entre el allende y el aquende religioso y filosófico no puede no terminar disolviéndose en una identidad panteísta y/o idealista. Coherentemente, si lo infinito en su absolutez es dominable por la razón, más aún lo será –tanto por la teoría como por la práctica– ese infinito concretizado materialmente que es, para la conciencia, el *mare liberum*. Los océanos ilimitados (en tanto que liberados del orden tectónico propio de la estatalidad terrestre) pasan a ser el referente experimentable, material e inmediato, de la infinitud espacial justificada sólo por el pensamiento, o sea racionalmente demostrada por la filosofía y la ciencia. Lo infinito se realiza, se derrumba lo trascendente en su irreductible distinción respecto de lo inmanente. Cuando Dios y cosmos se identifican, los sustancialismos otrora firmes pierden su razón de ser y el vacío deja de provocar horror. El artefacto estatal barroco, telúrico y sustancialista, es una solución efímera, cuya función histórica no va más allá de abrir la transición a una dinámica que arrastra a los leviatanes hacia su ocaso. El nihilismo comienza su progresión incontenible y el escenario privilegiado de este proceso, en su exordio mismo, es la *dialéctica tierra/mar*.⁷

En el vuelco desde la estabilidad propia de la forma de vida terrestre hacia la fluidez sin contenciones firmes, propia de la vida marítima, reside la fuerza propulsora de la revolución moderna. Este giro existencial es el nervio motor de la época moderna, la cual lleva en su seno, como gérmenes de su propio cumplimiento y superación, las pautas estructurales de la espacialidad totalizante que impera en el siglo XX, y que parece ir alcanzando su realización más plena ya en el brevísimo trecho recorrido del XXI. Más específicamente, en la primera modernidad la contraposición entre tales elementos adquiere la forma de «lucha de las potencias marítimas contra las potencias terrestres y de las potencias terrestres contra las potencias marítimas» (*LUM*, p. 16), que es –como veremos– un en-

7. «Los seres humanos pueden, entonces, representarse ahora un espacio vacío, lo que antes les resultaba imposible, aun cuando algunos filósofos hubieran hablado del “vacío”. Precedentemente, los hombres tenían miedo ante el vacío, tenían el así llamado *horror vacui*. Ahora pasan a olvidar su miedo y se encuentran lisa y llanamente con que ellos y su miedo existen en el vacío» (*LUM*, p. 66). Schmitt incluso desafía al lector a que imagine esta infinitud vacía, esta vacuidad infinita, o sea a que piense en el espacio separado de la materia y se represente semejante espacialidad nihilista sin recurrir a ninguna connotación –digamos– existencial (p. 67). También recuerda cómo los ilustrados, v.g. Voltaire, se reían del *horror vacui* barroco, y observa significativamente: «Pero, sin dudas, era el comprensible estremecimiento ante la nada y la vacuidad de la muerte, ante una noción nihilista y ante el nihilismo en general» (*ibid.*).

frentamiento entre dos espiritualidades religiosas, políticas y jurídicas: la católica y la calvinista.

Schmitt entiende que es en los *mares libres* donde encuentra una realización efectiva el tipo de identidad que la conciencia moderna adquiere en su fase clásica (antes de la era de masas), al secularizar el atributo espacial de la divinidad trascendente: el *yo* es el sujeto libremente creativo y omnipresente en virtud de su movilidad ilimitable. La práctica concreta que mejor efectiviza la hipostatización de la subjetividad como apriori absoluto o condición de posibilidad del orden racional de las cosas es la libre navegación de los mares, el ideal de la irrestricta circulación de todos los productos humanos en la infinitud del mercado planetario, un espacio liberado de las trabas que la voluntad soberana –la sustancialidad telúrica– pretende imponer a la *movilidad* y al *intercambio*, rasgos conaturales a la existencia marítima.

El mundo de la fluidez y la inestabilidad construido por el sujeto moderno (anticipador de su deconstruida subrogación posmoderna) tiene, entonces, su *unidad trascendental* en una funcionalidad existencial condicionada por el elemento *agua*, cuya dimensión *oceánica* –por ende global– deslegitima, en términos de progreso, las formas culturales tradicionales, asentadas en lo terrestre y/o en una dimensión acuosa todavía dependiente del elemento *tierra*.⁸ Esto signifi-

8. El arco histórico de las naciones marítimas que no rompen el condicionamiento ejercido por la espacialidad terrestre es amplio: Creta; Atenas vencedora en Salamina, Roma en lucha contra Cartago y dominadora del Mediterráneo, los pueblos escandinavos, Bizancio mientras resistió al Islam y sobre todo Venecia, que supo hacer de su poderío naval la base de su imperio económico; pero ni este dominio con epicentro en *la Serenissima*, ni –menos aún– los casos anteriores, igualaron el significado histórico de Inglaterra. No se le igualan siquiera los otros actores de la conquista de los océanos, ante todo España, pero tampoco Portugal u Holanda (cf. *LUM*, pp. 16-18). La distinción entre diversos estadios históricos, adoptada por Schmitt, proviene del geógrafo hegelianizante Ernst Kapp, en especial del volumen II (dedicado a la geografía política) de su *Vergleichende Allgemeine Erdkunde in wissenschaftliche Darstellung*, pp. 90-93 y 127-260 en la segunda edición: Brunswick, Westermann, 1868. Tomo este dato del «Index of Names» de Carl Schmitt, *Land and Sea*. Translated and with a Foreword by Simona Draghici, Washington DC, Plutarch Press, 1997, p. 68. Kapp distingue los estadios culturales fluvial, lacustre o de mares interiores, y el de las aguas oceánicas, abierto con las grandes navegaciones y descubrimientos, que para él es la obra de los pueblos germánicos. Schmitt adopta la tripartición: culturas potámicas, talásicas y oceánicas, los «tres actos del gran drama» histórico impulsado por la dialéctica tierra/mar (cf. *LUM*, p. 23). El vuelco hacia los océanos infinitos fue un gesto trastocador como ningún otro lo había sido precedentemente; fue la acción radicalmente revolucionaria, mediante la cual «un pueblo se decide, en la totalidad de su existencia histórica, por el mar como por otro elemento» existencial, condicionante de su forma de vida colectiva. Inglaterra es la pionera y consecuente beneficiaria privilegiada, como veremos. Schmitt destaca la dimensión bélica de la cuestión: las estrategias navales de las culturas talásicas estaban condicionadas por la batalla terrestre, pero la derrota de la Armada Invencible señaló el paralelismo entre el logro paulatino de la hegemonía en los grandes océanos y las modificaciones en el combate naval, pues en la base de ambos fenómenos está las nuevas técnicas naviera y balística (pp. 26 y ss. y 36 y ss.).

ca que las estructuras de orden surgidas en el momento de transición de una conformación elemental a otra, la estatalidad clásica y el conexo orden internacional eurocéntrico entre los siglos XVI y XIX, serán transitorias, a su manera precarias (su respaldo ontológico está corroído por el nihilismo desde su origen mismo) y se derrumbarán cuando sobrevenga, en el siglo XX, la *totalización* congruente con la dinámica abierta por el predominio de lo acuoso –cuya figura idiosincrática inicial es la del *mare liberum*– como función formativa existencial. Nada es *impermeable* a la fluidez sistémica de la circulación infinita.

Esta transformación, que acontece ante todo *en y desde* Europa, destruye el orden comunitario medieval y genera la institución política moderna por excelencia, el Estado; pero fundamentalmente, en sintonía con el acelerado progreso científico-tecnológico que abre, pone en movimiento la expansión imperialista occidental, cuyo corolario inevitable es someter –bajo variadas formas de dominación– a las culturas no europeas, las cuales son juzgadas directamente como *no racionales* (o *no aún* tales) y obligadas a civilizarse mediante la mimesis y/o la dominación colonial.⁹ Lo cual significa que este proceso de expansión y consolidación del *racionalismo* como criterio imperial conlleva enfrentamientos y conflictos de extrema intensidad, que afectarán directamente al espacio intraeuropeo hasta que el sistema logre estructurar la dualidad distintiva de su dominio global: el *adentro* y el *afuera* de la endiádis razón-civilización.

Ante todo, el antagonismo inicial es la feroz guerra entre el catolicismo y el protestantismo (en especial, el calvinismo), manifestación extrema de la antítesis metafísica entre dos configuraciones espaciales, entre una conciencia terrestre y una conciencia marítima. Schmitt encuentra aquí la confrontación existencial (en los principios y formas de vida respectivos) entre la estabilidad de la *substantia* jurídico-político continental, de raigambre *romana*, y la fluida automutabilidad del sistema de interrelaciones natural/racionales que se establecen entre las *conciencias libres*, todavía teorizadas como *subjecta*. Esta libertad significa que los actores modernos no mantienen ninguna deuda ontológica con cualquier otra instancia legitimante que no sea su propia subjetividad, operante como soporte metafísico de una realidad cuya esencia, el movimiento infinito, tiene precisamente en ese sujeto y en sus cogitaciones, pasiones, proyectos y dudas el juez absoluto de sus conductas (aún persistente, no obstante la desustancialización posmoderna).

Sólo que a Schmitt no le interesa adentrarse en el relevamiento de las figuras que componen la genealogía, el apogeo y el ocaso, y la reformulación de la subjetividad (del cogito a la máscara posmoderna, más allá de sus peculiaridades), sino que ensaya una comprensión política de la historia que no quede atrapada

9. Cf. la cita de p. 70 en nuestra nota 6.

ni en las conceptualizaciones de un hegelianismo genérico, ni en las previsibles consideraciones de *Realpolitik* que limitan la cuestión de la guerra religiosa a la rivalidad entre Inglaterra y España, ni en los esquemas del materialismo economicista (aunque la cercanía de Schmitt a una perspectiva marxista es aquí significativa), ya que la adopción de tales esquemas impediría «volver visibles *las oposiciones más profundas, las auténticas situaciones de amigo-enemigo, las fuerzas y oposiciones elementales últimas*».¹⁰

La premisa tácita de su interpretación es, evidentemente, que la guerra civil-religiosa de la primera modernidad es *total*, pues su actor privilegiado, y por ende también el objetivo de la lucha aniquiladora, es la conciencia, ese fuero interno donde radica la clave etiológica y teleológica de *una lucha que no reconoce limitación alguna*. Coherentemente, la cifra de esta lectura es la idea de que en juego está la imposición de un novedoso ordenamiento del mundo, cuya manifestación político-económica no es más que un momento (central, sin dudas) en la totalidad de las dimensiones espirituales y en el conjunto completo de criterios para validar o invalidar cualquier tipo de actividad humana. Esto es, la imposición de un nuevo *nomos* de la Tierra. Más específicamente, este proceso tiene su fase inicial en la correlación que se establece –en el nivel conceptual, simbólico y práctico en general– entre la libertad de mares y tierras no europeas, la conexas *toma* o apoderamiento de los mismos (en especial de América) por parte de potencias europeas, por un lado, y, por otro, el logro de un *equilibrio intraeuropeo*, que incluye el acotamiento de la guerra en el Viejo Mundo, bajo la forma de un sistema de estados.

El cogollo de toda organización político-jurídica y económica de la convivencia en una determinada época radica en el *nomos* originario, es decir en la decisión/acción primaria, por medio de la cual se instaura una relación posesiva –de apoderamiento o apropiación– del espacio por parte del hombre; acto genético, que Schmitt califica como de unidad de «localización» y «ordenación» («*Ortung*» y «*Ordnung*»), o sea de asentamiento y juridización, siempre condicionado por el elemento que impregna, con sus características distintivas, los principios rectores de la conciencia y de las actividades, las formas de vida colectivas y singulares, en el ámbito espacial correspondiente; o sea, por el elemento que *define* la época histórica en cuestión.

Ese acto originario de apoderamiento territorial, en tanto que imposición de pautas de organización social, convivencial, en un espacio determinado, eleva al elemento *tierra* a factor estructurante de las formas políticas y jurídicas de la cul-

10. *LUM*, p. 80. Las cursivas son nuestras. Aquí, como a lo largo de todo el artículo, el adjetivo «elemental» debe ser entendido en el sentido de esta metafísica schmittiana de los *elementos*.

tura occidental hasta la modernidad. Incluso en la posterior acción apropiativa y ordenadora del espacio, aun cuando acontezca con modalidades específicas, se mantendrá de algún modo –hasta ahora, en la medida en que el hombre siga habitando prevalecientemente sobre un suelo terrestre– este significado existencial: «Toda ordenación fundamental es una ordenación del espacio. Se habla de la constitución de un país o de una parte de la Tierra como de su ordenamiento fundamental, de su *nomos*. Ahora bien, el ordenamiento fundamental, verdadero y propio, se basa –en lo que hace a su núcleo esencial– en determinada partición de la tierra. Toda gran época histórica comienza, pues, con una vasta toma de tierra. En particular, cada cambio y cada dislocación significativos de la imagen de la tierra está ligada con cambios políticos de carácter universal y con una nueva división de la tierra, con una nueva toma de tierra» (*LUM*, p. 71).¹¹

El «acto originario» como proceso constitutivo, como «*ordo ordinans*» en el que actúa una voluntad soberana, es el del *nemein*, que en los antiguos aludía a la unidad existencial entre la partición de tierra y el ordenamiento de la actividad de apacentar ganado. Imponer *nomoi* es ordenar la existencia de una comunidad a partir de la relación cultural más amplia con lo sustantivo, con lo sustancial como el elemento sobre el cual reposa la convivencia: es *toma de tierra*, decisión/acción en que coinciden –hasta el punto de perder todo sentido este acto fundacional si se separan ambos aspectos– el asentamiento, arraigo y sedentarización, y el de la imposición de derecho, en el sentido metafísico más profundo que cabe conferir a lo jurídico.

Para Schmitt, no se trata ciertamente de gestos míticos que se pierden en la noche de los tiempos y de los saberes. Por el contrario, se trata de un proceder que

11. Si bien la acción política fundacional no es exclusiva de Occidente, a Schmitt le interesa el problema del origen en la historia occidental. «La palabra griega para la medición primera, fundacional de todos los criterios de medición ulteriores, para la primera toma de tierra en tanto que primera partición y división de la tierra, para la partición originaria y la distribución originaria, es *nomos*. Esta palabra, entendida en su sentido originario, ligado al espacio, es la que mejor permite comprender el proceso fundamental en que convergen la localización y la ordenación» (*NdE*, p. 36). O sea, el asentamiento en un territorio (del que el grupo que se ordena según el *nomos* se ha apoderado del modo que fuere, poco importa) y la indisolublemente conexas determinación de los criterios que determinan lo justo y lo injusto, es decir, qué es lo propio de cada uno, legitimando así el castigo a quien los viola. Schmitt aclara que su interés no es exquisitamente filológico ni nostálgico, sino político: contraponer el significado profundo de *nomos* a la degradación hermenéutica –y obviamente práctica– que le ha impuesto el normativismo, rebajando tal concepto a expresión de una «relación insustancial y genérica entre toda regulación y ordenamiento normativista, impuesto o decretado de la forma que fuere», es decir, aplicándolo a «cualquier tipo de preceptos, disposiciones, medidas y decretos» (*ibid.*). Sobre las consideraciones histórico-filológicas, y políticas, que Schmitt hace sobre *nomos*, *lex*, *Gesetz*, siempre en polémica contra las banalidades del positivismo y del normativismo jurídicos (y sus –por así decir– respaldos epistemológicos), cf. *NdE*, pp. 36-51.

va pautando epocalmente la historia y que seguirá aconteciendo mientras tenga sentido hablar de un porvenir, de una temporalidad política enraizada en la actitud ante el espacio y los elementos que condicionan la práctica situacionalmente concreta de los hombres.¹² Pensar el derecho es pensar lo normativo en situaciones determinadas (ante todo: *en una espacialidad históricamente específica*) y no abstracciones, que encuentran tanto mayor consenso cuanto mayor es su vaguedad y genericidad (lo cual –acotemos– permite que cualquier actitud puede ser pensada como la realización de semejantes universales vacuos: basta con que disponga de la *fuerza* –bélica y mediática, misiles inteligentes y canales televisivos, etc.– suficiente).

Sólo que la modernidad va a conocer una renovación radical de este gesto constituyente: frente a la toma de tierra clásica impondrá, con valor paradigmático, un nuevo tipo de apropiación, resultante del desplazamiento del elemento rector desde la tierra al agua. El «vuelco al mar» va a determinar no solamente la relación con el nuevo espacio clave, el acuoso en la configuración que asume como océanos infinitos, sino también con el nuevo espacio terrestre, allende estas aguas, principalmente las tierras americanas, y, en consecuencia, también modificará las relaciones político-jurídicas en Europa. Distintivo del giro epocal y de la irrupción revolucionaria de una nueva era es esta espacialidad radicalmente diversa de las anteriores, con la conexas categorización de los océanos y de las tierras americanas como *libres*, y la instauración de un equilibrio interestatal en Europa, acompañado por un acotamiento considerable de la guerra en el Viejo Continente. Atravesar aguas infinitas y apoderarse de tierras ilimitadas, legitimando este apoderamiento con la invocación de tareas misionales, civilizatorias y semejantes, son los gestos heroicos y fundacionales que tienen su contraparte dialéctica en la finitización o delimitación (no, obviamente, en la imposible eliminación) del enfrentamiento bélico en territorio europeo, en el espacio *no libre*

12. «Tales procesos constituyentes no son, evidentemente, cosa de todos los días, pero tampoco hechos ocurridos en tiempos lejanos, que interesarían solamente a la arqueología o a la historia antigua. En la medida en que la historia universal no está cerrada, sino aún abierta y en movimiento; en la medida en que las situaciones no están congeladas [*fixiert*] y petrificadas para siempre; con otras palabras, en la medida en que los hombres y los pueblos tienen todavía un futuro y no sólo un pasado, ha de surgir también un nuevo nomos en los acontecimientos de la historia universal, que van apareciendo en formas siempre novedosas. Para nosotros se trata, por ende, del proceder fundamental, esencial para toda época histórica, consistente en dividir el espacio; se trata de la capacidad estructurante que tiene la convergencia de la ordenación y la localización en la convivencia de los pueblos en un planeta que, mientras tanto, es sometido a mediciones científicas. Es en este sentido que se habla aquí del nomos de la Tierra. Pues toda era novedosa y toda nueva época de la coexistencia de pueblos, imperios y países, de poderosos y potencias de todo tipo, reposan sobre nuevas divisiones del espacio, nuevas delimitaciones y nuevas ordenaciones espaciales» (*NdE*, p. 48).

sino *estatalizado*. Este proceso inaugural de la modernidad, y cuyos rasgos distintivos perduran hasta la era de la totalización, es el de constitución y vigencia del *jus publicum Europaeum*.

La comprensión schmittiana de la modernidad clásica atiende a la dialéctica de los elementos, a la oposición y simultánea complementación entre la espacialidad terrestre y la marítima, entre la sustancialidad y la estabilidad del régimen estatal de protección-obediencia, y la fluidez de nexos sociales asentados en (la creencia en) la ilimitable creatividad del individuo-átomo y la natural disposición de la *humanidad* a la armonía beneficiosa para el mayor número en el mayor grado. A partir de estas ilusiones y pretensiones, el *ego* eleva su conciencia a tribunal último de toda autoridad y toda norma.

Articulemos con mayor detalle las cuestiones de la dialéctica tierra/mar y del nomos global, en nuestra lectura del pensamiento schmittiano.

Aunque no como un férreo factor determinante, sin embargo el elemento telúrico igualmente opera como condición por excelencia de la juridicidad clásica. Instaurar derecho en un territorio obliga a una comunidad a vivir de manera sedentaria, para trabajar y disfrutar en paz de la recompensa del trabajo, tal como se la produce y se la recibe según la definición distributiva originaria. Es lo que acontece cuando se establece un lugar para morar de modo permanente, cuando el suelo funge de sostén ontológico de la convivencia así *constituida*: la decisión nomotética establece qué es lo propio de cada uno en un ámbito por ella delimitado. El derecho en su significación existencial más profunda resulta, para Schmitt, un orden telúrico: sólo sobre el elemento *tierra* puede actuarse un orden normativo auténtico en su *naturalidad* (es decir: no distorsionado por el formalismo ficcionalista del neokantismo), pues guarda correspondencia con las acciones de sembrar, cosechar, edificar y delimitar, proteger y obedecer, propias de quienes se asientan en un territorio del que toman posesión: «Es así que la tierra está vinculada al derecho de un triple modo. Lo cobija en su seno, como recompensa del trabajo; lo muestra en sí mismo, como límite firme; y lo lleva sobre ella misma, como signo público del orden. El derecho es terrestre y está ligado a la tierra. Es lo que mienta el poeta cuando habla de la tierra plenamente justa y dice: *justissima telus*» (*NdE*, p. 13).¹³

13. El bello texto que abre este libro comienza así: «La lengua mítica llama a la *tierra* la madre del derecho. Esto remite a una triple raíz del derecho y la justicia. Ante todo, la tierra fértil encierra en sí misma, en el senso de su fertilidad, una medida interna», para recompensar con la cosecha los esfuerzos del campesino. «En segundo lugar, el suelo labrado y trabajado por el hombre muestra líneas fijas que vuelven evidentes divisiones bien determinadas. [...] En estas líneas se reconocen las medidas y las reglas, siguiendo las cuales se desarrolla el trabajo humano. En tercero y último lugar, la tierra es portadora, sobre su firme suelo, de cotos y cercados, límites marcados con piedras, murallas,

Las reflexiones de Schmitt complementan su teoría constitucional y plenifican el peculiar formalismo decisionista de su concepto de lo político, *das Politische* como una forma irreductible al funcionalismo neokantiano y cientificista. Tema-tiza así la dimensión histórica concreta, la situación en cuyo contexto, exclusiva-mente, el derecho es verdaderamente tal; y legitima el acto constituyente inicial en términos antitéticos a los de la *ciencia* kelseniana: para Schmitt, considerar la decisión *constituant* como proclamación formal en clave positivista y cientificis-ta (es decir, como hipótesis gnoseológica con vistas a la completitud del sistema, enriquecida luego en clave oxoniense como una formulación performativa, del tipo *ésta es la constitución*) equivale a asentar el presunto saber jurídico sobre una obviedad muda, y en su mutismo, *peligrosa*, pues el formalismo de la *ratio* moderna justifica cualquier cosa. Schmitt le contrapone una argumentación que ve en la «toma de tierra», en el sentido que estamos considerando, el «acto originario [...] fundador de derecho», una acción que obviamente se va configurando diver-samente a lo largo de la historia, sin alterar su significación política (*NdE*, p. 16).

El proceso que se origina en la *Landnahme*, y que opera como la condición de toda forma particular de derecho de propiedad (como categoría rectora de la deter-minación de lo propio de cada uno), sigue una doble dirección: hacia adentro y hacia afuera. «Hacia adentro, es decir, en el seno del grupo que se ha apropiado de la tierra, la primera ordenación de todas las relaciones de posesión y pro-piedad se realiza mediante la primera división y *distribución* del suelo», la «propiedad superior del suelo» (*NdE*, pp. 16 y 17). El correlato centrífugo del ordenamiento centrípeto concierne a la relación de una comunidad con otras y da lugar a un «título jurídico internacional», ya sea sobre un campo antes libre, o bien ocupando un territorio ya ocupado, pero por quienes son deslegitimados como propietarios del mismo. En ambos casos, sobre este gesto fundacional que *de-fine* lo mío y lo tuyo, hacia el interior, y lo nuestro y lo ajeno, hacia el exte-rior, se fundamentan las distinciones entre derecho privado y derecho público, entre dominio y propiedad privada, entre *imperium* y *dominium*, o sea que «crea

moradas y otros tipos de construcciones. Aquí se ponen de manifiesto las ordenaciones y localiza-ciones de la convivencia humana. Aquí se vuelven públicamente visibles la familia, la estirpe, el linaje, las especies de propiedad y de vecindad, pero también las formas del poder y del dominio» (*NdE*, p. 13). Poco después también leemos: «Con las tomas de tierra y fundación de ciudades está siempre ligada una primera medición y un primer reparto del suelo útil. Nace así una medida inicial que contiene en sí a todas las medidas sucesivas. Ella sigue siendo reconocible en tanto la constitución siga siendo reconociblemente la misma. Todas las posteriores relaciones jurídicas con el suelo del terri-torio dividido por la estirpe o el pueblo que se apropió de la tierra, todas las instituciones de la ciudad protegida por murallas, o de una nueva colonia, están determinadas por esta medida originaria, y todo juicio ontónimo, asentado en el ser de las cosas [*ontonome, seinsgerechte Urteil*], tiene su fuente en el suelo» (*NdE*, p. 16).

el título jurídico más radical que existe, el *radical title* en el sentido pleno y abarcador de esta palabra». El elemento tierra es el «suelo como fundamento territorial originario, en el que se arraiga todo derecho y donde convergen espacio y derecho, ordenación y localización». Esta ley primera de la justicia, precisamente: este *nomos*, «no es ninguna ley positiva en el sentido de las posteriores codificaciones estatales o del sistema de la legalidad de una más tardía constitución estatal; es y sigue siendo el núcleo efectivo de un acontecimiento bien concreto, histórico y político, a saber: la toma de tierra» (*NdE*, pp. 17 y 18).

Las marcas que distinguen el significado del *nemein* como decisión fundacional sobre un suelo no se repiten sobre las aguas ilimitadas, que es la configuración del elemento acuático en la modernidad (no el espacio fluvial ni el talásico), pues los océanos plantean un tipo de desafío existencial diverso al tradicionalmente planteado por todo apoderamiento de territorio, un reto revolucionario, que lleva a un *toma* –o ejercicio de dominio– diverso y, a su manera, inédito, tanto en las grandes superficies marítimas como en las tierras allende las mismas. Se trata de una espacialidad diversa, cuya nota distintiva es la *libertad*, o sea, específicamente: la ausencia de coacciones político-jurídicas. Cuando se lanza al espacio sin potestad, el de los mares y el de los nuevos continentes e islas, el yo-sustancia se libera de los condicionamientos que lo agobian en el Viejo Mundo, sobre todo los estatales, y retoma *de facto* su condición natural.

«El mar no conoce semejante unidad manifiesta entre espacio y derecho, entre ordenación y localización»; en él no cabe ninguna regularidad como la imperante en la espacialidad terrestre (obediente a una íntima medida de siembra y cosecha). En el mar no se ara. Por cierto, las aguas oceánicas recompensan los trabajos que el hombre hace en ellas; pero estas actividades no alcanzan a revestirse con la significación originaria de la idea de cultura, ya que no son un espacio represor de la libertad natural, o lo son en una medida mínima, tanto como lo exige la producción para un mercado planetario. Sobre las extensiones marítimas no puede tener lugar la violencia política (no física o animal) *originaria*, fundadora de orden jurídico, instauradora de normatividad pacificadora al establecer la medida primitiva. El mar es ontológicamente deudor de la tierra en lo que hace a lo que Schmitt considera la base de toda soberanía: la relación entre protección y obediencia; y cuando el agua opera como factor nomopoiético, tal como acontece en la modernidad, su resultado está funcionalizado a una lógica diversa, la de la *libertad*, y con ella, a la de la expansión colonial, primero, y capitalista planetaria, después. *Mar y mercado son el espacio de la fluidez y la circulación irrestricta*. «El mar es libre. [...] Los grandes actos originarios del derecho, por el contrario, siguen siendo las localizaciones que estuvieron ligadas a la tierra. Tomas de tierra, fundaciones de ciudades y de colonias. [...] En pri-

mer lugar viene la toma de tierra. No cabe aquí hablar del mar», como sí es necesario hacerlo para comprender y exponer la dinámica totalizante de los modernos (*NdE*, pp. 14 y 15).

En este último caso, la retórica iusnaturalista es altamente ilustrativa.¹⁴ Tal como acontece con los seres humanos en el estado de naturaleza teorizado por los padres fundadores de la filosofía política, también quienes navegan los océanos tienen el mismo derecho a todo lo que encuentren en ellos y de lo que puedan apoderarse, *del modo que fuere*. Los justifica la parálisis de las leyes civiles en los océanos, donde impera la libertad pre-, extra- y, sobre todo, anti-estatal, reforzada entonces por una suerte de imposibilidad material o elemental (*i.e.* dependiente de las peculiaridades físicas de las grandes extensiones de elemento acuoso) de llevar a cabo sobre la superficie marítima las acciones generadoras y conservadoras de orden estatal en sentido estricto. En las aguas libres no hay auténtica juridicidad, pues no hay orden estatal, terrestre, *sustancial*: «en el mar, originariamente no tenían validez ni el derecho, ni la paz, ni la propiedad. Es esta elemental libertad de los mares, en el sentido pleno del término, que se impone en los nuevos espacios globales, los océanos» (*NdE*, p. 147). Simplemente impera el «derecho igual para todos a la libre utilización del mar» (*NdE*, p. 14), un derecho formalmente irrestricto e igual para todos los seres humanos, pero que en las actividades que los hombres cumplen en el océano (económicas y bélicas) encuentra como única realización las situaciones de violencia, astucia, engaño y espíritu empresarial, en las que unos saben imponerse a otros, ante la inexistencia de soberanía. Ya en la génesis misma del capitalismo y de la expansividad ilimitable del mercado, la divisoria entre habilidad para la rapiña y denuedo laborativo se diluye bajo la idea de *productividad*. La libertad en cuestión es la que hace de las aguas «un campo libre para el botín libre», una actividad de apoderamiento irrestricto, liberado de toda coacción política, jurídica, ética o religiosa. El actor de la apropiación que invoca los universales genéricos está haciendo de su propia conciencia el único juez legítimo de la racionalidad de las mismas, en tanto concretización del principio rector de la modernidad: *todo circula, todo vale*. La distinción entre piratería y empresa capitalista es intrínsecamente fluida: depende de un juicio en el libre fuero interno. Las distintas profesiones de Robinson Crusoe, entre las cuales está el tráfico de esclavos, son

14. Entendemos que los doctrinarios del derecho natural son los primeros que filosofan estrictamente sobre la política, porque su objeto teórico es la estatalidad, o sea la dialéctica Estado/sociedad civil. Las reflexiones antiguas y medievales sobre la vida en común, por importantes e ineludibles que sean, no son filosofía política, salvo que le concedamos a este género literario una significación tan amplia como vaga. Solamente hay filosofía política *stricto sensu* cuando se tematiza la especificidad que el dualismo moderno entre lo estatal y lo societal impone a las relaciones humanas.

ilustrativas al respecto. «Aquí podía el pirata desarrollar su ruin profesión con buena conciencia. [...] Pues en el mar abierto ya no hay restricciones ni límites, no se reconocen sitios consagrados ni lugares sacros, no rige el derecho ni la propiedad. [...] En el mar no vale ninguna ley» (*NdE*, pp. 14-15).¹⁵

Que en las grandes extensiones acuosas la conciencia individual se libere y purifique, retomando su condición *natural* de tribunal superior a cualquier autoridad civil, nos lleva al segundo aspecto de la disquisición schmittiana sobre la modernidad y los albores del proceso que en la actualidad vivimos como *globalización*.

La osadía de la conciencia en la aventura oceánica ilustra el temple de la subjetividad moderna en este momento histórico revolucionario. Tanto la toma del mar, doctrinariamente justificada por la proclamación de la libertad de las aguas, como asimismo el apoderamiento de las tierras americanas son los momentos intrínsecamente conexos de una misma gesta –tan plena de heroísmo como de vilezas– que abre una nueva época histórica. Los pioneros y actores privilegiados del vuelco a las aguas y a las tierras *libres* –en nombre de la libertad de la conciencia y del lucro– no son los conquistadores españoles ni las autoridades de la América católica, demasiado deudores de una teología política absolutista, sino los perínclitos semidioses de la subjetividad moderna: «Vagabundos de los mares de toda ralea, piratas, corsarios, aventureros lanzados al comercio marítimo, forman, junto a cazadores de ballenas y navegantes a vela, las columnas de vanguardia del giro hacia el mar que acontece en los siglos XVI y XVII» (*LUM*, p. 40).¹⁶

15. «El mar es libre. Esto significa, en conformidad con el derecho internacional moderno, que el mar no es un ámbito estatal y que en tres diversos ámbitos de la actividad humana, la pesca, la navegación pacífica y la guerra, el mar debe estar abierto para todos en pie de igualdad. Al menos, así se lo lee en los libros de derecho internacional. Es fácil imaginarse qué resulta, en la práctica, de este derecho igual a la libre utilización de los mares» (*NdE*, p. 14).

16. «Los primeros héroes de una nueva existencia marítima no han sido Dogos distinguidos en sus pomposos navíos oficiales, sino aventureros salvajes y vagabundos de los mares, intrépidos cazadores de ballenas que atravesaban los océanos y osados navegantes a vela» (*LUM*, p. 29); esos paladines fueron los «cazadores de ballenas de Europa septentrional y occidental, que cazaban por todos los mares del mundo y que –como dice acertadamente Michelet– volvieron visible el globo terráqueo. Fueron ellos los primogénitos de una nueva existencia elemental, los primeros, nuevos y auténticos [*wirklich*] “hijos del mar”» (p. 35). Entre esta prole oceánica descuellan los piratas británicos más famosos, como Drake, Hawkins, Raleigh, Morgan, para cuyas biografías Schmitt remite –sin dar ulteriores precisiones– a un libro «de divertido título: *The Pirate's Who is Who*» (*LUM*, p. 40). En *Der Nomos der Erde* es algo más explícito, al recordar a «H. Gosse, autor de un libro sobre la historia de la piratería, rico en información», y reconecedor de la función histórica que aquéllos cumplieron en el enriquecimiento de Inglaterra a costa de España (p. 145). En *Land und Meer* utiliza mucha de esta información: cf. pp. 45 y ss. Acotemos que se trata de Philip (no «H.») Gosse (1879-1959), y de sus libros *The Pirate's Who's Who*, London, Dulau & Co., 1924; y *The History of Piracy*, London, Longmans, Green and Co., 1932. De este último hay traducción española en dos tomos, titulados

La vida marítima como *realización* de la conciencia libre comienza a consolidarse como paradigma existencial del dinamismo moderno cuando comerciantes desinhibidos de toda moralidad, balleneros desarraigados, piratas y desclasados de distinta laya se lanzan a la navegación de gran altura, animados por un impulso de ruptura con el natural o tradicional arraigo en la tierra firme y ansiosos por enriquecerse sin respetar otro código de comportamiento más que el que la propia conciencia les indica como conforme a los mandatos de Dios. Es en las aguas oceánicas donde el elemento marítimo ejerce su máxima fuerza condicionante, lo cual lleva a que se asuma como criterio rector de la propia conducta la libertad, en consustancial armonía con la ilimitada infinitud del nuevo espacio. La transcripción jurídica de esta actitud existencial es, precisamente, la libertad de las aguas oceánicas, operante como paradigma antitético al del sometimiento a un orden estatal. Comienza aquí la neutralización irreversible de las categorías metafísicas, por ende también político-jurídicas, de raigambre terrestre.

Estos aventureros son quienes mejor cumplen con el mandato del elemento acuoso, que ha irrumpido revolucionariamente en un cosmos todavía sostenido por restos del *ethos* premoderno, neutralizando y resemantizando el sistema categorial de lo político, hasta entonces asentado en el elemento *tierra*. La fluidez de lo accidental disuelve la sustancia, y el derecho se somete a la transmutación inevitable. «Los conceptos del derecho marítimo de carácter romano-civilista, nacidos en una cultura costera, debían transformarse, frente a los nuevos océanos, en un mero juego vacío», y precisamente «los piratas y corsarios de los siglos XVI y XVII han “resignificado” el principio de que los océanos pertenecen a todos en [la idea de] “una liberación respecto de las obligaciones morales y jurídicas”». Esto es, «todo derecho en tanto que derecho vale exclusivamente en su lugar auténtico, y [...] los pueblos que realmente habían concebido el hecho gi-

respectivamente *Los corsarios berberiscos. Los piratas del Norte*, Madrid, Espasa-Calpe, 1947, y *Los piratas del oeste. Los piratas de oriente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1948. Schmitt utiliza a Gosse en «Staatliche Souveränität und freies Meer. Über den Gegensatz von Land und Meer im Völkerrecht der Neuzeit», *Das Reich und Europa*, Leipzig, Koehler & Amelang, 1941, pp. 79-105, cf. pp. 89, 92 y ss. El intelectual Nicolaus Sombart –hijo de Werner, amigo del *Jurist*– recuerda cómo, cual joven acompañante de Schmitt en *promenades* berlinesas durante los primeros años cuarenta, éste le aconsejara la lectura de Gosse para comprender la moderna conquista de los mares: N. Sombart, «Spaziergänge mit Carl Schmitt», en *Jugend in Berlin. 1933-1943. Ein Bericht*, Frankfurt a. M., Fischer, 1991 (1.: 1986), pp. 249-276; cf. p. 255. Sobre las relaciones entre comercio marítimo y piratería en la conformación de la libertad marítima anglosajona, véase Markus Rediker, *Between the Devil and the Deep Blue Sea. Merchant Seamen, Pirates, and the Anglo-American Maritime World, 1700-1750*, Cambridge University Press, 1993 (1.: 1987), en especial pp. 254-287. Véase nota 26, *infra*. Con relación a Schmitt, cf. también Toshiya Ueno, «Piracy Now and Then» (VYC04344@niftyserve.or.jp [Toshiya Ueno]), y «Pirates and Capitalism 1» y «2» («tb»<basstom@sirius.ceu.hu>).

gantesco de un nuevo mundo, buscaron también experimentar el nuevo nomos de este nuevo mundo». Por eso se lanzaron a guerrear, piratear, comerciar, cazar ballenas en alta mar (cf. *NdE*, pp. 146 y 147).¹⁷

En su conjunto, esa personalidad que asume el cogito cuando deja de meditar repantigado y otea desde la cofa o arriza foques en la mesana es la de una novedosa estirpe, liberada de todo atavismo telúrico y sobre todo legitimada –consciente o inconscientemente– en sus proezas y atrocidades por la misma subjetividad individualista que la impulsa. En el *status naturae* oceánico o americano no hay criterio de lo justo o lo injusto distinto de lo que la propia conciencia (el intangible fuero interno del liberalismo), mediante su diálogo íntimo con lo universal –cada vez menos trascendente– juzgue como adecuado a la razón, divina y natural a la vez. Apresar botines españoles no es piratería, pues es castigar a *criminales* de lesa humanidad; sojuzgar al nativo americano no es privarlo de sus tierras, porque éstas no tienen *propietarios* lockeanos: están *desiertas*.¹⁸ Los espacios infinitos tienen la misma identidad metafísica que el mercado: son los *loci* liberados de la estatalidad. Consecuentemente, la línea que divide al laborioso productor de mercancías y al sagaz comerciante que las hace circular, del pirata que laboriosa y sagazmente se apodera de ellas en alta mar no es indeleble ni infranqueable: la conciencia moderna la traza sobre las olas.¹⁹

El decisionista Schmitt, a pesar (o tal vez a causa) de su mentalidad *romana* y su apología del leviatán barroco, admira el coraje existencial de estos rebeldes y heraldos a la vez de la globalización capitalista en curso. En los capitanes y tripulaciones piratas o balleneras de la navegación a vela, el jurista sabe reconocer a los paladines de una decisión combativa sin claudicaciones, no obstante esa lu-

17. La frase que Schmitt cita pertenece a un trabajo de Adolf Rein, en el *Ibero-amerikanisches Archiv* IV (1930), p. 536» (*NdE*, p. 147 nota). Se trata del artículo «Zur Geschichte der völkerrechtlichen Trennungslinie zwischen Amerika und Europa», en pp. 530-543 de dicha publicación.

18. Cf. nota 21. Observemos que la persistencia y la vitalidad contemporánea de esta impronta identitaria es síntoma de la fortaleza histórica de la metafísica liberal-capitalista y de su acumen interpretativo: arrasar una ciudad con misiles *patrióticos* no es utilizar armas de destrucción masiva, *et caetera*.

19. «Fueron los pioneros de la nueva libertad de los mares en tanto que libertad esencialmente no estatal. Fueron los partisanos del mar en una época de transición de la lucha mundial entre potencias católicas y protestantes. [...] Entre ellos desaparecen los claros límites entre Estado e individuos, entre existencia pública y privada, tanto como el límite entre guerra y paz, y entre guerra y piratería» (*NdE*, p. 145). Para Schmitt, la comprensión política e iusfilosófica de la historia pasa por la situacionalidad de las acciones y categorías, por esa marca espacial distintiva, sin la cual no cabe hablar de derecho: «en los mares no valen, originariamente, ni el derecho ni la paz ni la propiedad. Esta elemental –en el pleno sentido del término– libertad de los mares se realiza en los nuevos espacios mundiales de los océanos del planeta» (*NdE*, p. 147). El adverbio *originariamente* indica la situación previa a la hegemonía inglesa y a la función de garante del equilibrio entre las potencias europeas que Albión cumple en virtud de su exitoso imperialismo.

cha resulte históricamente funcionalizada a la neutralización de lo político en aras del inmanentismo economicista. Son los actores de una lucha vital y disparadora de la revolución epocal, sobre la cual medita Schmitt, *nel mezzo del suo camin*. La innegablemente heroica marginalidad del *privateer* o de los variados desclasados, que pueden enarbolar indistintamente una bandera nacional o la agorera Jolly Roger, y la intrépida confrontación del arponero con su presa son puntos de condensación de la pulsión posesiva de los modernos y, simultáneamente, ocasiones poéticas por excelencia.²⁰

Los pioneros del universalismo, lanzados todos ellos a la toma de mares y tierras, lo hacen *more* capitalista: compitiendo despiadadamente todos contra todos, hasta el punto de que –entiende Schmitt– no puede hablarse de algo como un «frente común» con tareas compartidas en la lucha contra las adversidades *naturales* (sean éstas animales acuáticos, selvas y desiertos, o indígenas reacios).²¹ Sin embargo, esta desafortunada competencia natural, esta ilimitada lucha entre sujetos hobbesianos no sometidos al orden soberano, no puede dejar de obedecer

20. Melville, pero también Michelet, son los intelectuales faro del derrotero schmittiano. Nos ocuparemos de ellos luego. Ahora, y a guisa de información tal vez no superflua, cabe recordar que la *Jolly Roger* es la –no por archipublicitada, menos cautivante– insignia negra, en cuyo centro una calavera corona dos tibias que se intersecan en *x*. Pero había variaciones iconográficas (hemos consultado A. Sternbeck, *Histoire des flibustiers et boucaniers*, París, Payot, 1931, pp. 309 y ss.; H. F. Rankin, *La edad de oro de la piratería*, Madrid, Doncel, 1972, pp. 49 y ss., J. y F. Gall, *El filibusterismo*, México, FCE, 1957, pp. 155 y ss.); M. Rediker, *Between the Devil...*, *op. cit.*, pp. 278-281.

21. «Portugueses, españoles, holandeses e ingleses lucharon entre sí por el reparto de las nuevas tierras. [...] Ningún gobierno, ni el portugués, ni el español, ni el francés, holandés o inglés consideró el derecho de los nativos y de las poblaciones indígenas a su propio suelo» (*LUM*, p. 76). Recordemos que, desde una perspectiva exquisitamente liberal, Locke *justifica* por qué los indígenas americanos no tienen derecho a los suelos sobre los que moran con indolencia y embrutecidos por la propiedad en común y la carencia de dinero: véanse en especial, no exclusivamente, los parágrafos 26, 37, 41, 43, 49 de su famoso *Segundo Tratado (An Essay Concerning the True Original, Extent, and End of Civil Government*, cuya primera edición lleva la fecha 1690). Los nativos americanos, humanos al fin, no son naturalmente belicosos y habitan comarcas potencialmente ubérrimas, *pero no son propietarios* porque por naturaleza son holgazanes y, por ende, es racionalmente justo que esas tierras sean civilizadas. Así argumenta quien fuera secretario de la Asociación de Propietarios de la Colonia de Carolina (y autor o coautor de las *Fundamental Constitutions* de esta posesión inglesa en América), de la Junta de Comercio, y de la oficina de Patronato Eclesiástico, cuando su protector, Lord Ashley, fue nombrado Lord Chancellor en 1672. Que la gandulería y/o incapacidad agrícola de los indígenas son fruto de la imaginación lockeana, y no de la falta de información, es evidente con sólo atender a la descripción de los duros trabajos agrícolas cumplidos por los nativos americanos, que hace una de las fuentes a las que acude el padre fundador del liberalismo, a saber: César De Rochefort, *Histoire Naturelle et Morale des Iles Antilles*, Rotterdam, 1658 (t. II, pp. 288-290), tal como observa y refiere Sergio Landucci (en su *I filosofi e i selvaggi. 1580-1780*, Bari, Laterza, 1972, p. 153 y nota), quien además destaca las tensiones argumentativas entre el modo como Locke describe a los americanos cuando trata la propiedad y la misma imagen cuando teoriza el origen del orden político (pp. 155 y ss.).

a una dialéctica, según la cual una antítesis extrema es la clave de la revolución en acto. Una antítesis teológica-política.

Atravesado el océano, las potencias conquistadoras comienzan en América a combatirse sin cuartel, legitimándose, respectivamente, en la tarea misional fiel al cristianismo romano, o en la liberación religiosa, social y política respecto de la potestad papal y del poder ejercido por los secuaces del obispo de Roma. «De este modo, la lucha por la toma de tierra en los nuevos territorios se volvió una lucha entre Reforma y Contrarreforma, entre el catolicismo ecuménico de los españoles y el protestantismo universalista de hugonotes holandeses e ingleses. Frente a los nativos de las tierras recién descubiertas, las naciones cristianas que realizaban la toma de tierra no conformaban ningún frente común, porque aquí no existía ningún adversario combativo. Tanto más encarnizada, pero también tanto más significativa desde la perspectiva histórica, y más incisiva como fuerza configuradora de una época, fue la guerra de religión que por entonces se desata entre los pueblos cristianos lanzados a la conquista, la lucha universal entre catolicismo y protestantismo» (*LUM*, pp. 78-79).

Schmitt previene expresamente sobre el error interpretativo que toma el elemento de religiosidad operante en la confrontación entre países europeos en el espacio de la libertad (los océanos y América) como prueba de un conflicto puramente confesional; y, tácitamente –creemos–, también sobre el que lo reduce a mera manifestación distorsionante de una presuntamente más profunda *verdad* económica. La significación histórica de esta lucha, según Schmitt, radica en la reordenación del espacio en el nivel planetario, tal como resulta de la dialéctica «elemental» entre la tierra y el mar, entonces en plena dinámica hacia un nuevo *nomos* (cf. pp. 79-81). Por cierto, la guerra entre cristianos es un fenómeno culturalmente complejo. Ante todo, porque no se trata de una línea divisoria única: el credo más fuertemente combativo, el calvinismo (y sus derivaciones) es el principal contendiente contra el que se embate la tropa de élite católica, los jesuitas, pero el credo ginebrino entabla batalla también contra el luteranismo, demasiado apegado a la autoridad política; todo lo cual se agrava por el hecho de que el escenario principal de esta guerra es Alemania, un país que ha quedado excluido de la expansión extraeuropea de la primera modernidad.²²

22. Alemania sufre todos los perjuicios de una guerra cuyo eje ideológico-político se ha desplazado a un ámbito espacial del cual está completamente ausente. Para peor, en su territorio el conflicto civil-religioso conoce la máxima agudización, previa a la neutralización que se irá operando paulatinamente por medio del sistema de equilibrio interestatal. «El odio de los luteranos a los calvinistas no era menor que su odio a los papistas, ni tampoco menor que el odio de los católicos a los calvinistas. Esto se explica no solamente porque los luteranos respetaban mucho más que los activos calvinistas el principio del sometimiento a la autoridad. La verdadera razón es que por entonces Alemania había

El aspecto tal vez más importante para la perspectiva schmittiana es la función proléptica que cumple el choque sin cuartel entre jesuitas y calvinistas, «la distinción amigo-enemigo de magnitud global»: el carácter *total* de este conflicto lo vuelve un anuncio de lo que acontecerá en el siglo XX. En este sentido, el calvinismo representa una adecuada manifestación inicial de la incontenible fuerza expansiva de esa subjetividad que ve reforzado su *élan* totalizante cuando se desembaraza de la inicial configuración sustancial –diríamos: cartesiana– y se autolegitima en conformidad con la fluidez, movilidad y vacuidad de los elementos (primero el agua, luego la simbiosis aire/fuego) que condicionan epocalmente a la modernidad en su fase clásica y en la aún vigente era de masas, respectivamente. A su manera, el calvinismo –sobre todo en su variación *puritana*– es la forma más radical de esa conciencia que se cree autorizada a desafiar toda autoridad y a operar según su criterio individualista la mediación entre lo absoluto y lo contingente, habiendo relativizado e incluso neutralizado el acatamiento católico, pero también luterano, a la autoridad eclesiástica y/o estatal.

El ideograma que legitima las pretensiones de esta fase inaugural de la libertad de la conciencia es la *predestinación*. Este dogma vigoriza la combatividad de los nuevos elegidos por un Dios que insiste con alianzas veterotestamentarias; de la idea de pueblo predestinado emana el radicalismo con que los puritanos encaran la fundación del nuevo reino de Jehová en América; esta creencia intensifica los conflictos teológicos, políticos y sociales que distinguen el comienzo de la modernidad.²³ Quien se considera predestinado por Dios, encuentra en la elección divina la justificación de todas sus acciones, ya que todas ellas sirven para combatir a los negadores de Dios, y la fuerza para sobrellevar los desafíos existenciales que tal cruzada exija. Cruzar el océano es la travesía purificadora y su meta no es liberar la vieja Jerusalem, sino fundar la nueva en las tierras americanas, libres e infinitas. Estar destinado a la salvación es el mito movilizador del vuelco hacia el mar, tal como lo llevan a cabo Pilgrim Fathers, piratas y cazadores de ballenas.

sido desplazada de la conquista territorial en el Nuevo Mundo y se hallaba inmersa en la confrontación mundial entre las potencias conquistadoras euro-occidentales desde afuera», es decir, tensionada por las vicisitudes del apoderamiento de América; con lo cual deviene «campo de batalla de una guerra por la toma de tierra, que le es íntimamente ajena y que acontece allende los océanos, sin participar ella misma en dicha toma de tierra» (*LUM*, p. 82).

23. «Todos los no calvinistas se espantaban ante la fe calvinista, sobre todo ante la inflexible creencia en la predestinación del hombre desde la eternidad. Desde una perspectiva secular, la predestinación es tan sólo la máxima intensificación de la conciencia de pertenecer a otro mundo, que no está condenado a la decadencia. Para decirlo con el léxico de la sociología moderna, se trata del grado máximo de la autoconciencia de una élite, segura de su rango y de su momento histórico. Dicho de un modo más simple y humano, es la certeza de ser salvado, y la salvación es simplemente el sentido decisivo de la historia universal, superior a toda otra teorización» (*LUM*, p. 83).

«El calvinismo era la nueva religión combativa; el vuelco elemental hacia el mar encontró en él la fe que le era más adecuada», la que sustentó la voluntad indomable de quienes de hecho derrumban la *sustancia* antes de que lo haga de iure la filosofía. Son los héroes de las hermeneusis hiperradicales de la Biblia, abiertas por el credo ginebrino: «hugonotes franceses, héroes de la libertad holandeses y puritanos ingleses», miembros de las comunidades calvinistas de los Países Bajos, Suiza o Hungría. En todos ellos se encarnan las desencadenadas «energías marítimas», el impulso hacia la infinitud, tal como solamente puede vivenciarlo quien se sabe escogido por la divinidad como interlocutor privilegiado y agraciado, y así autorizado a romper con un mundo corrupto, que, si aún perdura, es exclusivamente porque hay conciencias que no osan rebelarse al decadente absolutismo monárquico y a las arbitrariedades católicas (*LUM*, pp. 82-83).

No hay mejor testimonio de la elección divina que el dominio laborativo y comercial de la naturaleza y el enfrentamiento sin tregua a los enemigos del verdadero cristianismo. Todos estos motivos convergen en la guerra –a su manera *total*– contra España. «Es en la figura de esta ralea del mar que hace su irrupción el elemento marítimo. Su edad heroica duró alrededor de cincuenta años, aproximadamente desde 1550 hasta 1713, es decir, desde el comienzo de la lucha de las potencias protestantes contra la potencia católica mundial, España, hasta la Paz de Utrecht», que es cuando Inglaterra, dominadora de los mares, comienza a controlar el equilibrio europeo (*LUM*, p. 41).²⁴

La *libertad de los modernos* (un cansino topos de la literatura política) comienza a realizarse concreta y efectivamente no sólo en las reivindicaciones de auto-

24. «[...] Los corsarios de los siglos XVI y XVII cumplen un gran rol histórico. Son activos luchadores en la gran confrontación universal entre Inglaterra y España. [...] De aquí que diferentes maneras de designarlos, como piratas, corsarios, *privateers* o comerciantes-aventureros, fueran utilizadas indistintamente y de manera confusa», más allá de la definición jurídica, según tuvieran o no patentes oficiales (*LUM*, pp. 43-44). Schmitt recuerda también a los «piratas hugonotes en el puerto fortificado francés de La Rochelle, que, junto a los “mendigos del mar” holandeses, pelearon contra España en la época de la reina Isabel. A los que se agregan entonces los así llamados corsarios isabelinos, que contribuyeron decisivamente a la destrucción de la Armada española en 1588. Los sucedieron los corsarios del rey James I. [...] y luego vienen los filibusteros y bucaneros salvajes» en los mares caribeños (*LUM*, pp. 40-41). La significación histórica no pasa por haber tenido, o no, la autorización real para semejantes tropelías. «Más esenciales que tales cuestiones jurídicas es algo diferente. Todos estos rochelenses, mendigos del mar y bucaneros tienen un enemigo político: España, la potencia mundial católica. Libran guerra de corso en la medida en que conservan cierta compostura, capturando fundamentalmente sólo naves católicas y contemplando su conducta con buena conciencia, como una obra grata a Dios, de cuya bendición gozan. Se alínean así en un gran frente histórico, en el frente del protestantismo mundial de entonces, en guerra contra el catolicismo mundial de entonces. No se trata de justificar sus asesinatos, incendios y saqueos. Mas, en la situación general de esta época de cambio, tienen en todo caso una posición propia y así un significado y un rango históricos» (*LUM*, p. 44).

nomía religiosa y eclesiástica, en las proyecciones combativas del libertarismo individualista o comunitario contra las estructuras del absolutismo monárquico, sino también –y como notable acelerador de este proceso– en la lucha contra el imperio español en los dos mundos, en la toma del mar y en el apoderamiento de tierras americanas; y el principal sustrato ideológico de estas *conciencias libres* es el protestantismo más radical. Este credo es el vehículo discursivo de las «energías propias de la irrupción del elemento marino, que provocan en los siglos XVI y XVII la alianza entre la osada navegación marítima y la creencia calvinista en la predestinación» (*LUM*, p. 102).²⁵ Así se forma el temple anímico del europeo que se lanza a conquistar la infinitud motivado y legitimado por una autoconciencia que recibe la bendición religiosa del puritanismo, y, a la vez, un *nihil obstat* laico del racionalismo que paulatinamente deviene el factor secularizante decisivo en la conformación de la ideología del *progreso* y la *civilización*. Ni siquiera los piratas, en los estertores de su edad de oro, habrían escapado a las ensañaciones del utopismo humanista habituales entre los heraldos de las luces.²⁶

25. Por cierto, que Schmitt eleve a clave comprensiva central la dialéctica tierra-mar y las contraposiciones entre las fuerzas políticas y culturales en general, ligadas con uno u otro elemento, no equivale a uniformizar la articulación espacial del proceso, pues se trata de dos dinámicas antitéticas bajo una lógica omniabarcadora: lo que ocurre en Europa (estatalización y acotamiento de la guerra) es lo contrario, en complementariedad dialéctica, con lo que acontece en América (guerra protototal). «Pero si dirigimos nuestra mirada hacia el mar, inmediatamente vemos una conjunción o –si así cabe expresarse– la confraternidad histórico-universal que liga al calvinismo político con las energías marítimas europeas, que entonces irrumpen en escena. También los frentes religiosos y las combativas consignas teológicas de esta época encierran en su núcleo la oposición entre las fuerzas elementales que han llevado a cabo el desplazamiento de la existencia histórica desde la tierra firme al mar» (*LUM*, pp. 84-85).

26. Cuando, tras la Paz de Utrecht, la presencia marina británica comienza a ordenar las aguas, la piratería como empresa capitalista resultante de la *más libre* iniciativa individualista entra en declinación; no habrían faltado, sin embargo, excepciones actualizadas con la secularización iluminista, postconfesional. Schmitt observa que una de ellas es «el capitán francés Misson, que en torno a 1720 intentó erigir en Madagascar un inusual imperio de la humanidad», con una fe no maculada por intención criminal alguna (*LUM*, pp. 42-43). En rigor, este pirata bondadoso es una invención de Daniel Defoe. En 1724-1726, publica –con el seudónimo de Capitán Charles Johnson– los dos volúmenes de *A General History of the Pyrates, from their First Rise and Settlement in the Island of Providence, to the Present Time*, donde crea la figura del humanitarísimo Misson, la única ficción de su valiosa historia de la piratería entre los años 1717 y 1724, un período de florecimiento de tal actividad en los mares americanos, pese a la opinión de Schmitt. Según Simona Draghici, éste ha de haber tomado el dato equivocado del *Pirate's Who's Who*, de Gosse (cf. *Land and Sea...*, *op. cit.*, p. 70). Observemos que en su trabajo posterior, este estudioso inglés de la piratería se entusiasma con la «república pirata dedicada a la libertad, igualdad y fraternidad» (*The History...*, *op. cit.*, p. 3), pero no deja de reconocer que «no se han encontrado hasta ahora evidencias que corroboren» el relato del Capitán Johnson (*ibid.*, p. 194), exponiendo luego la azarosa vida del dudoso Misson (pp. 194-201). Al respecto, como en general sobre esta obra de Defoe (alias Johnson), hemos utilizado la «Introduzione» de Mario Carpitella a Daniel Defoe, *Storie di pirati*, Bari, Laterza, 1974, pp. v-xv; para el relato defoeniano sobre Misson: cf. pp. 253-294.

La modernidad europea clásica entrará en una transmutación que –desde mediados del siglo XIX aproximadamente y sobre todo en el siglo XX– resignificará sus marcas originarias de identidad al realizarlas hasta sus últimas consecuencias. Se trata, fundamentalmente, de ese avance totalizante de lo económico sobre lo político que anulará las diferencias y los dualismos inherentes tanto al orden intraestatal (Estado/sociedad civil), como al interestatal (pluralidad de soberanos) modernos. Sin embargo, antes de que esto ocurra, la modernidad pone en práctica un tipo de ordenación espacial del planeta, un nomos por primera vez efectivamente global, con una teorización de la normatividad correspondiente en ese cuerpo doctrinario que Schmitt valora como *jus publicum Europaeum*.

Esta estructura planetaria se va articulando históricamente a lo largo de dos períodos. El primero, desde los descubrimientos en todo el globo y los asentamientos en América, aunque también en ciertas regiones del África, Oriente y Oceanía hasta el comienzo del predominio británico; el segundo, que profundiza la expansión anterior, se extiende a lo largo del siglo XIX hasta 1914. Los rasgos epocales comunes a ambos son la conformación de los estados nacionales en Europa, con la pacificación y estructuración de un orden intraestatal que este proceso lleva consigo, y –en una complementaria antítesis dialéctica– la liberación de esos mismos actores respecto de la normatividad que ellos mismos han producido *dentro* del espacio europeo, cuando su accionar se desplaza al exterior y se despliega como apoderamiento de mares y tierras en los nuevos espacios, primero como colonización y luego como imperialismo. La variación más importante es la del actor privilegiado del proceso: Gran Bretaña, hegemónica durante casi todo el siglo XIX, cederá su lugar a la potencia pujante e incontenible, los Estados Unidos, que a lo largo de este período opta por una actitud de ausencia prescindente en la política europea, a la par que de expansión comercial por todo el mundo. En conformidad con la doctrina Monroe de 1823, la política exterior norteamericana opera una cerrazón aislacionista frente a toda eventual pretensión europea de retrotraer las cosas a la situación previa al ciclo revolucionario, y simultáneamente promueve una expansión imperialista en América Latina y el Pacífico, invocando el destino que Dios les ha impuesto a los norteamericanos de hacer coincidir la propagación de la libertad con una incontenible dilatación de las fronteras de su país y los intereses económicos de sus habitantes blancos y puritanos.

Pero no es este último el aspecto que nos interesa destacar ahora, sino el siguiente. La espacialidad global conoce, entonces, el dualismo entre el ámbito europeo y el extraeuropeo. Estas regiones diferenciadas, aunque pertenecientes ambas a la misma conciencia espacial moderna, se caracterizan por sus lógicas específicas, una complementaria de la otra en su contraposición misma. Europa re-

presenta el momento *interior* de la racionalidad, ese *adentro* donde impera la soberanía estatal y, por ende, el derecho público internacional reconoce la igualdad entre formaciones políticas equivalentes. Desde esta perspectiva, todos los estados gozan de la misma dignidad jurídica, lo cual incluye el derecho de guerra: la razón autoriza a todo orden soberano a *gerere bellum* cuando entienda que se encuentra en la situación extrema que así lo exige. Y como solamente los estados tienen la *personalidad* caracterizada con semejante prerrogativa, guerra hay exclusivamente entre ellos. Esto significa, además, que en conformidad con esta nueva categorización del fenómeno bélico, los estados se enfrentan en la condición de *enemigos justos*, y que, por eso mismo, la guerra no puede ser *justa*, tal como se la entendía tradicionalmente. No es racional que lo sea: la condición de enemigo justo anula la guerra justa. Por último, la desdikelogización de la guerra significa que el enfrentamiento entre estos *justi hostes* puede conocer un acotamiento o delimitación, en tanto se desarrolla en el Viejo Mundo, espacio del equilibrio pluriestatal. Ello conlleva que la guerra no puede ser finalizada con la aniquilación del otro Estado, que se delimite la práctica bélica misma a través de la distinción entre fuerzas armadas regulares (los combatientes uniformados son los únicos actores bélicos legítimos) y población civil y que se categorice la condición de Estado neutral, un tercero que puede mantener relaciones con alguno de los contendientes, sin que ello lo vuelva contendiente.²⁷ No cabe considerar la guerra desde la perspectiva teológico-moral de la culpa, no guarda conexión con cuestiones religiosas, morales o normativas en general, dependientes del concepto de *guerra justa*. En todo caso, si se aplica esta calificación, ella concierne a la dimensión política de los participantes, es decir, que sean estados y no personas privadas; y que ningún contendiente sea descalificado como criminal, pues «quienes se hacen la guerra son soberanos jurídicamente iguales» (NdE, pp. 114-115).

El otro espacio es el momento *externo* de la racionalidad europea (interiormente normativizada), el *afuera* donde el sujeto moderno puede ejercitar en plena libertad (desembarazado del orden estatal) toda su *vis* posesiva en los mares y tierras extraeuropeas, apoderándose de lo que logre obtener *en una confrontación sin límites*. También esta lógica es intrínsecamente racional, inherente a la esencia misma de la conciencia moderna.

Si la estatalidad es el dispositivo doctrinario y efectivo que da cuenta del orden vertical imperante en el interior de los nuevos sujetos políticos, relacionados en

27. «Justa en el sentido del derecho internacional europeo de la época de la interestatalidad es, en consecuencia, toda guerra interestatal conducida por ejércitos organizados militarmente de estados reconocidos según el derecho internacional, sobre suelo europeo y en conformidad a las reglas del derecho de guerra europeo» (NdE, p. 115; cursivas en el original).

pie de igualdad en el sistema europeo de equilibrio interestatal, la libertad irrestricta es el fundamento que la conciencia moderna sabe dar a su praxis extra- y antiestatal en el resto del globo. La *libre empresa* es una fórmula que cobija bajo su manto semántico las conductas más variadas, y en el espacio que le es más congruente porque no está sometido a coacción soberana (el de las infinitas aguas oceánicas y de la ilimitada geografía americana, sustancialmente análogo al del invisible fuero interno, al de la *Öffentlichkeit* o esfera público-societal por entonces en plena autoafirmación combativa, y al del mercantil *laissez faire, laissez passer*); en este espacio libre, entonces, se desdibuja la porosa línea divisoria entre emprenditorialidad económica y delictiva, entre comercio y piratería. Guerrear, piratear y comerciar en los mares libres conforman una suerte de genealogía trinitaria del capitalismo. Donde todo tiene valor, *todo vale*.

Hobbes lo plantea con la conocida advertencia sobre qué tipo de existencia se sobrelleva fuera del orden soberano: la guerra de todos contra todos. Sin embargo, el propósito hobbesiano es contrario al curso que siguen las doctrinas y las acciones legitimadas en el individualismo moderno, pese a la aparente similitud de las enunciaciones. La doctrina del estado de naturaleza enunciada por el benemérito inglés deslegitima toda invocación de la justicia en el plano de las relaciones no sometidas a la soberanía, esto es, desdikelogiza la guerra, situación natural por excelencia dada la ausencia de un dios mortal reconocido por los estados en sus nexos recíprocos. Ningún Estado puede invocar la justicia de su causa en contra de otro, porque en el estado natural no hay un criterio único y eficaz que determina lo propio de cada uno. O, en todo caso, se puede llegar a un tipo de acotamiento normativo –aunque sin coacción superior– de la guerra en un espacio que, como el europeo, *debe diferenciarse* del que Hobbes tenía *in mente* al postular que la vida natural es «*solitary, poore, nasty, brutish, and short*»; ese tipo de vida que llevarían los nativos de América.

En el Nuevo Mundo y en los océanos, espacios desestatalizados, y en virtud de las prerrogativas del archizarandeado fuero interno, Hobbes enseña la peculiar legitimidad de una guerra que su doctrina reduce al *factum* de la supervivencia. Pero el autor de *Leviathan* no ve que con su imagen del hombre natural y sus argumentaciones iusnaturalistas ha neutralizado en exceso la razón política y la apología de la soberanía que motivan su pensamiento. El derrotero ideológico que seguirá el pensamiento liberal para desacreditar la soberanía es ficcionalizar una racionalidad objetiva y un criterio de justicia válidos y vigentes con independencia del soberano en ese mismo espacio *natural* que Hobbes había purificado de todo universalismo moral y económico. Coherentemente con este planteo, el liberalismo enuncia pautas *naturales* que permiten a las conciencias individuales justificar, *invocando la justicia racional y eterna*, todo tipo de con-

ducta que pueda tener lugar en semejante espacio no-político. Donde imperan los universales abstractos y cada individuo es su intérprete y aplicador legítimo, valioso y justo es lo que a cada conciencia –en su puro e íntimo diálogo sin mediaciones externas con lo absoluto– se le ocurre que sea tal, autorizándose a sí misma cualquier conducta que juzgue adecuada para dar realidad a la verdad iluminadora. Por ende, la guerra resultante es total y justa. De esta manera, los dogmas liberales proveen el fundamento ideológico a los actores de un tipo de enfrentamiento irrestricto e ilimitado, donde las partes combatientes se creen legítimas vicarias de la racionalidad y la justicia, y así coherentemente degradan a su contendiente a la condición de injusto, inhumano, merecedor de una enemistad absoluta. Desde este planteo universalista se infiere que el representante de la *justicia eterna* (concretamente: la que preside el intercambio utilitario en términos horizontales, en antítesis al verticalismo de la soberanía), o sea y ante todo: la propia conciencia, está racionalmente autorizado, primero a criminalizar y luego a aniquilar a quien sea definido como amenaza a la racionalidad universal e indiscutible.²⁸

28. La justicia está exclusivamente del lado de aquellos cuyas conciencias, serenas y racionales, autorizan a considerarse agredidos por quien da muestras evidentes de haberse autoexcluido del género humano: los racionales y civilizados devienen legítimamente defensores de la humanidad toda en la guerra justa contra la barbarie animalesca de los *outsiders*. La guerra en nombre de la humanidad es legítimamente *total*, no conoce límites ni restricciones, porque el agresor ya no es más un ser humano, sino *cosa* o *animal salvaje y dañino*. «Al transgredir la ley natural, el agresor [*Offender*] hace evidente [*declares himself*] que vive en conformidad a una regla distinta que la de la *razón* y la equidad común [...]; se vuelve así peligroso para la humanidad [...]. Siendo un atropello para la especie humana en su conjunto [...], todo hombre [...] puede obstaculizar o, si fuere necesario, destruir lo que [*things*] le es perjudicial y de este modo hacer daño al transgresor de esa ley [natural]». «[...] E]l crimen consistente en violar la ley y apartarse de la recta regla de la *razón*, por lo cual un hombre se degenera y hace evidente que ha abandonado los principios de la naturaleza humana y se ha vuelto una criatura dañina». En virtud del derecho que todo ser humano tiene de «*proteger a la humanidad* [...], todo hombre] tiene, en el estado de naturaleza, autoridad [*Power*] para matar a un asesino, [...] quien, habiendo renunciado a la *razón*, regla y medida común que Dios diera a la humanidad, por la violencia injusta y el crimen [*Slaughter*] cometidos contra un hombre, ha declarado la guerra a la humanidad toda, y en consecuencia puede lícitamente [*may*] ser destruido como un *león* o un *tigre*, una de esas fieras salvajes, con las cuales los hombres no pueden tener sociedad ni seguridad». «[...] P]ues es razonable y justo que yo tenga el derecho de destruir lo que [*that which*] me amenaza con mi destrucción. [...] Y alguien puede destruir a un hombre que le hace la guerra, o en quien ha descubierto enemistad hacia su ser, por la misma razón que puede [*may*] matar un *lobo* o un *león*; porque semejantes hombres no están sometidos a las obligaciones [*ties*] de la ley común de la *razón*, no tienen otra regla más que la fuerza y la violencia, y pueden ser tratados entonces como bestias de presa, como esas criaturas peligrosas y dañinas que lo destruirán, si cayera en su poder». Cf. John Locke, *An Essay Concerning the True Original, Extent, and End of Civil Government*, en *idem, Two Treatises of Government*. With Introduction and Notes by Peter Laslett, New American Library (Reprint Cambridge University Press 1963), New York & Scarborough, Ontario, 1965, pp. 312, 313, 314-315, 319-320.

Comienza de este modo el proceso de creciente ideologización de la guerra, combatida contra los *falsos* principios, que son aquellos sobre los que se asienta la existencia del enemigo criminalizado. Coherentemente, si la categorización racional del enemigo es la de *criminal*, entonces carece de sentido mantener la distinción política entre combatientes y civiles. Desde las guerras ideológicas de la burguesía combativa en la Inglaterra y en la Francia revolucionarias, pasando por las crueldades de la guerra civil norteamericana hasta llegar a las conflagraciones totales del siglo XX (incluso o sobre todo en su variante más contemporánea: la guerra asimétrica), el proceso de intensificación extrema e ilimitada del conflicto corre paralelo con la anulación de todas las distinciones peculiares de la espacialidad moderna clásica y con la configuración teórica, simbólica y fáctica de un espacio único e indistinto (un homogéneo *por-donde* circular).

Lo que comienza a acontecer en el espacio extraeuropeo durante la primera modernidad anuncia lo que sobrevendrá a escala global, cuando se desdibuje el nomos moderno en la era de la totalización. Los Estados Unidos son la potencia que desencadena e impulsa –con toda la fuerza que le insufla la exitosa resemantización de la *predestinación* calvinista en la forma de *Manifest Destiny*– la disolución de la espacialidad moderna clásica, a lo largo del siglo XX y plenificada en los albores del siglo XXI, mediante la gama de recursos globalizadores (desde la estupidización mediática a la tecnología misilística) con los que el liberal-capitalismo impone la racionalidad.

Cabe insistir en los lineamientos de este proceso histórico. Estatalidad y libertad son los ejes de la articulación dualista que caracteriza la espacialidad moderna como estructura global, cuyo nervio conceptual está dado por el elemento marítimo. El espacio estatal (donde rige la coacción soberana) está delimitado a un ámbito geopolítico preciso, el europeo occidental, pero lo circunda el espacio de la libertad, tanto de los mares como de los territorios allende las aguas oceánicas. La voluntad allí operante es libre en la guerra, en la apropiación de tierras coloniales y en la conformación del mercado planetario.²⁹ Este movimiento demuestra la capacidad del capitalismo, forma cultural intrínsecamente inmanente y utilitaria, para desarrollarse en conformidad con las diversas variantes que va conociendo la neutralización de lo político en el *espacio libre*: piratería,

29. «A su vez hay otra manera en que se relacionan histórica y estructuralmente las ideas de mar libre, comercio libre y libre economía mundial con el pensamiento de un espacio libre para una libre competencia mundial y una explotación [también] libre», es decir, liberados de toda soberanía. «Los espacios “libres” que así surgen, se vuelven manifiestos bajo la hermosa luz de un ámbito para una confrontación agonal de las fuerzas; mas también pueden volverse un desquiciado caos de aniquilación recíproca. Es un problema de las estructuras [*Konstruktionen*] [de convivencia], con sus distintas formas de valorar, y del libre juego de fuerzas [competitivas]» (NDE, p. 68).

saqueos, aniquilación de poblaciones nativas, caza de ballenas, comercio marítimo, economía de mercado nacional y mundial, guerra ilimitada.

Se abre así la transición desde la moderna espacialidad dialéctica al universalismo totalizante contemporáneo. La soberanía resulta progresivamente enervada en nombre de la *libertad*, tal como los saberes y las simbologías de la racionalidad (o sea, la conciencia privada en diálogo personal, sin mediaciones exteriores, con lo universal) la interpretan en conformidad con la dinámica del intercambio horizontal, propia del mercado y de la opinión pública. El dualismo clave del orden soberano moderno, a saber: entre Estado y sociedad, comienza gradualmente a derrumbarse y las instituciones estatales devienen crecientemente funcionales a los intereses particularistas y corporativos de los grupos sociales con mayor poder. La universalidad reivindicada por estos últimos resulta inevitablemente formal, vacía, enunciada por principios genéricos. Coherentemente con el imperio de esta universalidad formalista, reacia a la mediación teológico-política sobre la que se sustenta el Estado, es legitimado públicamente cualquier tipo de conducta que emprenda quien cuente con el poder simbólico y material necesario para presentarla como interpretación y aplicación de semejante justicia, enunciada con la objetividad que le conceden la genericidad de sus principios y la vaguedad de sus conceptos.

Mientras el leviatán estatal se sostuvo estabilizado sobre el *ypokeimenon* telúrico, la espacialidad racionalista moderna, en su amplitud global, conservó su dialéctica interna (la distinción intraestatal entre lo público y lo societal, el dualismo entre los dos ámbitos interestatales: el europeo y el extra-europeo). Ello duró, con alteraciones y mutaciones anticipatorias, desde el siglo XVII hasta la Primera Guerra Mundial, cuando el pasaje a la totalización y la disolución de toda diferenciación contenedora y restrictiva se vuelven irrefrenables, impulsado por la incontinencia apropiativa de su actor privilegiado (sustancializado o deconstruido que fuere).³⁰

30. Schmitt destaca que la delimitación espacial fue conceptualizada jurídicamente y puesta en práctica, desde la primera modernidad hasta su disolución, a través de tres tipos de líneas divisorias de carácter, digamos, geopolítico. La más antigua es la *Raya* hispánica, instituida en las Bulas papales: su significado radica en uniformar superficies, sin distinguir entre terrestres y marítimas, con el propósito de qué le corresponde a España y qué a Portugal, cuyos príncipes reconocen al Papa como legítima autoridad distributiva de los espacios no cristianos, para que éstos sean evangelizados. Le sucede la *Amity Line* anglosajona, que divide a enemigos irreconciliables, apologetas del foro interno y de la libertad, por ende vicarios de la justicia, unos; católicos sometidos a despotismos políticos y eclesiásticos, otros. La línea de amistad marca con claridad conceptual y con una tan aceptable como móvil nitidez geográfica el *adentro* europeo (estatalidad, paz, guerra acotada) y el *afuera* oceánico y americano (libertad natural, guerra irrestricta) de la espacialidad moderna clásica. Este orden resulta subvertido cuando los Estados Unidos irrumpen en la política mundial con su peculiar concepto de

En este último sentido, según Schmitt le corresponde a la tecnología desencadenar el traspaso de un estadio cualitativo a otro. De aquí su insistencia en la función revulsiva que, para las vicisitudes y las pautas de la existencia marítima originaria, tiene inicialmente el maquinismo, y la industrialización después. La tecnificación de la construcción naviera y de la navegación (basta pensar en los *acorazados* o en los barcos-factoría balleneros) cierra la edad homérica, *melvilleana*, de la toma del mar, poniendo punto final a la fase heroica de la lucha por conquistar las aguas infinitas. Esto conlleva un nuevo estadio de la dialéctica tierra-mar, bajo la impronta netamente instrumentalista que le imprime la gran industria capitalista y el conexo sometimiento del Estado a servidor de su expansionismo planetario. «Pues ahora el leviatán deja de ser un gran pez para transformarse en una máquina. Esto fue, de hecho una transformación extraordinaria en la esencia de las cosas.» La decisión/acción existencial heroica, la *Heldentat* «que había transformado un pueblo de criadores de ovejas en piratas», se enerva hasta que la tecnología la vuelve directamente superflua. «Entre el elemento del mar y la existencia humana se interpone ahora un aparato mecánico. [...] La revolución industrial transformó a los hijos del mar, nacidos del elemento marítimo, en constructores y operadores de máquinas» (el arponero dispara un cañón, el vigía de cofa atiende un radar), lo cual «afectó a la existencia puramente marítima, el arcano del poder mundial británico, en su núcleo esencial» (*LMM*, pp. 98-99). El intenso desarrollo tecnológico no podía no alterar el sentido originario de la toma del mar. Por un lado, se debilitan esas «energías de la irrupción elemental», o sea de la ruptura revolucionaria provocada por el vuelco desde el elemento tierra al elemento agua; esas fuerzas existenciales «que en los siglos XVI y XVII dieron origen a la asociación, de envergadura histórico-universal, entre la intrépida travesía de los mares y la fe calvinista en la predestinación» (*LMM*, p. 102). Pero, por otro, la historia se abre a una estructura de dominación planetaria incomparablemente superior a la poseída por la potencia –Inglaterra– que imperaba en la infinitud marítima. La metafísica de lo telúrico, la teología política del orden estatal se enfrentará desde entonces –en

americanismo. La línea correspondiente divide hemisferios: los norteamericanos la trazan para manifestar su aislamiento, por ende la ruptura con el mundo europeo, del que se consideran herederos, pero a la vez superadores y, por ende, amenazados por las pretensiones eurocéntricas. La Doctrina Monroe es una formulación paradigmática de esta actitud defensiva, simultáneamente configuradora del *nuevo occidente* y, en consecuencia, preludio necesario (conceptual e histórico) de la posterior proyección imperial, justificada por la misma lógica de la predestinación y la misión libertadora asumida por los Estados Unidos, en tanto que espacio de la *verdadera libertad*. Cf. *ndE*, pp. 54-68, 256-270; y, en general, sobre la espacialidad moderna en su dualismo distintivo y la dialéctica de antítesis y complementación entre el ámbito de la estatalidad y de la libertad, véanse pp. 111-118.

desventaja— con la movilidad o fluidez extrema de lo intercambiable, con la reducción de toda ontología a interrelación sistémica de lo meramente aparential, sin ningún sostén sustancialista; esto es, un universo *deconstruido*, donde nada resiste a la infinita dinámica dineraria. El liberal-capitalismo es, precisamente, el correlato doctrinario y existencial de la deconstrucción históricamente en acto, es decir, de ese sistema postsustancial de la circulación infinita, en la constante fluidez que le confieren los elementos (lo acuoso y lo aéreo-ígneo) sobre los que se asienta su hegemonía planetaria.³¹ El vaciamiento nihilista de la teología política pone un cierre a la agotada estatalidad hobbesiano-schmittiana, tal como la tecnologización de la vida marítima vacía de sentido a la épica oceánica de las sagas melvilleanas.

La admiración que Melville suscita en Schmitt concierne, precisamente, a ese epos marino en la fase final de su transición hacia la *Aufhebung* tecnocrática, congruente con la expansión planetaria del capitalismo. En este autor impar, el pensador alemán encuentra numerosos motivos que facilitan la comprensión de la convergencia y la articulación de motivos en el aventurerismo marítimo de la primera mitad del siglo XIX, cuando comienza a irrumpir la era de las masas, de la tecnología y de la totalización.

Cabe, entonces, ver ahora las pocas alusiones que Schmitt hace a su lectura de Melville.

31. No cabe ocuparnos ahora de la bibliografía secundaria sobre este aspecto geopolítico del pensamiento schmittiano. Nos limitamos a citar dos trabajos relativamente recientes que —desde perspectivas contrarias a la nuestra— discuten aspectos específicos del planteo expuesto. Antimo Negri cuestiona la identidad terrestre que Schmitt le adscribe al Leviatán hobbesiano en su «Hobbes e il mare» (A. Quarta e P. Pellegrino, *Humanitas. Studi in memoria di Antonio Verri*, vol. II, M. Congedo de., La Galatina, 1999, pp. 77-90); Peter Stirk rechaza la aspiración schmittiana a haber elaborado una teoría científica, en su «Carl Schmitt's *Völkerrechtlich Grossraumordnung*», *History of Political Thought*, xx, 2, 1999, pp. 357-374 (en esta línea, uno de los estudios que mejor articula las imputaciones a Schmitt es el de Matthias Schmoeckel, *Die Grossraumtheorie*, Berlin, Duncker u. Humblot, 1994). Pero recordemos también, en primer lugar, un trabajo —de corte más bien expositivo— que integra adecuadamente el esquema general schmittiano en el contexto del conflicto con Gran Bretaña a partir de 1939: es el de David Cumin «Thalassopolitique. Carl Schmitt et la mer» (www.Stratisc.org), 2000. En segundo lugar, un ensayo que integra las observaciones schmittianas con textos modernos y contemporáneos relativos al espacio acuoso y al imaginario marino (la secuencia que va desde el mar como lugar de tránsito hacia la conquista, pasando por la condición de imagen de la melancolía por Dios muerto, espacio re/creativo y finalmente turístico, hasta devenir finalmente un *no-lugar* posmoderno, en el sentido de abandono de la dinámica de expansión ultramarina característica de la modernidad clásica: cf. Axel T. Paul, «Überschreitung und Schwelleanangst. Über die nautische Phantasie und die Küste», *Aesthetik und Kommunikation*, 29. J., H. 102, 1998, pp. 59-66.

2. «¡*Ab, Dough-Boy, mal le va al camarero blanco que sirve a caníbales!*» (Melville)

En los años de guerra y durante su encarcelamiento bajo la ocupación aliada, Melville le brinda a Schmitt los referentes literarios que corroboran e incitan sus reflexiones históricas y, a la vez, su meditación sobre el significado existencial de su actitud como jurista que, habiéndose integrado inicialmente al nacionalsocialismo, siente que ha quedado entrampado en una maquinaria totalitaria que lo amenaza en su misma persona, y no sólo en sus ideas.

Su epistolario con Jünger –a comienzos de la década de 1940– ilustra el estímulo que Melville le ofrece para ahondar su concepción de lo político en el vórtice del torbellino nihilista, sin abandonar el nunca abandonado propósito de salvaguardar el derecho. Las primeras menciones son las de un Schmitt interesado en que Jünger lea *Benito Cereno*, e inquieto por el simbolismo melvilleano de un relato, en cuya figura central visualiza tanto una valía mítica de portada histórica, como una ficción literaria que refleja la verdad íntima de su propia condición personal desde el momento en que devino peligrosamente malquisto para el régimen, en 1936-1937.

No aparece inicialmente la interpretación del autor de *Moby Dick* como el Homero de la odisea burguesa. Más aún, la carta nos permite aventurar que Schmitt desea leer la novela de Melville *por primera vez en forma completa*, ya que la traducción en alemán eventualmente disponible por entonces no era integral, y su interés en obtenerla sería mucho menor si poseyera una versión original. Si así fuera, podríamos afirmar, ante todo, que las primeras observaciones schmittianas sobre el sentido epocal de la saga oceánica melvilleana se basaría en la lectura que pueda haber hecho de las páginas seleccionadas por editores alemanes atentos al aspecto *aventurero* de la obra, y no en el conocimiento pleno de la misma; lo cual podría también explicar cierto desinterés de Schmitt en aspectos teológico-políticos claramente presentes en el pensamiento y en las páginas del gran escritor estadounidense. En segundo lugar, que resulta comprensible no sólo por motivos intrínsecos a su pensamiento, sino también circunstanciales, que la atención schmittiana se centre inicialmente –tal como lo confirmará poco después– en los acontecimientos del *Santo Domingo*, como expresión poética de la intensidad extrema que puede alcanzar una situación afectada por la *indecisión*.³²

32. El deseo schmittiano de que Jünger lea el relato melvilleano es palmario. Así le escribe el 25 de febrero de 1941: «Le envió inmediatamente *Benito Cereno* de Melville. Lamentablemente no se puede conseguir *Moby Dick*. Espero recibir pronto *Billy Budd*. Me quedo perplejo ante el simbolismo de esta situación, tan enigmático e impremeditado». Cf. *Ernst Jünger-Carl Schmitt. Briefe 1930-1983*.

De algún modo, Jünger esquivo la cuestión: simplemente recuerda la impresión –algo superficial– que le provocara *Billy Budd*, y no demuestra compartir o siquiera comprender las inquietudes de su amigo, sin aludir siquiera a *Benito Cereno*.³³ Ni ahora ni después concede atención al problema situacional pintado por este relato melvilleano, motivo iniciador de la hermenéutica schmittiana, y más bien le impresiona la autoidentificación de su interlocutor con el capitán español.

Esta última cuestión en sí misma, y consecuentemente cierta precisión en fecharla, son importantes porque será objeto de críticas por parte de quienes ven en ella un presunto expediente justificatorio al que habría recurrido el jurista alemán para evitar condenas legales y morales en la posguerra. Según Jünger, ya en mayo de 1941 (*o sea con breve posterioridad a la primera alusión epistolar a Benito Cereno, pero mucho antes de que Schmitt sea sometido a indagación por los*

Herausgegeben, kommentiert und mit einem Nachwort von Helmuth Kiesel, Stuttgart, Klett-Cott, 1999, pp. 114-115. Interpretamos que la mencionada imposibilidad de conseguir la novela en Berlín hace referencia –como ya observamos– a una versión integral, e incluso que en esta carta Schmitt puede estar solicitándole a Jünger una versión en inglés, pues es recién meses más tarde (el 17 de septiembre) que le solicitará la francesa publicada ese año, con traducción e introducción de Jean Giono, cuya interpretación de Melville, por lo demás, le resulta insatisfactoria (cf. *Briefe...*, op. cit., p. 129, y nuestra referencia en la nota 36 *infra*). Kiesel informa que Schmitt tenía en su biblioteca esta última edición, con una dedicatoria de Jünger (cf. *Briefe...*, op. cit., p. 569). Pero es obvio que éste se la ha enviado después de haberse entablado el cambio de opiniones al respecto. Fundamentamos nuestras observaciones en estos datos: hasta 1927, en Alemania sólo se traducen *Typee*, *Omoo* y *Redburn*. Ese año se publica una versión abreviada de *Moby Dick* (en la editorial T. Knauer, en una colección de aventuras). Las primeras traducciones de *Benito Cereno* y de *Billy Budd* son de 1938; y la magna novela aparece –también abreviada– en 1942, y completa en 1944, en Suiza. Cf. Charlotte Weiss Mangold, *Herman Melville in German Criticism*, Ph. D. Diss., University of Maryland, 1959, pp. 27 y ss., 49 y ss. Tomo esta indicación de Sanford E. Marovitz, «Herman Melville: A Writer for the World», en J. Bryant, *A Companion to Melville Studies*, New York-Westport-London, Greenwood, 1986, pp. 741-780; cf. pp. 754-755. De todos modos, en cuanto a la literatura melvilleana que Schmitt poseyó a lo largo de su vida, y más allá de las obras que puede haber perdido o bien leído sin conservarlas después, la información que ofrece el *Nachlass Carl Schmitt. Verzeichnis des Bestandes im Nordrhein-Westfälischen Hauptstaatsarchiv*. Bearbeitet von Dirk van Laak und Ingeborg Villinger, Respublica, Siegburg, 1993, es la siguiente: *Billy Budd*, Frankfurt 1952; *Billy Budd Sailor, and Other Stories*, London 1970; *Billy Budd und andere Geschichten*, Hamburg 1948; *Ich und mein Kammin. Erzählung*, Zürich 1965; *Moby Dick*, Paris 1941 (mit Widmung von Ernst Jünger und Anm.); *Piazza-Erzählungen*, Reinbeck 1962» (cf. p. 462).

33. Jünger le contesta seis días después, el 3 de marzo: «Ya encargué los libros de Melville y se los haré llegar; en caso de recibir los suyos, se los envío de regreso. Mi librero me dijo que *Moby Dick* estaba agotado. Hace años leí *Billy Budd*. El tema es *chercher quelqu'un*, estarle encima a alguien, tal como lo hace un jefe malvado con un subordinado, para aniquilarlo» (*ibid.*, p. 115). En su respuesta del 6 de abril, Schmitt insiste con el otro relato: «¿Leyó *Benito Cereno* mientras tanto?» (*ibid.*, p. 118); a lo cual la respuesta de Jünger, más de dos meses después, es evasiva, como si no le concediera peso a la requisitoria schmittiana: le comenta que está leyendo Verlaine, Mallarmé y hagiografías (*ibid.*, p. 119).

tribunales aliados, e incluso antes de que fuera razonable pensar que Alemania ya había de hecho perdido la guerra), en ocasión de una invitación a la capital gala para disertar en el Instituto Alemán de París, Schmitt había compartido con aquél y con otros comensales su sensación de encontrarse en una situación análoga a la de don Benito.³⁴ Más aún, es razonable pensar que Schmitt ha estado reflexionando acerca de esta identidad por analogía entre sí mismo y el español prisionero del terror en la ficción melvilleana antes de sus comentarios parisinos, y/o que lo ha expresado en otras ocasiones.³⁵

34. La primera indicación está en Ernst Jünger, *Strahlungen*, Tübingen, Heliopolis v., 1949, pp. 57-58, en la anotación del «Erster Pariser Tagebuch», con fecha 18 de octubre del 41. En la traducción de Sánchez Pascual, el paso reza así: «Al mediodía almorzado [sic] en el Hotel Ritz con Carl Schmitt, quien anteayer pronunció una conferencia sobre el significado que tiene en el derecho internacional la diferencia entre la tierra y el mar. También se han agregado al almuerzo el coronel Speidel, Grüninger y el conde Podewils. Conversación sobre las controversias científicas y literarias en esta época. Carl Schmitt comparó su propia situación con la del capitán blanco dominado por esclavos negros que aparece en el *Benito Cereno* de Melville. A este propósito citó la siguiente frase: *Non possum scribere contra eum, qui potest proscribere*. Al Trocadéro, siguiendo la orilla derecha del Sena. En un paseo hemos estado pasando revista a la situación. Schmitt ve su significado en el hecho de que ciertos estratos comienzan a desprenderse de la sustancia humana y quedan congelados por debajo de la zona del libre albedrío –a la manera como los animales son máscaras caídas de la imagen del hombre–. El ser humano está expeliendo de sí un nuevo orden zoológico –el auténtico peligro de lo que está ocurriendo es que quedamos envueltos en ello–. Por mi parte he agregado que este endurecimiento está ya descrito en el Antiguo Testamento, como lo delata el símbolo de la Serpiente de Bronce. Lo que hoy es técnica, eso era entonces la Ley. Por fin, todavía, examinado cráneos, máscaras en el Musée de l’Homme» (cf. Ernst Jünger, *Radiaciones. Diarios de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Tusquets, 1989, p. 244). Jünger recordará años después el tema de esta analogía o identificación schmittiana con el personaje melvilleano, fechándolo en la época del encarcelamiento de Schmitt y las conexas consideraciones de *Ex captivitate salus*, de las que nos ocupamos *infra*. En su *Siebzig Verweht IV*, con fecha 30. XII. 1988, Jünger recuerda: Schmitt «llamó mi atención sobre *Benito Cereno*, en cuyo conflicto reconocía una situación idéntica a la suya en el Tercer Reich, y me indicó también la situación de los hermanos en *Acantilados de mármol*. Ambos relatos lo ocupan, simultáneamente, en 1947» (cf. el «Anhang» de H. Kiesel a su edición del epistolario, en *Briefe...*, *op. cit.*, p. 555). Pero queda claro que ya seis años antes la figura del capitán español motiva a Schmitt en términos de un destino compartido. Finalmente, recordemos que la conferencia parisina fue publicada como «La mer contre la terre», *Cahiers franco-allemands*, VIII, 1941, 11-12, pp. 347-349, un texto integrado después a *Land und Mer*.

35. Entre éstas, Nicolaus Sombart recuerda que «Carl Schmitt brillaba en sus artes interpretativas», y que en *Benito Cereno* encontraba el texto por excelencia para comprender la situación europea en 1941. Al oír a su amistoso maestro, el juvenil interlocutor inevitablemente infería que la situación del *Santo Domingo* «era Alemania, éramos nosotros. Así se veía a sí mismo Carl Schmitt. Hitler era este Babo. La “revolución” nacionalsocialista no significaba otra cosa que una rebelión de esclavos, la última ola de aquella democracia de la humanidad, que se había desencadenado contra los más sagrados bienes de Occidente y que era incapaz de maniobrar un barco. [...] L]a navaja de afeitar en la garganta. Eso era el terror. La dictadura del puñal». Comparado con el texto de Melville –reflexiona Sombart–, los «*Acantilados de mármol* son, al respecto, como una tarjeta postal kitsch frente a los *Caprichos* de Goya»: cf. Nicolaus Sombart, *Jugend in Berlin. 1933-1945. Ein Bericht*, Frankfurt a. M.,

Ahora bien, no obstante el recuerdo jüngeriano circunscribe a esta identificación analógica las sugerencias que Melville despierta en Schmitt, parece más adecuado entender que la lectura schmittiana resulta significativa en una variedad de registros, que no se superponen a pesar de su cercanía. Ante todo, ciertamente está el de la especularidad entre Cereno y Schmitt, que éste propone, sólo que en momentos en que no tiene sentido pensarla como subterfugio o maniobra autoexculpatoria, pues no es visualizable una derrota, menos aún el tipo de *débacle* que sufrirá Alemania cuatro años después; pero, asimismo (y más importante), el de la admiración por la capacidad melvilleana para ilustrar mediante una ficción la tensión extrema e insoportable de la crisis previa a la resolución decisionista de la misma; y también el de la dimensión cultural que la novela publicada exactamente dos siglos después del *Leviathan* hobbesiano alcanza como expresión poética del heroísmo burgués en la conquista de las aguas infinitas, a la luz de las consideraciones schmittianas sobre la dialéctica de los elementos. Por último, son importantes los numerosos motivos teológico-políticos y aun decisionistas que el *corpus* melvilleano elabora estética y aun filosóficamente, *pero sobre*

Fischer, 1991 (2a. ed.), p. 269. De todos los «mitologemas, mistificaciones e identificaciones», prosigue, con que Schmitt supo cubrir su figura en los años de *San Casciano*, ninguno superó la fuerza metafórica del cuento y personaje de Melville. Y entre todos los símbolos del relato, el que representa «la más acabada metáfora [...] del destino ejemplar [...] del decisionismo schmittiano, dictatorial y con sonoridad de sable» es la espada sin hoja de don Benito (p. 270). Klickovic remite a una conversación con Sombart reproducida en el Feuilleton literario de la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 30. X. 1954, bajo el título «Benito Cereno - ein Mythos?», donde el entrevistado destaca *—con clara inspiración schmittiana*, agreguemos— el valor del cuento de Melville como sociología de la revolución social acontecida en Europa en el último siglo y medio, o sea como símbolo de la guerra civil internacional, elaborado por el escritor norteamericano en ese interregno entre la Doctrina de Monroe y la Guerra de Secesión, como advertencia para los Estados Unidos y como «*Plädoyer*» por Europa (Sava Klickovic, «Benito Cereno. Ein moderner Mythos», en *Epirrhosis. Festgabe für Carl Schmitt*. Herausgegeben von H. Barion, E.-W. Böckenförde, E. Forsthoff u. W. Weber, Berlin, Duncker u. Humblot, 1968, pp. 265-273, cf. p. 269 nota). Por su parte, Andreas Koenen destaca acertadamente que la frase final de la *Vorbemerkung* del 28. VII. 1941 a la cuarta edición de *Völkerrechtliche Grossraumordnung* [...] remite a la identificación de Schmitt con don Benito, pues allí ha escrito: «Que el lector sepa bien entender el *motto* que doy a esta obra: “al igual que la gente de mar, estamos en un viaje ininterrumpido y cada libro no puede ser más que un cuaderno de bitácora”». Esta frase schmittiana presupone la interpretación del relato melvilleano que estamos analizando. Para Koenen, Schmitt es plenamente consciente de no poder alterar el camino que lleva a Europa y al Occidente en general hacia el desastre, precisamente cuando la guerra europea se transforma en verdaderamente *mundial*, y es consciente también de que ha fracasado la reestructuración del Viejo Mundo como *Grossraum*, en continuidad y superación de la idea de *Reich*, para excluir de este espacio la guerra total: cf. Andreas Koenen, *Der Fall Carl Schmitt. Sein Aufstieg zum «Kronjuristen» des Dritten Reiches*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1995, pp. 820-821. Para la frase de Schmitt en la cuarta edición de su famoso trabajo, cf. Carl Schmitt, *Staat, Grossraum, Nomos. Arbeiten aus den Jahren 1916-1969*. Herausgegeben, mit einem Vorwort und mit Anmerkungen versehen von Günter Maschke, Berlin, Duncker u. Humblot, 1995, p. 270.

los que Schmitt calla. De todos modos, es tal su admiración por Melville, que lo eleva por encima de cumbres literarias del siglo XIX, como Poe o los rusos.³⁶

El correspondiente comentario de Jünger marca distancias estéticas y revela cierta reticencia ante la dimensión política de la lectura schmittiana, o al menos una desviación (afin al momento tecnicista inherente a la *Gestalt* contemporánea –el *trabajador*– que Jünger ha teorizado, o ficcionalizado) respecto del eje que su interlocutor está marcando y sobre el cual insiste, no porque Schmitt desestime la idiosincracia de lo estético, sino porque ella cumple una función secundaria dentro del contexto hermenéutico schmittiano, en el que Melville aparece como hito insoslayable para la comprensión de las vicisitudes de lo político en la era de la revolución contemporánea, con una riqueza mayor que la de Poe en este sentido.³⁷ Jünger queda conforme con la fuerza poética del *Maelström* como metáfora por excelencia del hundimiento de la cultura europea, y más especialmente del

36. Con fecha 4 de julio de 1941, le escribe Schmitt a Jünger: «He leído el libro de Giono sobre Melville. Es muy lindo al comienzo. Entusiasma de entrada ese arte pictórico de los franceses, desde el cual se visualiza todo. Pero luego desilusiona la reducción a cuestiones privadas [*Privatisierung*], y terminé resultándome un libro flojo y sin valor, anodino. Me fastidia esta mezcla de sensualismo y anarquismo. De este modo se lo vuelve de mal gusto a Melville, cuya incomparable grandeza radica en su capacidad para [pintar] una *situación* objetiva, elemental y concreta. Esto es lo que vuelve a *Benito Cereno* superior a los rusos y a un conjunto de narradores del siglo XIX, hasta el punto de que, frente a él, incluso Poe resulta anecdótico; y *Moby Dick*, como epos del mar, sólo es comparable con la *Odisea*. Es exclusivamente con Melville que se puede volver comprensible al mar como elemento. Un tema muy actual. Por lo demás, el aire no se ha manifestado como el nuevo elemento por medio de la aviación de guerra y las aeronaves; el elemento que se relaciona con la fuerza aérea no es el aire, sino el fuego. [...] Recuerdo sus observaciones de 1930 sobre los problemas del suelo, el espacio, Trotzki, etc. El cogollo de las cosas permanece; también permanecen los enigmas» (*Briefe...*, *op. cit.*, p. 121). El libro de Giono es *Pour saluer Melville*, publicado por Gallimard en 1941, aunque apareciera (incompleto) en *La Nouvelle Revue Française*, abril de 1940, pp. 433-458; mayo de 1940, pp. 577-598. Con la supresión de algunos textos, constituye la introducción a su traducción de *Moby Dick*. Schmitt parece interesado en esta última, ya que en carta a Jünger del 16. VIII. 1941, tras comentarle que el «tema “tierra y mar” ya no me deja libre», observa: «La traducción francesa de *Moby Dick*, hecha por Giono, reclamaría mi atención, si eso fuera posible» (*Briefe...*, *op. cit.*, pp. 124-125), y después insistirá en obtenerla («¿Se puede comprar *Moby Dick* en francés?», carta del 17. IX. 1941, en *Briefe...*, *op. cit.*, p. 129). Jünger hace una referencia a ella en la anotación del 11. VI. 1941 de sus *Strahlungen* (*op. cit.*, p. 45; cf. *Radiaciones...*, *op. cit.*, p. 230).

37. Jünger se expresa de esta manera: «Sigo leyendo *Moby Dick*, que realmente tiene rasgos cósmicos. A menudo me vuelve la frase “y el leviatán juega”, en el sentido que le viene –creo– de Klopstock. El interés del mundo económico en estos animales es el de quien busca desollarlos. Así entra en juego lo infrademoníaco, tan bien pintado en los fuegos turbiamente llameantes de la destilería de grasa de ballena. Que Poe sea segundo ante Melville es una valoración suya que no puedo compartir. Poe es y sigue siendo el gran maestro que traza las líneas básicas y la matemática interna de los mundos peligrosos. De este modo, Poe irradia su luz en distintas direcciones y, según la referida, en el *Maelström*, en Gordon Pym y en su cosmografía». Véase su carta del 28. VIII. 1941, en *Briefe...*, *op. cit.*, p. 127. La alusión es a textos tan conocidos como impares: el capítulo 96 («*The Try-Works*») de *Moby Dick*, y, de Poe, el cuento sobre el gigantesco remolino y la archifamosa *narración*.

caos infernal en que va cayendo irremediabilmente Alemania a medida que se agrava el totalitarismo, la guerra deviene ilimitadamente *total*, y, en general, el nihilismo, lejos de preludiar una configuración cultural novedosa (laborativo-titánica), simplemente exacerba sus efectos deletéreos. A un Jünger que puede haber encontrado, tal vez, una desagradable homofonía entre el *Tekeli-li* de los salvajes antárticos y el *Heil Hitler* de sus coetáneos, también el relato que el marinero no-ruego hace de su descenso al Moskoe-ström ofrece una metáfora epocal, e incluso –aventuremos– alguna clave para entender la actitud schmittiana en los primeros años del nazismo.³⁸ De todos modos, un Schmitt que aún no ha leído –al menos adecuadamente– la novela melvilleana, sigue prefiriendo el relato sobre lo acaecido al capitán Amasa Delano.³⁹ Por lo demás, en el contexto de la temática amplia que motiva a Schmitt, la del nomos planetario a partir de la moderna dialéctica tierra-mar (tanto en su fase clásica, como en la contemporánea, *total-totalitaria*), la obra de Melville no es el único campo sobre el cual confrontan y enriquecen opiniones estos interlocutores, o, en todo caso, desde ella y hacia ella se movilizan los conceptos y las interpretaciones que respectivamente ensayan. Motivado por la categorización jüngeriana del proletariado más marginal y pauperizado, y de los partisanos como las figuras con que irrumpe la era postheroica, sádico-amoral e hipernihilista (en el capítulo x de *Sobre el dolor*), Schmitt le recomienda leer su propio trabajo sobre el sentido histórico de esa anticipación –más moderada, todavía *heroica*– del mismo fenómeno: la piratería de *l'âge classique*. Es como si encontrara en ambas ensayísticas una compartida conciencia de que la divergencia en las visiones más originarias que los hombres tienen acerca del sentido último de la vida depende de la posición que ocupan –y de la radicalidad en que lo hacen– en el agon *elemental*, en la lucha entre los elementos con sus respectivas

38. ¿Habrà pensado Jünger en Schmitt al leer textos como el siguiente?: «Puede parecer extraño, pero ahora, cuando estabamos sumidos en las fauces del abismo, me sentí más tranquilo que cuando veníamos acercándonos a él. Decidido a no abrigar ya ninguna esperanza, me libré de una buena parte del terror que al principio me había privado de mis fuerzas. Creo que fue la desesperación la que templó mis nervios. [...] Y al cabo de un momento se apoderó de mí la más viva curiosidad acerca del remolino. Sentí *el deseo* de explorar sus profundidades, aun al precio del sacrificio que iba a costarme, y la pena más grande que sentí fue que ya nunca podría contar a mis viejos camaradas de la costa todos los misterios que vería». Cf. Edgar Allan Poe, «Un descenso al Maelström», en sus *Obras en prosa. Tomo 1: Cuentos*. Traducción, introducción y notas de Julio Cortázar, Madrid, Ediciones Universidad de Puerto Rico-Revista de Occidente, 1956, pp. 92-93. (Marginalmente: sobre la mítica dupla trabajador-titán, cf. Peter Koslowski, *Der Mythos der Moderne. Die dichterische Philosophie Ernst Jüngers*, München, Fink, 1991, en especial pp. 35-119.)

39. Aludiendo a la posibilidad de viajar a París y visitar juntos Port Royal, Schmitt le escribe a Jünger el 17. IX. 1941: «Entonces le expondría gustoso mi interpretación de Melville. No lo digo para polemizar ni para desmerecer a Poe. Pienso en *Benito Cereno* como símbolo de la situación. Es un tema totalmente inagotable. ¿Se puede comprar *Moby Dick* en francés?» (*Briefe...*, op. cit., p. 129).

espacialidades. O sea, no en la enunciación de genericidades moralistas o economicistas, que simplemente distorsionan o velan un enfrentamiento salvaje, sino en la sangrienta confrontación dialéctica de metafísicas existenciales. De aquí la insinuación a Jünger de ampliar su análisis fenomenológico, esencialmente telúrico, a la visión marítima (de la que Melville es vocero poético privilegiado).⁴⁰

Tierra y mar cierra el exordio de esta hermeneusis schmittiana. En la exposición literaria y conceptualmente más lograda que Schmitt sabe dar a su visión de la dialéctica epocal de los elementos, estos motivos se encuadran en una orgánica visión metafísica y, como tal, política. Los héroes del vuelco existencial hacia el mar han sido los navegantes a vela, entre los cuales Schmitt privilegia a aquellos que, inmunizados por su religiosidad anárquica frente a la ideología deses-

40. La referencia de esta carta del 24. IX. 1941 es el capítulo X de *Über den Schmerz*: «[...] Lumpenproletariado y partisanos, fenómenos, entonces, del mundo elemental, no heroico). Lea usted, por favor, otra vez las pp. 92 y siguientes de mi último artículo sobre los piratas y corsarios de los siglos XVI y XVII. Estos piratas me resultan cada vez más significativos. En todo caso, merecen que usted les preste atención y pertenecen al contexto de ese capítulo 10 de su trabajo sobre el dolor. ¿Acaso sus consideraciones no siguen condicionadas por la tierra? Desde la perspectiva marítima, muchas categorías y clasificaciones pierden sentido. Desde hace mucho tiempo me preocupa el tema de la piratería. Ahora me le he acercado un paso» (*Briefe...*, op. cit., pp. 130-131). Schmitt alude a su trabajo «Staatliche Souveränität und freies Meer. Über den Gegensatz von Land und Meer im Völkerrecht der Neuzeit», *Das Reich und Europa*, Leipzig, Koehler u. Amelang V., 1941, pp. 91-117. Allí caracteriza como situación intermedia esa identidad ambigua que caracteriza a los piratas en lucha contra el catolicismo y España: a mitad de camino entre lo estatal y lo privado, entre la paz y la guerra. Schmitt no los reduce a criminales, porque evalúa su significado político e histórico universal, en el marco de la confrontación entre dos fuerzas planetarias: la protestante (hugonotes, holandeses, ingleses) y la católico-hispana. Es el tema del capítulo VII de *Land und Meer*. En cuanto al escrito de Jünger, reproduzcamos algunas líneas paradigmáticas: el «lumpenproletariado» no pertenece «en absoluto, como sí pertenece la masa, al mundo de los conceptos generales. De ahí que Bakunin tuviese razón al considerarlo una magnitud revolucionaria mucho más eficaz que la masa». Su forma de combate es la de la «horda», y está familiarizado con «los goces de la tortura. [...] El lumpenproletariado se halla fuera de las valoraciones morales; de ahí que esté siempre dispuesto a intervenir, en todo momento y lugar, cada vez que se produce una perturbación del orden, proceda de donde proceda. En consecuencia se halla también fuera del espacio propiamente político [...]. Aún no está escrita su historia». Y, tras descartar connotaciones economicistas provenientes del marxismo, por haber sido superadas en las nuevas figuras históricas, pasa a una de éstas: el partisano, «fenómeno [...] que] ya ha perdido toda coloración social. De conformidad con su esencia, al partisano se lo emplea para operaciones que es preciso efectuar por debajo de la zona del orden. [...] Los combates de los partisanos llevan en sí, consecuentemente, el sello de una malignidad especial», y su accionar presupone la anulación de toda marca identificatoria, como uniformes, documentación, etc. «Ese claroscuro forma parte de la esencia de sus tareas y volveremos a encontrarlo en todas y cada una de las operaciones de partisanos que hoy se desarrollan por doquier y de las que a menudo desconocemos que lo son [...]. De ahí que sea una falta de discernimiento lo que se expresa en las diversas tentativas hoy observables que quieren hacer del partisano un héroe; el partisano es ciertamente un personaje del mundo elemental, mas no un personaje del mundo heroico». El texto original es de 1934. Cf. Ernst Jünger, *Sobre el dolor, seguido de La movilización total y Fuego y movimiento*, trad. A. Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1995, pp. 50-51 y 52-53.

piritualizada del tardocapitalismo y carentes de los artefactos de navegación y exterminio que la tecnología proveerá poco después, resultan ser héroes paradójicamente anacrónicos y, a la vez, pioneros de la nueva era: los cazadores de ballenas que enfrentaron victoriosamente al leviatán en un duelo salvaje y personal, con un arma primitiva, un coraje mítico y una conciencia que vivencia la aventura marítima como cruzada religiosa y pragmática a la vez. Schmitt se respalda y nutre expresamente en «dos magnos heraldos y nuncios de estos milagros de los dos océanos, en un facundo historiador francés, Jules Michelet, y en un gran poeta norteamericano, Herman Melville» (*LUM*, pp. 29-30).⁴¹

La valía de *este* Melville está en ser el Homero de la moderna conquista de los mares, singular y revolucionaria. A partir de su propia experiencia personal, observa Schmitt, Melville plasmó en *Moby Dick* —una saga oceánica segunda a ninguna otra— los avatares de *la cacería* a través de las grandes superficies acuosas, bajo la hégida de quien ansía zanjar con la majestuosa criatura un sempiterno duelo metafísico y personal, cuya intensidad dramática también metaforiza la verdad de lo político, pese a que todos los personajes del drama están existencialmente inmersos en el elemento acuoso.⁴²

41. El paso ya citado comienza así: «Los primeros héroes de la nueva existencia marítima no han sido Dogos distinguidos en sus pomposos navíos oficiales, sino aventureros salvajes y vagabundos de los mares, intrépidos cazadores de ballenas que atravesaban los océanos y osados navegantes a vela. [...] Mi primer deber es proferir una palabra que alabe a la ballena y dé fama a su cazador. No es posible hablar de la gran historia del mar y de la decisión del hombre por el elemento marítimo, sin pensar en el fabuloso leviatán y en su igualmente fabuloso cazador. Ciertamente, es un tema sobre-cogedor. Mis débiles loas, empero, no son suficientes ni para la ballena ni para el ballenero. ¿Cómo osaré narrar adecuadamente acerca de dos maravillas del mar, del más poderoso de los animales vivientes y del más temerario de todos los cazadores humanos?» (*LUM*, p. 29). Melville y Michelet lo alientan a entonar las loas. Sus figuras son heroicas porque, pese a representar una inigualable avance del capitalismo, sin embargo no están aún sometidas a la posterior tecnologización de la producción, que mediante naves y armamentos cada vez más perfeccionados alteró una suerte de paridad peculiar entre el arpón guiado por la mente y la voluntad humanas y el coletazo o el frentazo con que se defendía instintivamente el cetáceo, y transformó la caza en una carnicería irrestricta, con pronóstico de exterminio total (*ibid.*, p. 32). Este último no es el momento cultural de Melville y Michelet. «Aquí se discurre, por el contrario, de cazadores de ballenas que eran auténticos cazadores, no meros pescadores, y menos aún mecánicos matarifes de ballenas. Desde los mares del norte o las costas atlánticas perseguían a sus presas a través de los ilimitados espacios marítimos por todo el mundo, con barcos a vela y embarcaciones a remo, y el arma con que emprendían la lucha con el gigante marino, poderoso y astuto, era un arpón arrojado por el brazo humano. Era una lucha mortal entre dos seres vivos que, sin ser peces en el sentido zoológico del término, se desplazaban en el elemento marino. Todos los medios de los que se servía el hombre para auxiliarse en esta lucha, todavía eran impulsados por la fuerza muscular: velas, remos y el mortífero proyectil: el arpón. La ballena era lo suficientemente fuerte como para destrozar botes y barco con un golpe de su cola. Sabía oponerle miles de astucias propias a la astucia de los hombres» (*LUM*, p. 33).

42. «Pero Melville es para los océanos lo que Homero para el Mediterráneo oriental. Escribió la historia del magno cetáceo, *Moby Dick*, y de su cazador, el capitán Ahab, en un relato vigoroso, *Moby*

Ciertamente, la ocasión escritural puede no haber exigido de Schmitt que se exhibiera en sus consideraciones; pero como lectores no podemos dejar de lamentar cierta parquedad en su reflexión, si no directamente su silencio respecto de la pluralidad de motivos ligados a –pero distintos de– la cuestión del significado epocal de este heroísmo aventurero y de las vicisitudes profesionales de la navegación y del trabajo en un barco-factoría como unidad productiva capitalista. Esos otros motivos, entonces, tanto por su función en la estructura dramática como por el *corpus* metafísico en que se sostienen y del que dan expresión estética, están intrínsecamente ligados con esa Teología política desde la cual, en última instancia, Schmitt plantea el significado de la revolución espacial moderna.⁴³

Dick (1851), y así expresó poéticamente el más grande epos del océano como elemento» (*LUM*, p. 30); «Herman Melville, que fue marinero durante varios años en un barco ballenero, pinta en su *Moby Dick* cómo se establece una –podría decirse– relación personal y una ligazón íntima, de enemistad-amistad [*feind-freundschaftliche Bindung*], entre el cazador y su presa. Aquí, a través de su lucha con el otro ser viviente del océano, el hombre es impelido hacia la profundidad elemental de la existencia marítima» (*ibid.*, p. 33). Schmitt destaca cómo Melville sabe captar la importancia existencial de la lucha del *ego* moderno por reafirmarse como creyente y productor –*homo credens* y *laborans* simultáneamente– desafiando el hasta entonces más intimidante de los elementos, e indiferente ante los resultados científicos, geográfico-antropológicos, de los grandes viajes: «Estos cazadores de ballenas navegaron el globo terrestre del Norte al Sur y del Atlántico al Pacífico. En continua búsqueda de las misteriosas rutas de las ballenas, descubrieron islas y continentes, sin armar alboroto por ello. En Melville, uno de estos marinos, al conocer el libro del capitán Cook, el descubridor de Australia, dice: este Cook escribe libros sobre cosas que un ballenero no anotaría jamás en su cuaderno de bitácora» (*ibid.*, p. 34). El paso que Schmitt recuerda está en el capítulo 24, donde «uno de esos marinos» es Ismael, quien ensaya una apología de los balleneros, en todos los aspectos y consecuencias culturales de esta *vocación*. En rigor, la referencia del personaje-relator no es al capitán James Cook, sino a George Vancouver, quien –en el último cuarto del siglo XVIII– primero acompañó a aquél y luego exploró por su cuenta el Pacífico. El paso melvilleano concluye así: «Todo eso que se ensalza tanto en los antiguos viajes al Mar del Sur, eran cosas de rutina de toda la vida para nuestros heroicos hombres de Nantucket. A menudo, las aventuras a que Vancouver dedica tres capítulos, esos hombres las juzgaron indignas de registrarse en el cuaderno de bitácora del barco. ¡Ah, el mundo! ¡Oh, el mundo!». Cf. Herman Melville, *Moby Dick*. Introducción, traducción y notas de José M. Valverde, Barcelona, Planeta, 2000, p. 135 (lo indicamos como *MD*). También tuvimos en cuenta *Moby Dick o La ballena blanca*, traducción de E. Pezzoni y prólogo de J. Rest, Sudamericana, Buenos Aires, 1999. Hemos trabajado simultáneamente con: Herman Melville, *Moby Dick*. An Authoritative Text. Before *Moby Dick*: International Controversy, Reviews and Letters by Melville, analogues and Sources, Reviews of *Moby Dick*, Criticism. A Norton Critical Edition, Second Edition. Edited by H. Parker and Harrison Hayford, New York-London, Norton, 2002 (lo indicamos *NCE*). Entre los méritos de la epopeya ballenera, que enumera Melville, recordemos éste: «si lo permitiera el espacio, se podría demostrar detalladamente cómo gracias a esos balleneros tuvo lugar por fin la liberación del Perú, Chile y Bolivia del yugo de la vieja España, estableciéndose la eterna democracia en aquellas partes» (*MD*, p. 135); un juicio no exento de la melvilleana ironía, habida cuenta de su experiencia personal y de su información sobre estas regiones del mundo, donde se alterna(ba)n guerras civiles y dictaduras. 43. De esta cuestión –la de los elementos teológico-políticos y decisionistas en *Moby Dick*– nos ocuparemos en la futura segunda parte del presente trabajo.

Basta pensar en el *Libro de Job* o en Shakespeare, referentes tan centrales para el norteamericano como para su lector alemán. En este sentido, no dejamos de problematizar qué grado de conocimiento puede haber tenido de la versión integral de la obra melvilleana mientras redacta las páginas de *Tierra y mar*.⁴⁴ Un indicio mínimo de lo que podía haber sido una reflexión schmittiana *in extenso* sobre la riqueza estético-política de *Moby Dick* podría darlo lo que no pasa de ser una breve alusión a un dicho de Burke sobre España, que Schmitt toma de las «*Citas [Extracts]*» con las que Melville inicia su obra;⁴⁵ sin siquiera aludir a ese otro texto burkeano recordado por Melville en el mismo capítulo (*MD*, p. 136), donde el parlamentario irlandés alaba el rol histórico que cumplen los balleneros de New England, en un ejercicio ilocutorio que guarda conexión directa con el espíritu melvilleano, pero también –y en mayor medida– con la lectura schmittiana.⁴⁶

44. Por cierto, el capítulo 24 de *Moby Dick*, al que –como acabamos de ver– Schmitt alude, contiene *in nuce* motivos centrales de la interpretación histórico-cultural que su lector decisionista ensaya; pero Melville no desarrolla en él esos otros momentos *metafísicos, teológico-políticos*. Cabe suponer que Schmitt habría debido conocer un trabajo dedicado a la pluralidad de motivos filosóficos elaborados estéticamente por Melville, entre los cuales se destacan los ligados con la visión schmittiana del mundo: K. H. Sundermann, *Herman Melvilles Gedankengut. Eine kritische Untersuchung seiner weltanschaulichen Grundideen*, Berlin, A. Collignon V., 1937. Cabe destacar, sin embargo, que la única alusión a *Benito Cereno*, al tratar el tema de «esclavitud, secesión y guerra civil», se limita a observar que en su relato Melville demuestra conocer el «carácter de los negros [*des Negers*]» (p. 159).

45. Al referirse a la variación perceptiva, y con ella, la variación en la metafísica del mundo, que se produce cuando la superficie terrestre es divisada desde el mar, como mera franja costera antepuesta a un impreciso interior, casi «un mero derrelicto y desecho marino», Schmitt concluye: «Un ejemplo de esta manera de ver las cosas, sorprendente para nosotros pero típicamente marina, es un dicho de Edmund Burke: España no es más que una ballena varada en la costa de Europa» (*LUM*, p. 93). Podríamos agregar que la fenomenología de la percepción en juego está condicionada por la valoración de la decadencia española, y que la metáfora cetácea de la frase burkeana alude a la situación desvalida y feneciente del imperio otrora siempre alumbrado por el sol, cuando el motor de la historia ha pasado a ser la pujanza anglosajona. De todos modos, el texto mentado reza así: «España... una gran ballena encallada en las orillas de Europa», *Edmund Burke (en algún lugar)*» (*MD*, p. 16; *NCE*, p. 12). En la lista de los libros utilizados como fuentes por Melville, Hershel Parker no incluye ninguno de Burke (cf. *NCE*, pp. 436-437), y ninguna nota a pie de página aclara la referencia del *Extract* melvilleano. La hace en cambio Valverde: «En *Speech in House of Commons*, hacia 1780: frase recogida en un diccionario de citas de Burton Stevenson» (*MD*, p. 16 nota). La indicación del traductor español no es del todo precisa, pero lamentablemente no hemos podido consultar el diccionario que menciona. Véase también la nota siguiente.

46. En el discurso sobre la necesidad y conveniencia de llegar a una «conciliación con América», pronunciado ante los Comunes el 22. III. 1775, tras aludir a la importancia que tiene la producción de trigo en el Nuevo Mundo para la alimentación en el Viejo, Burke alude a otra rama productiva, que también beneficia a la metrópolis: la pesquería, una actividad digna de «estima y admiración». El orador destaca especialmente «la manera como los pobladores [*people*] de Nueva Inglaterra han llevado a cabo recientemente la pesca de ballenas. Mientras los seguimos entre montañas de hielo desmoronándose, y los avizoramos adentrándose en los más profundos y helados recovecos de la Bahía de Hudson y los Estrechos de Davy, mientras los buscamos por debajo del círculo ártico, escuchamos

De todos modos, y con relativa independencia respecto de este último aspecto, también nos llama la atención el tipo de referencia que Schmitt hace a un bello libro de Jules Michelet, presentándolo como espiritualmente afín al de Melville. Sin dudas, algunas de las reflexiones estéticas y filosóficas de *La mer* lo son, y son éstas las que destaca *Tierra y mar*: «El francés publicó en 1861 un libro sobre el mar, un himno a la belleza del océano y al mundo de sus prodigios sin descubrir, a las riquezas de enteros continentes que viven y crecen sobre el fondo del mar, y que el “cruel rey de este mundo”, el hombre, no ha conquistado y explotado aún. [...] Michelet, el panegirista francés de la ballena, describe en su libro la vida amorosa y familiar de las ballenas con particular emoción. La ballena macho es el más caballeresco pretendiente de la hembra, el consorte más cariñoso, el padre más cuidadoso. Es el más humano de todos los seres vivientes, más humano que el hombre, que lo extermina con bárbara crueldad. Empero, ¿qué inocentes eran por entonces, cuando Michelet escribía esto, en 1861, los métodos de la pesca de ballenas, si bien los navíos al vapor y los cañones ya habían vuelto desiguales las armas y degradado a la pobre ballena a cómodo blanco de tiro!. ¿Qué diría ahora Michelet, tan amistoso para con los hombres y los animales, si viera cómo se ha industrializado hoy la extracción de aceite y el aprovechamiento de los restos de la ballena?» (*LUM*, pp. 30 y 31-32). Finalmente, Schmitt recuerda también la alabanza de Michelet al papel cumplido por es-

que han penetrado en la región opuesta del frío polar, que están en los antípodas y atareados bajo la helada serpiente del sur. La isla Falkland, que parece un objeto demasiado remoto y romántico como para despertar la ambición nacional, no es más que una etapa y un lugar de reposo en la marcha de su industria victoriosa. Ni los desanima más el calor equinoccial que los acumulados inviernos de ambos polos. Sabemos que mientras algunos de ellos arrojan el cordel y lanzan el arpón en la costa del África, otros se desplazan longitudinalmente y persiguen a su magna presa a lo largo de las costas del Brasil. No hay mar que no sea hostigado por sus pesquerías. No hay clima que no sea testigo de sus afanos. Ni la perseverancia de Holanda, ni la actividad de Francia, ni la diestra y firme sagacidad de la empresa inglesa llevaron jamás este modo tan altamente peligroso de ruda industria hasta el punto al que lo llevó este pueblo joven, un pueblo que aún está, digamos, en estado cartilaginoso, sin haberse todavía osificado en la madurez viril», Edmund Burke, «*On Conciliation with America*», en *Speeches and Letters on American Affairs*. Introduction by H. Law, London, Everyman's Library, 1931 (6a. ed.), pp. 76-141; cf. pp. 88-89. En las notas a una edición oxoniense, el autor de las mismas observa que recién en 1775 los ingleses empezaron a preparar barcos para imitar a los norteamericanos en la cacería de ballenas, pero que sólo diez años después descubrieron los lugares frecuentados por las ballenas de esperma, alcanzando un éxito comercial similar al de los *new englanders*. Al destacar que entre las consecuencias de esta presencia inglesa en el Atlántico Sur estuvo el favorecimiento británico de la independencia de las colonias españolas, Burke alude también a la misión *civilizadora* en Polinesia, Australia y Tasmania, y concluye: «Los balleneros precedieron a los misioneros», cf. Edmund Burke, *Selected Works*. Edited with an Introduction by E. J. Payne, Oxford at the Clarendon Press, 1922 (2a. ed.), p. 313. Payne también informa brevemente sobre la presencia inglesa en las Falkand entre 1763 y 1773 (*ibid.*, *loc. cit.*).

tos osados aventureros que descubrieron mares y tierras, motorizando así no solamente la economía, sino también el progreso cultural de la humanidad.⁴⁷ Esto es, la marcha de la civilización *por todo el globo*, tal como la podía entender un republicano en la Francia decimonónica.

Quizás esta marca *progresista* dé cuenta no solamente de la visión micheletiana afín a la comprensión que Schmitt tiene de la revolución espacial moderna, sino también de los aspectos que éste expresamente ignora, volviendo de este modo muy significativo su reconocimiento del francés.

Ciertamente, la apología de los auténticos paladines de la subjetividad moderna (no precisamente meditadores con el codo sobre el muslo y la mano en el mentón) vertebra uno de los ejes del texto. Las páginas dedicadas a la «conquista del mar» comienzan con la ilustración del significado existencial del arpon para aquellos hombres más primitivos y más cercanos al mar en las condiciones de máxima dureza, los esquimales, cuyas miradas traslucen el sometimiento a un «temor eterno», pero al que vencen con su habilidad de cazador-pescador en simbiosis con su instrumento: «Hombre y canoa son la misma cosa. Como un todo, conforman un pez artificial». Sus sucesores, en una combinación históricamente revolucionaria de presa y perseguidor, ballenas y balleneros, se entreveran en una acción —«noble guerra, gran escuela de coraje»— que representa la primera y auténtica conquista de la Tierra en su totalidad.⁴⁸ Tras las grandes exploraciones

47. «Se pregunta Michelet: ¿quién ha abierto el océano a los hombres? ¿Quién ha descubierto las zonas y las rutas oceánicas? Dicho brevemente: ¿quién ha descubierto el globo terrestre? ¡La ballena y su cazador! Y todo lo hicieron sin depender de Colón ni de los famosos buscadores de oro, que con mucha alharaca descubrieron lo mismo que ya habían descubierto las razas pescadoras del norte, de la Bretaña y de la Vasconia. Esto dice Michelet y prosigue: estos cazadores de ballenas son la expresión más sublime del coraje humano. Sin la ballena, los pescadores no se hubieran alejado de sus costas. La ballena los impulsó hacia el océano, emancipándolos de las costas. Gracias a la ballena se descubrieron las corrientes marinas y el paso en el Norte. La ballena nos ha guiado» (*LUM*, p. 34). La referencia prosigue recordando al otro tipo humano que se desempeñó con el mismo significado histórico, pero en el elemento terrestre: los cazadores de animales con pieles valiosas, los aventureros rusos que incentivaron la expansión hacia Oriente desde Siberia. La conclusión es que los cazadores de ballenas del norte y el este de Europa, «como dice correctamente Michelet, volvieron visible el globo terráqueo. Son los primogénitos de una nueva existencia elemental, los primeros, novedosos y auténticos, “hijos del mar”» (*LUM*, p. 35). Observemos que en la edición española fueron suprimidas algunas preguntas retóricas, la alusión a Colón y la indicación de bretones y vascos como los héroes de esta epopeya, si bien estos últimos aparecen al final del capítulo, como aclaración —ausente en el original— sobre las principales nacionalidades de esta primera progenie oceánica. Cf. Carl Schmitt, *Tierra y mar. Consideraciones sobre la historia universal*. Traducción de R. Fernández Quintanilla, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1952, pp. 35 y 36.

48. Jules Michelet, *La mer*. Édition présentée, établie et annotée par J. Borie, Paris, Gallimard, 1983; cf. pp. 222-224; y las pp. 227-228, que son las parafraseadas por Schmitt. Los continuadores de la gesta arponera son los cazadores de Islandia, Groenlandia y Noruega, pero el salto lo dieron, «exal-

y conquistas, se inicia la implacable lucha contra las especies marinas, que desemboca en masacres irrestrictas (primero manuales, luego tecnificadas), a las que sólo pondrá coto el exterminio de la criatura a la que Michelet dedica los mayores elogios: la ballena franca, el ser más inofensivo y, a la vez, el que cuenta con el mayor número de enemigos, animales y humanos.⁴⁹

Pero estas consideraciones comunes al *historien* y al *Jurist* no suponen una metafísica compartida, y menos aún una teología similar en ambos. Apenas conforman un mero terreno de encuentro y equipolencia de lo que en Michelet es solamente un aspecto, nada más, de un sistema filosófico más amplio, cuyos otros presupuestos y corolarios resultan incompatibles con los de Schmitt y los de Melville, más allá de las innegables convergencias señaladas.⁵⁰

tados, *excéntricos y con sus cerebros recalentados*, [...] nuestros vascos, los héroes del vértigo», originariamente lanzados a la pesca del atún; más tarde, también razas francesas. Dando respuesta a la pregunta schmittiana, Michelet también sabe pagar el tributo al orgullo galo: «Esta pesca no era como hoy una fácil carnicería que se lleva a cabo prudentemente, desde lejos, con una máquina: el golpe era manual, se arriesgaba una vida por otra. Se mataban pocas ballenas, pero se ganaba infinita habilidad marítima, en paciencia, sagacidad e intrepidez. Se obtenía menos aceite y más gloria. Cada nación se mostraba aquí en su genio particular. Se las reconocía en su andar. Hay cien formas de coraje, y sus graduadas variedades eran como una gama heroica. En el Norte, los escandinavos, las razas rojas (de Noruega a Flandes), con su sanguíneo furor. En el Mediodía, el impulso Vasco y la lúcida locura que tan bien se condujo por todo el mundo. En el centro, la firmeza Bretona, muda y paciente, pero, a la hora del peligro, de una excentricidad sublime. Finalmente, la sabiduría Normanda, armada con el orden asociado y la providencia, con coraje calculado y arrojando todo, pero para el éxito. Así era la belleza del hombre, en esta manifestación soberana del coraje humano» (pp. 225, 226 y 227-228). Más aún, a Colón le enseñaron todo los vascos, y sus pilotos, los hermanos Pinzón, eran –según Michelet– de origen normando y fueron ellos los auténticos héroes de esa navegación transatlántica, como poco después lo es el vasco Sebastián el Cano (pp. 229 y ss.). Los anglosajones llegan tarde, más imbuidos de utilitarismo que de es valentía de los franceses (pp. 248 y ss.), y las innegables muestras que dieron como exploradores y navegantes, luchando con la naturaleza (pp. 248 y ss.), no borran su presencia tardía y su pragmatismo *masacrador*: las únicas naciones que Michelet menciona en el capítulo «La guerra a las razas marítimas» son las de «ingleses y americanos» (pp. 264-265). Con todo, a los habitantes del septentrión americano Michelet les concede que la técnica les permitirá acercarse a Europa, «el centro de la civilización», dejándola de mirar como «la tierra al sol», para conformar un espíritu único (pp. 74-75). Michelet no intuye que la pujanza yanqui directamente *liquidará* el predominio cultural –en su sentido más amplio– eurocéntrico: «Pobres bárbaros, ¿pensáis acaso que tal ruso o tal pionero estadounidense de la costa este será mañana un artista, un mecánico inglés o un óptico de París? ¿Qué sucederá si morimos? No hay nada listo para sucedernos» (p. 325).

49. *Ibid.*, pp. 264-265. La excepción cetácea (la maldad que resalta la bondad general) es el *cachalot*, que ataca tanto a las ballenas como a los cazadores (p. 225). Observemos que en el capítulo sobre la Cetología (una de las claves de la obra), Melville describe al cachalote o *sperm-whale* como «el más temible de encontrar», pero al mismo tiempo el más buscado por la cantidad de *espermaceti* o saín ballenáceo que *aporta*. Pero otras características zoológicas no coinciden, y el «cachalote» de aquél parecería acercarse al «*matador*» de éste (cf. *MD*, pp. 162 y 169).

50. Al motivo común del significado epocal de los balleneros podríamos agregar la fenomenología de la percepción marítima y la conexas concepción primitiva de lo acuoso como santuario tenebroso

Los motivos micheletianos que hemos visto adquieren su significado específico en tanto forman parte de un credo evolutivo-armonicista, que romantiza (en términos de vitalidad erótica universal) el cientificismo de raíz sansimoniana; todo lo cual resulta ajeno, si no directamente antitético, a la filosofía que subyace al pensamiento jurídico-político (y estético) de Schmitt, y al estético (y ético-político) de Melville. El intelectual francés venera un orden cósmico propulsado por la fuerza creativa del amor, la cual va disolviendo las luchas y conflictos de los que el progreso se vale para generar la armonía superior que distingue a la naturaleza toda. Este dinamismo brota de la «gran Alma, adorable unidad de los seres que por ella se engendran y crean», impulso universal –espiritual y material a la vez– que evoluciona impelido por el «deseo eterno» o «aspiración constante a la existencia orgánica» (p. 77). Consecuentemente, el hombre debe respetar e imitar la consonancia universal que va produciendo «la gran alma armónica, que es la unidad del mundo» (p. 161); y para ello debe entrar en simbiosis con el *todo*, llevando una existencia regulada por el elemento acuoso (pp. 269, 270-271, 273-274).

El mar tiene vida propia y sacra; es seno generador y nutricio, espacio evolutivo que en su dimensión visible aparece extremadamente móvil y agitado por inquietudes, pero que en su verdad profunda es regular y estable (como lo prueban la constancia de sus corrientes y el descubrimiento de la *ley de las tempestades* (pp. 237 y ss.). Las aguas oceánicas, venero de vida en inagotable proceso de equilibrado alumbramiento, son el magno contenedor de la *clé* universal: ya en sus unidades mínimas –átomos, gotas y las especies más ínfimas– está encerrada toda «la obra divina» y «una gran división del trabajo vital», anticipación *maternal* –pues «el amor nace antes que el ser»– de lo que irá aconteciendo con los «animales visibles» (pp. 80, 127 y ss., 132). Así, del «crisol del cambio universal»

e inviolable («El mar visto desde la orilla», *La mer, op. cit.*, pp. 43 y ss.). Pero el discurso micheletiano tiene un carácter *conciliacionista* incompatible con el maniqueísmo de Melville y con el decisionismo. Sobre el final de su obra, Michelet tematiza tres infinitos para la percepción humana: el del aire, la transparente luminosidad del cielo, que nos engaña haciéndonos creer que podemos divisar a Dios, pero que nos deja la decepción de haber despertado del sueño; el de la tierra, las extensiones divisadas desde alturas montañosas, a las que llegamos tras un esfuerzo que será pagado con la observación de una quietud infinita, también engañadora en su opacidad; finalmente, el de las aguas oceánicas, con su balanceo regular, con su voz «grave y solemne», dirigida a la naturaleza toda pero al hombre más que a nadie: «la creación comenzó y continúa en su poder, tiene la viva elocuencia de ella; es la vida que le habla a la vida», y sus palabras son «*vida*, la metamorfosis eterna»; «*Inmortalidad*» o «fuerza indomable», vitalizadora de todos los seres, del alma más que ningún otro; «*Solidaridad*», por la que se expresa la «ley superior que une a los miembros vivos de un mismo cuerpo: la humanidad. Y por encima, la ley suprema que nos hace cooperar, crear, con la gran Alma, asociados (en nuestra medida) a la amorosa Armonía del mundo, solidarios en la vida de Dios» (*La mer, op. cit.*, pp. 315 y 316).

surge la creatura dialéctica por excelencia, el fruto más sorprendente de la calma fecundidad ontológica de las aguas: la ballena (p. 203).⁵¹

Figura central en el orden sistemático del planeta, que en el hombre alcanza (o debe alcanzar) su realización plena, la ballena es el momento de la transición decisiva, por la cual lo marino se revela matriz de lo terrestre: su sangre caliente y la alimentación láctea de sus críos son la prolepsis de la vitalidad humana. *Majestuosa* en su movilidad acuática, es el único animal cuya talla lo vuelve visible –desde una altura considerable– para un eventual extraterrestre que descendiera en mongolfiera a nuestro planeta (p. 201); absolutamente *inofensiva* pese a su fortaleza, no necesita guerrear para alimentarse; *tímida* («a veces, un pájaro le da miedo») y *discreta* hasta el punto de optar por la soledad de los hielos polares para aparearse con tranquilidad, sobrellevando con su «expresa voluntad» las dificultades corporales y de hábitat que le impone la naturaleza; fiel *madre y compañera*, no duda en jugarse la vida para proteger a sus crías y luchar junto a sus congéneres; en suma, una «raza buena y dulce», una «dulce raza de mamíferos» que se desplazan como «gigantes buenos» por un «agua purificada, el mar libre y el globo en paz» (pp. 201-208). Este edén acuoso dura hasta que aparece el ser que ella misma, en tanto mamífero con sangre caliente, anuncia o anticipa en la escala evolutiva; el ser que destruirá el bonario estado de naturaleza ballenáceo al declararle una guerra impiadosa y ciegamente utilitaria: obviamente, el hombre.

La transición evolutiva –que sigue una *allure* hegelianoide– es inevitable y la naturaleza ha previsto los dispositivos adecuados: «para ascender, para pasar a un grado superior, es necesario que [los seres del universo] hayan agotado todo lo que el grado inferior contiene como desafíos más o menos penosos, estímulos inventivos y artes instintivos. Es necesario incluso que hayan exagerado su espe-

51. La homofonía acentúa la loa micheletiana al *mer-mère*. «Magna madre que comenzaste la vida, no la puedes llevar a cumplimiento pleno. Permite que tu hija, la tierra, continúe la obra comenzada. Tú lo ves, en tu mismo seno, en el momento sagrado, cómo tus vástagos sueñan la tierra y su firmeza; suben a ella, le rinden homenaje. A ti te cabe recomenzar la serie de los seres novedosos por medio de un inesperado prodigio, un esbozo grandioso de la cálida vida amorosa, de la sangre, la leche, la ternura que se desarrollarán en las razas terrestres» (p. 200). Los cetáceos superan la fase belicosa de la evolución (que preside la dinámica de crustáceos, pulpos e incluso peces, hasta llegar al tiburón, el «*gran comilón*»: cf. pp. 110-113, 176 y ss., 182 y ss.), y con ellos se sale de la «sinistra tiniebla para entrar en la amable aurora de las concepciones armónicas», un intervalo «de gran dulzura e inocencia», previo a la aparición del hombre. La ballena, con su sangre caliente, es «la verdadera flor del mundo. Toda la creación con su sangre pálida, egoísta, languideciente, relativamente vegetativa, luce como si no tuviera corazón, si la comparamos con la vida generosa que hierve en esta púrpura; en ella se agita la cólera o el amor. La fuerza del mundo superior, su encanto, su belleza, es la sangre. Ella da inicio a una juventud totalmente novedosa en la naturaleza, a una llama de deseo, el amor, y el amor por la familia, por la raza; amor que, al saber el hombre extenderlo, unirá a la vida con su corona divina, la Piedad» (pp. 202-204).

cie, hayan generado el exceso de la misma, el cual, por contraste, hace sentir la necesidad de un género opuesto. El progreso acontece así por una suerte de oscilación entre las cualidades contrarias que se van liberando y encarnando a lo largo de la vida» (p. 161). La lucha es armonía; la muerte, vida: «fue necesario que el mar produjera esos seres terribles, destructores omnipotentes, para combatir, sanar él mismo el extraño mal que la aqueja, el exceso de fecundidad»; esta dialéctica —«bello espectáculo, magno, cautivante»— es el «combate universal de la Muerte y el Amor», menos visible sobre la tierra pero plenamente evidente en las profundidades marinas; un proceso siempre «muy armonioso y con un sorprendente equilibrio. Esta furia es necesaria. Este cambio de la sustancia, tan rápido (¡en ebullición!), esta prodigalidad de la muerte, es la salud» (pp. 196 y 197).⁵² Coherentemente, toda conflictividad letal no es más que la medida que toma la naturaleza para regimentar su ritmo evolutivo. El polo positivo de la ballena es ser portadora de sangre y leche, de amor y ternura; pero la negatividad debe garantizar el dinamismo del todo, y como no bastan las contrariedades corporales de los cetáceos (dificultades para respirar, amamantar, defenderse y proteger a los suyos), le cabe al ser humano realizar la superación regulativa, conservando los elementos de vitalidad superior e instrumentalizándolos contra lo que debe ser eliminado. Lamentablemente, lo hace como un atroz hermano-enemigo (p. 217).

La naturaleza favorece esta tarea haciendo de la ballena un animal ingenuo como ningún otro: su «familiaridad llega hasta el punto de tocar las naves, las canoas. ¡Confianza imprudente, tan cruelmente engañada! En menos de un siglo, la gran especie de la ballena ha casi desaparecido» (p. 202). En virtud de la misma dialéctica que la hace vehículo privilegiado de la transición ascendente, es también un animal condenado a perecer en manos de quien tanto le debe. Paradoja viviente, el mismo físico del cetáceo (su aparato respiratorio) lo condena a no poder reposar en el elemento donde mejor se mueve, y a no poder moverse, por su peso y forma, en el elemento donde reposaría tranquilo; esbozo fallido, «ser imposible, primer vástago poético de la fuerza creadora, que de entrada apunta a lo sublime y después retorna gradualmente a lo posible, a lo durable»; al lanzar su chorro al aire, «el *resoplador jadeante* (verdadero nombre de la especie) parece decir: ¡Oh naturaleza! ¿Por qué me has hecho siervo?» (p. 207). El

52. Estro literario tardorromántico, conceptualmente un *déjà vu* (que seguirá viéndose todavía...): «De esta vida del mar, donde se entremezclan ásperamente dos fuerzas que parecen destruirse recíprocamente, surge una salud maravillosa, una pureza incomparable, una belleza terrible y sublime. Triunfa por igual en los muertos y en los vivos. [...] La melancolía del mar no reside en la despreocupación con que multiplica la muerte, sino en su impotencia para conciliar el progreso con el exceso de movimiento» (p. 197).

hombre le hace pagar caro este inevitable vasallaje: los mismos que esclavizan a los pueblos primitivos, en vez de civilizarlos, ultiman sin piedad a todo animal en quien no ven más que un objeto crematístico (pp. 258-264).

En conclusión: el cetáceo micheleteano es una suerte de paradigma de la bondad cósmica que, luego de muchas vicisitudes, habrá de reinar en el estadio supremo, cuando los hombres vivan en armonía con lo acuoso. La vida de la ballena enseña cómo hacerlo: es una especie modélica y, a la vez, operadora de la transición hacia formas más elevadas. En sí misma, la *baleine* es tan erótica, maternal/paternal, protectora y solidaria como habrá de serlo –en virtud del imperativo del progreso– el animal racional y pasional que sucede a los cetáceos en la escala biológica, *l'homme*.⁵³ Para lograr la vida armónica, el ser humano tiene simplemente que dejar de ser soberano cruel y «Dios tirano» de la naturaleza primigenia, redimiéndose de sus culpas ecológicas y sociales mediante la terapia y la pedagogía oceánicas. «El mar, que comenzó la vida sobre este globo, será nuevamente la nodriza bienhechora, con tal que el hombre sepa tan sólo respetar el orden que en él reina y se abstenga de alterarlo» (p. 269). La propuesta final de Michelet es la «*Renaissance par la mer*», revitalización de los cuerpos y las almas, comunitario inicio de una existencia sana y republicana en aireadas moradas ribereñas, a la vera de las olas que recibirán a las nuevas generaciones en salvíficos baños marinos y en pragmática piscicultura; el vuelco inglés a la vida marítima es un ejemplo de ese corte y superación de la *dégénérescence* que dará a luz, por extensión, también una alligheriana «*Vita nova* de las naciones» (pp. 277 y ss., 322 y ss.).⁵⁴

53. En rigor, entre las ballenas y los humanos Michelet ubica una galería de anfibios (en ellos aparecen la mano y las mamas pectorales), algunos previsibles (focas, lobos marinos y semejantes), y otros algo curiosos, como *tritones* y *sirenas*; una iconografía zoológica, ésta, que constituye un simpático *imprévu* para el lector no propenso a irritarse desde el cientificismo (pp. 209 y ss., 214-216).

54. «Vivir en el campo es un reposo; vivir en el mar es un combate, un combate vivificante para quien puede soportarlo» (p. 281). «La nueva fundación será para Europa un modelo. Se lo debemos a los niños. La vida infernal que llevamos, esta vida de trabajo terrible y de excesos mortales, es sobre ellos que recae. [...] La infancia del hombre, como la de las plantas y de todo ser, necesita reposo, aire, dulce libertad. Aquí, todo le es contrario, sean nuestros méritos o nuestros vicios. [...] Hay que acabar con todo eso. Hay que prevenir. Hay que rescatar al niño de este ambiente funesto, sacárselo al hombre, dársele a la naturaleza, hacerle aspirar la vida en los vientos marinos. [...] en lugar de un trabajador debilitado, de un asiduo concurrente a los hospitales, el Estado tendrá un marino robusto y valeroso. [...] El hombre] recupera incesantemente sus fuerzas en la gran piscina de Dios! Toda la humanidad se beneficia con ello [...]» (pp. 324-328). Forma parte de esta regeneración la convocatoria a una «*Tregua de Dios*», un período de restricción en la caza, regulado por un nuevo derecho del mar para proteger a la especie ballenácea de un actividad que se viene ejerciendo *more barbarico*, desde las épocas homéricas hasta la deletérea eficiencia capitalista (pp. 270-274; asimismo: 209, 264). Sería la única posibilidad de evitar el exterminio de la especie, una prognosis pesimista no compartida por Melville, *quien necesita que la encarnación de lo divino no perezca*.

Evolucionismo inmanentista, eros procreador, amor familiar, hidroterapia holística, misticismo republicano, son las categorías que sustentan el conciliacionismo cósmico de Michelet, su idea de un *totum* infinito que, a través de una negatividad funcional y por ende acotada (insuficiencias biológicas de algunas especies, luchas, guerras, la caza despiadada), se va autorregulando erótica, moral y racionalmente.

Michelet es un auténtico republicano populista y científicista, un espíritu profundamente religioso que busca la *comuni6n* entre lo humano (naturalizado) y lo natural (antropomorfizado) como coronamiento de un *élan* cósmico. A su entender, la marcha general de las cosas conduce hacia formas de armonía cada vez más perfecta. Sólo que la instancia universal que invoca, en su misma plurivocidad semántica, resulta menos abstracta y genérica que las habitualmente invocadas por la grey atea. Su devoción por la civilización cruza ciencia y misticismo, fe en la vitalidad inagotable de la madre-*nature* y obediencia al padre-*progrès*. Coherentemente, el único reconocimiento que Michelet le concede a los momentos de lucha existencial es el de presentarlos como los artilugios dialécticos con que la naturaleza dinamiza el progreso. En su sistema no pueden desatarse tensiones y conflictos irresolubles en presuntos estadios *superiores* del proceso. En la evolución de su cosmos prima la conciliación. Su liberalismo le veda lo político, la schmittiana oposici6n amigo-enemigo asentada en una metafísica de la trascendencia y la cristología.

Pese a que Schmitt haga del francés un referente de primer orden, no puede ignorar que, más allá de su bella factura literaria, *La mer* está imposibilitado de escenificar un drama teológico-político equivalente al de Melville, maniqueo angustiado. Este mar micheleteano está más cerca de ser una platónica imagen móvil de la eternidad, que de constituirse como el elemento de la movilidad y la fluidez absolutas, consustancial a la dinámica del capitalismo. La suya es una ontología de la regularidad en la suma quietud.⁵⁵ Pese a la sagacidad con que sabe leer la conquista de los mares, Michelet no quiere asumir que el giro epocal desde la tierra al mar ha matado a Dios, sin que ningún *roman philosophico-natura-*

55. En todo caso, la brecha ontológica es incolmable: el mar, «elemento extraño [...], no tiene necesidad de nosotros. Prescinde maravillosamente del hombre. La naturaleza no parece preocupada por tener semejante testigo. En el mar, Dios está absolutamente solo. El elemento que llamamos fluido, móvil, caprichoso, en realidad no cambia, es la regularidad misma. Lo que cambia constantemente es el hombre. [...] El mar tiene todo el aire de triunfar [frente a la transitoriedad de lo humano] cada vez que nos acercamos a él; es como si nos dijera, desde el fondo de su inmutabilidad: “Mañana, tu pasas, pero yo, jamás. Tus huesos estarán enterrados, incluso ya disueltos por los siglos, mientras que yo permaneceré todavía, majestuoso e indiferente, con esa magna vida equilibrada, que me armoniza, hora a hora, con la vida de los mundos lejanos”» (p. 48). La familiaridad con el final de *Moby Dick* es evidente.

liste pueda revivirlo. ¿Qué ambigüedad entre el bien y el mal puede torturar a sus aventureros, ignaros de su verdadera conveniencia, pero esencialmente predispuestos a un saneamiento hidropedagógico? ¿Qué tragedia existencial—colectiva e individual— puede tener como *dramatis persona* a un ser tan bonachón como su ballena? ¿Qué politicidad puede anidar en este cosmos liberal, donde los conflictos son funcionales a una conciliación garantizada por una mano invisible acuática? *En su océano ni siquiera hay piratas.*

Evidentemente, Schmitt opera un recorte selectivo que sesga su lectura hacia un registro que no es el del optimismo del *republicain* Michelet, tan idiosincrático de ese connubio progresista entre esfuerzo humano y armonía suprapersonal que—desde distintas perspectivas— fue ampliamente ideologizado en ese «gran siglo, un siglo Titán, el diecinueve» (*La mer*, p. 238). El referente de Schmitt es, en verdad, Melville: sólo en él puede buscar el mito identificatorio.

Un año y medio después de la última carta, conocedor de las atrocidades de la guerra,⁵⁶ exacerbado su convencimiento de que el nacionalsocialismo conduce a Alemania—y, junto con ella, a Europa toda— hacia la peor catástrofe, Schmitt es atraído menos por los balleneros que por la figura de Cereno, en la que encuentra la alegoría, con valencia mítica, del hundimiento de la cultura europea ante el embate del nihilismo; un mito literario, además, que en virtud de las particularidades de la narración, metaforiza la vivencia que el *Jurist* tiene de su situación bajo el nacionalsocialismo: ser un prisionero de quienes manipulan a las masas e instauran una versión totalitario-populista del nihilismo. Lo atrae no el Melville del heroísmo burgués, sino el creador de esa figura mítico-poética, cuyo significado epocal se acrecienta con la identidad paradójica que su autor le confiere. Con un personaje como Don Benito—de hecho, un traficante de esclavos que es a la vez ejemplo de conciencia histórica y de dignidad personal—, el escritor republicano y antiesclavista desafía el democratismo imperante en su país, que, lejos de estar liderado por una élite políticamente lúcida, degenera aceleradamente hacia una estructura donde al utilitarismo capitalista desenfrenado y al expansionismo imperialista hace *pendant* coherente la cada vez más aguda confrontación entre la indignidad del esclavismo y el principismo formal y/o utópico, ciego ante los peligros que las condiciones norteamericanas representan para esa democracia auténtica, tal como la anhela un Melville tensionado entre sus incertidumbres religiosas y el riguroso puritanismo en que fuera educado, entre su rebeldía libertaria y la sentida exigencia de un orden político que inten-

56. Cabe imaginar las conversaciones entre Schmitt y Jünger en las navidades de 1941, a la luz de las anotaciones en el Diario del segundo, acerca de los horrores *humanos* del frente oriental (cometidos por ambos contendientes), las deportaciones, las matanzas de judíos y horrores similares.

te con sensatez desactivar la revolución social que cree inevitable en su país, tras la experiencia europea en 1848. El relato melvilleano no heroiza al norteamericano modélico (quien, por el contrario, resulta tan carente de juicio y capacidad comprensiva de las cosas, como dotado de eficiencia técnica, racionalidad utilitaria y valentía elemental), ni embellece a los esclavos (legítimamente motivados, pero bárbaramente sanguinarios), sino que —a nuestro entender— estetiza su fascinación por el representante de un orden perimido y de una comprensión de la historia incompatibles con el progresismo iluminista, un aristócrata víctima de un terror que anuncia el del totalitarismo de masas, un católico apresado por una insurrección behemónica, a la que pone fin con una decisión conforme a su naturaleza de hidalgo español. Un Melville angustiado por la decadencia de una cultura, pero también por sus vicisitudes más personales, se vale de quien *debería* despertar rechazo, para ilustrar el temple heroico con el que cabe enfrentar el derrumbe de un mundo.

En rigor, estos últimos aspectos no provocan comentarios explícitos ni referencias particularizadas de Schmitt, quien, más sencillamente, destaca la grandeza de Cereno como *símbolo de la élite europea bajo el nihilismo totalitario*, y expresa —como vimos— su admiración por el talento del norteamericano para pintar «la *situación* objetiva, elemental y sencilla» de lo político en su pureza existencial; el estro melvilleano para escenificar los equívocos y las ambigüedades *in crescendo* que se van generando por la mezcla de ingenuidad ideológica (la ceguera del capitán Amasa), apariencias distorsionantes de lo esencial (la conducta fingida de los españoles aterrorizados y de los esclavos insurrectos), y los riesgos corridos a la espera de la ocasión oportuna para desbaratar una conjura siniestra; o sea, los motivos que electrizan el *tenso prelude a una decisión extrema*. Pero además de este reconocimiento básico, posiblemente Schmitt tampoco se expone en lo que lo concierne personalmente, porque las vicisitudes del relato son suficientes para justificar su identificación —como intelectual que se siente atrapado en un régimen de terror— con quien, como Cereno, para sobrevivir acepta la imposición de actuar fingiendo que a bordo persisten las jerarquías y la obediencia, cuando en verdad el orden ha sido subvertido y lo aparente es la negación dialéctica de lo real. La clave de lectura schmittiana, entonces, es que el sino del *Santo Domingo* es el de Europa en la época de la totalización, y Cereno un símbolo de la inanidad existencial en que ha caído la «*Intelligenz*», la élite intelectual que había sabido ser consciente propulsor de la cultura europea. Y el destino de Europa es el del mundo todo: la guerra y los conflictos de la posguerra enseñan que se lucha por un *imperium* global, un nomos planetario bajo un poder universal único. En este sentido, y más allá de las discusiones suscitadas por el gesto autoidentificador schmittiano, las alusiones que el pensador ale-

mán hace al momento decisionista (la *situación* del relato como condensación estética del *estado de excepción*) y a la visión teológico-política del hundimiento de la europeidad, no por breves dejan de delinear pautas ineludibles –a nuestro entender– para una lectura de la *novel* melvilleana.⁵⁷

57. La lectura que hacemos de la lectura schmittiana de Melville se inscribe en una línea interpretativa bien definida, abierta obviamente por el pensador alemán en los textos que estamos analizando. Recibe su primera exégesis y profundización en dos trabajos que contribuyen al reconocimiento de la estatura intelectual de Schmitt, motivados por el escrito de homenaje al jurista en ocasión de cumplir ochenta años. A saber: Enrique Tierno Galván, «Benito Cereno oder der Mythos Europas»; y Sava Klickovic, «Benito Cereno. Ein moderner Mythos», ambos en *Epirrhosis. Festgabe für Carl Schmitt*, op. cit., pp. 345-356 y 265-273 respectivamente. De hecho, el trabajo del intelectual y político marxista español, a su modo discípulo y confeso admirador del pensador alemán, había sido publicado –con una dedicatoria a Schmitt– en *Cuadernos Hispano-Americanos*, XIII, 36, 1952, pp. 215-223 (por su mayor difusión, citaremos la versión alemana, pese a que achata el estilo del original). Tierno Galván aborda el problema melvilleano-schmittiano de la *situación* en clave fenomenológica, distinguiendo entre ser sujeto *en* y *de* la misma, y analizando la condición existencial de un navío en general, de un barco pirata en particular y de la *isla* como hábitat delimitado por excelencia, a la luz de la complementación entre la normatividad racionalista de la piratería y la de las instituciones *legales* (pp. 347-348). Sólo que Melville pinta –con trazos pararrománticos– una condición previa a la institución de una normatividad racional (entre piratas o entre ciudadanos), y el clima de ambigüedad y confusión en el escenario del relato es precisamente la condición para que Benito Cereno devenga mito (p. 349). Su barco se mueve, pero no navega ni está de viaje: se desplaza carente de teleología; o, mejor, a bordo se lucha por imponer un derrotero preciso (p. 350). El *Santo Domingo*, simulación o falsificación de un orden inexistente, es el mito (transformación de lo real en irrealidad maravillosa, onírica) que revela la situación de Europa en movimiento sin saber hacia adónde va (pp. 351, 353-354). En cuanto a las figuras, Tierno Galván ve en don Benito el representante de la dignidad española, atado a su barco por las fuerzas políticas de la tradición y la responsabilidad; en Babo, el pasado como conciencia que acucia al mismo Cereno, o sea a España, haciéndole conservar las formas a quien se ha definido históricamente por mandar y por ser la conciencia moral de Europa y, en cuanto tal, no debe buscar un escape individualista, desentendiéndose de los demás (pp. 354 y 355). Es Babo quien, a su modo, evita que Cereno ceda atemorizado y olvide su responsabilidad ante quien representa el terror contemporáneo, Atufal, cuyas apariciones van graduando su juego extorsivo, al hacer visible su poder para *desencadenarse* cuando se le ocurra (p. 356). Adelantemos desde ya que, si bien el mismo Schmitt no dejó de apreciar estos últimos aspectos de la interpretación de Tierno Galván (como veremos al ocuparnos de Marianne Kesting), no sabríamos estar de acuerdo con los mismos, en especial con la relación Babo-Atufal. En lo que hace al trabajo de Klickovic, en él se destaca la relación entre ficción y realidad que Melville desarrolla como «simbolización poética de una situación» que anticipa lo que ocurrirá un siglo después, haciendo irrumpir la historia en la literatura, como en el *Hamlet* de la lectura schmittiana (p. 266). Su motivación son los sucesos de 1848, sólo que la advertencia pasó inadvertida; al igual que Cereno/Melville, muchos otros han debido participar en la decadencia de su mundo (pp. 266 y 267). Si bien algunos intelectuales percibieron la fuerza mítica del relato melvilleano (John Freeman, Pierre Leyris, Cesare Pavese, Richard Chase, Nicolaus Sombart: cf. pp. 268 nota y 269 nota), ella fue más ampliamente reconocida recién tras la Segunda Guerra. La interpretación schmittiana ocupa un lugar privilegiado en este contexto, pues es «el primer intento científico de aplicar la situación del relato a la nueva situación del Viejo Mundo», al elevar la figura de Cereno a símbolo de la «*Intelligenz* en un sistema de masas», con lo cual el mito simboliza el destino de Europa sin más (p. 268). Cereno alcanza así la estatura de los grandes mi-

Es en sus cartas donde van desplegándose estas ideas. En ellas, Schmitt, ante todo, reitera la autoidentificación que ya le expusiera a Jünger durante la mencionada cena parisina, más de un año antes. A este esclarecimiento personal le suma ahora una alusión algo velada, pero que para su interlocutor ha de haber sido clara: la falsa pero poderosa cúpula nacionalsocialista, al igual que los astutos y crueles caudillos negros de Melville, ejercen el poder con la misma malignidad que demuestran aquellos a quienes la Biblia (obviamente, el *Libro de Job*) tacha de *enemigos de la luz*, ofensores de la ley de Dios.⁵⁸

Las respuestas de Jünger mantienen algo de ese distanciamiento glacial, propio de su prosa en general, aunque ciertamente comparte el desprecio (no tanto el eventual temor) de Schmitt por quienes conducen su país como bárbaros, y también percibe como lector el clima totalitario *avant la lettre* que impera en el mercante negrero. En todo caso, la común sensación del nivel de gravedad alcanzado por el estado de cosas no da lugar a comentarios extensos, algunas indicaciones son vagas o metafóricas, y queda sin un eco pleno la fascinación schmittiana por el modo como Melville simboliza en su creación literaria el clímax de toda decisión excepcional, la lógica de las improrrogables situaciones límite. Recordemos que para Jünger, la alegoría equivalente al *Santo Domingo* es el *Maelström*, el remolino gigante que, al devorar todo, simboliza el destino de quien se halla en situaciones que no tienen salida alguna. Desde esta perspectiva, Jünger compara

tos literarios, junto a Don Quijote, Hamlet, Fausto, el príncipe Mishkin (p. 271). El problema que plantea la capacidad mitopoiética del relato es que a mediados del siglo XX el *Santo Domingo* ha pasado a simbolizar el entero globo terráqueo, extremadamente móvil pero sin meta cierta, y sin que entonces quepa esperar ningún *afuera* hacia donde *saltar* para escapar a las amenazas que se avizoran como destrucción atómica, guerra civil mundial, despotismos tecnocráticos; amenazas frente a las cuales las contenciones jurídicas internacionales se revelan —como ha bien visto Tierno Galván— tan falsas como las cadenas de Atufal. El mensaje de Melville es, en consecuencia, intentar reconstituir un orden terrestre, recorriendo el camino inverso al que trazó con suma pericia estética (p. 273).

58. En la carta del 16. III. 1943, Schmitt le comenta a Jünger —poco importa si testimoniando una verdad o elaborando una ficción— que unos días antes, al despertarse luego de haberse dormido con la idea de comunicarle algo importante a su amigo en París, encontró una «anotación estenográfica en la mesa de luz», resultado de un gesto escritural casi onírico y, en cuanto tal, fuertemente revelador; un breve texto que Schmitt le adjunta a su amigo. El comentario concluye: «La misma mañana me topé con *Job 24, 14*». Antes de ocuparnos de esta anotación, directamente ligada a nuestro tema, recordemos que la frase bíblica mentada, en un contexto donde se alude a los «enemigos de la luz», dice (en nuestra traducción de la versión de Lutero): «Cuando recién rompe el día, se levanta el homicida y estrangula al desdichado indigente, y por la noche se desliza el ladrón». En la anotación hecha *entre sueños*, Schmitt escribe: «11/12. III. 1943. A las tres y media de la madrugada. Una situación de fábula (¿o fatal?) [*Fabel-hafte (Fatum-hafte?)*]: el *Santo Domingo* en el *Maelström*. B[enito] C[ereno] se dice a sí mismo: mejor morir *en manos* [*durch sie*] de ellos, que *dándeles una mano* [*für sie*]. Semejantes agudezas tacitianas superan enormemente a fórmulas escolásticas como “existencial”» (*Briefe...*, *op. cit.*, p. 159).

las funciones análogas que las creaciones literarias de los dos norteamericanos cumplen en su amigo Schmitt y en sí mismo. Aunque a su modo, también él encuentra en las obras melvilleanas un espejo anticipatoriamente revelador.⁵⁹

En este último terreno, y con el acrecentarse del pesimismo –acerca del destino personal y colectivo– ocasionado tanto por el agravamiento de las rasgos totalitarios del régimen a lo largo de 1943, como también –en un terreno más íntimo– por la destrucción de su vivienda berlinesa a causa de los bombardeos, Schmitt acentúa la conciencia de su isomorfismo con el personaje en quien visualiza el último mito occidental y, consecuentemente, la posibilidad de irradiar el sentido que nuestro pensador atribuye a su conducta. Un Schmitt que, luego de aludir a la temprana percepción de la «situación mundial» y del ocaso de Europa en Tocqueville y Bruno Bauer (anticipadamente y con mayor claridad que en Spengler), le escribe a Jünger: «El destino de Benito C. [sic] me alegra casi infinitamente». Lo hace convencido de haber encontrado la alegoría ilustrativa del momento histórico que está vivenciando y el sano consejo acerca de la actitud personal a seguir: la reclusión o inactividad externa como extrema prudencia ante el peligro circundante». ⁶⁰ Por cierto, esta misma identificación y su incidencia en la comprensión schmittiana del presente más inmediato y en la conducta que ve ilustrada por su paradigma literario abren la interrogación sobre el alcance de una

59. «En sus sueños» –le contesta Jünger el 8. IV. 1943– «encuentro bien lograda la conexión entre los mundos imaginarios de Poe y Melville. Poe ve de manera individualista lo que Melville ve políticamente, socialmente. También la frase a la que usted llega capta el comportamiento del individuo contra la *clique* de los conspiradores» (*Briefe...*, *op. cit.*, p. 161). Varios meses después, el 24 de agosto, retoma la cuestión: «Entre otras consideraciones respecto de una noche pasada conmigo, encuentro allí –Jünger alude al tomo 3 de los *Diarios* de Fabre Luce– a *Benito Sereno* [sic] citado como texto clave, indispensable para conocer la intimidad de los estados totalitarios». Tras aludir a Popitz, y al requisito para comprender los acontecimientos en curso («La guerra puede ser decidida sólo desde adentro, no desde afuera; es un acto metafísico»), concluye: «Ahora bien, el deseo a usted y los suyos, de todo corazón, lo mejor para estos meses tan importantes. De golpe, al igual que en *Moby Dick*, hemos llegado al centro de la escuela del gran tiburón» (*Briefe...*, *op. cit.*, pp. 166 y 167). La última alusión puede ser al capítulo 66 y al comportamiento de los tiburones como alegoría del proceder de Hitler y sus secuaces.

60. Cf. la carta de 7. IX. 1943 (*Briefe...*, *op. cit.*, p. 170). Desde Plettenberg II, Schmitt le agradece a Jünger haberle dado ánimo tras la destrucción de su vivienda de Berlin-Dahlem, y califica su situación como una en la cual «hay que guardarse de emprender cualquier activismo. La “voluntad de [*Wille zu*]” es una de las cosas más estúpidas; hacer de ella una filosofía, es un signo de la bestia triunfante»; una alusión al nietzscheanismo que le permite precisar el sentido de su actitud: «y la “voluntad contra” no es mejor que la “voluntad de”». De aquí la conmoción espiritual que le produce el cuento de Melville. No falta la indicación bíblica, conectada con el «indescritible regocijo» que le produce el gesto de –digamos– *cerenizarse* en el contexto del creciente terror: «*Du reste*: Prédicas de Salomón 10.1» (*Briefe...*, *op. cit.*, pp. 169 y 170). Se trata de Eclesiástes x.1: «Moscas muertas corrompen los buenos ungüentos» (la traducción de la versión luterana es nuestra).

posible, eventual o probable decisión *à la Cereno* (esto es, decidirse a la acción en el momento extremo) del intelectual Schmitt: ¿hasta cuándo mantener la prudencia del silencio como única protección frente a la dictadura nazi en el ojo del Maelström? Sin dudas, Schmitt no visualiza ni cree que, por el momento, pueda delinearse en su horizonte existencial ninguna decisión equivalente a la que finalmente tomó el capitán español y que tuviera probabilidades de performatividad política, sin agotarse en el previsible sacrificio personal carente de alcances efectivos. Es la condición insostenible pero a la vez irresoluble bajo un poder totalitario de masas; la situación de don Benito antes de toparse con el americano, y/o sin una vía de escape equivalente. ¿A qué bote salvador podría haber saltado? (para peor, con la experiencia del equivocado salto dado en 1933). Durante los dos años que aún sobreviviría el régimen, el jurista no cambiaría de opinión.⁶¹

Estas vivencias se agudizan al máximo apenas terminada la guerra: Schmitt le testimonia a Jünger que ya desde hacía varios años había conocido personalmente los peligros de afrontar a un leviatán enloquecido, desde cuando fuera acusado por las SS y luego, poco más de un año después, se expresara veladamente sobre el régimen en su libro sobre Hobbes. Su actitud fue la de protegerse sin actuar y de ensayar críticas en estilo algo sibilino, que escaparan a la censura y la represión, pero que fueran entendidas por los espíritus afines.⁶² La retórica de la *Nota* enviada a Jünger, también con el propósito de un consejo precautorio, la vuelve un documento particularmente significativo para nuestra interpretación: «¡Cuidado! ¿Quizás alguna vez habrás oído algo acerca del gran “Leviatán”, y te urja leerlo? ¡Cuidado, amigo! Es un libro esotérico desde la primera a la última

61. Sin identificarse, nuestra interpretación está en sintonía con la de George Schwab, *The Challenge of Exception. An Introduction to the Political Ideas of Carl Schmitt between 1921 and 1936*, New York-Westport-London, Greenwood, 1989, pp. 142-143: «Aunque Benito Cereno se volviera un símbolo para algunos alemanes, en una consideración retrospectiva afirmó Schmitt que, no importaran las circunstancias en que alguien se encuentra, el espíritu permanece esencialmente libre [*Ex captivitate salus*, p. 22]. Pero hay una diferencia entre un espíritu que permanece libre en un sistema totalitario y el salto a la libertad que realmente da don Benito, buscando ayuda para los otros cautivos. Schmitt no consideró emigrar de Alemania ni socavar activamente el régimen nazi. El mito de Benito Cereno debe verse como la descripción schmittiana de una situación específica. Su uso del mito es aplicable solamente a la situación desesperada de un individuo en un sistema totalitario. Simboliza la cabal impotencia para comunicar al mundo exterior esta situación específica». Por su parte, Joseph W. Bendersky, *Carl Schmitt. Theorist for the Reich*, Princeton, Princeton University Press, 1983, observa que Schmitt nunca intentó escapar o emprender alguna acción de resistencia activa contra el nacionalsocialismo, pero que la suerte de los complotados tras el 20 de julio de 1944 confirma su actitud; asimismo, previene sobre el error de tomar los escritos schmittianos en torno al *Grossraum* como apoyo al régimen (cf. pp. 263-264).

62. Para los datos relativos a la acusación de la *orden negra* a Schmitt, y la bibliografía correspondiente, remitimos a nuestro «¿Quién mató al Leviatán», *Deus Mortalis* 1, 2002, nota 21, pp. 112-113.

página, y su intrínseco esoterismo va creciendo a medida en que te adentras en él. ¡Mejor mantente alejado de este libro! ¡Vuelve a ponerlo en donde lo sacaste! ¡No lo vuelvas a tocar con tus dedos, ya sea que estén bien aseados y cuidados, o, en consonancia con esta época, teñidos de sangre! ¡Mantente expectante, si es que te vuelves a topar con este libro o si te cuentas entre aquellos a quienes se les devela su esoterismo! Los *fata libellorum* y los *fata* de sus lectores están entrelazados de una manera harto misteriosa. Te lo digo con mi máxima amistad. No te inmiscuyas en los arcanos; mejor espera a ser introducido y admitido en ellos de la forma adecuada. Pues si no lo haces, tu salud podría verse dañada por un ataque de ira, e intentarías destruir aquello que está más allá de toda destrucción. No sería bueno para ti. ¡No toques, entonces, ese libro y vuelve a ponerlo en su lugar! Te lo dice francamente tu buen amigo Benito Cereno. 11 de julio de 1938. Confirmado en junio de 1945 (“han pasado siete años”).⁶³

Frente a la importancia de estas líneas, empalidecen las últimas menciones (de por sí intrascendentes) que aparecen en el epistolario; el cual, por lo demás, es unidireccional (no se publican respuestas de Schmitt).⁶⁴ Nuestra atención se dirige ahora a otros textos, no menos representativos.

63. Kiesel observa que Günter Maschke, en su edición del libro schmittiano sobre Hobbes (del cual –acotemos– Kiesel da algún dato editorial equivocado), reproduce la *Notiz*, datándola como posterior a 1945, en G. Maschke, «Zum “Leviathan” von Carl Schmitt», Apéndice a Carl Schmitt, *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes. Sinn und Fehlschlag eines politischen Symbols*, Köln, Hohenheim V., 1982, pp. 242-243 (cf. *Briefe...*, *op. cit.*, p. 619). Podríamos aventurar que tal vez Maschke ha reproducido una copia conservada por Schmitt mismo, la cual no tiene la datación precisa que figura al final de la enviada a Jünger. Julio de 1938 es el mes en que se publica el libro schmittiano *de Hobbesio*. De todos modos, Kiesel recuerda que Armin Mohler, por entonces secretario privado de Jünger, conecta el texto con una carta del 4. XII. 1948. Finalmente, el editor del epistolario que estamos analizando recuerda también la acusación de automitificación con propósitos apologéticos, que Ruth Groh le hace a Schmitt (*ibid.*, *loc. cit.*). Para Kiesel, el Santo Domingo melvilleano es el símbolo de la decadencia europea, cuya élite ha caído presa de la masa. Y agrega: «Al mismo tiempo, [Schmitt] ha de haber visto en Benito Cereno un ejemplo de esa figura bíblica, el *katejon* o *retardador*, que durante los años siguientes fue alcanzando cada vez más importancia en la comprensión que Schmitt tuvo de la historia y de sí mismo» (*Briefe...*, *op. cit.*, pp. 874 y 875). Sin entrar ahora en los detalles, observemos que esta interpretación supone que el nuevo *katejon* cuenta con el imprescindible apoyo de los Estados Unidos, lo cual es una de las caras del peligro que según Schmitt amenaza a Europa y su tradición. Para la interpretación de Ruth Groh, véase nuestra nota 68.

64. El 17. XII. 1947, Jünger se queja de una traducción de Melville hecha por S. Krauss, no publicada (*Briefe...*, *op. cit.*, p. 215). Tal vez se trate del discípulo y amigo de Schmitt, Günther Krauss, como propone Winbauer, ante la similitud de las grafías de «S» y «G» en Jünger: cf. Tobias Winbauer, «Personenregister Briefwechsel Ernst Jünger / Carl Schmitt», *Schmittiana VII*, 2001, p. 177 nota. El 9. v. 1957, Jünger hace una breve alusión, cómica y superficial, a Ahab (*Briefe...*, *op. cit.*, p. 332); y, finalmente, le cuenta a Schmitt –en carta del 26. vi. 1973– haber visto «Benito Sereno [sic]» en televisión, recordando también la charla mantenida tanto años antes (1941) en París (*Briefe...*, *op. cit.*, p. 395). Kiesel no indica de qué producción artística se trata. Se nos hace difícil averiguarlo; en todo

Las páginas más emotivas, por dar cuenta del repensamiento al que el jurista somete su vida, son las de *Ex captivitate salus*. Internado en campos de concentración tras la finalización de la guerra, y a la espera de una condena por instigador intelectual de la «guerra de agresión» hitleriana (acusación absurda, de la cual las mismas autoridades norteamericanas que lo interrogan terminarán por juzgarlo inocente), resulta comprensible que Schmitt apoye sus meditaciones autobiográficas sobre elementos simbólicos como la figura del capitán español aprisionado por una maquinación que se asemeja a los procedimientos de los regímenes de masa totalitarios para con los intelectuales disidentes.⁶⁵ Ciertamente, Schmitt alude ante todo al nacionalsocialismo, pues está hablando de sí mismo, pero no es distinta su opinión sobre la Unión Soviética. Ni tampoco puede serlo respecto de la situación en que se encuentra al ser juzgado por los tribunales de las potencias vencedoras, al menos en lo que hace a la persecución injusta que –juzga– está sufriendo. Los *attorneys* e ideólogos de la fuerza norteamericana de ocupación demuestran una incapacidad para comprender las actitudes existenciales a las que compelen situaciones extremas, como las de una dictadura totalitaria, similar a la de Delano frente a Cereno. Peor aún, su poder omnímodo y su torpeza hermenéutica representan una amenaza para su vida, en la medida en que pueden incluirlo entre los criminales de guerra y/o de lesa humanidad. La nota común que refuerza la comparación schmittiana entre la ficción de Melville y la situación personal y colectiva en Alemania año cero es la torpeza norteamericana para comprender los signos que la cultura europea transmite en las tribulaciones de sus intelectuales más lúcidos.

Con el mismo propósito que los gestos de Cereno, y de un modo igualmente inútil al comienzo (acotemos: pese al nivel alcanzado por la *Schmitt-Forschung*, ¿concluyó este comienzo?), nuestro pensador remite a ese paso de su libro sobre Hobbes donde destaca que, cuando un poder político ejerce con el máximo rigor el poder que monopoliza, con el propósito de uniformar doctrinariamente o acallar el espacio público, el intelectual disidente no tiene otro camino para sobrevivir que la escritura ambigua y alegórica, protectora de la intimidad y de la libertad del pensamiento, o directamente el enmudecimiento voluntario. Schmitt ha enseñado que esa monopolización absoluta del poder

caso, no figura en la lista de films y producciones radiales y televisivas motivadas por obras melvillianas, proporcionada por M. Thomas Inge en su «Melville in Popular Culture», en J. Bryant, *A Companion to Melville Studies...*, *op. cit.*, pp. 695-740; véanse pp. 730-736.

65. El texto que nos ocupa son las «Anwortende Bemerkungen zu einem Rundfunk. Vortrag von Karl Mannheim», en *Ex captivitate salus. Erfahrungen der Zeit 1945/47*, Greven, Köln, 1950, pp. 13-24. Está fechado: «Invierno 1945/46» (p. 24).

fue el medio con que el Estado moderno acabó con las guerras civil-religiosas de la primera modernidad, y el que sigue utilizando –con legitimidad constitucional– cuando irrumpe una crisis excepcional. Asimismo, puso de manifiesto que la lógica misma de este mecanismo pacificador conllevó históricamente el vaciamiento ético de la soberanía (o sea, el cedimiento ante las pretensiones ideológicas de la *libertad de pensamiento*) y el sometimiento de la política estatal a las pretensiones particularistas de las corporaciones societales (movidas por el pragmatismo capitalista, que necesita instrumentalizar el poder político a sus fines). Los regímenes de masa llevan a cumplimiento esta lógica. Intensificando hasta el paroxismo las técnicas de coacción ideológica y fáctica, y la represión a los disidentes, los totalitarismos del siglo XX arrasan con la distinción entre lo público y lo privado. Schmitt sabe que cabe incluir entre estas prácticas de regimentación del pensamiento –sin que esto diluya peculiaridades y diferencias insoslayables entre la violencia totalitaria y las formas administrativas liberales– también el accionar de las instituciones y los dispositivos culturales y mediáticos en general de las sociedades liberal-capitalistas donde lo político ha quedado colonizado por los grandes intereses económicos y corporativos en general. En todas estas situaciones, pero del modo más dramático en las estructuras totalitarias como aquella en la que Schmitt ha vivido (lamentablemente ilusionado primero, decepcionado y receloso por su vida, después), cuando un intelectual –que no pueda o no quiera emigrar– rechaza el acomodamiento con el sistema imperante y no existen garantías para su seguridad personal, entonces no tiene otro camino para sobrevivir que la escritura críptica o el silencio. La experiencia de esa «dura época de prueba» y de todo «lo que hemos experimentado en el peligro de esos doce años» es «la diferencia entre un espacio público auténtico y otro falso, y la contrafuerza del callar y del silencio» (*Ex captivitate salus...*, *op. cit.*, pp. 22-23).

Schmitt intenta dar a entender que así debe interpretarse lo que escribió sobre Hobbes en 1938, recurriendo a metáforas, símbolos y alusiones oscuras. Pese a que se ha observado críticamente que la alteración posterior de las frases recordadas obedecería a propósitos autojustificatorios (una apología *pro domo* frente al peligro), no nos parece que así sea, o, al menos, que la única interpretación válida sea la de la alteración semántica con vistas a no asumir responsabilidades. Veamos los pasos correspondientes. En 1938, Schmitt escribe: «Pero si realmente el poder público pretende seguir siendo solamente público, si Estado y confesión confinan a la fe interior en el ámbito privado, entonces el alma de un pueblo emprende el “camino secreto” que conduce a la interioridad. Es entonces que crece la contrafuerza del callar y del silencio». En 1945/1946: «Si en un país sólo tiene vigencia la dimensión pública que ha sido organizada por el poder estatal,

entonces el alma de un pueblo emprende el camino secreto que conduce a la interioridad. Es entonces que crece la contrafuerza del callar y del silencio».⁶⁶

El elemento común a ambos pasos es la reivindicación schmittiana de una actitud de prudencia en condiciones despóticas, consistente en el retraimiento y el silencio, en la medida en que ya no hay soberano ni tampoco poder alguno capaz de proteger al disidente en el peligro que corre en manos del déspota. Otra podría haberlo hecho la Iglesia *qua potestas indirecta*, en desmedro de la unidad estatal. Pero –y éste sería el aspecto específico de la primera versión, en pleno régimen nacionalsocialista– el poder totalitario (la situación concreta y específica que Schmitt está viviendo) ha sometido bajo su férula toda institución estatal y societal; por ende, *en este aspecto*, ha llevado a conclusión una dinámica inaugurada por el dispositivo estatal clásico, en función del cual tanto la autoridad pública como la eclesiástica –«Estado y confesión»– impedían, al igual que el totalitarismo contemporáneo, cualquier tipo de exteriorización de la «fe interior» que no fuera la que prescribía e imponía férreamente en todo el espacio público. De aquí la continuidad, no obstante las diferencias específicas, con las situaciones contemporáneas donde se ha diluido la distinción entre lo público y lo privado; una continuidad incluso con aquellas caracterizadas por dispositivos totalitarios y violencias arbitrarias. Así las cosas, la única alternativa prudencial (no necesariamente heroica) era y es la del «silencio». La versión posterior que Schmitt da de esta frase no haría sino reproducir la misma idea básica, más allá de las diferencias lexicales. Incluso no descartaríamos que en el texto escrito en esa prisión que (don Benito-) Schmitt vivencia como su *Monte Agonía*, el recluso se autocitara de memoria, y que después, en ocasión de la publicación, no corrigiera la redacción, porque la idea fundamental (a saber: ocluirse en la más íntima interioridad frente a la presión de un poder *total*) habría quedado –a su juicio– suficientemente clara.

Por cierto, en el libro sobre Hobbes, la frase siguiente a la citada con alteraciones en la posguerra expresa el ideal schmittiano de una articulación entre las creencias y los principios más personales (lo «interno») y las confesiones y los principios públicos (lo «externo») que sea diversa a la del planteo hobbesiano, el cual, al marcar la distinción mediante una represión de las mismas voluntades individuales a las cuales debe su origen, paradójicamente revela su debilidad frente a la conciencia que busca contener mediante la fuerza. Semejante leviatán va quedando reducido a mera máquina represiva, formalmente eficiente pero desesp-

66. Los textos respectivos son: *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes. Sinn und Fehlschlag eines politischen Symbols*, Hamburg, Hanseatische Verlagsanstalt, 1934, p. 94; y *Ex captivitate....., op. cit.*, pp. 21-22.

ritualizada, ya los principios religiosos y morales están confinados en el más íntimo lar de la conciencia. Con lo cual, al ceder el lugar de los principios y de la legitimación última de las decisiones personales al juicio más personal e individualista (cuya universalidad es formal y abstracta), el soberano absoluto neutraliza su potestad cristológica y absolutiza la superioridad de lo interior y privado sobre lo exterior y público, firmando así el acta de su propia defunción. Sus sucesores serán máquinas administrativas en mayor o menor medida represivas, y el terror totalitario el más violento y nocivo de los instrumentos para realizar esta esencia privatista del liberalismo moderno.

La inferencia conceptual de las frases de Schmitt es que la manera como la soberanía absoluta neutralizó provisoriamente el enfrentamiento extremo entre las distintas creencias no fue sino un expediente efímero, propio de un dispositivo de orden «hueco y vaciado internamente de toda espiritualidad» (como dice en la misma página del libro de 1938). El totalitarismo exasperará este tipo de imposición represiva sin auténtico arraigo ético hasta lograr el control total del fuero externo con los medios técnicos que le proporciona la ciencia y las ideologías alentadas por el nihilismo. Aquí radica –creemos– la conexión conceptual y vivencial entre las dos versiones de un mismo texto, no obstante la diferencia terminológica. El hilo conductor desde el Estado liberal *guardián nocturno* al totalitarismo es la equívoca y trágica articulación entre lo interno y lo externo: en aquél, la maquinaria estatal termina siendo instrumentalizada por las corporaciones societales y sus intereses particularistas; en el totalitarismo, el aparato represivo avasalla lo privado y obliga a resistir desde el silencio, y bajo la apariencia de un liderazgo único reina un caos poliárquico. Así lo da a entender Schmitt poco antes de las discutidas frases.⁶⁷

Sin dudas, la interioridad reprimida por la estatalidad absolutista de la modernidad clásica es la de la libre conciencia del liberalismo, la cual poco después impulsará el asalto al Antiguo Régimen y terminará colonizando el espacio de lo político en beneficio de lo económico; mientras que en *Ex captivitate salus* el referente es obviamente otro: Schmitt alude aquí a la intelectualidad alemana que no emigró y que, si bien mantenía sus sentimientos nacionalistas, era íntimamente reacia a someterse a las arbitrariedades del régimen nazi, sin tener otra forma de protegerse más que simular y callarse. En este sentido, es evidente que los dos

67. «Nunca antes [del totalitarismo] la separación entre lo interno y lo externo había sido llevada hasta esta carencia de toda relación entre lo interno y lo externo.» Schmitt destaca la incompatibilidad entre la apariencia (la «uniformización exterior [*äusserliche Gleichschaltung*]) y la verdad íntima encubierta por el mutismo voluntario (cf. *Ex captivitate...*, *op. cit.*, pp. 18-19). Véanse también los pasajes a los que remitimos en nuestra nota 66, y la frase del *Glossarium* que reproducimos en nota 68, *in fine*.

fori interni no representan el mismo tipo de fenómeno histórico. Pero lo que Schmitt quiere destacar es cierta similitud o analogía histórica entre las situaciones donde no existe una mediación política que articule razonable y –digamos– humanamente la convicción personal y el inevitable adoctrinamiento de las conciencias impuesto por medio de la coacción pública. Señala, entonces, indirectamente una continuidad entre las concepciones liberal y totalitaria del Estado como mero instrumento coactivo. *No se trata de ignorar las diferencias, sino de trazar una genealogía.* Esta idea es el soporte de todas las otras consideraciones del disidente Schmitt, sea de aquéllas expuestas de modo alegórico y metafórico, sea –y más aún– de las no dichas. De este modo se expresó en 1938, y a ello alude la algo imprecisa referencia recordativa hecha en 1945/1946.⁶⁸

68. Desde perspectivas antitéticas a las nuestras, tal vez entre quienes mayor énfasis ponen en rechazar lo que Schmitt dice de sí mismo y, por ende, toda similitud entre su posición real bajo el régimen y la presentación que hace de ella a partir de 1945, en la que ven un propósito meramente apologético y un recelo prudencial en esos primeros momentos de los juicios de Nürenberg, ocupan un lugar destacado las de Roh y Meuter. Al respecto, cf. a) Ruth Groh, *Arbeit an der Heiligkeit der Welt. Zur politisch-theologischen Mythologie und Anthropologie Carl Schmitts*, Frankfurt a. M., Suhrkamp V., 1998, pp. 133-155. En su opinión, Schmitt mienta el mito Cereno para quitarle significación a su participación en el nacionalsocialismo, presentándose como víctima del terror nazi, al que pretende haberle opuesto una resistencia interna y pasiva. De aquí la denuncia del cambio lexicográfico que Schmitt imprime al texto de 1938 en 1945-1946, o sea, la transformación de lo que para Groh es una crítica al foro interno en la valoración de la fe interna. A su entender, en ningún momento Schmitt destinó la *Nota* para una utilización editorial. La constante de su pensamiento, la marca indeleble de su teología política, es el odio a los judíos; de aquí sus alusiones al mito de guerra del pueblo elegido, el Leviatán, tanto en el *Waschzettel* como en el mismo prefacio del libro de 1938. Sólo que después de 1945 se le hizo necesario desdibujar su actitud antisemita, presentándola como una simulación ante los nazis, similar a la de Cereno obligado por Babo (pp. 134, 138-141). Para peor, los escritos de política internacional, en especial el *Völkerrechtliche Grossraumordnung...* de 1939 y ediciones sucesivas, son un intento de congraciarse nuevamente con las autoridades, sin que haya diferencias sustanciales –sino simplemente una intensificación cuantitativa– entre el *gran espacio schmittiano* y el *espacio vital* nacionalsocialista. Todo lo cual no excluye, sino que confirma, el sentimiento de culpa de Schmitt por haber abierto la caja de Pandora, contribuyendo a la destrucción de la misma europeidad que creía defender desde su falsa teología católica (pp. 147-148, 153). En todo caso, Schmitt ha sabido plantear su apología y reconfirmado sus inveteradas ideas valiéndose de un doble nivel interpretativo: el exotérico (presentándose como un Benito Cereno del totalitarismo nazi), y el esotérico, más auténtico (el del antijudaísmo), uniendo los dos estratos en la figura de una Europa mítica en crisis (pp. 154 y 155). Asimismo, b) Günter Meuter, *Der Katechon. Zu Carl Schmitts fundamentalistischer Kritik der Zeit*, Berlin, Duncker u. Humblot, 1993. Este autor destaca la dimensión *teocrática* del pensamiento schmittiano, que, en el tema que nos ocupa, lo lleva a desconocer la identidad iluminista profunda del Leviatán hobbesiano. A su entender, cuando Schmitt presenta su conducta como el secreto camino del alma hacia la interioridad (en los mencionados escritos: *Der Leviathan...* y *Ex captivitate...*) está ignorando expresamente que en el primer caso había criticado las limitaciones liberales al intervencionismo estatal, mientras que en el segundo presenta al Estado como culpable del terror avasallador de la privacidad exigida en 1938 (pp. 188-189). Meuter acentúa su crítica a la autoidentificación schmittiana con don Benito, en su «Die zwei

Éste fue –a nuestro entender– el sentido de su conducta bajo el nazismo; no la inicial, ciertamente, pero sí aquella cuando –en el segundo lustro de la década de 1930– comprende que se ha consolidado una cruel y nefasta máquina totalitaria y decide obrar de un modo similar al del capitán del *Santo Domingo*: ambos hacen de la ambigüedad y del mutismo la clave para (sobre)vivir en esos interminables momentos en que la tensión extrema del peligro existencial parece no resolverse nunca. «Benito Cereno, el héroe del cuento de Herman Melville, ha sido elevado en Alemania a símbolo de la condición de la intelectualidad [*Intelligenz*] en un sistema de masas» (pp. 21-22).⁶⁹

Gesichter der Leviathan. Zu Carl Schmitts abgründiger Wissenschaft vom “Leviathan”, en A. Göbel, D. Van Laak u. Ingeborg Villinger (Hg.), *Metamorphosen des Politischen. Grundfragen politischer Einheitsbildung seit den 20er Jahren*, Berlin, Akademie V., 1995, pp. 95-116. Quienes sí representan auténticamente la actitud que Schmitt/Cereno pretende haber cumplido son figuras literarias y autores como el «Pippo Spano» de Heinrich Mann o el «Alguien» en *Andorra* de Max Frisch (pp. 114-115). Finalmente, podemos recordar también a Bernd Rüthers, *Entartete Recht. Rechtslehren und Kronjuristen im Dritten Reich*, München, Beck, 1989 (2.), pp. 157-159, donde califica la maniobra de Schmitt con Cereno como acrobacia tendiente a estilizar su rol en el Tercer Reich; véase también su *Carl Schmitt im Dritten Reich*, München, Beck, 1990 (2.), pp. 120-123.

69. El texto de las «Antwortende Bemerkungen» en *Ex captivitate salus* está motivado por la cuestión de la libertad espiritual, y para Schmitt no puede liquidarse la entera producción científica y artística alemana entre 1933 y 1945 en función de las categorías publicitadas e impuestas por los «altavoces públicos de entonces» o por el hecho de que tales productos intelectuales circularan por ese espacio público. Para un régimen totalitario no hay *adiaphora*, cuestiones indiferentes y permitidas: todo está o bien ordenado o bien prohibido (p. 14). Pero ningún totalitarismo es verdaderamente total (p. 15). «El espíritu tiene su orgullo, su táctica, su libertad inajenable y, perdóneme [Sr. Mannheim], incluso sus ángeles guardianes, y tiene todo esto no solamente en el exilio, sino también en el interior, en las garras del mismo leviatán». En Alemania, el espíritu derrotó al monstruo. «Esto vale en general, frente a todo tipo de terror y discriminación» (pp. 16 y 17). «De todos modos, es improbable que semejante Bovigus ideológico hubiera podido devorarse, en el curso de doce años, la cultura e inteligencia de todo el pueblo alemán, y que la entera productividad espiritual fuera absorbida en esa combinación de confusión descomprometida y la más sometida chatura. [...] El peligro despierta nuevas fuerzas en quienes no ceden a él. El espíritu y la inteligencia le contraponen al ruido del aparato público diversas formas de la cortesía, de la formalidad y de la ironía, y finalmente el silencio. El juicio sobre las obras nacidas en esa situación no puede ser simplemente hecho desde afuera». La clave para la evaluación justa de todas las circunstancias está, sobre todo, en comprender «la eterna correlación entre protección y obediencia» (pp. 19-20). Situación peculiar que, continúa Schmitt, se agrava cuando nadie desde el exterior puede proteger al disidente, al cual no cabe imputarle no haberse ofrendado al martirio. Schmitt concluye el pasaje previo a la alusión a su libro de 1938 y a Melville con una cita de las *Saturnales* de Macrobio, que ilustra el núcleo de su actitud, o de la presentación que hace de ella: «*non possum scribere in eum qui potest proscribere*» (p. 21). Entendemos oportuno la aclaración siguiente: el uso schmittiano del término «*Bovigus*» tiene como referente un artículo paródico-crítico de Ernst Fuchs, un jurista de la Escuela del Derecho Libre, estudiado por el joven Schmitt: cf. E. Fuchs, «Bovigus, Bovigismus und echte Rechtswissenschaft», en *Gerechtigkeitswissenschaft. Ausgewählte Schriften zur Freirechtslehre von Dr. H. C. Ernst Fuchs*. Herausgegeben von A. S. Foulkes u. A. Kaufmann, Müller, Karlsruhe, 1965, pp. 169-179 (originalmente en *Recht und Wissenschaft*, 1916, pp. 137-143). El término alude al animal ficcional (buey

Una meditación característica de Schmitt durante esos años posbélicos de mayor soledad y sensación de ser fatalmente incomprendido es que su actitud lejos estuvo de ser aislada. Que no ha sido el único en recurrir al ocultamiento literario y a la alegorización semiesotérica lo prueba también otro trabajo fundamental: el libro de Jünger que, en la misma época y mediante figuras simbólicas, vuelve patente la esencia nihilista del régimen nazi.⁷⁰

de enorme cola) que un jurista alemán del siglo XIX, según Fuchs, debió inventar para justificar su tesis de la correspondencia entre las clases sociales de la constitución de Servius Tullius y cinco géneros animales; arbitrariedad pseudocientífica a la que Fuchs contrapone seriamente la auténtica ciencia del derecho, inductiva, atenta a los datos positivos de la psicología y la sociología y, en general, reivindicativa de una metodología *aposteriorística* frente a las absurdidades del apriorismo y a la servidumbre escolástica frente al derecho romano, persistente en el mundo académico alemán (pp. 169:137, 171:138, 173:140 y ss.; dentro de la tradición germana, Fuchs reivindica a Thibaut y a Anselm von Feuerbach: 177: 142 y ss.). De este referente, Schmitt sólo mantuvo el término «Bovigus» como indicativo de sofisma o galimatías conceptual, aludiendo a las banalidades de la «cosmovisión [*Weltanschauung*]» nazi. No hemos encontrado menciones a Fuchs en ninguna de las ediciones y traducciones de *Ex captivitate salus*. Última y destacable es la del estudioso André Doremus, publicada por Paris, Vrin, 2003, quien no alude a la expresión schmittiana ni en su comentario ni en la nota al párrafo que la contiene (pp. 191-197, 205), y que traduce como «Bovigus idéologique» (p. 132), al igual que como lo había hecho Anima Schmitt de Otero. El traductor italiano, Carlo Mainoldi, opta por «abnormitá ideologica» (Milano, Adelphi, 1987, p. 22). Por último, agradezco al Prof. Martin Traine haberme indicado y facilitado la fuente de Schmitt, el artículo de Fuchs.

70. A las consideraciones de la nota precedente, agreguemos la siguiente, bien precisa: «En septiembre de 1939 apareció *Marmorklippen*, un libro que ilustra con suma audacia los abismos que se ocultan por detrás de las máscaras de orden propias del nihilismo». En suma: «El espíritu es libre por esencia y lleva consigo su propia libertad. Deberá demostrarla en las situaciones de peligro de una moderna organización de masas. Sólo que el criterio para esta demostración debe ser buscado cerca de la línea de fuego» (p. 22). *Absurdo es exigir conductas medidas desde parámetros externos a la situación extrema misma*. En su biografía clásica, Meyer entiende que el motivo de la resistencia a la tiranía nazi no debe hacer perder la especificidad literaria y conceptual del texto jüngeriano, en lo que tiene de ruptura con su producción anterior. Destaca así el antidecisionismo (o crítica al demiurgismo de la subjetividad moderna); consecuentemente, el rechazo del nihilismo y aun de la elevación de la técnica a figura epocal; y la visión del obrar humano como inevitable armonización con un ritmo natural, cósmico, que se revela como verdad eterna superior a todo prometeísmo o apocalismo mesiánico. Cf. Martin Meyer, *Ernst Jünger*, München, DTV, 1993, en especial pp. 308-323. De todos modos, recordemos un pasaje ilustrativo del sentido en que Schmitt asocia el espíritu de *su Hobbes* al del relato de Jünger: «Existían otros muchos signos a través de los cuales se manifestaba la decadencia. Eran semejantes a la erupción que aparece, desaparece y vuelve a venir. Y también había días serenos, durante los cuales todo era semejante al pasado. Precisamente en ello se advertía un rasgo magistral del Gran Guardabosque, que administrabva el pavor a pequeñas dosis, aumentadas poco a poco, cuyo objetivo era ir paralizando la fuerza de la resistencia. El papel que el Gran Guardabosque desempeñaba en esos disturbios preparados al abrigo de sus bosques era el de un poder ordenador, pues mientras sus agentes inferiores [...] multiplicaban el elemento anárquico, los iniciados se hacían con los altos cargos y las magistraturas e incluso se introducían en los conventos, y por todas partes aparecían como espíritus enérgicos llamados a poner orden entre el populacho. El Gran Guardabosque parecía, pues, un médico criminal que primero provocara el mal, para luego asestar al enfermo una serie de heridas pensadas de antemano». Cf. E. Jünger, *Sobre los acantilados de mármol*,

En el contexto de estas consideraciones, entonces, las disquisiciones doctrinarias y los alegatos justificatorios en términos iusfilosóficos y teóricos en general no pueden dejar de complementarse y profundizarse con el señalamiento de alguna figura mítica que simbolice esa condición de ciertos intelectuales alemanes durante el nacionalsocialismo. En lo que hace a la ampliación del exiguo elenco de los últimos mitos occidentales, a los nombres ya vistos Schmitt suma los de Villiers de l'Isle Adam y sobre todo a Kafka, al que entrelaza con Melville, llevado por un impulso escritural que, de haberse concretado, habría dado lugar a un texto notable en el *corpus* schmittiano: una continuación de Benito Cereno, consistente en detallar en clave kafkiana el juicio al que sería sometido el capitán español por piratería, es decir, la acusación que se le habría hecho *si nadie hubiera comprendido el verdadero sentido de su actitud, como Schmitt siente que es su caso personal*.⁷¹ El proceso tendría una doble dimensión: una, la nihilista, o sea

traducción T. La Rosa, Barcelona, Destino, 1990, p. 63. Véanse asimismo, entre otras, pp. 71-72, 92 y ss., 98 y 100 (aislarse intelectualmente, como antídoto), 114 y ss. (¡el campo de tortura Köppels-Bleek!), 130.

71. En su diario, en la anotación del 30. XI. 1947, leemos: «Me daría gran placer (lo pienso motivado por una carta de Barion del 11 de noviembre) escribir una continuación de B.C.: B.C. ante un tribunal. Tal vez el espíritu [*Stimmung*] de la misma debería combinarse con elementos de *El proceso* de Kafka. ¿B.C.: debe terminar de este modo, en un proceso kafkiano? Es horrible. B.C. acusado de piratería ante un tribunal que no tolera ninguna explicación de su “fundamento”. ¿Habrá de caminar por esta alfombra de conceptos? ¿Callará? ¿Un problema de todo proceso político? Ante un tribunal de almirantes (tiene chances); ante un tribunal especial para combatir el imperialismo español (no tendría chance alguna)», cf. Carl Schmitt, *Glossarium. Aufzeichnungen der Jahre 1947-1951*, hsg. Von Eberhard Freiherr von Medem, Berlin, Duncker u. Humblot, 1991, pp. 54-55. Hans Barion (1899-1973) es el sacerdote católico especialista en derecho canónico, amigo y uno de los interlocutores privilegiados de Schmitt. La anotación del 8. I. 1948 está dirigida a él: «Sirve para la comprensión mutua y la conversación tener en común figuras y situaciones modélicas, a las cuales referirnos, como por ejemplo Benito Cereno o los no-héroes de *El proceso* de Kafka. Me ha hecho bien y dado vigor que usted tomara a Kafka solamente desde el costado satírico (y no, como suele hacerse, desde el trágico-quejoso). Esto prueba su inquebrantable salud» (*Glossarium...*, *op. cit.*, p. 78). En lo que hace al elenco de la última literatura mitopoiética, en el contexto de la vinculación que Schmitt establece entre su denuncia quasi-esotérica de 1938 y las meditaciones de la prisión, en torno de la figura del prisionero en manos de la horda nihilista, cualquiera fuere el rango social de ésta, leemos en la anotación del 5. II. 1948: «La genialidad de Villiers de l'Isle Adam; a nuestras nuevas figuras míticas pertenece (junto a Benito Cereno, al Oberförster, ¿quién más?), antes que ningún otro, “*le convive des dernières fêtes* [el convidado de las últimas fiestas]”; Poe tiene situacionés míticas (en el Maels-tröm, en el calabozo de la Inquisición), pero ninguna figura mítica (el planteo en Pym es muy débil), mientras que este *convive*, por el contrario, es una sublime figura mítica». Otros intentos (como los de Kleist, fallidos), con «excepción hecha de Benito Cereno», resultan todos «superados por este “*Convive*”, el barón alemán que –sin perder su compostura– se vuelve demente porque no puede satisfacer su ansia de sangre de una manera legal y en un oficio decente [*rechtlich*], *parce qu'il ne peut remplir légalement* (lo subraya Villiers) *l'office*, es decir, el cargo de ayudante de verdugo y de desollador. Este *Convive* aparece como “Barón Satarne” [*sic*] en París para el carnaval, en el baile de la

esa marca kafkiana de absurdidad e inevitable injusticia que el orden formalmente legal e hiperburocratizado le imprime a toda evaluación de lo personal. Lo único e irreplicable, y como tal existencialmente iluminante, deviene un trámite que deambula infinitamente entre montañas de cartapacios. La otra dimensión es la histórica: ¿qué haría Cereno ante jueces incapaces de comprenderlo y cuya legitimidad no sería la del tribunal limeño del relato melvilleano, sino (aventuremos ahora que Schmitt habría querido acentuar la autoidentificación) simplemente la de pertenecer *ideológicamente* a la fuerza histórica –la cultura liberal anglosajona– que completará la destrucción del imperio español? La pregunta autorreferencial que subyacería al cuento jamás escrito es, obviamente: ¿cuán distinta de esa actuación prudencial de don Benito fue la de un Schmitt bajo el terror, consciente de la destrucción de la *Kultur* germánica y europea clásica por obra del hipermoderno nihilismo nacionalsocialista?⁷²

Ópera, y se lo invita a participar. Todos estos alemanes en el París de 1940-1944 no eran, en verdad, más que *Convives des dernières fêtes*. Comparación con el Gran Guardabosque de 1939. ¿Hay un paralelismo actual con el “silencio” de 1938?» (*Glossarium...*, *op. cit.*, p. 92). A nuestro entender, no creemos que el cuento del francés pueda ubicarse en el mismo nivel de las otras obras a las que alude Schmitt, aunque no deje de ser significativo. El nombre correcto es, descontentadamente, el seudónimo «Barón Saturno» que se da el noble «von H+++». Su melancolía lo aqueja sólo cuando no puede satisfacer la «monomanía» –imitación, a su manera, de la conducta de su homónimo mitológico– de ejecutar, eventualmente mediante torturas, a quienes el Poder Judicial de cualquier país del mundo haya condenado al suplicio que fuere, desde arrancar los ojos y los dientes, hasta la guillotina. Invitado por el grupo de jóvenes –entre *blasés* y casquivanos– a compartir una cena la noche (de «186...») en que se festeja la cristianización de las fiestas *saturnales* (situación que adquiere el significado de fin de fiesta epocal), el aristócrata alemán representa tanto el pasaje inexorable del tiempo, la sucesión de épocas, como también al menos una de las conclusiones coherentes de la racionalidad de los modernos: la amalgama de legalidad y terror, o universalización del terror burocratizado, legal. Es sintomático que Villiers (además de insistir en la *orientalidad* del personaje, extrañamente evidente en su palidez), señale el odio –tácitamente jacobino– del convidado a Luis XVI, a quien le reprocha haber pretendido *abolir la pena de muerte*. Por cierto, el escritor francés plantea la cuestión en continuidad pero también en ruptura con su connacional De Maistre; su sensibilidad en este trabajo de mediados de los setenta del siglo XIX (tras ser Francia derrotada por Prusia y conmovida por la Comuna) es la de quien vivencia plenamente el nihilismo. Cf. Villiers *De l'Isle-Adam, Oeuvres complètes. II: Contes Cruels*, Paris, Mercure de France, 1928, pp. 121-153.

72. Ligado con este proyecto escritural, no realizado, está el –a nuestro juicio– algo sorprendente mutismo de Schmitt sobre el otro gran cuento melvilleano que el jurista no puede desconocer, *Billy Budd*, y que se vincula conceptualmente con el problema del sometimiento del mensaje evangélico-humanitarista cristiano a *das Politische*, so pena de anularse a sí mismo –como mensaje semantizador de la historia y redentor del ser humano– en caso de no hacerlo. Se trata de lo que Schmitt llama la «desanarquización» del cristianismo en aras de responder cristianamente al desafío existencial de lo político, la amistad-enemistad; de todo lo cual da expresión literaria el «Gran Inquisidor de Dostoevsky», que motiva a Schmitt preguntarse quién le está más próximo, «¿la iglesia romana o el soberano de Thomas Hobbes?» (cf. *Glossarium...*, *op. cit.*, p. 243). A *Billy Budd*, por lo demás, hace alusión significativamente Jünger: además de la breve mención ya referida (cf. nuestra nota 33), véase

La última manifestación pública de cómo Schmitt ha leído el cuento de Melville acontece con un distanciamiento temporal y contextual respecto de los materiales que hemos venido examinando, y concierne a una discusión que, sin dejar de envolver lo político, pone en juego un registro también académico. Se trata del intercambio de opiniones con Marianne Kesting, que es quien mayor atención ha dedicado a confrontar la interpretación schmittiana con los datos provenientes del texto melvilleano mismo, en función del contexto histórico preciso en que, a su entender, el mismo debe exclusiva y específicamente inscribirse.⁷³ Para esta estudiosa, el elemento central de esa obra es la crítica de Melville a la esclavitud, impedimento central para una auténtica democratización de los Estados Unidos. Reconoce, sin embargo, que la posición del escritor no es clara y que su cuento se volvió un «enigma» o «jeroglífico» de la situación histórica, que recién desde la perspectiva contemporánea pudo resolverse (pp. 7 y 8). Melville ha sido un escritor político desde el comienzo, pero si al principio defendía abiertamente la democracia norteamericana, en este relato ofrece una crítica destinada a advertir los peligros que la amenazan por no resolver la cuestión de la esclavitud, o sea la forma que en Norteamérica asume la oposición histórica entre burguesía y aristocracia en Europa.⁷⁴

también la carta del 23. II. 1955, donde el relato de Melville ilustra, a juicio de Jünger, el entrecruzamiento entre *antipatía* (actitud que, al igual que su contraria, la simpatía, no tienen dimensión política propia y, por ende, no están ínsitas en las funciones de represión) y *sometimiento al destino*, en el sentido –creemos– de que el acontecimiento decisivo escapó a todo control por parte de su actor central (cf. *Briefe...*, *op. cit.*, pp. 272-273).

73. Marianne Kesting, *Hermann Melville: Benito Cereno*. Vollständiger Text der Erzählung. Dokumentation, Ullstein, Frankfurt a. M.-Berlin-Wien, 1972.

74. M. Kesting, «Melville's *Benito Cereno*», en *idem*, *Herman Melville...*, *op. cit.*, pp. 109-134; cf. pp. 118-120, con las referencias textuales correspondientes. Kersting destaca cómo Melville, a la par que presenta a los negros en el mismo nivel de dignidad e inteligencia de los blancos, hace de la charla final entre Cereno y Delano el testimonio de cómo juzga la ceguera de sus connacionales (pp. 130, 124). Asimismo, pese a discutir la interpretación schmittiana (y su desarrollo en Tierno Galván y Klickovic), admite también que Melville idealiza notablemente la figura del capitán español, respecto del Cereno real (tal como se desprende del informe en el que se inspiró el escritor norteamericano), y que desde joven, pero sobre todo en la década de 1850, se preocupó por el espíritu de la europeidad y por el sentido de la Revolución Francesa, y, consecuentemente, por el amenazante problema del conflicto entre blancos y negros en su país (pp. 131-133). Para Kersting, todas estas cuestiones encuentran su formulación definitiva en el poema *Clarel: A Poem and Pilgrimage in the Holy Land* (1876), testamento político de Melville, para quien «el Nuevo Mundo no habría de poder sostenerse sin atender a las experiencias del Viejo. Y estas experiencias son las revoluciones europeas, cuya fatal reacción en cadena Melville conjura en *Clarel*. La sangrienta imagen especular de la misma en América es la rebelión en el *Santo Domingo*» (p. 133). Trataremos estas cuestiones después. Recordemos ahora que la fuente inspiradora de Melville es el capítulo 18 de Amasa Delano, *Narrative of Voyages and Travels in the Northern and Southern Hemispheres* [...], Boston, E.G. House, 1817. Cf. A Norton Critical Edition. *Melville's Short Novels*. Authoritative Texts, Contexts, Criticism. Se-

El intercambio de opiniones entre Schmitt y Kersting es particularmente interesante porque –dejado de lado (al menos de manera inmediata) el aspecto más personal de la identificación de aquél con el personaje de Melville– concierne al problema del tipo de ejercicio interpretativo al que cabe someter un texto literario desde perspectivas *políticas*.⁷⁵ Se vuelve así evidente, de algún modo, una cierta limitación cientificista de quien, como Kersting, parece circunscribir su interpretación a los aspectos que encuentran una corroboración obvia en los datos filológicos e histórico-fácticos, como si se tratara de aprobar un examen a la luz del criterio *gnoseológico* verdad/falsedad. De aquí la fuerte contraposición de Kersting a las interpretaciones de Tierno Galván y de Klickovic, en la medida en que circunscribe el tema de *Benito Cereno* a la cuestión racial, en tanto transplante en Norteamérica de las revoluciones europeas. Asimismo, pese a reconocer ciertos respaldos a la interpretación schmittiana (como la homología entre Carlos V y don Benito), Kersting se desentiende de la dimensión mítica que Schmitt encuentra en, o –digamos– insufla a la creación melvilleana (pp. 102 y 103). Tal vez su oposición a Schmitt se base no en un malentendido, pero sí en la incompreensión de que la evaluación melvilleana del problema racial-esclavista en los Estados Unidos, y de su influjo sobre el futuro de la república, está integrada en una suerte de visión casi decadentista o al menos profundamente desengañada de las vaguedades del progresismo iluminista y de la vulgata rousseauiana (a la cual adhiriera, de algún modo), y a la vez fuertemente crítica del utilitarismo capitalista, pero sobre todo inquieta por las posibilidades de un caos desen-

lected and Edited by Dan McCall, New York-London, Norton a. Co., 2002, pp. 199-228. Para *Benito Cereno*, cf. pp. 34-102 (de ahora en más *BC*). Quien descubre esta proveniencia, aunque no comprende el sentido de las modificaciones que le imprime Melville, es Harold H. Scudder, «Melville's *Benito Cereno* and Captain Delano's *Voyages*», *PMLA*, XLIII, 1928, pp. 502-532.

75. Marianne Kesting recuerda su amistoso y fructífero trato con el jurista alemán en «Begegnungen mit Carl Schmitt», P. Tommissen (Hrsg.), *Schmittiana* IV, 1994, pp. 93-114. A la carta de la estuudio-sa del 25. XI. 1968, Schmitt le responde el 6 de diciembre alegando que la simbología melvilleana da aliento a una interpretación que vaya más allá de la innegable cuestión de la esclavitud. Algo después, el 15. I. 1969, Schmitt insiste en que la filología (cuya ineluctabilidad Kersting defiende a ultranza) no sería, pese a su utilidad, el abordaje más fructífero. Asimismo, le comunica a su interlocutora su interés en que se republique *Benito Cereno* en Alemania (pp. 97 y 98). Más tarde, al recibir el libro, le comunica (el 2. VII. 1972) sus felicitaciones, pero insiste en que no acepta el rechazo de Kersting a la interpretación –de fuerte inspiración schmittiana– hecha por Tierno Galván, que el *Jurist*, pese a las objeciones, sigue encontrando válida y hasta genial (p. 102). Acotemos que Schmitt y Kersting discuten en detalle el que, a nuestro entender, es el aspecto más débil de la lectura de Tierno Galván: hacer de Atufal (proveniente de las zonas colonizadas por los europeos) el símbolo por excelencia del terror y de algún modo la figura clave de la simbología, en desmedro de Babo, en quien depositamos el peso mayor del sentido que, también con inspiración en Schmitt, damos del relato. Pero este aspecto (que retomamos luego) se inscribe en un contexto más amplio, el cual también encuadra este cambio de ideas.

cadenado por la masa revolucionaria. Motivos, éstos, que precisamente conciernen a la dimensión en la cual Schmitt ubica la capacidad mitopoética del relato. De aquí que éste reconozca la importancia de la remisión de Kersting a los pasos del poema *Clarel*, el cual, aunque más de veinte años posterior a *Benito Cereno*, debe ser considerado como revelador de la impresión que en Melville provoca el revolucionarismo cuarentiochesco y el agravarse de las tensiones socio-raciales en los Estados Unidos. Las meditaciones melvilleanas que Kersting reproduce *confirman la clave de lectura propuesta por Schmitt*. De aquí que éste le exprese a su interlocutora su agrado —«es sorprendente y destruye un mito de doscientos años (1776-1972)»—, comprometiéndose además a divulgar el libro entre sus amigos. Apreciación confirmada, al reconocerle personalmente a Kersting que en su estudio había «algo de genial» (pp. 102 y 103).⁷⁶ Por lo demás, la estudiosa recuerda el continuo interés schmittiano por todo lo relacionado con la obra del norteamericano (pp. 104, nota 52, y 106).⁷⁷

76. Encontramos así una coincidencia entre Schmitt y Kersting, pues ésta destaca los pasos de *Clarel* donde los peregrinos discuten acerca del Viejo y el Nuevo Mundo, la monarquía y la democracia, y donde el español y el cura dominicano juzgan la democracia en América, como también el corrosivo ético que destila la ciencia moderna, mientras que el interlocutor de estos conservadores, el «Húngaro» viajante, se lamenta de la demagogia y del futuro delineado en el horizonte estadounidense. Problemas —recalca Kersting— que para Melville solamente pueden ser superados si el Nuevo Mundo se liga con el pasado europeo para consolidar la herencia que éste deja (*Hermann Melville...*, *op. cit.*, pp. 121-122). En la traducción de los textos de *Clarel* seleccionados (pp. 196-199), Schmitt lee, entre otras reflexiones similares, que la «turbia década del «cometa», la revolución, con sus «agitadores», «ateos», «panfletistas», y ese «rojo año cuarenta y ocho», que desde Francia se extendió a toda Europa, produjo terror y caos; pese a que el deber histórico de América es alejar y demorar la «guerra de clases, las guerras de la historia entre ricos y pobres», todo anuncia una «era tenebrosa». ¿Cómo escapará a esta «oscura prognosis» una nación tan fértil para el «demagogo»? «Colón puso fin a la romanza del mundo. Ya no le queda a la humanidad ningún Nuevo Mundo.»

77. Si bien no ha sido el propósito de Kersting alentar impugnaciones radicales a la manera como el jurista alemán lee *Benito Cereno*, algunos de sus argumentos han sido utilizados para respaldar duras críticas. Es el caso de Richard Faber, un estudioso de temas también propios de la sensibilidad schmittiana, en cuyos trabajos las acusaciones a Schmitt —por ser un católico contrarrevolucionario que adhirió al nacionalsocialismo— son una constante. Véanse sus importantes trabajos *Die Verkündigung Vergils. Reich-Kirche-Staat. Zur Kritik der «Politischen Theologie»* (Hildesheim-New York, Olms, 1975), *Abendland. Ein «politischer Kampfbegriff»* (Hildesheim, Gerstenberg, 1979), *Roma Aeterna. Zur Kritik der «Konservativen Revolution»* (Würzburg, Königshausen-Neumann, 1981). Aquí nos referimos a su «*Benito Cereno* oder die Entmythologisierung Euro-Amerikas. Zur Kritik Carl Schmitts und seiner Schule», H. Berking u. R. Faber (Hrsg.), *Kultursoziologie-Symptom des Zeitgeistes*, Würzburg, Königshausen-Neumann, 1989, pp. 68-88. Faber se ocupa no de la identificación con Cereno, sino más bien de la fuerza simbólica que Schmitt atribuye al capitán español (*qua* imagen de la *Intelligenz* europea obligada por la violencia física y/o espiritual a participar, simulando o no, en regímenes opresivos, contribuyendo así a la misma decadencia que tanto la afecta). Para Faber, Cereno simboliza sólo la cruel conquista de América y el poder inquisitorial y despótico español, del que Schmitt es «nada menos que el *Laudator*» (p. 82); y es en torno de esta idea que selecciona motivos

En el conjunto de sus afirmaciones, Kersting confirma la premisa obvia y palmaria de nuestras consideraciones: el Schmitt más aquejado por el curso de los acontecimientos históricos y de los personales encuentra en Melville una incitación vitalizadora de su propio pensamiento, que no es segunda a la de sus otros –indiscutibles– númenes intelectuales. De aquí se desprende la significación epocal que Schmitt encuentra en la obra melvilleana: la representación estética de la lógica decisionista del insostenible momento previo a la decisión fundacional (esa «*situación* objetiva, elemental y sencilla» de las cartas a Jünger); y la simbolización de esa situación de decadencia general en la que se encuentra cautiva la intelectualidad europea, consciente del hundimiento de su mundo cultural bajo los regímenes de masa donde la soberanía estatal ha cedido al imperio de los poderes indirectos, y cuya versión totalitaria ha logrado sistematizar el terror como pauta rectora de la convivencia.

A guisa de epítome, destaquemos lo que juzgamos como el punto crucial de la hermenéus schmittiana, en lo que hace a su actitud más personal. La *verdad existencial* de la autoidentificación de Schmitt con Cereno no excluye una diferencia evidente entre la resolución de la excepción tal como acontece en la ficción melvilleana y la actitud adoptada por su lector alemán bajo el totalitarismo. Ante una *insostenible situación irresuelta y de creciente gravedad*, el fingimiento y las señales veladas que no hacen sino incrementar la tensión se acaban con la

del relato de un Melville, cuyo interés principal es el de denunciar el conflicto racial inherente a la esclavitud. Schmitt, en cambio, remitologiza el mito de la *emigración interna* bajo el totalitarismo, cuando lo que en verdad buscó fue apoyar el expansionismo nazi (pp. 82 y 83). Faber ve en Babo un Maquiavelo africano, cuya astucia para manipular en clave libertaria un «surplus de poder» revelaría las simpatías melvilleanas con los principios revolucionarios (pp. 74 y 75); y también un guerrillero (pp. 83 y 86, nota 25); observación, esta última, que juzgamos acertada, porque explícita y confirma la interpretación schmittiana que Faber está criticando. Poco después, en su «Melancholie und Imperialismus. Über barocke Motive in Herman Melvilles *Benito Cereno*», K. Garber (Hrsg.), *Europäische Barock-Rezeption*, Wiesbaden, O. Harrassowitz, 1991, pp. 543-559, Faber retoma la misma temática (de hecho, las pp. 547-550 reproducen las pp. 68-72 del artículo antes mencionado; y en las siguientes hay numerosas transcripciones literales de párrafos ya utilizados). La novedad es que ahora resultan melancólicos –pero en clave política: a nuestro autor le interesa la relación con el «imperialismo (post-)barroco» (p. 543)– no solamente don Benito, sino también Atufal y Babo (p. 546). Melville, que nunca habría tenido sentimientos amistosos para con tiranos-mártires (como los reyes del siglo XVII), muestra al líder partisano de la revuelta antiesclavista –«rebelde genial, [...] melancólico heroico»– como el adversario del intrigante español, que responde justicieramente con su terror al previo terror de los esclavistas (pp. 555 y ss.). Babo es «un mártir *rebelde*» que fracasa, pero Melville expresa con esta figura su espíritu revolucionario, la resistencia puritana a la opresión, un republicanismo que se remonta a «Rienzo» y revela un anhelo de felicidad (p. 558). Además de la alusión al plebeyismo del tribuno Niccola di Lorenzo, Faber remite como respaldo de sus consideraciones a la interpretación benjaminiana del despotismo barroco, proyectándola con propósitos críticos hacia la justificación schmittiana –mediante su idea de *gran espacio*– del imperialismo nacionalsocialista (p. 559).

decisión de Cereno por una acción que lo salva de morir en manos de los insurrectos. Sólo que Schmitt entiende que la fuerza de la analogía no radica en este aspecto, sino en la dimensión emblemática que la escena representada a bordo del *Santo Domingo* adquiere respecto de Europa y sus intelectuales clásicos en pleno imperio del nihilismo. En lo que hace al *salto* que da don Benito, Schmitt está convencido de que, ante la tiranía nazi, otra actitud personal distinta de la pasividad y el mutismo habría sido insensata, agotándose –tal como de hecho ocurrió con los conjurados contra Hitler– en un martirio a su manera vano.⁷⁸

3. «¿Qué me empuja, a pesar del cansancio más letal, a esta fenomenología del espíritu?» (Schmitt)

Benito Cereno da una casi inigualada expresión literaria de ese moroso y héctico *crescendo* de la tensión (individual y colectiva, en sus cruces más variados) que, durante las crisis extremas, no acaba de meramente preludear la cada vez más anhelada decisión resolutive. Si respetamos la cadencia del relato, su personaje más enigmático llega a alcanzar –por la vía estética– una envergadura mítica como símbolo de toda voluntad humana que, atenazada por los dilemas de un fenómeno en el cual *no debió haber participado* (más allá de las condiciones que pueden haberla llevado a ello), queda prisionera de lo que Schmitt –identificándose con el capitán del mercante español– considera una «situación insostenible» por su misma irresolubilidad.

Desde una similar sensibilidad decisionista señalaremos otros motivos que configuran el temple teológico-político de la *short novel* melvilleana.

78. Años después insistirá con la significación que el cuento melvilleano adquirió en su vida: «Este libro *Ex captivitate salus* es la clave para comprender el desarrollo en Europa y en Alemania durante el último siglo. Yo sí que lo he vivido. [...] Al respecto sería oportuno referirse al mito de Benito Cereno.... usted conoce el relato de Melville, el mito de las situaciones irresueltas...» (en Fulco Lanchester, «Un giurista davanti a se stesso. Intervista a Carl Schmitt», *Quaderni Costituzionali*, III, 1, 1983, pp. 5-34, cf. pp. 33-34). Si Melville es el referente para la tensión de la crisis sin resolución, Kafka lo es aquí para el aspecto de la creciente asfisia que amenaza a quien se halla aprisionado por un dispositivo que no domina. Tras una aclaración clave («por lo demás, no puedo ser desnazificado porque no puedo ser nazificado»), y el lamento por la falta de comprensión de su conducta (sobre todo entre los alemanes, y no tanto entre franceses, españoles e italianos), Schmitt recuerda «al respecto el volumen de Joseph Kafka *El proceso*, o más bien, para ser exactos, Franz Kafka. [...] Quedaría decir que soy como el héroe de la novela de Kafka *El proceso*, para el cual la situación va empeorando por todos lados. Es una de las novelas más geniales de toda la historia. Pero que un pueblo entero haya sido reducido a estas condiciones. ¡Y que un hebreo haya podido escribir estas cosas después de la primera guerra mundial...!» (p. 15).

Ante todo, porque su trama escenifica el mismo problema que motiva las respuestas con que el pensamiento político moderno –en su faz clásica– ensayó legitimar su figura más excelsa: el Estado, como dispositivo neutralizador del deletéreo pluralismo hermenéutico en torno de lo justo y lo injusto. Para los modernos, hastiados de las luchas civil-religiosas, la mayor imposibilidad para la convivencia pacífica y ordenada es la creencia (paradójicamente constitutiva de la metafísica básica de la modernidad) en que cada ser humano encuentra en su conciencia el criterio para juzgar las conductas en conformidad con la justicia. Esto es, el dogma de la potestad absoluta del *ego iudicans*. A la intolerable condición resultante de semejante anarquía hermenéutica y del belicoso caos existencial que es su fruto, sólo pone fin la institución de la soberanía, o sea del monopolio interpretativo –y consecuentemente también performativo– de los principios universales compartidos por todos aquellos que consienten en renunciar, en aras de una vida sensata y razonable, a su *natural, innata* condición de jueces en causa propia, y devienen ciudadanos *obedientes*. Renuncia y obediencia que, sin embargo, en su concepto mismo (no sólo en la práctica) resultan efímeras, mutables y sobre todo paradójicas, pues es absurdo que quien goza de capacidad práctica (voluntad/acción) para dar *legítimamente* origen al orden civil no posea –también legítimamente y en el nivel fundacional del de la mera *legalidad*– la autoridad para modificarlo cuando lo juzgue necesario.

La ficción inaugural de la modernidad desarrolló esta lógica –esto es archisabido– como dialéctica entre *estado de naturaleza* y *sociedad civil*. Lo interesante de *Benito Cereno* es la inversión que Melville propone de semejante relato primigenio. En la escena iusnaturalista los actores blanden interpretaciones variadas *a la espera* del dios mortal que disuelva este pluralismo nefasto para la paz y la seguridad, exigencias vitales, éstas, que reclaman la articulación de una cadena hermenéutica subrogatoria, en la dimensión política, de la ejercida por la iglesia romana en la religiosa y la moral. Ahora bien, mientras que el estado de naturaleza clásico está caracterizado por una multitud de opinadores que creen todos tener la justicia de su lado, sin poder de este modo llegar a resolver sus conflictos hasta tanto no acepten un soberano-intérprete único, *la situación a bordo del Santo Domingo es aparentemente la inversa, pero en realidad la misma*. A los ojos del ingenuo defensor del humanitarismo iluminista que aborda el navío a la deriva, todo se desarrolla como si rigiera la soberanía. No obstante ciertos indicios ambiguos nutran las dudas del capitán altruísta, sus temores se aplacan mediante una hermeneusis exasperante en su equivocada sensatez. El norteamericano, habituado a dosificar salomónicamente pragmatismo y amor a la humanidad, se reprocha renovadamente la mala conciencia de sospechar toda vez que se topa con detalles atípicos, por momentos incluso preocupantes; mas

su buena conciencia resuelve sus dudas, ya que lo lleva a comprender las anomalías recurriendo a la idiosincracia de los hispanos y a la peculiar etiología de la condición calamitosa del mercante y su tripulación, tal como las infiere de su experiencia en América colonial y de lo que oye de labios de la figura aparentemente detentora de la autoridad a bordo. Pero la esencia oculta de los acontecimientos es que reina la más atroz condición natural, behemótica y beligerante. El dramatismo de la tensión irresuelta nace de esta contraposición entre la lucidez de quienes están envueltos en el caos y la cándida ceguera del único titular de poder efectivo, existencialmente *ajeno*.⁷⁹

En el *Santo Domingo*, la lucha por imponer la propia comprensión del significado de justicia, libertad y orden es *total*. En esta simbolización marítima de la crisis política típicamente moderna, todos tienen razón, a su manera, y todos cumplen con la admonición escrita en la proa: «*Seguid a vuestro jefe*», la clave teológico-política del relato. Babo quiere volver al África para recuperar la libertad perdida y es *justo* líder de los esclavos; pero lo hace imponiendo un régimen de terror protototalitario.⁸⁰ Cereno espera la oportunidad para truncar la insurrección y restaurar el orden legítimo, salvando la vida de los suyos; pero es un orden esclavista y decadente. En Delano se exasperan todos estos claroscuros típicos del maniqueísmo melvilleano. El marino norteamericano es el único cuyo

79. En antítesis con su personaje, Melville participa del hobbesianismo antropológico, esa conciencia sin la cual no se vivencia el drama de lo político: el «bondadoso capitán» Delano es una «persona de buena índole nada suspicaz, nada dada, salvo por incentivos extraordinarios y reiterados, y, ni aun así, a caer en alarmas personales que implicasen imputar al ser humano propósitos malignos. Si, visto aquello de que es capaz la humanidad, tal rasgo implica, junto con corazón benévolo, percepción intelectual y acierto más que ordinarios, es algo que se puede dejar a la decisión de los más prudentes». Cf. Herman Melville, *Benito Cereno*, en idem, *Cuentos completos*, traducción de Mario Giacchino, Buenos Aires, Editorial Fraterna, 1977, pp. 257-343, cf. pp. 259 y 260 (lo indicaremos como CC, o –cuando sea obvio– señalaremos directamente el número de página). Aquí, como en algunos otros casos, las cursivas son nuestras; también hemos realizado ocasionalmente leves modificaciones a la traducción, atendiendo al original: *Benito Cereno*, en *Melville's Short Novels...*, *op. cit.*; cf. pp. 35 y 36. La traducción de más fácil acceso, hecha por Julián del Río, tal como la publica Hyspamérica en su colección «Biblioteca personal de Jorge Luis Borges», es estilísticamente correcta pero presenta omisiones que en algunos casos llegan a alterar el sentido del texto traducido.

80. Esta lectura schmittiana no tiene presencia en los estudios norteamericanos. La excepción que conocemos es C. L. R. James, *Mariners, Renegades and Castaways. The Story of Herman Melville and the World We Live In*, London, Allison & Busby, 1985 (1.: 1953; 2.: 1978). Pero sus consideraciones conciernen a Ahab, no a Babo, en quien ve un líder justificado por la historia. El tenor del relato revela la declinación literaria de Melville, agobiado por sus compromisos; aunque le reconoce haber planteado el problema en términos de una opresión a la *raza* negra (pp. 118-120). James, un trotskista de color, escribió el libro mientras estaba preso en Ellis Island por ser sospechoso de disidencia ideológica en los Estados Unidos de los primeros años de la década de 1950. No deja de ser interesante su recuerdo de que entre los confinados (muchos de ellos latinoamericanos) la figura en la posguerra de dictador más odiado fuera la de Juan Perón y su cónyuge Eva Duarte (p. 161).

poder real le confiere poder decisorio, pero su debilidad es ideológica, radica en una visión de las cosas que no hace sino transcribir en consignas iluministas y en lugares comunes del racismo norteamericano la misma polaridad entre el mal y el bien que anima a todos los otros personajes. Incapaz de comprender lo que pasa, hipotetiza explicaciones que respetan los presuntos hábitos y la voluntad de don Benito, pero que son todas falsas y de hecho van empeorando la situación. A su vez, reproduce con su conducta concreta esa mezcla de intervencionismo (*ayudar al impotente* tomando su lugar) y aislamiento (desentenderse de la alteridad, de lo que no responde a los preconceptos y lugares comunes del propio imaginario) que es típica del monroísmo. Sólo que lo hace como *patrulla americana*, ejemplificando esa actitud de hegemonía en el *subcontinente* americano justificada por los dogmas del destino manifiesto y del liberalismo, traicionando así las creencias del republicano Melville, quien encontraba en la Doctrina Monroe una suerte de autocontención ética, sobre la cual sustentar su crítica a la expansión de los Estados Unidos en América Latina, y más aún a las pretensiones de confrontarse con Inglaterra.⁸¹

El capitán oriundo de New England, lejos de ser el portavoz del autor, es más bien el emblema del espíritu utilitario, la obtusidad puritana y el indeble racismo de la otrora prometidora república, cuyo poder –cuando Melville escribe– ya está abiertamente funcionalizado a globalizar su hegemonía política y la economía capitalista que la motoriza; con lo cual lejos de establecer una dialéctica de asimilación/superación con el modelo europeo clásico de soberanía, lo condena a una disolución irrefrenable, acelerando un proceso de decadencia que Melville deplora y que, en su país, confirma como traición a los ideales y las promesas de los discursos fundadores, en los que supo creer. Delano posee tanto el *know how*

81. Melville no participa en las ensoñaciones imperialistas de sus connacionales en el Caribe y hacia el *subcontinente* hispánico, tanto de sureños como de norteños, en este caso, de muchos de sus interlocutores en la asociación *Young America*; y rechaza la conquista militar injustificada, como en el caso de México. Para una breve pero acertada consideración sobre el rechazo melvilleano de principios y actitudes de la política norteamericana, cf. –además de los trabajos que citaremos *infra*– Leon Howard, *Herman Melville. A Biography*, Berkeley a. Los Angeles, University of California Press, 1958 (2.), pp. 124–127. Importantes consideraciones y rica información bibliográfica sobre la Doctrina Monroe, desde una perspectiva schmittiana, propone Günter Maschke en su señora edición: cf. Carl Schmitt, *Staat, Grossraum, Nomos...*, *op. cit.*, pp. 324 y ss. Maschke reproduce la opinión del ministro de Relaciones Exteriores de El Salvador, en 1919: «la doctrina de Monroe es una especie de encíclica norteamericana, que sólo el pontífice de Washington puede interpretar» (p. 324). El principal escrito donde Schmitt se ocupa de este tema es *Völkerrechtliche Grossraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte* (1.: 1939; 4.: 1941): cf. *ibid.* pp. 277–320. Los estudios polémicos con el planteo schmittiano en la posguerra encuentran un incentivo a partir de Lothar Gruchmann, *Nationalsozialistische Grossraumordnung. Die Konstruktion einer «deutschen Monroe-Doktrin»*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1962; cf. pp. 20 y ss., 51 y ss.

adecuado (es técnicamente idóneo para pilotear esa nave averiada y diezmada; también será un hábil comandante en combate), como también los principios religiosos (culpógenos y elitistas) y morales (las abstracciones del universalismo moderno) requeridos para simbolizar la *démocratie en Amérique*. Simboliza así la tarea que los Estados Unidos han elegido desempeñar: reemplazar a España en nuestro continente y a Europa en el mundo. Delano está adecuadamente capacitado para semejante proyecto porque se ha vuelto refractario a toda posibilidad de comprender la historia. Sus vivencias son las de un posmoderno predatado: vive en un presente eterno y, coherentemente, no puede ni le interesa captar la verdad existencial de un campo de fuerzas tensionado por lo político. Percibe pero no sabe interpretar con los criterios que la situación exige; es decir, interpreta lo que le resulta anómalo o sospechoso con criterios no políticos, entrecruzando autoinculpación calvinista con la *naïvité* de un ilustrado con buen corazón y el cálculo pragmático de un capitán *errante* por los mares libres por donde deambula con las más variadas intenciones, un *sea-rover*. Más concretamente, la situación que su ceguera judicativa le impide comprender es que en el barco español el orden es el inverso al aparente y la apariencia vela –pero no neutraliza– la guerra total en acto. Aquí no rige ninguna norma civil, sino el poder en su pureza preconstitucional, o, lo que es peor, la crueldad de la masa insurrecta, liderada por émulos del terror jacobino.⁸²

Melville es un pesimista fascinado por los extremos. Percibe que la dinámica histórica lleva al derrumbe de una cultura con la cual se identifica, pero frente a cuyos sucesores contemporáneos, las instituciones prevalecientes en su país, busca un ámbito de libertad en el retraimiento.⁸³ El 48, exacerbación de 1789, demuestra que la rebelión desemboca en el terror, provoca un caos destructivo de la misma dignidad que quiere afirmar. Por su parte, el *status quo* más vital, el de su propio ámbito norteño, se asienta en la incompreensión del futuro, pues o bien

82. Los hechos que Melville ha (o puede haber) tenido en cuenta son las rebeliones negras de Gabriel Posser de 1800 en Virginia, la de Nueva Orleans en 1811, la de Denmark Vessey de 1822 en Carolina del Sur, y sobre todo la de Nat Turner de 1831; y los motines a bordo del *Amistad* (1839) y del *Creole* (1841), que culminaron con la final liberación de los amotinados, en los Estados Unidos, unos, y en Nassau, otros.

83. J. Sundquist, «Benito Cereno and New World Slavery», *Critical Essays on Herman Melville's Benito Cereno*. R. E. Burkholder ed., Hall a. Co (New York), Macmillan Canada (Toronto), Macmillan International (New York-Oxford.Singapore-Sidney), 1992 (de ahora en más *CEBC*), pp. 146-167, habla del temor y la fascinación de Melville por la revolución, del odio y la atracción por los regímenes represivos (pp. 152, 159); C. Nicol, «The Iconography of Evil and Ideal in *Benito Cereno*», en *Melville's Short Novels...*, *op. cit.*, pp. 25-31 (orig. *Melville. A Biography*, C. Potter, Random House Inc., 1996), ve el ideal melvilleano en la reclusión, pues para el escritor la revolución es «absolutamente necesaria e injustificablemente destructiva» (p. 30).

se tolera (en clave legal-positivista) la esclavitud, o bien se alienta una especie de revolucionarismo irresponsable, mientras que el irrefrenable desarrollo tecnológico-capitalista subroga las formas más patriarcales de explotación, vigentes en el sur. Cuando Delano *juzga*, los dogmas que lo ciegan son los del *destino manifiesto*, las miserias espirituales del norteño estándar, que se cobija bajo el formalismo de los principios universales para actuar al borde de la hipocresía: mira los principios de frente y la esclavitud de reojo, tranquilizándose con la invocación de la unión nacional y el progreso. Cuando *actúa*, confirma este estado de cosas. Cuando finalmente aconseja al exánime español que *olvide todo*, muestra no haber aprendido nada, ser inconsciente del conflicto racial apenas contenido y que amenaza reproducir en Norteamérica la dinámica revolucionaria que han tomado los acontecimientos mundiales, sumando el Nuevo Mundo al proceso de descomposición que sufre el Viejo.

Su visión pesimista y su tendencia a los extremos, su rebeldía hiperindividualista que le hace optar por el aislamiento y la problemática nostalgia por un orden clásico decadente antes que por la confianza en –y el sometimiento a– los patrones culturales en boga, el capitalismo y la técnica (todo lo cual aborrece) le facilitan a Melville diseñar una suerte de especularidad reflexionante –o simetría de lo mismo como otro– entre el desorden antipolítico del *status naturalis* y el pseudoorden como encubrimiento del terror, a la par que entre la conciencia histórica de Cereno y la superficialidad del eficaz Delano. A su manera, el relato da expresión estética a la dialéctica hobbesiano-schmittiana entre las dos bestias bíblicas, mostrando la *indisoluble conexión entre poder y hermenéutica*.⁸⁴ Si la primera enseñanza del paradigma de lo político es la unión natural y eterna entre protección y obediencia, entonces Melville, al invertir en quiasmo el planteo de la ficción iusnaturalista, muestra –con singular estro literario– la segunda: la también indivisible ligazón entre soberanía e interpretación. El relato estetiza la tragedia del divorcio entre los términos de esta relación. Por contraste, también enseña que soberano es el que define el sentido de las palabras, o sea de los acontecimientos, en el estado de excepción político-lingüístico. Delano lo será recién cuando actúe como gendarme global; Babo será ajusticiado por haber intentado serlo *avant la lettre* y fracasar; Cereno ya no lo será: la legitimidad ha periclitado.

Esta inversión confiere al relato una doble idiosincracia. La más íntima concierne al mismo Melville: la libertad es una suerte de nostalgia de un futuro inal-

84. El magnífico y rashomónico capítulo 99 de *Moby Dick*, «El doblón», responde a la misma lógica de la tensa y explosiva convivencia entre pluralismo interpretativo, amotinamiento potencial y soberanía ausente, aunque la causa aquí es la intensificación paroxística del poder omnímodo de todo comandante marino en navegación.

canzable, ya que aun cuando se logren avances en el terreno de la convivencia y de las relaciones inmediatas, el costo es el socavamiento del orden político, lo cual genera un mal peor al que se pretende evitar expandiendo la libertad más allá de su perímetro social. La otra personalidad del relato es filosófica y se entrelaza con la poética melvilleana. El (¿bien intencionado?) norteamericano experimenta una educativa *fenomenología del* (o, al menos, de *su*) *espíritu*. Su experiencia lo lleva desde la *soltería gaya* (símbolo tanto del hedonismo ingenuo de quien todavía no ha tenido la experiencia dramática del vivir, como también de la aspiración a la inimputabilidad propia de todo aquel que deambula –comercia/piratea– por los espacios libres) a la *madurez* que debería alcanzarse tras vislumbrar el arcano del poder. En Delano, la experiencia concluye en las vicisitudes de la acción final, sin efectividad concienzuda: desentendiéndose de la historia, ingenuamente confiado en la virtud terapéutica de una mano invisible ecológica, inconsciente de su propio rol histórico, menos aún puede cuestionar sus ambigüedades.⁸⁵

85. El navío norteamericano tiene el demasiado revelador y plurívoco nombre de *Deleite del soltero*. Su historial anterior a los acontecimientos narrados parece limitarse a la caza de focas (una faena incomparable con la cacería de ballenas, pues la desigualdad entre victimarios y víctimas la privan de heroicidad y la transforman en matanza cruenta) y el –más burgués aún– transporte de mercancías. Los nombres de los barcos son, obviamente, un elemento central de la prosa melvilleana (basta pensar en *Billy Budd*: ¡un itinerario desde el «*Right-of-Man*» al «*Bellipotent*»!). En este caso, hay además significativas remisiones internas al *corpus* melvilleano. Por un lado, a dos de los navíos con los que se cruza el *Pequod* (capítulos 115 y 131 de *Moby Dick*), a saber: el *Soltero*, de regreso tras haber alcanzado el mayor éxito en su travesía, engalanado y pletórico de aceite y alegría; y el *Deleite*, duramente afectado por el desastre que le provocara la indestructible ballena. Por otro, a un cuento aún más contemporáneo al relato que nos ocupa, *El paraíso de los solteros*, donde ironiza sobre el estulto epicureísmo, la vulgaridad disfrazada de *savoir faire* y la descontada homosexualidad más o menos reprimida de un reservadísimo círculo de abogados en la capital del Imperio Británico (más precisamente en la Barra del Temple); argumento y título que hacen contrastante complemento con la miserable situación de las jóvenes que trabajan en la fábrica de papel de Nueva Inglaterra, pintada en *El Tártaro de las mujeres*. Ambos textos componen una misma obra. Cf. los *Cuentos completos...*, *op. cit.*, pp. 185-211. Pero más ilustrativo aún es el hecho de que *The Bachelor's Delight* es un nombre típico de barco pirata (como también lo es el de la chalupa que lleva y trae a Delano: la *Ro-ver*), y que de hecho lo fuera del navío de los filibusteros Cowley, Dampier y Wafer, mencionados por Melville en *Las encantadas*. Cf. los ya citados trabajos de Rankin (pp. 44, 71 y ss.), Sternbeck (p. 310), y Gall (pp. 202 y ss.). Que Melville sugiera la profesión piratesca de Delano (y a través de él, de la política norteamericana) ha sido señalado por A. Moore Emery, «*Benito Cereno* and Manifest Destiny», *CEBC*, pp. 99-115, cf. pp. 102 y ss. (orig. *Nineteenth Century Fiction*, 39, 1984, pp. 48-68). Su lectura acentúa la crítica melvilleana al expansionismo yanqui, y se conecta con su anterior «*The Topicality of Depravity in Benito Cereno*», *Melville's Short Novels*, *op. cit.*, pp. 303-316, donde destaca que Delano no es genéricamente tonto, sino ciego ante la opresión esclavista y la depravación de todos los implicados en ella, como concretización de la maldad humana. Sobre los dos Delano piratas (el real y el de la ficción), véanse C. L. Karcher, «*The Riddle of the Sphinx: Melville's Benito Cereno and the Amistad Case*», *CEBC*, pp. 196-229, cf. pp. 205, 213; y H. Bruce Franklin, «*Past, Present and Future Seemed One*», *CEBC*, pp. 230-245, en especial pp. 236 nota, y 244. El autor analiza

De todos modos, el relato mantiene una cierta analogía, vaga por cierto, con grandes textos del idealismo alemán, que Melville conoce de mentas o por alguna lectura muy seleccionada, y que procesa ideológicamente a través de Carlyle.⁸⁶ La secuencia de *apariencias* se despliega como reveladora de la verdad, pero las configuraciones son experimentadas equívocamente, malinterpretadas por quien así exacerba la tensión subyacente. El norteamericano no puede entender lo que escapa a un imaginario conformado por prejuicios antiéticos, sustentados en dogmas y principios abstractos (como cabe a un nativo de Nueva Inglaterra) y respaldado en su alta idoneidad técnica (como hombre de mar). Es un hombre *práctico* que, ante la ocasión concreta, no dudará en hacer coincidir los imperativos de la universalidad con los del beneficio individualista, a la manera de un

ciertos símbolos y metáforas (como la distribución de víveres o la experiencia del yanqui ante la joven madre negra recostada en cubierta) cual ilustraciones de los prejuicios y contradicciones del demócrata norteamericano típico (pp. 233 y ss.).

86. Melville se interesó intensamente por el idealismo alemán y, aunque no haya realizado estudios directos, disponía (o produjo estéticamente como si dispusiera) del conocimiento necesario para enriquecer sus ideas, sentirse atraído por –y a la vez movido a rechazar– el panteísmo schellingiano, discutir sobre la fatalidad y la libertad, polemizar con el trascendentalismo emersoniano. Su acceso a la metafísica alemana conforma en sí mismo un evento biográfico digno de un escritor rioplatense de la época: en su viaje a Europa de 1849, uno de los pocos pasajeros que lo acompaña en el *Southampton* es un filólogo de Heidelberg que había enseñado en la Universidad de Nueva York y era autor de un diccionario alemán-inglés muy apreciado por Melville, Georg J. Adler, quien lo inicia dialógicamente en estos saberes filosóficos (Kant, Swedenborg, Hegel, Schlegel, el idealismo, el destino y la voluntad libre), sobre los que discuten en cubierta y en sobremesas durante la travesía y en los paseos compartidos por Londres y París. Cf. L. Howard, *Herman Melville...*, *op. cit.*, pp. 140, 145; Hershel Parker, *Herman Melville A Biography. Volume 1, 1819-1851*, Baltimore and London, 1996, The John Hopkins University Press, pp. 663-664. El *Sartor Resartus* de Thomas Carlyle es la fuente donde Melville encuentra un tipo de acercamiento a la filosofía, un registro escritural con su punzante tono retórico (basta pensar que el personaje filósofo se llama «Inmundicia/Mierda de diablo»), y una recepción sugestiva de las temáticas germanas. Melville, ansioso por conocer filosofía alemana antes de intentar visitar a Carlyle (anhelo *manqué*), lo leerá recién a su regreso en los volúmenes que le prestara su amigo Evert Duyckinck en 1850 (véase la lista de lecturas melvilleanas en *NCE*, p. 436). Howard atribuye al *Sartor Resartus* haber sido la obra de mayor influjo y presencia en *Moby Dick*: cf. *op. cit.*, pp. 164 y –para la especularidad Teufelsdröck/Ahab– 172, 175, 178-179; en conexión con *Clarel*: p. 301). En el famoso libro de Carlyle (publicado por entregas en la *Fraser's Magazine* a partir de 1833-1834, y en volumen –bajo la iniciativa de Emerson y de Everett– en Boston, 1836 y 1837, lo cual habla de su éxito: la última edición en vida de su autor fue de treinta mil copias), Melville encuentra –idiosincráticamente elaborado y transfigurado– el nervio de una *allure* fenomenológica de la conciencia/voluntad, de impronta idealista, aunque más afín al activismo fichteano que al hegelianismo. Sobre las ideas y el estilo carlyleano cotejados con los planteos de Kant, Fichte y la *Phänomenologie des Geistes*, cf. Jerry A. Dibble, *The Pythia's Drunken Song. Thomas Carlyle's Sartor Resartus and the Style Problem in German Idealist Philosophy*, The Hague, M. Nijhoff, 1978. No hay en este trabajo referencias a Melville. Por sus consideraciones generales y la bibliografía indicada, véase la Introducción de K. McSweeney y P. Sabor a su edición, que reproduce la original en la *Fraser's Magazine*: Thomas Carlyle, *Sartor Resartus*, Oxford, Oxford U. P., 1999 (2.), pp. VII-XLII.

privateer que deambula por las aguas (sobre todo latinoamericanas) y obtiene las ganancias privadas que las circunstancias permitan y del modo que su conciencia autorice. Como en todo personaje melvilleano, reflejo de la creencia del autor en la indisolubilidad del enfrentamiento perenne entre el bien y el mal en todo ser humano y en toda situación conflictiva (¿cuál no lo es para Melville?), también en Delano convergen y se entrecruzan más o menos veladamente racismo anglosajón y moralidad puritana, altruísmo y egoísmo utilitario, legalismo y aceptación de la esclavitud, *ratio* capitalista y piratería. Más aún, la pintura melvilleana del modo como el nativo de «Duxbury, Massachussetts», *un bastión del abolicionismo*, impone orden en el *Santo Domingo* es un paradigma de lo que puede pasar en un Occidente hegemonizado por los Estados Unidos: todo seguirá igual, pero legitimado en *las verdades del destino manifiesto*. Sólo que mientras Delano persista en su miopía interpretativa y sea incapaz de definir, no tendrá derecho ni obligación al respecto. Y después, cuando actúe, tampoco llegará al cogollo de las cosas, limitándose a repetir su actitud inicial: confiar ingenuamente en su buen corazón y en sus cálculos benthamianos. De aquí la importancia de señalar las *Gestalten* que va recorriendo ese pésimo hermeneuta y *new englander* paradigmático. Melville respeta el precepto hegeliano de que en el comienzo esté el final: en este caso, el enclaustramiento monacal de la conciencia lúcida. *Como buen conocedor del tema*, con sólo mirar por su catalejo descarta que la nave imprevista pudiera ser la de un pirata y decide desplazarse hacia ella. La primera figura que se va formando Delano a medida que su chalupa lo lleva hacia el *Santo Domingo* satisface la harto insuficiente verdad de la *certeza sensible*. Ante todo, el navío a la deriva lo impresiona por su imagen de maciza construcción hispano-católica, semejante a un monasterio pirenaico, con encapuchadas figuras a la manera de «frailes negros recorriendo el claustro» (los esclavos asomándose por detrás de las balaustradas), que le hacen pensar en un «barco cargado de monjes» de la orden homónima.⁸⁷ Ya más cerca, reconoce la función burguesa de la embarcación: se trata de «un mercante español transportando negros esclavos, *entre otra carga valiosa*», como los tantos veleros que se multiplican luego de la Paz de Utrecht llevando mercancía material y humana por los puertos hispanoamericanos. Inmediatamente después, el navío luce a sus

87. Cf. CC, p. 261. Abadías y monjes envueltos en nieblas: un mundo que la historia dejó atrás es la *primera* de las desacertadas ocurrencias interpretativas del capitán norteamericano. En nuestra interpretación, el motivo monacal no es el cogollo semántico del relato; más bien es el componente básico e imprescindible para escenificar el destino de Cereno y de un modelo de orden, pero no el central del –digamos– mensaje de Melville. De cualquier modo, acerca de la culpa de la España esclavista como explicación de las alusiones que marcarían el tono casi exclusivo del relato, cf. la bibliografía en nota 99 *infra*.

ojos como un decadente palacio veneciano del cual siguen irradiándose destellos imperiales, con un esplendor perimido ya para 1799, el año de la acción, y con detalles premonitorios como esas algas que, cubriendo la inscripción de su nombre, asemejan «velos de luto», y como esos roídos de su casco, que «suenan a carro fúnebre». ⁸⁸ La élite veneciana, que había sabido aunar poder político, pragmatismo comercial y belleza, con una intensidad desconocida, ha periclitado. El desaliño y abandono reinantes, evidentes a una mayor aproximación, recuerdan al norteamericano (o sea, al lector le anticipan vagamente de qué se trata) «la Vega de los Huesos Secos, de Ezequiel» (p. 261).

Cabe destacar ya aquí que la metafORIZACIÓN melvilleana de su rebeldía pesimista privilegia el *esqueleto*: un valle de huesos es el emblema del mundo contemporáneo y si a la vez mienta una esperanza veterotestamentaria de redención, sin embargo ésta adolece de oquedad en la era del nihilismo. La osamenta simboliza lo único del ser humano que no puede ser disuelto por la antropofagia, capitalista o revolucionaria que fuere; pero, por eso mismo, también aquello a lo cual queda reducido el hombre en regímenes donde *todo está permitido, porque Dios ha muerto*. ⁸⁹

Si, entonces, el sentido del progreso fenomenológico está dado por la superación dialéctica de sus sucesivas figuras, algo similar ocurre aquí: asumiendo que el saber absoluto (conocer qué acontece) sea la meta del proceso, entonces la verdad de la trama –y del espíritu de su autor al escribirla– es que la representación que se va conformando ante la poco perpicaz mirada de Delano es la del derrumbe del mundo prerrevolucionario, pero –*ésta es la lectura que proponemos*– no como festejo iluminista por la desaparición de lo que el *ancien régime* tenía de antinatural e irracional, sino por el contrario como confirmación negativa de la pérdida de un componente (el de la responsabilidad del soberano para recomponer justicia y libertad), que Melville puede encontrar como digno de reconocimiento, sin problematizarse por armonizarlo literariamente con su anarquismo,

88. Un antiguo buque de guerra readaptado para el comercio, que conserva su escudo de armas castellano con su iconografía simbólica, una de esas «fragatas retiradas de la marina del rey de España que, como palacios italianos jubilados, aun en la decadencia de sus amos, conservan signos de una posición anterior», cf. p. 261 (hemos destacado una frase citada en el cuerpo principal).

89. *Ezequiel*, 37, 1-14. Jehová le ordena profetizar la vuelta a la vida de esos huesos –los israelíes desesperanzados– por obra de la omnipotencia del Creador, que les devolverá la carne e insuflará el espíritu para transformarse en ejército libertador. El sentido inmediato que podría dársele a esta simbología es el de la resurrección de los auténticos ideales de justicia de la (Norte)América originaria, pues la esclavitud y el problema racial en general han llevado a sus hijos a la sepultura en que se encuentran. Sin embargo, el motivo de los *huesos*, el *esqueleto*, tiene en el cuento una función literario-conceptual menos lineal, si no directamente contraria al revolucionarismo inferible (mas no necesariamente) del paso bíblico.

pero que sobre todo idealiza en el registro estético, para funcionalizarlo a su denuncia. A un rebelde espiritual y a la vez hombre de orden, que se siente apriionado y obligado –como Cereno– a conductas impuestas por las estructuras de dominación reales y concretas de su época y de las circunstancias personales, y que al mismo tiempo se posiciona como un testigo lúcido e impotente de la aceleración que la masa revolucionaria impone –a su entender– a la decadencia histórica, a una personalidad como la de Melville, entonces, bien le cabe invocar elementos de un orden alternativo al presente, injusto, y al futuro, caótico y más injusto aún; elementos que –*esto quizás lo tranquiliza y lo aísla*– son, por lo demás, de imposible realización. En este sentido, y contraponiéndonos a las interpretaciones prevalecientes (pero sin desconocer que la ambigüedad intrínseca de Melville y de su simbolismo les ofrece soportes), entendemos que *lo hispano* le permite pintar una imagen pedagógica de decadencia y, a la vez, esbozar rasgos de una república quimérica sí, pero cuyo componente pre- o anti-revolucionario la democratiza en clave alternativa o, al menos, retardataria del caos y del terror que ve surgir de las masas. Las alusiones a Carlos V nos resultan más afines a un destino final compartido por el emperador, el capitán ficcional y sí mismo, que a la denuncia de la esclavitud; no inferimos del simbolismo ligado con lo español que para Melville la causa de la decadencia española pase por la opresión esclavista, ya que es consciente de que, en vistas del desarrollo capitalista y su exigencia de fuerza de trabajo disponible a bajos costos, ha sido y es un factor vital, como lo prueban las comunidades anglosajonas en el Nuevo Mundo; el escritor sabe, por lo demás, que las rebeliones históricas (estetizadas en su relato) acontecieron en su país y en el Caribe en contra de regímenes instaurados por habitantes ingleses y franceses, portadores del progreso, como es el caso de Jamaica y Haití; tampoco ha de haber ignorado, por su experiencia sudamericana, que, en última instancia, la independencia sudamericana ha sido el exitoso y anárquico resultado de –entre otros motivos– una convincente prédica y práctica jacobina, masónica (no falta la referencia melvilleana al respecto) e *illustreé* en general, con el apoyo inglés. El destinatario más inmediato de críticas y advertencias es su propio país, y Melville critica –estética pero no menos concretamente– menos los restos de aristocratismo e injusticia hispánica en Latinoamérica, que el dominio burgués y la ceguera de quienes, movidos por el optimismo y la hipocresía, los buenos corazones y los mejores intereses, no perciben la erupción amenazante (*ni obviamente la injusticia que la legitima*), como si en la geografía estadounidense no hubiera un volcán tan amenazador como el que explotó en Europa.

El peligro de un alzamiento de la masa (fundamentalmente, la población negra), justificada desde la igualdad, pero no por ello menos desquiciante, abre perspectivas inquietantes para el republicano libertario, socialmente igualitarista

y espiritualmente aristocrático Melville y motiva el carácter de *advertencia emblemática* que tiene este relato, que vuelve coherente cierta fascinación –más evidente en el narrador que en el capitán– por el resto de aura que conserva el representante del antiguo régimen.⁹⁰ Las vicisitudes del norteamericano –en una situación excepcional que reclama la decisión resolutoria– resultan así indicativas del complejo posicionamiento de un Melville que trasluce un íntimo desasosiego por no poder atesorar el símbolo de riqueza que llevan los españoles en el pecho: la fe como única preparación para la muerte; ante lo cual no le queda sino estetizar su vivencia existencial de que *Gott ist tot* en la sugestiva figura de don Benito, moribundo símbolo del también sentenciado *dios mortal*.⁹¹

La dinámica de esta primera configuración es importante, puesto que si la representación conclusiva es la que encierra la verdad de la trama, entonces el sentido teológico-político del relato radicaría menos en la crítica melvilleana al influjo dominador de las órdenes religiosas sobre el poder político en España, que en la atracción de Melville por el arcano del poder y por el distanciado hieratismo

90. Aunque circunscribiendo el problema a la cuestión socio-racial en los Estados Unidos, Kersting (*op. cit.*, p. 120) señala acertadamente otro texto de Melville, contemporáneo del que estamos analizando: «Yo y mi chimenea», 1856 (cf. su *Hermann Melville...*, *op. cit.*, p. 120). Mediante la metafóricización arquitectónica, Melville advierte sobre los peligros que corre la casa norteamericana tradicional, cuando sus mismos habitantes no comprenden el sentido de la solidez de su columna vertical, que es maciza y amplia en su base y, sobre todo, apunta al cielo; denuncia el espíritu anti-fraternal de las moradas «dobles» que comparten la misma chimenea, pero que obligan a los hermanos que las habitan a enfrentarse, si quieren gozar del hogar encendido en lo que para uno es el norte y para el otro el sur; y simultáneamente da testimonio de sus añoranzas por las edificaciones emprendidas por los monarcas constructores de naciones (la «chimenea Quique VIII», o el Trianon versallesco de «Louis le Grand»); sin que falte la expresión de sus conflictos con su rol familiar (CC, pp. 365-396). Este cuento desnuda el estado de ánimo de un Melville transido y alarmado por una vivencia decadentista de la revolución social en cierne, que sin embargo no sofoca su igualitarismo. Recordemos que, pese a no hacer comentarios al respecto, Schmitt poseía la traducción alemana: *Ich und mein Kamin*. Por cierto, otro referente interno al *corpus* es *El campanario*, de 1855 (CC, pp. 347-362), que ilustra la idea de que la opresión del hombre por el hombre y por la tecnología se encaminan a la catástrofe preparada por la pretensión babilónica, iluminista, de saber y dominio. Para su conexión con *Benito Cereno*, cf. M. Fischer, «Melville's *Bell Tower*: A Double Trust», *American Quarterly*, 18, 1966, pp. 200-207. Pero véanse los artículos de Kaplan y de Nicol que citamos más adelante (pp. 157 y 26, respectivamente), y Laurie Robertson-Lorant, «Melville», en *Melville's Short Novels*, pp. 290-294 (orig. *Melville. A Biography*, Clarkson Potter (Random House Inc.), 1996).

91. Cintas de seda, joyas: cf. CC, pp. 284 y 285. Además del final de *Cereno*, la escena que mejor ilustra el morir con fe es la –hipercatólica– del contramestre arrojado al océano por los negros, el cual –tal como Melville la reproduce de los documentos oficiales publicados en la *Narrative* de Delano– hizo «actos de contrición, y en sus últimas palabras encargó [...] que se dijese misa por su alma a Nuestra Señora del Socorro» (CC, p. 233), es decir, confió en la institución mediadora por excelencia. El mantenimiento de esta situación obedece, creemos, a propósitos estéticos y –además, o por eso mismo– intrínsecos a la personalidad melvilleana. Sobre algunas modificaciones importantes a la *Narrative*, cf. Laurie Robertson-Lorant, «Melville», *op. cit.*

del soberano, ese ejercicio del mandato ordenador, un liderazgo carlyleano o –tal vez– un *katejon* schmittianamente retardador del caos revolucionario que Melville visualiza emigrando desde Europa a América. En este relato, al igual que en *Moby Dick*, percibimos la seducción estética que sobre su autor ejercen las manifestaciones teatralmente más contenidas de la máxima soberanía detentada; los gestos mínimos y los silencios hieráticos de quien sabe que sus subordinados lo saben –o lo imaginan– capaz de dominio político absoluto, de decisiones y acciones perentorias e inapelables, en caso de necesidad. No brutalidad represiva, sino un hieratismo decisionista que desmorona la resistencia. La personificación simbólica no es acá Ahab cenando con sus auxiliares (escena anunciadora de una opresión de las conciencias que recién será elevada a sistema en el siglo XX), sino una reliquia de otrora, un supérstite que conserva aún el prestigio de la monarquía imperial española, históricamente fenecida. Fascinación e inquietud ante el misterio de la instauración *vertical* de justicia, que en el complejo escritor se acentúan con la experiencia de las revoluciones cuarentiochescas, en las que ve sellada la liquidación definitiva de ese arcano y la sangrienta e indeseada realización colectiva de una libertad que el *paradójicamente rebelde* Melville buscó encarnar de la manera más personal e idiosincrática.

Ciertamente, el simbolismo eclesiástico puede indicar una suerte de denuncia (*à la* Hobbes) de la Iglesia Católica como *potestas indirecta*.⁹² Sin embargo, este motivo tiene –creemos– un rol secundario y no traza el meridiano del relato, pues la situación simbolizada no es asimilable a la del *surgimiento* de los estados nacionales, ni a la de las cruzadas antieclesiásticas de quienes se ungen como librepensadores. La sismología melvilleana capta la identidad específicamente contemporánea de la agitación eruptiva en el subsuelo americano. El *Santo Domingo*, con sus inconciliables tensiones, puede, «como un volcán amodorrado, descargar energías hasta entonces ocultas» (p. 286). Las de las masas y sus líderes en las revoluciones del siglo XIX, que aspiran a mucho más que a *écraser l'in-*

92. Las lecturas que hacen del catolicismo inquisitorial el blanco del relato son atendibles. No obstante, entendemos que la cuestión central no es la de una suerte de voltaireanismo de Melville, sino más bien la de una actitud casi antitética. Por lo demás, que Melville denuncie la orden dominicana –gestora de la Inquisición y responsable, en la figura de Bartolomé de Las Casas obteniendo el permiso de Carlos V, de la introducción de esclavos negros en América– no agota la actitud melvilleana ante el catolicismo., sobre todo a partir de su experiencia juvenil en las islas del Pacífico y el desprecio que le nace por la hipocresía de los misioneros protestantes, en contraposición con su aprecio por la actitud de los católicos. Esto no anula las claras referencias a los dominicanos y a su máxima figura, animador principal del proceso de opresiva transculturación de africanos a América, v.g. la Iglesia de San Bartolomé en el cuadro último del relato (p. 343). (Permítasenos: si Borges atribuía a Las Casas la culpa por la «deplorable rumba *El Manisero*», entre otros corolarios, cabe equilibrar semejante demérito confiriéndole al dominicano ser «causa remota» también de *Benito Cereno*).

fame. El enfrentamiento en acto, en la ficción y en la historia, es *total*. El texto simboliza esta lucha irrestricta ya desde el comienzo mismo, con su cromatismo y con el diseño mitológico del escudo de popa, que impresiona a Delano como el vestigio de un esplendor anacrónico. Entre diversas tallas de figuras mitológicas, coronan este icono la de dos adversarios en lucha ferina. El sátiro oculta –o aparenta querer ocultar– su identidad; la de su vencido rival, también enmascarado, resta ignota. ¿Quién oprime a quién? La composición cromática básica del relato podría ayudar a dilucidar la incógnita. Sobre el constante gris de la escenografía de fondo (la verdad no está en la infinitud estática y muda del cielo y del mar, que se han aquietado a la espera de la acción), la más extrema oposición –que el relato presenta como antítesis blanco(s)-negro(s), donde cada uno de los polos es agresor y agredido– muestra perimida y/o utópica la ingenua neutralización racionalista, *ajedrecística*, de la guerra.⁹³ La transposición a Norteamérica del conflicto europeo, y su agravamiento como choque racial, amenaza con reproducir e intensificar con mayor fuerza destructiva la crisis desatada en el Viejo Continente. En realidad, el opresor de ayer es el dominado de hoy; el dominador de hoy será oprimido por el nuevo señor recién llegado. Los rostros tras las máscaras son los de los blancos sojuzgando a los negros y los de los insurrectos doblegando a sus antiguos amos y los del nuevo señor dominando a todos. El continuamente cambiante desempeño de los respectivos roles indica que el ciclo de la lucha total no puede cerrarse. Mal y bien alternan sus personificaciones; cada contendiente es sí mismo y su contrario, pero no hay superación dialéctica, sino treguas efímeras y creciente agudización del conflicto.

Es como a un soberano legítimo que Delano ve, entonces, a Cereno en el segundo momento fenomenológico, el cual corresponde a los esfuerzos de comprensión desarrollados por ese *Verstand* que el idealismo alemán ha denunciado como fracasada pretensión de alcanzar un saber, al que sus limitaciones intrínsecas le impiden llegar, condenándolo a formular explicaciones insuficientes o erróneas, limitadas a la correspondencia con lo evidente y al respeto de la cohe-

93. «Todo estaba callado y en calma, todo gris. El mar [...] parecía inmóvil y estaba liso en la superficie, como plomo diluido que se ha enfriado y endurecido en el molde del fundidor. El cielo parecía un capote gris. Aves grises en vuelo» entre las brumas recuerdan a «las golondrinas [sobre] los prados antes de las tormentas. Presencias presentes, representantes de presencias más hondas por venir. [...] La reliquia principal de una grandeza marchita era el gran óvalo como de escudo [...] tallado intrincadamente con las armas de Castilla y de León, con tabletas en torno, de diseños mitológicos y simbólicos, por encima y principal de las cuales había un sátiro enigmático con máscara, apoyando el pie en el cuello de una forma postrada que se retorecía, igualmente enmascarada» (pp. 261-262). La masa animalesca y humana a la vez pisotea el cuello, las arterias vitales de esa mixtura de democracia cada vez más débil y de capitalismo crecientemente inhumano, que, bajo la invocación de principios vaciados de efectividad, no da la cara al desafío histórico que puede destruir la república.

rencia formal. La torpeza del entendimiento como rector de la comprensión judicial es palmaria en las elucubraciones con que el capitán norteamericano ordena sus experiencias a bordo del *Santo Domingo*, pues simplemente busca la confirmación de los conceptos abstractos que las guían.⁹⁴ Con «ojeada ansiosa», intentando un «escrutino sosegado» y ensayando una «mirada abarcadora» (pp. 263 y 264), Delano aspira –como enseña la *Fenomenología* hegeliana– a esa «universalidad incondicionada» típica del entendimiento, pero se debate en la «ilusión», y cuando categorice, lo hará equivocadamente, por guiarse con principios genéricos y formalistas.⁹⁵

La percepción inicial, entonces, es la del desorden que insólitamente presenta una unidad naval. El cuadro es significativo. Su primer rasgo anómalo es la desproporción entre unos pocos blancos y los muchos negros en cubierta; pero más sorprendentes resultan las tareas que realiza alguno de estos últimos. A la manera de premonitorias parcas, un grupo de cuatro esclavos maduros deshilachan cabos en estopa (metáfora –exageradamente evidente– de la ruptura de los vínculos *naturales* a bordo y, por sinécdoque, del orden sociopolítico en general), mientras entonan una letanía que suena a proléptica «marcha fúnebre»; asimismo, otros seis, de aspecto salvaje («sin adular» por la civilización), pulen, impertérritos, hachas oxidadas (manuable subrogación del aparato propuesto a la

94. La transición es clara: las primeras apariencias han sido insatisfactorias y el espíritu avanza hacia el saber. Lo hace lentamente. Pese a que la primera de las nuevas vivencias ya está animada por esa fuerza proléptica que Melville atribuye a casi todos sus símbolos, Delano no la percibe. Al subir a bordo, «[e]l barco parece irreal; esas ropas, gestos y caras extraños, no más que un cuadro vivo insustancial recién surgido de las profundidades, que han de recuperar enseguida lo que proporcionaron» (p. 263). La naturaleza amenaza a la historia con la disolución de las diferencias en la infinita sustancia acuática.

95. «La certeza inmediata no capta lo verdadero, pues su verdad es lo universal; pero busca captar el *esto*. La percepción, por el contrario, capta como universal lo que para ella es lo que es [*das Seiende*]», esto es, la conciencia se *mueve* sin superar el nivel de la universalidad intelectual, el de *cualidades* inherentes a –diríamos: meramente descriptivas de– una *cosa*, percibiendo contradicciones en la objetividad, sin alcanzar la *autoconciencia*, aunque contenga la fuerza de la negación que la llevará a ésta. «Estas vacuas abstracciones de la *singularidad* y de la *universalidad*, que se le contraponen, como también las de la *esencia*, ligada a algo inesencial, y de algo *inesencial* que simultáneamente es necesario, son los poderes en cuyo juego consiste el entendimiento humano percipiente, que a menudo se lo llama el sano sentido común [*gesunde Menschenverstand*]; entendimiento que, considerándose a sí mismo como conciencia sólida y real, en la percepción es tan sólo el juego de *estas abstracciones*; y allí donde pretende ser el más rico, resulta en general el más pobre». Ensayo explicaciones, leyes del movimiento de fuerzas en lo fenoménico, al que le correlaciona un «mundo suprasensible» mediante una dinámica de remisiones *infinitas*, de la que saldrá al traspasar, por su dialéctica, a la *autoconciencia*. Cf. Georg W. F. Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, en sus *Werke in zwanzig Bänden*, Redaktion: Eva Moldenahuer u. K. M. Michel, Bd. 3, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1970, pp. 93 y ss., 105 y ss., 107 y ss.

justicia gala por el doctor Joseph Ignace Guillotin, convencional constituyente), a las que cada tanto hacen chocar en el aire, a modo de consonantes «címbalos». ⁹⁶ Ansioso de respuestas exhaustivas, el visitante busca conocer a «quien fuere que estuviese al mando del barco» (p. 264). Si la tripulación es el desorden, el momento simétrico, destinado a responder a la expectativa (de Delano y de los lectores) por un elemento ordenador, es el capitán español, en quien su colega yanqui aprecia el aspecto de caballero en suntuoso atuendo, pero del que deplora –de manera creciente en lo sucesivo– la actitud negativa (retraimiento extremo, constante desánimo, agotamiento físico y desequilibrio mental), resultado de eventos que lo han llevado –juzga su azaroso paracleto– no sólo a la enervación de todo entusiasmo frente a las perspectivas de salvataje y solución de sus problemas, sino también –de manera casi agravante– a repetidas muestras de hostilidad para con quien está allí para ayudarlo. ⁹⁷

En su incapacidad para captar la esencia de las cosas, la explicación inicial que va ensayando Delano es simple, a medias verdadera –o sea falsa– y, sobre todo, adecuada para ir incrementando el dramatismo del relato: «Nada relaja tanto como las desgracias la buena disposición de las cosas en ejércitos, armadas, ciudades o familias, y en la naturaleza misma» (pp. 265-266). Las calamidades naturales abatidas sobre el Santo Domingo y los nocivos efectos provocados sobre su tripulación habrían hundido al español en la más profunda *melancolía*. Esta figura del atrabiliario es un topos al que Melville, admirador de Burton, recurre para estructurar la figura *aparencial* de Cereno, de modo que la languidez, indiferencia y apatía del español no contradiga su presunta potestad; al mismo tiempo, la resolución de la crisis mostrará la derrota de los anarquizantes *humores negros* por la *sensatez blanca*, aunque la significación de las conductas de ambos capitanes será bien diversa. ⁹⁸ De todos modos, antes de llegar a ese momento con-

96. Al igual que la bomba atómica tanto después, inventada para *poner fin* a la crueldad de la guerra, también la eficaz máquina para cumplimentar *indoloramente* la pena máxima es un ejemplo del feliz connubio entre *humanitarismo* y *técnica*, tan típico del Iluminismo y del racionalismo científico: fue inventada por otro galeno francés, el doctor Louis (de aquí que también se la llamara *Louissette* o *Louison*), y finalmente perfeccionada por un mecánico alemán, que se habría apellidado Schmidt.

97. Por medio de la excentricidad arcaica y señorial de la vestimenta con que se presenta Cereno, Melville, además de contribuir a las exigencias estéticas y conceptuales de la trama, no deja de informarnos que ya por entonces, mientras que los vecinos de Buenos Aires sabían estar a la moda (sacón o levita sencilla, pantalones otrora plebeyos), los de Santiago de Chile persistían en su pintoresquismo provinciano (p. 273). El objetivo, por cierto, es que el dúo Cereno/Babo impresione al lector con disfraces de lo real, un vestuario casi payasesco en uno, falsamente servicial en el otro.

98. Sobre las reflexiones en torno del carácter saturnino de los soberanos seguros de su poder, véanse las observaciones (y bibliografía correspondiente) de Wolf Lepenies, *Melancholie und Gesellschaft*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1972 (1.: 1969), pp. 23 y ss., 46 y ss., 172 y ss. (melancolía y utopía). Teniendo en cuenta las dos visiones de la melancolía, una negativa (humor atrabiliario) y otra positiva

clusivo, toda vez que el norteamericano experimente rechazo ante semejante actitud de Cereno, proseguirá igualmente con su misión, pues se culpará a sí mismo por no ser suficientemente compasivo (pp. 259-267), exigiéndose continuamente mayor tolerancia frente a los desplantes que don Benito realiza con cualquier «blanco, mulato o negro» a sus órdenes –un *dégradé* sintomático– e incluso con su caritativo colega del norte (p. 267).

Pero, no obstante su condición valetudinaria, igualmente irradian del atrabillario español rayos de potestad y autoridad que, aunque mortecinos, hacen suponer una fuente aún fogosa e iluminan la escena con matices espectrales, generando la ambigüedad que Melville necesita para la lógica del relato. Con su aire imperial y su porte orgulloso, Benito se asemeja a Carlos V antes de su «retiro anacoreta del trono», cuando, ya afectado pero no todavía preso de la «biliosa aversión por su posición», no encontraba digno rebajarse a la intervención personal y delegaba en sus subordinados el ejercicio cotidiano de su dominio; cuando, seguro de su poder efectivo y desinteresado de las menudencias, el emperador manejaba las funciones habituales por medio de cortesanos y enviados, imperturbable como un «témpano, o más bien un cañon cargado, que no tiene qué decir hasta que hace falta un tronar» (pp. 267 y 268).⁹⁹ Tal como Cereno parece hacerlo por intermedio del criado Babo, a los ojos del sorprendido norteamericano.

(manía genial, por ende también superioridad del conductor político), el caso de Cereno es –a nuestro entender– el de quien aparece según la primera, para poder revelarse en el momento oportuno como ejemplo de la segunda, aunque finalmente termine su vida hundido en el más umbrío saturnismo. Con una referencia mínima a la fuente de todas las consideraciones modernas al respecto, digamos que a los reinos desquiciados por gobernantes melancólicos en sentido negativo les contraponen Burton su utopía del buen orden, cuya localización física preferida era la «*Terra Australis ignota*» o las islas del «Mare del Zud»: casualmente donde transcurre *Benito Cereno*. Cf. Thomas Burton, *The Anatomy of Melancholy*, London, J. M. Dent & Sons, 1932, vol. 1, p. 98. Para las vicisitudes semánticas de la idea de melancolía, es fundamental el estudio archiclásico de R. Klibansky, Erwin Panofsky, F. Saxl, *Saturno y la melancolía*, trad. María L. Balseiro, Madrid, Alianza, 1991. Son numerosas las consideraciones que suscita la *melancolía* de don Benito según *captain* Delano; como, por ejemplo, atender a los textos de Avicena y Melancton, fuentes que convergen en la obra burtoniana (*Saturno...*, *op. cit.*, p. 106), en la que abreva Melville. Por lo demás, Saturno era reconocido por «los astrólogos clásicos y árabes como “señor del mar y de los navegantes”», por lo que a sus hijos les gustaba vivir cerca del agua y ganarse la vida con tales ocupaciones» (*ibid.*, p. 312). Particularmente interesante es el desplazamiento (que esta obra clásica va mostrando a lo largo de una secuencia eruditísima de pensadores y artistas) desde una noción negativa a una positiva del carácter melancólico, a medida que –a través de la mediación de lo *genial*– se va ligando a lo *excepcional* como talento para lo anormal, por ende –agregamos– para la resolución de las anomalías políticas. 99. Para la descripción de los rasgos físicos y espirituales de Benito Cereno, Melville probablemente se ha inspirado –como lo indica indirectamente la comparación con el emperador hispano– en el libro de William Stirling, *The Cloister Life of Charles the Fifth* (London, 1853, 3a. ed.; la primera es de 1852), originariamente como dos artículos en la *Fraser's Magazine* (abril y mayo, 1851), siendo luego reseñado y parcialmente reproducido en revistas literarias que también se ocupan de Melville

Llegado a este punto, la confusión de Delano se agrava. Por un lado, si bien los negros no llegan a romper el orden mínimo que debe imperar en un navío, igualmente se comportan como si ninguna autoridad les pusiera el freno que es a to-

y que éste lee habitualmente, como la *Putnam's Monthly Magazine*, donde aparece por primera vez *BC*, en 1855. Cf. H. Bruce Franklin, «Apparent Symbol of Despotism: Herman Melville's *Benito Cereno*», *The New England Quarterly*, 34, 4, 1961, pp. 462-477; y como desarrollo ulterior su *The Wake of the Gods. Melville's Mythology*, Stanford U. P., 1963, pp. 136 y ss. Para este crítico, «casi todo rasgo de Cereno es un rasgo de Carlos», siendo aquél un fantasma sobrenatural y simbólico de éste (p. 137). A esta inspiración se ligán elementos como la apariencia de monasterio del barco español de nombre elocuente, los *frailes negros* o sea los dominicanos que apoyaban a la Inquisición, la vida de «monje hipocondríaco» que Cereno lleva a bordo y un alto número de objetos, espacios y motivos variados a lo largo de la descripción del barco (pp. 138 y ss.), y sobre todo los rasgos espirituales del emperador ficcionalizado por Stirling y del capitán ficcional de Melville, y su condición de dominados por quienes están formalmente a sus órdenes (pp. 140 y ss.). Franklin compara de manera convincente la rasuración habitual del emperador con la de Cereno (*una escena* –acotemos, sin desatender a las particularidades del relato– *donde Melville alcanza un suspenso hichcockiano: cf. infra*), y destaca los detalles de las similitudes y la compartida atmósfera espectral de las respectivas moradas. Franklin encuentra la clave del relato en la simbolización del nefasto poder de la Iglesia y en la degradación del imperio a autoridad fantasmagórica, lo cual se refuerza con la comparación de Cereno con Jacobo I y Jorge III (pp. 143 y ss.). Así leemos: «La preocupación principal de Melville es el derrocamiento del poder temporal, visto en la desintegración del imperio español, su emperador y su descendiente simbólico, Benito Cereno»; a ambos personajes los dominan los frailes (pp. 145 y 146). Va de suyo que esta lectura, además de señalar elementos teológico-políticos indudablemente presentes, da buena cuenta de una manera coherente de ver las cosas propia de un Melville demócrata sin fisuras ni tensiones. Nuestra interpretación, en cambio, apunta a un quiebre de esta coherencia a partir, sobre todo, del rechazo melvilleano del Terror revolucionario y de la experiencia del 48. La comparación de la relación de Cereno con su confesor, el monje Infelez durante ese momento final de resignación y *serena infelicidad*, con la que mantenía con Babo, pierde de vista el sentido antitético de ambas. Obviamente, no es casual –como bien observa Bruce Franklin– que el relato esté fechado el año en que se produce la insurrección de esclavos negros comandados por Toussaint l'Ouverture, en Santo Domingo, la isla desde donde comienza el ingreso de esclavos africanos en Occidente bajo el reinado de Carlos V (cf. *The Wake...*, *op. cit.*, p. 145). Esto es, una rebelión de masas, tan cruel e ideologizada como también justificada a la luz de la igualdad moderna, ya que busca implantar fuera de Europa occidental esos principios cuya vigencia más o menos efectiva había sido prudentemente circunscripta, por sus enunciadores y actores *ilustrados*, a los territorios metropolitanos. Para concluir: aunque con la prudencia que garantiza la analogía, igualmente compartimos la idea de que la relación entre Cereno y Babo es eminentemente cristológica: Jesús-Judas, conocido el desenlace; o Cereno como Judas, para el ingenuo Delano (cf. pp. 147-148 y ss.). Va de suyo que Franklin piensa esta correlación analógica fuera de toda comprensión teológico-política y decisionista del problema del poder y no se encuentra en su trabajo una dilucidación del sentido secularizante que el «*Seguid a vuestro jefe*» tiene respecto del «*Sequere me*» de Cristo (pese a la breve alusión en p. 150). Por su parte, Kersting recuerda dos motines en barcos negreros en épocas cercanas a la fecha de composición del cuento, en 1839 y 1841, aunque éstos tuvieron un *happy end* (algo inverosímil); cf. su *Herman Melville...*, *op. cit.*, pp. 117-118. Sobre esta temática de lo español, véase también Gloria Horsley-Meacham, «The Monastic Slaver: Images and Meaning in *Benito Cereno*», *CEBC*, pp. 94-99 (orig. *New England Quarterly*, 56, 1983, pp. 261-266). Además de los datos relativos, la autora destaca la asociación identificatoria de moros y negros (*i.e.* irrecuperables infieles islamitas) en la conciencia católica ibérica del siglo XVI.

das luces necesario; y, ante estos hechos, Cereno permanece paralizado en su lánguida melancolía.¹⁰⁰ Por otro, como contrapeso exigido por la cadencia de la narración, el visitante supone inicialmente que las muestras de indisciplina o indecencia, que afectan su idea de autoridad, en rigor no mellan ni corroen, sustancialmente y de raíz, la soberanía del capitán español, quien, con sus mismas prescindencia y sutilmente esbozada altanería, deja barruntar una actitud imperativa superior, más hierática y firme. Desde esta perspectiva, que cree más profunda, Delano imagina que en verdad Cereno goza de pleno poder, seguro en su pasividad y terrible en su fuerza contenida («Ningún hombre en la tierra habría podido soñar que en él residía una dictadura que, en el mar, no reconoce apelación terrenal», p. 268). Pero esta composición de lugar no resuelve las dudas del visitante, quien entonces dirige su atención a la figura que encierra el secreto de la mediación entre las dos lógicas: Babo.

El menudo y servicial negro, ya esclavo en su África natal y desde hace años fiel doméstico de los españoles, mantiene en toda ocasión una «buena conducta constante», con numerosos gestos de comprensión y bondad para con su capitán, a quien mira con la «pena y afecto» de un «perro ovejero», demostrándole a quien está sumido en el «estado de ánimo saturnino de la mala salud» una *natural fidelidad*, «ese celo afectuoso que transforma en algo filial o fraternal actos en sí no más que serviles, y que han ganado para el negro la fama de constituir el sirviente personal más agradable del mundo; uno, además, con quien el amo no tiene por qué estar en términos rígidamente superiores, sino que puede tratar con confianza familiar: menos un sirviente que un devoto compañero» (pp. 265 y 266). Babo cumple sus tareas ligadas con la persona de Cereno con *peculiar apego*, y de algún modo también se desempeña como cadena de transmisión eficaz, aun cuando el resultado de esta doble función sea magro, tanto en lo que hace a las dudas del norteamericano, como a la condición de su señor.¹⁰¹ En consecuencia, debe proseguir esa búsqueda de la identidad que emprende la conciencia en la intelección de la objetividad.

La indagatoria del norteamericano complementa las dudas personales que alimenta en su fuero interno con las conversaciones que entabla con Cereno. De éste, Delano recibe un relato aceptablemente detallado de la serie de catástrofes *naturales* sufridas y sus efectos deletéreos en la tripulación y la estructura del na-

100. No se visualiza ese cuerpo de oficiales subalternos, encargados directos de la disciplina; al mismo tiempo, «los padecimientos prolongados parecían haber sacado a la superficie cualidades menos afables de los negros, al mismo tiempo que menoscababan la autoridad del español sobre ellos» (p. 265).

101. «Pero ni la buena conducta de Babo parecía sacar, más que la mala conducta de los demás, al medio aturdido [*half-lunatic*] don Benito de su nebulosa indolencia [*languor*]» (p. 267).

vío; una narración que abunda en interrupciones por las recaídas del extraviado español en sus ataques hipocondríacos o a causa de la presunta superstición por los muertos no enterrados, que Delano le atribuye al hablar de la suerte de Aranda, ese nativo de nuestra Mendoza, dueño de los esclavos que su amigo Cereno transporta; una narración que, también para tranquilizar a su interlocutor, se reitera en elogios a la conducta de los sumisos negros (dignos de estar desgrillados sobre cubierta, como lo dispusiera originariamente su amo) y al *fiel* Babo. El norteamericano cede en sus objeciones y críticas ante la «compasión» que le despierta lo que oye y lo que ve, hasta el punto de que, ante la actuación a dúo del anfitrión y su colaborador, Delano aprecia enternecido «lo hermoso de esa relación que podía presentar tal espectáculo de fidelidad por una parte y de confianza por otra», bella organicidad social que desdibuja las diferencias clasistas resaltada por el aire caballeresco, extemporáneo y delicadamente frágil de don Benito (casi como «un cortesano inválido tambaleándose por las calles de Londres en la época de la peste»), y el aspecto de fraile franciscano cruzado con *sans-culotte* que presenta su lazareto (pp. 272 y 273). Figuras que desnudan con su ironía la falsedad de las ideologías de la conciliación social, paternalistas o liberales que fueren.¹⁰²

A lo largo de la intensificación que va recibiendo la dialéctica de lo apariencial a bordo del *Santo Domingo* se acrecienta la estulticia hermenéutica del marino yanqui. Las indecencias, los hechos de indisciplina o directamente de violencia que los negros realizan con los pocos blancos, a la vista de todos; pero también los gestos, miradas y medias palabras de algunos españoles, que no alcanzan a expresarse claramente porque sus esfuerzos se abortan ante la presencia de sus *colaboradores* negros; y, sobre todo, la pasiva languidez de quien por momentos luce como un «capitán de papel»; en suma, todos estos elementos hacen crecer en Delano no la clarividencia sino los reproches impulsivos y las objeciones propias del sentido común inherente a toda regimentación de la vida naval («No co-

102. Los términos por los que exuda la esencia de las tensiones ocultas son «peste» y «ghetto desordenado», como descripción del lugar ocupado por los negros (p. 272). De todos modos, poco después leemos: «El norteamericano no pudo dejar de atribuir por lo menos parte de las detenciones tanto a torpeza marinera como a navegación equivocada; ello sin comunicar su opinión, claro está. Al mirar las manos pequeñas, amarillas, de don Benito, dedujo fácilmente que el joven capitán no había alcanzado el mando pasando cabos por escobenes, sino metiéndose él por la ventana de la cámara; siendo así, ¿cómo sorprenderse de la incompetencia, concertada con la juventud, la enfermedad y la aristocracia? [Tal fue su democrática conclusión.] Pero, sofocando las críticas en compasión, el capitán Delano» decidió brindar todo tipo de ayuda (p. 273). Hemos puesto entre corchetes una frase que no figura en la traducción citada, pero tampoco en la edición original que utilizamos (BC, p. 46), sino que aparece en la de J. Del Río (la publicada por Hyspamérica, *op. cit.*, p. 31). Ninguna de las traducciones menciona sus fuentes.

nozco espectáculo más triste que el de un comandante que del mando no tiene más que el nombre», p. 275). La trama sigue desenvolviéndose con la morosa aceleración que requiere su identidad estética y el *timing* que sabe imponerle Melville. De este modo, no desemboca apresuradamente en el desenlace gracias al efecto retardatario que tienen el *mea culpa* cristiano y la ceguera iluminista del espectador norteamericano, quien continuamente se reprocha ser poco compasivo, a la vez que hipotetiza explicaciones coherentes con los hechos que se desenvuelven a su vista (y la de los lectores), pero absurdas –en su inicial sensatez– cuando uno y otros descubran la verdad.¹⁰³

Dos escenas agudizan esta versión estética de la conciencia fenomenológica que percibe pero no comprende los indicios crecientemente reveladores, porque sigue enmarañada en el *mundo invertido* donde realidad e idealidad se especulan (repeleen y atraen) en contrastante simetría.¹⁰⁴ La primera es la de Atufal encadenado, reyzeuelo africano *obligado* a presentarse cada dos horas ante Cereno, de cuyo cuello pende la llave del candado, que el *captain* –con la máxima sutileza que le permite su corta sagacidad– define como «símbolos significativos». El negro cumplimenta así lo que sería una anómala ritualización de la exigida contrición

103. Ciertamente, una de estas explicaciones es paradigmática del doble registro literario de la doxa norteamericana, a la par que señala en el *juicio* (como libre juego entre imaginación y entendimiento, *Kant docuit*) la facultad que, errada o certera que fuere, realiza el enlace y la transición de la dimensión apariencial a la real. Se trata de la opinión de Delano, motivada por la actitud de horror e insania de Cereno al ser interrogado sobre la muerte de su amigo cuyano, comerciante de mercancías materiales y humanas, al escuchar del norteamericano que «[d]e estar los restos de su amigo a bordo de este barco, don Benito, la mención de su nombre no lo afectaría de manera tan extraordinaria». A saber: «Sucede que este pobre hombre, pensó el apenado norteamericano, es víctima de esa penosa superstición que vincula con duendes el cuerpo vacío de un hombre, así como una casa abandonada, con fantasmas» (p. 277). Un comentario que adquiere toda su fuerza indiciaria al conocerse, muchas páginas más adelante, la fortuna corrida por Aranda.

104. Cf. G. W. F. Hegel, *Phänomenologie des Geistes...*, *op. cit.*, pp. 107 y ss. («Fuerza y entendimiento. Fenómeno y mundo suprasensible», en especial pp. 128 y ss.). La «*verkehrte Welt*» es la estructuración en espejo de lo sensible y lo inteligible, lo aparente (el mundo para un otro) y lo apariciante (el mundo para sí), en una relación donde cada polo es en sí mismo lo contrario, la inversión del otro, y no una mera negatividad externa. Sintomáticamente, el mejor ejemplo que da Hegel es el del criminal y su pena, siendo ésta no imposición externa sino reversión del acto contrario a la ley sobre sí mismo, para autosuperarse (eliminando la exterioridad crimen-ley, tan propia del normativismo positivista criticado por Schmitt) y redignificar al actor. Cuando el nexo se agudiza hasta devenir *contradictorio*, la dualidad se disuelve en una unidad superior (lo cual acontecerá como *acción* restauradora del orden, en el relato melvilleano). Más detallada y profundamente trata Hegel el accionar del entendimiento y la dialéctica reflexiva en la Doctrina de la Esencia de la *Ciencia de la lógica*, es sabido; por lo demás, la correlación que aquí establecemos debe tomarse *cum grano salis*, habida cuenta de la personalidad literaria y de los insuficientes (pero no inexistentes, ni mucho menos) conocimientos filosóficos del gran escritor norteamericano, existencialmente interesado en la vieja disciplina.

por su insolencia. Sólo que Atufal no pide perdón ni, en consecuencia, obtiene la absolución que hasta el mismo Delano llega a solicitarle a su colega le conceda al orgulloso esclavo, pero que Babo –en el ápice de la inversión actancial– aconseja se le niegue, *para no menoscabar el poder de su amo* (pp. 278 y 279).

La otra es la de Babo afeitando a don Benito, mientras éste *aclara las dudas* que pueda tener su cooperativo visitante. La escenografía es plurívoca. En conformidad con nuestra idea de la valía positiva que tiene Cereno para Melville, nos recuerda vagamente las adaptaciones que Alonso Quijano hacía de objetos variados para satisfacer las exigencias de Don Quijote (incluso una bacía de barbero es compartida por ambos textos); a lo cual sumamos la idea de que Melville ha hecho de Babo un Sancho revolucionario que ha abandonado su sensatez burguesa y se ha ideologizado como líder de masas. De todos modos, en un horario desacomodado para este menester de aseo (mediodía, pero Babo insiste: «*Ahora, amo*»);¹⁰⁵ en un espacio que se asemeja menos a un pañol que a una habitación de soltero en vacaciones, un bric-à-brac extrañamente espacioso y aireado o una luminosa balconada con vista al mar, y que sirve de depósito de trastos viejos, entre los que se destacan objetos religiosos abandonados, muebles que recuerdan instrumentos de tortura abandonados, armas oxidadas y banderas en desuso (*parafernalia palmariamente significativa por la función histórica que ya no cumplen y por el indicio que dan de la que están por cumplir*); en este «excéntrico» salón, entonces, Babo refuncionaliza uno de estos coloridos paños para poder cumplir sus faenas de figaro debidamente equipado.¹⁰⁶ Con esa predisposición a los quehaceres serviciales que –según Delano– Dios ha conferido a la atezada raza, el diligente doméstico cubre el torso de Cereno con la insignia imperial de León y Castilla a modo de toallón, y, mientras el español atiende a los interrogantes del norteamericano sobre los sufrimientos padecidos y sus causas, comienza a pasar *cuidadosamente* la navaja por el cuello de don Benito, aconsejando a su patrón no temblar mientras lo rasura. Admonición vana, pues algunas gotas de sangre hispana salpican la espuma jabonosa. «Ya ves amo... temblaste... ésta es

105. Karche («The Riddle...», *op. cit.*, pp. 220 y ss.) observa con agudeza que Babo, al ver que Cereno flaquea, improvisa la situación de barbería, como intimidación extrema, antes de desencadenar la masacre.

106. Para el editor de la edición original citada, Dan McCall, el tumbadillo o tilla recordaría una cámara de tortura (BC, p. 70 nota). Véase también E. J. Sundquist, «Benito Cereno and New World Slavery», *CEBC*, pp. 146-167, cf. p. 158 (orig. *Reconstructing American Literary History*, ed. S. Bercovitch, Harvard, Harvard U. P., 1981, pp. 93-122). Ciertamente, Babo tortura a Cereno, pero Melville no puede acentuar los indicios, porque una excesiva evidencia material de los instrumentos de martirio desdibujaría la invisibilidad para Delano (y para los lectores) de la *esencia* típicamente moderna del martirio al que el caudillo-ideólogo de masas somete al miembro de la élite hasta entonces dominante.

la *primera* sangre de Babo». El yanqui no puede «resistir la *extravagancia* de ver en el negro un verdugo, y en el blanco un hombre en el tajo»; pero las desecha como «fantasías grotescas». ¹⁰⁷ El gesto gran-guiñol de esta actuación, con el que la confusión alcanza una intensidad paroxística, lo realiza Babo. Primero, al presentarse poco después ante Delano con un corte en la cara que –clama– le propinó su *master* para vengarse de la impericia barberil; y, más tarde, al reaparecer junto a Cereno cual si nada hubiera pasado, motivando en el norteamericano un pensamiento que irónicamente condensa su ineptitud interpretativa y la (momentánea) parálisis de su *vis* soberana: «No fue entonces más que una especie de disputa de enamorados [*a sort of love-quarrel, after all*]» (p. 311). Además de la alusión homosexual como metaforización de lo que acontece con el poder sin más, la situación es una prueba de la destreza de Melville para mostrar al lector

107. CC, p. 303; pp. 307 y 308 (en éstas, las cursivas son nuestras). Un Melville antiesclavista y antibolicionista, intolerante con la hipocresía norteña pero que logra –pese a su edad– que, como corresponsal en el ejército de la Unión, lo dejen participar en un patrullaje por la primera línea de fuego, rebelde personalista y a la vez sensible a las jerarquías legítimas, está alarmado por la furia behemónica que anida en los justos resentimientos de la masa y conoce los desastres y el terror que un estado de excepción puede desencadenar. Es a la luz de estas (y otras) tensiones de la personalidad de nuestro autor que leemos consideraciones como las siguientes, testimonio de la ironía con que Melville da voz al *common sense* de sus compatriotas sin distinciones geográficas: «Hay algo en el negro que lo hace, de manera singular, apto para atender la persona de uno. La mayoría de los negros son ayudas de cámara y peluqueros natos, se aficionan a peine y cepillo con tanta afinidad como a las castañuelas, y parecen blandirlos con igual satisfacción. Hay además en ellos un tacto delicado para estos menesteres, junto con una maravillosa energía silenciosa, escurridiza, no carente de gracia a su manera, y aún más placentera cuando se ejerce sobre uno mismo. No se hace referencia con esto a la singular muestra de dientes o la risa. Eso resultaría inadecuado. Sino a cierta fácil jovialidad, armoniosa en toda mirada y gesto, como si Dios hubiese musicalizado al negro todo. Cuando se agrega a ello la docilidad proveniente del contento sin aspiraciones de una mente limitada, y esa susceptibilidad a la fidelidad ciega inherente a veces a indiscutidos inferiores, uno advierte enseguida por qué aquellos hipocondríacos de Johnson y Byron –puede ser que algo así como el hipocondríaco don Benito– sintieron un afecto, casi excluyente de toda la raza blanca, por sus servidores», cuyas cualidades son apreciadas por una «naturaleza [que, como la] del capitán Delano[,] no sólo era benévola cuando estaba tranquilo respecto de las cosas exteriores, sino que lo era íntima y jovialmente. [...] De hecho, el capitán Delano, como todos los hombres de corazón bueno, alegre, era aficionado a los negros, no por filantropía, sino por cordialidad, como otros hombres a los perros terranovas» (pp. 305-306). Las inquietudes y los comentarios del norteamericano, al percibir la irreverencia que se comete con la bandera española y los temblores que provoca en el afeitado la navaja del barbero responden a las peculiaridades de la trama, y no conducen aún a la toma de conciencia de la *verdad de la cosa*; más bien son indicaciones para los lectores que puedan no haber captado los pliegos de la trama: «Ninguna espada desenvainada ante Jaime I de Inglaterra, ningún asesinato en presencia de aquel tímido rey, pudo haber llegado a provocar un aspecto más aterrorizado que el que presentaba entonces don Benito» (p. 308). El fatalismo ata a Cereno no sólo al anciano Carlos V encerrado en un monasterio, sino también al Estuardo decapitado por los insurrectos. El impovisado sillón de barbero emblemata el patíbulo jacobino que ha reemplazado los «potros de inquisidores» (p. 304).

más de lo que comprende Delano, quien se vale de su vaga intuición de lo que en verdad ocurre *para desechar* la interpretación adecuada de la realidad.¹⁰⁸

A lo largo del relato, Melville maneja con maestría los avances y retrocesos de la conciencia sospechosa de las apariencias, las dificultades que ella misma se va planteando —a la manera de esfuerzos por alcanzar la verdad a lo largo de una hegeliana *fatiga del concepto*— mediante la capacidad para oponer contra-argumentaciones enaltecedoras (asentadas sobre la fe en que la maldad no puede ser tan grande) a su creciente desconfianza, a las vivencias que le hacen imaginar que el mal puede haberse encarnado en este *leño torcido*, para peor a la deriva.

Los indicios inquietantes son numerosos: el espíritu levantisco de ese «círculo sociable de murciélagos en alguna cueva propicia» (p. 302), que es la *multitudo* negra guarecida bajo los botes de cubierta, y sobre todo de los pulidores de hachas, a quienes sus caudillejos a duras penas aplacan cuando se irritan violentamente por unas reprimendas que les hace Delano; las actitudes ambiguas y enigmáticas de los pocos españoles con los que el americano logra tener un mínimo contacto directo; los cuchicheos entre don Benito y sus inferiores; la alternancia de muestras de cortesía y faltas de respeto por parte de Cereno; sus estremecimientos, toses y enmudecimientos, en los momentos en que su mando era necesario; la quietud y las miradas incomprensibles del comandante español cada vez que su colega lo interroga sobre lo acaecido; las injustificadas preguntas que el mismo Cereno, por su parte, le hace a Delano sobre su nave, tripulación y futuras actividades; y sobre todo esa constante presencia de Babo o de algún otro esclavo solícito, volviéndole imposible al visitante conversar a solas con el capitán español.¹⁰⁹

108. «Pero, ¿qué objeto podría tener la representación ante él de esa comedia del barbero? El capitán Delano acabó por desterrar rápidamente la idea como una extravagancia sugerida por el aspecto teatral de don Benito en su divisa de arlequín» (p. 309). El norteamericano vislumbra nebulosamente que el español ciertamente es *servo di due padroni*, pero no comprende que sólo a uno (Dios y el rey) le reconoce legitimidad teológico-política, y por Él/él guía su conducta. Asimismo, el juego amoroso *traviste* la lucha por el poder, el pasaje de la soberanía (no deconstruida, falocéntrica, etcétera) del blanco al negro. Invertir los roles es volver a sus titulares seres invertidos. La espada sin hoja, castrada, es otra metáfora del mismo registro, una preocupación melvilleana. Al respecto, E. Margolies, «Melville and Blacks», *CLA Journal*, 18, 1974-1975, pp. 364-373 (cf. pp. 371 y ss.); Sandra A. Zagarell, «Reenvisioning America: Melville's *Benito Cereno*», *CEBC*, pp. 127-145 (orig. *ESQ: A Journal of the American Renaissance*, 30, 1984, pp. 245-259), entiende que Cereno es sometido a un proceso de feminización (p. 134); K. Vanderbilt, «*Benito Cereno*: Melville's Fable of Black Complicity», *CEBC*, pp. 67-75 (orig. *Southern Review*, 12, 1976, pp. 311-322), observa que Melville estetiza la identidad de los opuestos a menudo mediante una simbolización homoerótica (p. 69).

109. Como en el almuerzo, cuando Delano cree que Babo se coloca a sus espaldas para obedecer sin demora a su amo, y son atendidos por el mulato Federico, que oficia de chambelán y cuya inteligencia contradice las opiniones racistas del demócrata norteamericano, mientras que, de conocer la verdad esencial

Cándido, sí, pero no ingenuo hasta el cretinismo, el liberal norteamericano va rumiando una hipótesis alarmante, la de una «impostura maligna», un complot liderado por un aventurero embaucador que –mediante la falsa identidad que le da el «nombre rimbombante [...] de una de las familias mercantiles más emprendedoras y extendidas de todas aquellas provincias, [...] una especie de Rotschild castellanos», bien conocidos por todo aquel que comerciara en esas latitudes– se haría pasar por un «grande del océano», para asaltar los navíos con que se topa (p. 281). El «sol de la afabilidad del Capitán Delano» –que antes había disipado el cielo ceniciento de las primeras sospechas– comienza a velarse (p. 282). Su recelo, si no directamente su miedo, crecen a medida que se demoran la brisa necesaria para llegar al fondadero y la ballenera que debe recogerlo. Pero, fuerte en su obstinación anglosajona, el juicio del capitán yanqui persiste (lo hará hasta el momento conclusivo) en interpretar equivocadamente *el detalle central*, cometiendo un error que lo aleja tanto de la verdad cuanto más lo aproxima a ella. Sospecha que *todos* a bordo, cualquiera fuere su proveniencia o raza, fingen un comportamiento casi normal para ocultar un complot, cuyo líder, el «*Spaniard*» (término despectivo), le recuerda –con su conducta misteriosa, sus vacilaciones

de este comportamiento, las vería confirmadas: Delano comenta que un conocido le observó otra que «cuando un mulato tiene cara de europeo hay que cuidarse de él, es un demonio». Y agrega, motivado por lo que está *presenciando*: «Sin embargo, ya ve, su dispensero tiene rasgos más regulares que los del rey Jorge de Inglaterra, y ahí lo tiene haciendo inclinaciones de cabeza, reverencias y sonriente, todo un rey; el rey de los corazones mansos y las afabilidades [...]. Pero, dígame, ¿no es desde que lo conoce un buen tipo, de mérito?». Y cuando Cereno le contesta afirmativamente, Delano concluye: «Ah, ya me parecía. Porque resultaría bastante singular, y no muy laudatorio, para nosotros los de piel blanca, que un poco de sangre nuestra mezclada con la del africano, lejos de mejorar su casta, tuviera el lamentable efecto de verter ácido sulfúrico en sopa negra: puede mejorarle el matiz, pero no lo que tiene de sano», a lo que el español contesta alegando no saber nada al respecto (pp. 311-312). En cuanto a la discreción y eficiencia de Babo, tan impresionado está el iluminista norteamericano, que, coherentemente con la buena acogida que los colonos de Virginia dan a los esclavos negros en 1619, y con la vacua e ineficaz abolición proclamada por la Convención gala en 1794 (recién en 1848 se abolirá en Francia la esclavitud), no duda en ofertarle cincuenta doblones al español para adquirir un siervo envidiable. Melville desnuda las hipocresías de sus connacionales ironizando así sobre la prudencia con que el capitán Delano pone en práctica las libertad-igualdad-fraternidad cuando los prójimos son negros. Por lo demás, en los pasos recordados en esta nota y en la anterior (murciélagos y perros terranovas), su credo también se expresa en la similitud que ve entre los esclavos y un «rebaño de ovejas negras» (p. 276), si bien las féminas del grupo se asemejan a especímenes más jerarquizados: «[d]irectas como panteras, cariñosas como gamas» (p. 292). De aquí su sorpresa al enterarse de que la raza negra resiste mejor que la blanca a ciertas enfermedades (p. 313); de aquí su confianza en que, si los negros fueran bien adiestrados, podrían ser marineros aptos, sin excluir a las mujeres, de las que se dice que incluso «hacen soldados de primera» (p. 316). Obviamente, cuando estalle la lucha, se tirarán sobre los blancos como una «avalancha fuliginosa» (p. 323), una manada de lobos, de cuyas bocas negras cuelgan sus lenguas coloradas (p. 328). Digamos que las comparaciones con que Delano zoologiza a pardos y morenos no los favorece, pero son síntomas fidedignos de una cultura.

y subterfugios— las insidias y engaños de los conspiradores papistas. «Empezó, por sobre todo, a sentir un temor espectral de don Benito» (p. 286).¹¹⁰

Sólo que estas sospechas exigen, para ser confirmadas, el sustento que solamente puede darle la pavorosa idea de que *todos* a bordo del *Santo Domingo* participan de la conjura piratesca; una hipótesis tanto o más diabólica que la conducta imaginada, que revelaría no sólo la inanidad de los principios iluministas (*le bon sauvage*), sino —más grave aún— el *ateísmo* de quien la formula y con su sospecha concede valor universal a la inmoralidad, y la consecuente imposibilidad de pertenecer a los elegidos, pues el Dios veterotestamentario-calvinista castiga las malas conciencias. Delano se tranquiliza abrevando en las ensoñaciones de las bellas almas, como una suerte de Volney romantizado. ¿Cómo puede ser un barco pirata aquel donde una madre negra, dormitando sobre cubierta, cubre de besos a su bebito desnudo que busca sus mamas? Contemplar «la naturaleza al desnudo, toda ternura y amor» (p. 292), lleva a Delano a abandonar —momentáneamente— su norteamericanísimo espíritu empresarial y a ceder a los humores de Saturno ante la vivencia de que entre las ruinas a la que todo nos conduce, sin embargo la vida, en su pulsación más elemental, sigue renovándose impertérrita.¹¹¹

110. La pavora al español papista es una manía anglosajona de larga data (con muchos representantes, pero un solo Hobbes), sobre la cual Melville gusta ironizar, burlándose de sus compatriotas: «Bien, don Benito es un comandante muy caprichoso. [...] Pero, estos españoles, en cuanto nación —siguió fantaseando— son raros; la palabra misma *español* [*spanish*] tiene un dejo curioso, de conspiración a lo Guy Fawkes» (p. 299). Se trata, es sabido, del jefe de la *conspiración de la pólvora* de 1605, el intento de volar el Parlamento y desencadenar una insurrección católica en Inglaterra. La alusión, en la línea de los —ya señalados— motivos monásticos, clericales y semejantes, sin descartar la búsqueda del previsible efecto en sus lectores anglosajones, nos resulta más bien reveladora de la ironía melvilleana, aplicada al celo antipapista de su educación infantil. Melville no comparte lo que Schmitt tachó en 1923 como *antirömischer Affekt*, una aversión pasional a todo lo ligado con el catolicismo. Su experiencia juvenil, en las islas del Pacífico, del contraste entre la actitud de los misionarios protestantes, a los que detestaba por su hipocresía, y la de los católicos, con cuya actitud simpatiza, le hace repensar críticamente el imaginario que le inculcara la congregación puritano-holandesa de Nueva Inglaterra. Marginalmente, observemos que no falta la referencia compensatoria, que equilibra la crítica religiosa: tras ser interrogado por Cereno acerca de los tripulantes, armamento y planes de los norteamericanos, Delano percibe la mirada que un joven marinero español le dirige a Cereno y a Babo, y presiente «un sentido acechante en ella, como si se acabaran de intercambiar en ese instante signos secretos del tipo de la Masonería» (p. 284). La secta masónica aludida es la de los *Know-Nothing*, algunos de cuyos miembros constituyen la mayoría legislativa en Massachusetts, en 1854. Cf. Moore Emery, «Benito Cereno...», *op. cit.*, p. 114 nota 27. Obviamente, el liberal Cereno conoce las señales que cree percibir. La pintura melvilleana vale para el conjunto de los sectarios indicados.

111. «Esos cuadros de la naturaleza ahondaron insensiblemente su confianza y tranquilidad. [...] Para cambiar de escena, [...] Delano] se encaramó a la galería de alcázar de estribor, uno de aquellos balcones acuáticos desmantelados de aspecto veneciano antes mencionados: refugios apartados de la cubierta. En cuanto su pie estrujó el musgo marino medio húmedo, medio seco, que alfombraba el lugar, y un soplo casual en medio de la calma, una brisa de la isla, sin heraldos, sin cortejo... cuando

Ni siquiera la harto palmaria significación de la decisión gordiana a la que lo incita inútilmente un español logra alterar el ritmo de sus cavilaciones y su fe en la bondad humana.¹¹² La magnitud que tendría un complot semejante, las propor-

este soplo casual fantasmagórico llegó y le acarició la mejilla; cuando su mirada se posó en la hilera de portas pequeñas, redondas –todas cerradas como con monedas los ojos de los encerrados en ataúdes–, y en la puerta de la cámara [...] así como los postigos, cerrados ahora a calafate como la tapa de un sarcófago, se abrieron alguna vez hacia ella–, ahora puerta, umbral y jambas embreadas a negro múrice; y al pensar en los tiempos en que la cámara regia y su balcón regio oían las voces de los oficiales del rey de España, y en que las figuras de las hijas del virrey de Lima quizá se habían reclinado donde él estaba... al deslizarse estas y otras imágenes por la mente, sintió que nacía en él gradualmente un desasosiego soñador, como el de quien solo en la llanura siente inquietud en la quietud del mediodía. [...] Y colgando por encima de todo estaba la barandilla bajo sus brazos, que, en parte salpicada de brea y en parte repujada por el musgo, parecía la ruina carbonizada de alguna glorietta en un jardín regio en prolongada decadencia. Al procurar romper un hechizo, no se encontró sino hechizado de nuevo. Aunque en el ancho mar, parecía estar en alguna alejada región mediterránea prisionero en algún castillo desierto, abandonado a la contemplación de recintos vacíos y en atisbo de caminos indefinidos por los que no pasaban jamás ni carro ni caminante» (pp. 294-295).

112. La excesiva fuerza indiciaria de los elementos simbólicos que va presentando Melville puede obedecer a motivaciones diversas, y hasta contrapuestas. No debe descartarse, quizás, que la búsqueda de esos réditos económicos, de los que nuestro autor está absolutamente necesitado, le hayan hecho pensar en un eventual efecto negativo que podría tener, entre el gran público de su época, no ofrecer –antes del acto final– indicios muy claros de cuál es el sentido de la representación que tiene lugar a bordo del mercante español. Por un lado, entonces, el buscado reconocimiento por parte de numerosos lectores podría verse perjudicado si las evidencias de la significación oculta de los acontecimientos fueran demasiado esotéricas. Por otro, es innegable que la búsqueda del efecto estético final tiene que ir estructurando la ambigüedad intrínseca a este tipo de relato, para intensificar la tensión subyacente a una crisis travestida de normalidad, mediante una alternancia o avance en zig-zag desde los motivos literarios que identifican la verdad esencial con lo que se percibe inmediatamente, a los que generan la sospecha de una significación oculta y contradictoria respecto de lo evidente. De todos modos, el ejercicio literario de esta lógica en el magnífico relato melvilleano no nos disipa –confesamos– la impresión de un cierto desbalance provocado por elementos demasiado desembozados, como el siguiente: el norteamericano se acerca a «un anciano marinero» que lía las hebras que le retuercen los negros alrededor de él (¡«sus subordinados!»), con las que forma un *inútil* nudo de proporciones inusuales. «El capitán Delano se le acercó y se quedó observando en silencio el nudo, su mente pasando en transición nada incompatible, de su propio enmarañamiento al del cáñamo. Jamás había visto nudo similar, en cuanto intrínco, en un barco norteamericano, ni, por cierto, en ningún otro. El viejo parecía un sacerdote egipcio haciendo nudos gordianos para el templo de amón. [...] Intrigado al fin por el sentido del nudo aquel, el capitán Delano se dirigió al que anudaba: –¿Qué estás anudando, amigo?. –El nudo –fue la respuesta concisa, sin levantar la cabeza. –Eso parece, pero ¿para qué es? –Para que algún otro lo desate –dijo entre dientes el viejo, meneando los dedos más esforzadamente que nunca; el nudo ya casi acabado. Mientras el capitán Delano seguía allí observándolo, el viejo le arrojó repentinamente el nudo, y dijo en inglés entrecortado –el primero en oírse en el barco. –Desátelo, córtelo, rápido. Fue dicho en voz baja, pero en tal condensación de rapidez, que las alargadas, lentas palabras en español que lo habían precedido y lo siguieron, obraron casi como cubiertas del breve inglés intermedio. El capitán Delano se quedó en silencio por un momento, nudo en mano y nudo en mente, mientras el viejo, sin prestarle más atención, se concentraba en los cabos.» Se le acerca entonces otro negro que le refiere la insanía mental del español, le pide al norteamericano el nudo y, recibéndolo «con una especie de *congé*, [...] hurgó en él como un aduanero», para

ciones gigantescas de la iniquidad supuestamente tramada por su anfitrión y sus secuaces, son un desafío inaudito, en la tierra y en el mar, al sano sentido común de toda buena persona ¿Cómo puede ser un impostor criminal un caballero con el noble porte y las aristocráticas facciones de don Benito? ¿Cómo pueden participar *todos* los tripulantes en una maquinación *tan anormal*? De ser así, también Satán operaría milagros. «Sí, ésta es una embarcación extraña, y una historia extraña, además, y personas extrañas las de a bordo. Pero... nada más que eso» (p. 299). Sigue, entonces, confiando en sí mismo, en la pureza de su corazón.¹¹³

El cambio de viento, que llevará el *Santo Domingo* a la bahía, y la aproximación de la lancha *Errante*, que viene a transportarlo a su barco, comienzan a disipar las últimas inquietudes. El norteamericano cree entender finalmente a don Benito, y ahora es él quien se *serena*.

Hasta este punto, el relato ha mostrado los barruntos pendulares de un Delano que no abandona su condición de espectador, cuya hermenéusis invierte la *esencia de la cosa*. Percibe indicios, vislumbra la verdad político-existencial de la representación ante sus ojos, pero comprende todo al revés y no logra dilucidar el referente real de sus contradictorias experiencias. Su toma de conciencia progresa mediante la agudización de la sospecha, pero, hasta el momento final, sus dudas encuentran un convincente contrapeso en su filantropía y en su propensión a retroceder ante la maldad suma, desestimándola cuando suponerla equivaldría a concederle *sublimidad*, esto es, una magnitud tan gigantesca, una dimensión tan macroscópica, que se vuelve inaceptable para el sano sentido común del puritano iluminista.¹¹⁴

Los tiempos del relato se acortan porque la schmittiana resolución de una situación intolerable no puede postergarse. La última sospecha, ya extrema, la tiene Delano cuando, tras juzgar como una descortesía excesiva el rechazo de Cereno a la invitación a cenar en el *Deleite del soltero*, recorre el lúgubre pasillo que lo

arrojarlo finalmente por la borda, «con algunas palabras africanas equivalentes a ¡bah!» (pp. 295 y 296). Al no encontrar ningún mensaje, el nudo no representa nada para los insurrectos, que *ya lo han cortado hace tiempo*. Delano, en cambio, no entiende que no se trata de desenrollar, sino de operar una *cesárea*; no de dialogar, sino de decidir y actuar.

113. El norteamericano se dirige «autorreproches medio jocosos [...]». «¿Qué es eso, yo, Amasa Delano —el Marinero de Playa [*Jack of the Beach*], como me llamaban de chico— yo, Amasa, el mismo que bolso de lona en mano chapoteaba por la orilla hasta la escuela hecha de un casco viejo: yo, el Marinero de Playa, que solía ir a buscar moras con el primo Nat y los demás: ser asesinado yo, aquí, en el fin del mundo, a bordo de un barco pirata embrujado, por un espantoso español? ¡Demasiado absurdo como para considerarlo! ¿Quién querría asesinar al capitán Delano? Su conciencia está limpia. Existe alguien allá arriba [...]». Pasó a popa ligero de corazón y de pies» (p. 297).

114. Melville puede conocer ciertas ideas básicas del kantismo a través de terceros, referencias indirectas y comentarios filológicamente discutibles, o directamente ignorar los meandros argumentativos de lo bello y lo sublime; pero, más allá de estos datos biográficos, su novela breve es una concretización literaria, fascinante en su riqueza estética y política, de los avatares de la *Urteilskraft*.

conduce al punto desde donde abordar su barca ballenera, y divisa a Atufal en pose de guardián. Presiente que está ante una conjura siniestra, una traición tan perversa como la vivida por el Mesías, si bien el Judas marino no tiene la presencia de ánimo como para compartir la última cena con la víctima. Pero, una vez más, la fe en la protección que Dios brinda a los elegidos doblega toda sospecha.¹¹⁵

Melville no esquivo las hipérbolas, y el momento cristológico le sienta a la particular economía estética de este relato. En su presentación inicial, la candidez –más que la *hybris*– del norteamericano, atosigado de lecturas bíblicas en su niñez, se ubica equivocadamente en el lugar del crucificado, que, para peor, le entrega, él mismo, los treinta dineros de su ayuda a Cereno. Más tarde, en el epílogo, los roles se reasignan no con menos exageración, pero sí en conformidad con el significado del relato: Babo es quien traiciona y martiriza a su *Señor*, don Benito, con quien la *última cena* ya tuvo lugar, participando en ella alguien que era involuntariamente tan ajeno al drama, como lo fuera Pilatos, voluntariamente. En rigor, se trató de un almuerzo.¹¹⁶

115. «No estaba a mitad de camino por el corredor estrecho, oscuro como un túnel, que llevaba de la cámara a la escalera, cuando dio en sus oídos un ruido como el del doblar por una ejecución en una prisión. Era el eco de la campana rajada del barco, que daba la hora, resonando lóbregamente en esa cripta subterránea. [...] La afabilidad había estado hasta entonces demasiado dispuesta a proporcionar excusas para causas de temores razonables. ¿Por qué el español, tan superficialmente puntilloso a veces, descuidaba entonces las exigencias de la cortesía más escasa al no acompañar hasta la borda al huésped que se iba? [...] Su última mirada pareció expresar una despedida para siempre del capitán Delano, dolorida aunque acomodaticia. ¿Por qué rechazar la invitación para visitar esa noche el cazador de focas? ¿Estaría el español menos endurecido que el judío que no rechazó cenar con aquel a quien pensaba traicionar esa misma noche? ¿Qué significaban todos esos enigmas y contradicciones de todo el día, salvo que se proponía confundir antes de algún golpe traicionero? Atufal, el supuesto rebelde pero sombra puntual, acechaba en ese mismo momento al umbral» (p. 320). Mas la presencia tan cercana de los suyos, la aparente inusual normalidad de la gente en cubierta y sobre todo «el aspecto benévolo de la naturaleza en su reposo inocente del atardecer, el sol tamizado en el campo sereno del oriente brillando con la luz moderada de la tienda de Abraham» disipan los negros nubarrones de su desconfianza poco cristiana y tan antirreligiosa. La Alianza con Jehová sigue vigente. «Sonrió una vez más ante los fantasmas que se habían burlado de él, y sintió una especie de remordimiento por sí, habiéndoles dado abrigo aun por un momento, hubiese dejado entrever implícitamente una duda atea acerca de la Providencia, siempre atenta desde lo alto» (p. 321). Acotemos que la campana tiene una rajadura como la de Filadelfia: *de nobis ipsis loquamur*. Sobre este motivo identificatorio del *Santo Domingo* con los Estados Unidos, aquí y en *The Bell Tower*, véanse C. Nicol, «The Iconography of Evil and Ideal in *Benito Cereno*», *American Transcendental Quarterly*, 7, 1970, pp. 25-31, cf. p. 26; Robertson-Lorant, «Melville», *op. cit.*, p. 291; J. Sparer Adler, «*Benito Cereno*: Slavery and Violence in the Americas», *CEBC*, pp. 76-93, cf. p. 91 (orig. *War in Melville's Imagination*, New York, New York Press, 1981, pp. 88-110).

116. En su edición, Dan McCall (*BC*, p. 77 nota), ilustra el significado de la mano de Babo «empujando el vino de las Canarias» hacia Cereno con la remisión a Lucas, 22 («Pero, mirad, la mano del que me traicionó está conmigo en la mesa»). Ciertamente, esta figura puede haber estado en la composición escénica que Melville hace. Pero el gesto de Babo cumple *aquí* una función diversa, más importante que la de la alusión bíblica. Don Benito enmudece y deja su vista clavada en la mano del

Con la marcha lenta y zigzagueante que los actores del relato nos han impuesto, sus lectores hemos llegado al umbral de la verdad. La schmittiana «situación irresuelta» comienza finalmente a desentrañarse. Si persistimos en el (frágil) paralelismo con la fenomenología hegeliana, debemos señalar que también en el texto de Melville la peculiaridad de la resolución no está dada por el acceso especulativo (la *reflexión* que deja a la vida misma fuera del *Geist*), sino por la *acción* como unificación superior de lo vital (hasta entonces oculto) y la toma de conciencia (la morosa hermeneusis de Delano), con un resultado que mantiene cierta analogía con lo que el filósofo alemán presenta como la anulación de la *infelicidad* hasta entonces asentada en el hiato entre teoría y práctica. Es decir, la superación de la persistente (e insuficiente y, por ende, falsa) oposición entre quien *representa* un para-sí ocultador del en-sí, y quien *reflexiona* como mero sujeto-espectador o juez desde la exterioridad, como han venido siéndolo Cereno y Delano respectivamente. Quizás el referente directo o consciente para Melville sea la *afirmación sempiterna* del fichteano Carlyle, para quien la culminación del desarrollo espiritual de autoafirmación radica en cumplir con el deber humanitario más próximo a nuestros sentimientos y nuestra fe, único modo para saltar fuera del *remolino* de las meditaciones sin respuesta.¹¹⁷

De todos modos, llegó el momento de superar la escisión entre verdad y vida, agudizar la lucha mortal por el reconocimiento y alcanzar la *conciliación* superior, la recomposición del orden ético. El pasaje a la acción libera auténticamente porque subordina la vitalidad inmediata (el hobbesiano miedo a la muerte violenta) a la libertad como acción mediadora (la hobbesiana decisión fundadora de orden estatal, la juridización del miedo), anulando la polaridad amo-esclavo en una *Gestalt* unitaria, proreflexiva.¹¹⁸

serviente negro toda vez que una pregunta de Delano lo pone al borde de descubrir la trama secreta de la actuación que están haciendo ante el norteamericano. *El gesto de Babo cumple la función de aterrorizar al español*, recordándole lo que puede suceder si calla e induciéndolo, así, con un leve desplazamiento de la botella, a contestar con mentiras para disolver las dudas de su anfitrión. La escena simboliza la performatividad invisible que la amenaza terrorista ejerce sobre una conciencia, tal como puede encarnarla un gesto nimio e indiferente para el espectador/actor ignaro, pero intimidante de la voluntad de actuar y resistir. A su modo, la mano de Babo anticipa metafóricamente el modo como opera el poder totalitario del régimen por el cual se siente apresado Schmitt al identificarse con el amenazado personaje melvilleano.

117. Cf. T. Carlyle, *Sartor resartus...*, *op. cit.*, libro II, cap. 9, pp. 140-149, en especial p. 148. Eso sí, Melville no atendería al motivo de la autorrenuncia o anulación del sí mismo, incongruente con su propio espíritu, y con el de Delano.

118. Luego de las muchas vicisitudes dialécticas de la «autoconciencia» (desenvolvimiento práctico, superador de la teoreticidad de la mera «conciencia»), el espíritu se configura como «razón», cuya culminación radica en la capacidad de legislar éticamente. Conocida es la complejidad filosófica del desarrollo hegeliano de estos momentos: cf. *Phänomenologie...*, *op. cit.*, pp. 145 y ss., 163 y ss., 311 y ss.

Si la función que en la fenomenología de Hegel cumple el *trabajo* pertenece a la genealogía de los eventos del relato (los esclavos ya se han rebelado); y dado que éste comienza conceptualmente con el movimiento ya en curso, en tanto apariencia ocultadora (representación teatral), y concluye con la revelación –el saber– en virtud de la acción, entonces la significación central de la trama radica en esta transición libertaria. Sólo que –en contraste con el privilegio del *Knecht* como motor del progreso y con la univocidad que le imprime Hegel a la conclusión del proceso– Melville confiere a cada personaje una propia legitimidad, ilustrando de este modo la ambigüedad inevitable de las concretizaciones de esa verdad primera y última de *das Politische*, expresada en el apotegma en torno del cual gira la teología política del cuento melvilleano: *Follow your leader*. El logos íntimo de la trama queda evidenciado en la conducta concluyente que sus actores adoptan, a saber: Cereno frente a sus captores y ante su destino; Delano contra los insurrectos; el caudillejo Babo ante los tribunales de Lima. En aquél, como *salto* decisionista y aceptación del dictamen de la historia; en el otro, como intervención punitiva y restauradora; en éste, como rebeldía inquebrantable en el silencio, gesto congenial a la decisión del escribiente en Wall Street.

«Parta, y Dios lo guarde mejor que a mí, el mejor de los amigos» (p. 332). La frase de don Benito, excesivamente renuente en soltar la mano de quien se está despidiendo, es la última expresión de su acatamiento a la actuación que le han –y se ha– impuesto, el prelude de la acción final. Inmediatamente después, cuando Delano ya está a bordo de su barca para regresar al *Deleite del soltero*, el español salta sobre ella. El último y apical error interpretativo del capitán norteamericano es tomar este gesto intempestivo (y la simultánea zambullida de tres españoles desde la borda) como una jugada desesperada de una banda de piratas; equívoco que se agrava cuando Babo también se lanza sobre el bote, daga en mano. Feble hermeneuta, empero diestro combatiente, Delano da una respuesta tan poco idónea desde la perspectiva interpretativa (supone que están intentando asesinarlo, sin ver que el resentido puñal del negro *traicionado* apunta al corazón del español que lo ha burlado), como admirable desde las habilidades agonísticas. Con una voltereta instantánea, ataja con sus brazos a Babo, lo tira al fondo del bote y, mientras lo pisa para inmovilizarlo, con su brazo derecho imprime vehementemente aceleración al remo trasero y con la mano menos diestra aferra del cuello a Cereno, violentamente. Los sátiros del escudo se han quitado momentáneamente el antifaz. La escena no deja de ser también una vaga recreación literaria de esa figura estatuaría amenazada por letales insidias marinas, aunque Amasa Delano demuestra mayor vigor y fortuna que el sufriente Laocoonte alejandrino.¹¹⁹

119. No deja de ser sintomático, como preparación para el acceso al saber, que Melville justifique la

Es el momento clave del estado de excepción. La comprensión acertada de la crisis, la revelación de la esencia hasta entonces apareciente en su reversión espectacular, se produce cuando, advertido por uno de sus remeros, el norteamericano entiende lo que le está diciendo Cereno y aferra por primera vez el sentido de las cosas. Es el instante en que se definen las palabras que vuelven comprensible la historia.¹²⁰ Esta temporalidad de la decisión/acción soberana no es la de la secuencia cronológica desdramatizada y secularizada cuantitativamente. Tiene un carácter cualitativo, como paralización del mero transcurrir y consecuente creatividad del orden novedoso. «Todo ello, con lo que lo precedió y lo que le siguió, sucedió en tal progresión de rapidez que pasado, presente y futuro parecieron uno» (p. 323). El gesto que engaña como presunta restauración de lo antiguo es en realidad apertura de lo nuevo. *El águila norteamericana inicia su vuelo imperial en el crepúsculo*.

La dimensión alegórica encuentra su máxima intensificación con un elemento que pertenece al mismo registro metafísico de los anteriores (acción y temporalidad). En el desenlace del nudo de la historia (de la *story* y de la *history*) visualizamos el símbolo elocuente del destino que espera a quienes respetan el mandato teológico-político fundacional, la eterna relación de mandato y obediencia, cuando triunfa el nihilismo, irrumpe *a brave new world* y se ensayan con éxito terrores apocalípticos. Al virar el casco del mercante español y descolgarse las lonas que cubrían el casco, pudo verse cuál había sido el *osario real* de Aranda, el ami-

interpretación errónea del *captain* utilizando fórmulas de carácter *impersonal*: «Pero parecía como si don Benito hubiese decidido provocar la impresión de ser raptado»; lo cual lleva a Delano a exclamar «¡Este pirata maquinador quiere nuestras vidas!», confirmando, «en comprobación aparente de las palabras», que Babo se encaramaba a la borda «como para acompañar al amo hasta el fin con fidelidad desesperada; mientras, al parecer para ayudar al negro, los tres balleneros blancos trataban de preparar por la enredada proa» de la ballenera en fuga; y que, finalmente, al arrojarlos sobre ellos con el puñal apuntando «al corazón del capitán Delano, el negro parecía haber saltado a propósito hacia ese blanco» (p. 323). Todo acontece *als ob*. Por último, es dable suponer que Melville conociera la famosa estatua a través de dibujos; probablemente ha de haber tenido la experiencia personal durante su visita al Vaticano, pero esto aconteció dos años después de publicar *Benito Cereno*. Por último, que los del *Santo Domingo* sean calificados como piratas (no como esclavos rebeldes), favorece las futuras ganancias de Delano, en conformidad con la legislación por entonces vigente (como el acuerdo entre España y los Estados Unidos de 1795).

120. «El capitán Delano miró a sus pies y vio la mano libre del negro que apuntaba una segunda daga [...] hacia el corazón de su amo [...]. Un relámpago de revelación recorrió en ese momento la mente largo tiempo en la oscuridad del capitán Delano, iluminando con claridad inesperada toda la conducta misteriosa de su anfitrión junto con cada acontecimiento enigmático de ese día, así como el viaje íntegro del *Santo Domingo*. Aplastó la mano de Babo, pero su propio corazón lo aplastó más a él. Soltó con piedad infinita su presa de don Benito. [...] Ya] sin vendas en los ojos, veía a los negros [...] con la máscara arrancada, blandiendo hachuelas y cuchillos en feroz amotinamiento pirata» (p. 324).

go de don Benito: los que escapan en la ballenera divisan «la muerte por mascarón de proa, con forma de esqueleto humano, comentario como en yeso de las palabras escritas con yeso debajo, *Seguid a vuestro jefe*» (p. 325).¹²¹

A la manera de una ulterior reversión de la inversión ya operada por los insurrectos, el mismo apotegma que legitimó primero el orden tradicional y devino después instrumento ilocucionario en el discurso de los rebeldes, sufre finalmente una vuelta de tuerca semántica y corona la contraposición cromático-dikelógica presente a lo largo de todo el relato: las mismas letras y los mismos huesos albos emblematizan también una suerte de justificativo *racista* de la punición a los negros insurrectos. Al acercarse al *Santo Domingo* los botes con la tripulación mandada por Delano para abordar y recuperar el barco presa del caos, la proa del mismo gira y vuelve nuevamente visible el «esqueleto destellando con la luna horizontal y arrojando sobre el agua una gigantesca sombra listada. Un brazo extendido del espectro parecía llamar a los blancos a vengararlo. –¡Seguid a vuestro jefe! –Gritó el primer oficial, y los botes fueron al abordaje, uno por cada amura» (p. 327).

El cierre de la acción final es el momento más propiamente *heroico-burgués* (y *racista*) de la historia. Alentados por la fuerte recompensa monetaria que les promete Delano, advertidos también de que no maten a los esclavos, sino que los apresen (para preservar el beneficio económico), los marinos blancos dirigidos por un contra maestre que ha sabido ser pirata demuestran ser más hábiles y valientes en la lucha cuerpo a cuerpo que los primitivos negros, enloquecidos por un furor animalesco. Pericia, coraje y *business*.¹²²

La legalidad ha sido restablecida. Reconducidos todos a *tierra*, interviene –puede hacerlo recién ahora, luego de la decisión que anula el estado de naturaleza en el *mar*– el sistema normativo, en la figura de los tribunales limeños. El *leader* a seguir es ahora el juez civil. ¿Qué justifica la considerable prolongación del relato? No faltan los motivos –digamos– idiosincráticos del tipo de lectura habitual en ese mercado literario donde Melville espera –pues necesita– tener éxito: aclarar, a la luz del desenlace, los detalles y situaciones en general que, ciertamente, revelaban lo oculto para quien supiera interpretarlos diversamente de como lo iba haciendo Delano (y, en menor medida, los lectores a quienes se de-

121. La traducción que M. Giacchino hace en CC del «*Follow your leader*» lee: «*Tras el superior*». Melville escribe en incorrecto español «*Seguid vuestro jefe*», a la par que utiliza una fórmula lingüística híbrida para denominar el barco: «San Dominick» (BC, 37).

122. La superioridad de la civilización blanca vuelve previsible el resultado: «El ataque estuvo indeciso por un tiempo [...]. Los negros, agotados, luchaban ahora sin esperanzas. Las lenguas coloradas les colgaban de las bocas negras como las de los lobos. Pero los dientes pálidos de los blancos estaban apretados; no se pronunció palabra, y en pocos minutos más, el barco estuvo tomado» (pp. 327 y 328).

bía sorprender en las últimas páginas). Asimismo, se completa la trama en cuanto a elementos de verosimilitud.¹²³ Pero la extensión de las consideraciones finales podrían justificarse más aún –y, ¿por qué no?, *fundamentalmente*– desde una perspectiva schmittiana. En este sentido, la conclusión del proceso fenomenológico es que las dudas del norteamericano no eran ateas, sino también acertadas, sólo que desde una teología política diferente de la que sostiene a un Delano consciente de su idoneidad técnico-empresarial, pero temeroso de no tener el corazón puro de los predestinados.

Pisar el suelo de la legalidad, la tierra firme del Poder Judicial, nos lleva a un proceso criminal, lo cual a su vez nos incita a proponer otra identidad literaria del texto que nos motiva, intrínsecamente ligada con la anterior. Destacamos ya el carácter de ficción iusnaturalista invertida que tiene la *short novel* melvilleana, donde la inversión deviene estrategia de ocultamiento: la apariencia de orden a bordo es el reflejo –en sentido hegeliano– de un estado de naturaleza ferino y belicoso, que ha logrado representarse como lo otro de lo que es. A partir de la figura del visitante ingenuo y bondadoso, la trama de *Benito Cereno* se va estructurando (con una *allure* vagamente idealista-fenomenológica) como búsqueda de la verdad. En este sentido, hemos remitido a Carlyle, pero sobre todo a Hegel, quien, llevando a peculiar cumplimiento el mandato iluminista, ha tematizado el proceso de la toma de conciencia impulsada por la negatividad como filosofía de la historia. Pero la misma trama llama en causa a otro registro específicamente literario, el *género criminal*, que también moldea la identidad del cuento melvilleano.¹²⁴

123. Un verosímil *estético*, con licencias poéticas. Verbigracia: creemos que Melville, con conocimiento personal (además de sus estudios) de la región y sus temperaturas, opta por una localización estival de los acontecimientos (calmas chichas, calor sofocante), cuando el verismo geográfico impondría el invierno sudamericano, pues el *Santo Domingo* zarpa de Valparaíso en mayo y llega a la más meridional isla de Santa María en agosto. Pero el frío intensísimo desdramatizaría la escena. ¿Quién dormiría casi desnudo en cubierta?, etc. Una nota local: en su relato falso a Delano, Cereno le dice haber zarpado de Buenos Aires, pero ante los tribunales aclarará que lo había hecho de Valparaíso; de lo que será nuestro país más tarde eran oriundos Arana (mendocino), el mulato Francisco (bonaerense) y otros negros. Es como si Melville diera a entender que hacia fines del siglo XVIII, de ambos lados de la cordillera en sus latitudes más meridionales reina el *status naturalis*.

124. Nuestras consideraciones son independientes de las observaciones –excesivamente breves y más bien desatentas a este aspecto del relato– que hemos encontrado en trabajos cuya importancia es otra, como los de R. Harter Fogle, «The Monk and the Bachelor: Melville's *Benito Cereno*», *Tulane Studies in English*, 3, 1952, pp. 155-178 (cf. pp. 159 y 161), y en su «Benito Cereno», *Melville. A Collection of Critical Essays*. Ed. by R. Chase, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall Inc., 1962, pp. 116-124; cf. pp. 119 y 122 (orig. *Melville's Shorter Tales*, University of Oklahoma Press, 1960); W. Berthoff, *The Examples of Melville*, Princeton, Princeton U. P., 1962, pp. 149-158 (la resolución del enigma deviene creación de mitos); G. Cardwell, «Melville's Gray Story: Symbols and Meaning in *Benito Cereno*», *Bucknell Review*, 8, 1959, pp. 154-167 (ve el aspecto detectivesco como super-

La literatura siempre ha expresado esta fuerza esclarecedora inherente a lo negativo recurriendo a una situación dramática particularmente adecuada: desenñar un crimen y recomponer una eticidad. Ahora bien, *al irrumpir la era de masas*, esta ocasión trágica es aceleradamente sometida a una reconfiguración estética que, en la forma de género criminal, deviene el objeto cultural destinado –en virtud de sus connotaciones estéticas específicas– a alimentar las lecturas masivas en las sociedades industriales. A nuestro entender, también aquí Melville opera otra forma de inversión que conduce a un resultado similar al obtenido con la ficción iusnaturalista mediante un procedimiento análogo. En ambos casos, el gran escritor norteamericano lleva a cumplimiento y *cierra anticipadamente* los ciclos respectivos.

Retomemos la cuestión del iusnaturalismo. La situación en el *Santo Domingo* resulta de la sustitución de un acuerdo por otro. Es evidente que antes de la rebelión –un ejercicio de *ius resistendi* lockeano– no impera la fuerza bruta, sino una forma de consenso entre amos y siervos; y que, luego de ella, tanto los negros como los españoles pactan obedecer a Babo y su séquito, unos para obtener la libertad, con el paradójico propósito de retornar al estado de naturaleza que les es propio («Senegal» u otros «países negros»), otros para salvar (al menos provisoriamente) la vida (CC, pp. 331 y 334). Todos respetan una lógica que, por otra parte, es imposible no respetar, ya que se asienta en dos principios que en su antítesis confieren validez a la totalidad de conductas que puedan tomarse a partir de ellos, aun y especialmente las más opuestas entre sí, lo cual prueba la incapacidad del formalismo contractualista para determinar ético-políticamente lo justo y lo injusto en la situación concreta. El pactismo liberal –con su creencia en la presunta racionalidad y legitimidad de una soberanía inferida y dependiente de la privacidad– reposa sobre dos pilares complementarios y mutuamente paralizantes, a saber: *pacta sunt servanda* (es racionalmente absurdo no respetarlos), pero sólo *rebus sic stantibus*, o sea que se cumple la promesa *mientras* la situación primigenia no haya cambiado, siendo cada conciencia privada (el libre fuero interno) el único juez evaluador de la subsistencia o no de las condiciones originarias. Con

ficial y secundario respecto del de la esclavitud); S. Brown, «[*Benito Cereno: A Masterpiece of Mystery, Suspense and Terror*]», *CEBC*, pp. 24-25 (orig. *The Negro in American Fiction*, Washington, 1937, pp. 12-13), afirma lo contrario: la narrativa tipo *thriller* es más importante que el tema esclavitud. Por último, y pese a que los autores que menciona proponen modelos no del todo adecuados, tal vez, para evaluar la estética melvilleana, cabe recordar la opinión de James, para quien el aspecto de «misterio» demuestra que la prosa melvilleana se ha debilitado, pero que igualmente lleva a observar que «sería interesante conocer la opinión de maestros modernos como D. Hammett o R. Chandler sobre si éste no es el mejor misterio de este tipo en la literatura moderna» (*Mariners...*, *op. cit.*, p. 119).

lo cual, el orden que el primero de estos principios pretende fundar se derrumba ante el desorden que el segundo justifica.

Melville escenifica en las vicisitudes de su relato el lado infernal del pacto, la situación resultante de su paradoja intrínseca, a saber: *respetarlo es violarlo*, pues, siendo la conciencia del individuo-átomo el juez último y legítimo de la propia conducta, todos están autorizados a alegar que respetan la forma *pacto social*, según las modalidades que imponen las circunstancias, tal como cada uno tiene derecho natural de evaluarlas en su conciencia, dialogando íntimamente con lo universal (Dios, la razón práctica, las verdades universales *et alii*). Melville ofrece, así, una peculiar expresión literaria del agotamiento del contractualismo, bandera ideológica de la burguesía en su edad heroica. Lo hace tardíamente respecto de la filosofía política, pues las deficiencias conceptuales del relato pactista habían sido puestas en evidencia ya por sus usuarios más lúcidos, como Hobbes y Rousseau, además de por críticos como Hume, Bentham y, con mayor profundidad, Hegel. Pero con originalidad en el registro estético. En este sentido, la importancia del texto melvilleano reside en que desplaza la cuestión teológico-política hacia el espacio literario más novedoso, el del género criminal, produciendo simultáneamente un efecto de completitud estructural también en este tipo de literatura. El gesto escritural de Melville aparece, así, como antedatado respecto del desarrollo posterior del género, pero es coherente con los rasgos epocales –masa y nihilismo– que contextualizan la difusión incontenible de este tipo de producción escritural, y que están ya operando en *Benito Cereno*.

A su modo, este relato mantiene una peculiar relación de pertenencia al *corpus* literario por excelencia de la cultura masiva desde la segunda mitad del siglo XIX. Esta pertenencia se asienta en dos instancias complementarias. En el nivel general, en los elementos que responden a la *esencia heurística* del género, y que son comunes a sus dos dispositivos estéticos e ideológicos: la variante *fría*, o del enigma a resolver, y la *caliente*, o de la dureza de la acción; esto es –para decirlo con las categorías canónicas– el registro del *whodunit* y el del *hard-boiled*. Pero, más particularmente, en la función que, de manera novedosa, Melville hace cumplir a una forma estructural del género, la del *suspense*, que relativiza la significación de las otras dos variantes indicadas. En este sentido, lo distintivo del cuento melvilleano es, por una parte, que esboza los rasgos estructurales de esa variante del género criminal, el *suspense*, que más congruente resulta ser con el nihilismo metafísico que en el siglo XX le dará su significación más profunda al género en su conjunto; y por otra, que Melville simultáneamente tensiona hasta tal punto la dialéctica intrínseca de este tipo de registro literario (la manifestación de la verdad como indicio *prima facie* desviante y falso), que lograría determinar *anticipadamente* su completitud.

En rigor, Melville completa el trazado de fronteras que ya ha iniciado Poe, quien, en el momento mismo en que elabora el acta de nacimiento de esta literatura (*Los crímenes de la rue Morgue*), introduce una vuelta de tuerca (*La carta robada*) que agota el desarrollo potencial de su misma criatura, condenándola a no poder traspasar el perímetro que él mismo le ha delineado. *La carta robada* y *Benito Cereno* producen, entonces, un efecto de cerramiento en esta forma literaria, cuyas rigurosas pautas identitarias son enunciadas, respetadas y, a la vez, llevadas al extremo de la paradoja, *antes* de que el género se expanda irresistiblemente como fenómeno cultural masivo. Estos textos paradigmáticos estabilizan y, por eso, inmovilizan la estructura básica mediante la reversión o giro que le imprimen a las dos instancias clave del género: al *crimen* que motiva la trama del relato, y a la *pericia indagativa* de quien (detective-personaje y lector-detective) anhela descubrir la circunstancia excepcional que revele la verdad del hecho motivador de su *recherche*.

En Poe, la prueba buscada está palmariamente a la vista, *no hay nada que investigar* (cómodamente repantigado, Dupin ha resuelto la intriga al oír sus primeros detalles). En Melville, la investigación se va realizando *sin que el investigador lo sepa*, sin que sea verdaderamente consciente de su conducta como *private eye* (Delano no es autoridad a bordo del navío español), desechando pruebas evidentes (pues hace un uso ingenuo de su facultad imaginativo-judicativa), y –esto es clave– *sin que aparezca ningún crimen que investigar* (la víctima más significativa –don Benito como símbolo del antiguo régimen– actúa como si no lo fuera). En el primero, la investigación es superflua; en el segundo, la trama criminal se consolida estéticamente sin crimen evidente y sin acción detectivesca sensata. En el cuento de Poe se respetan todas las condiciones situacionales para una indagación rigurosa, pero por esa misma razón el proceso intelectual del indagador (lo que Poe llama «inteligencia reflexiva» del «hombre *verdaderamente* imaginativo») meramente confirma lo ya sabido, es simplemente la re-presentación repetitiva de lo dado y presente *ab initio*. Perpicaz es quien interpreta acertadamente desde el comienzo, sabe qué indagar, y (al igual que Dupin al ser informado del robo de la carta) puede tener la solución final ya en el exordio de la acción (la posición de la carta al ser robada y la conducta del ladrón al robarla revelan –a quien sabe reflexionarse como otro de sí, o producirse como alteridad– la estrategia de ocultamiento). En el cuento de Melville, la actitud pavorosa de los esclavos insurrectos con el cadáver de su amo confiere al crimen-sinécdoque un valor simbólico paradójico y una fuerza proléptica notable: desmetaforiza ese canibalismo con que se ha caracterizado la sociedad descrita con *negra dureza* por la literatura norteamericana posterior, pionera en este aspecto. Melville vivencia la antropofagia inherente a la razón instrumental del *homo liberalis* en la revolución y el

consecuente terror, mientras que la novelística negra la experimenta en el capitalismo como sistema de la competencia interindividual generalizada, motorizada ya sea por la hambruna hedonista e insaciable de los explotadores, ya sea por la hambruna resentida y plebeya de los explotados. Asimismo, Poe y Melville saben que el problema de la inocencia y la culpa es digno del tratamiento estético que le da esta literatura sólo cuando está ubicado por afuera de la norma y la previsibilidad, es decir, en una situación excepcional, con la exigencia paradójica –propia del género– de que la solución sea evidente, aunque no vista más que por el ojo privilegiado del investigador-soberano en la excepción. Finalmente, ambos autores respetan las reglas trascendentales del género y en ningún momento el lector es *engañado*. Pero ésta es una compensación moral mínima y desproporcionada, frente a la magnitud de la sustancialidad perdida, frente al desfondamiento nominalista y relativista, que su escritura atestigua estéticamente.

Al exacerbarse la función dialéctica que le es propia, estos componentes básicos alcanzan la autonegación: el crimen no es crimen, la fenomenología de la conciencia es inútil, la emoción no pasa por el descubrimiento de la verdad sino por la posibilidad/imposibilidad de su cristalización como doxa circulante. Sus iniciales concretizaciones literarias anticipan (sin obviamente desarrollar detalladamente) el efecto de vaciamiento de la verdad distintivo del nihilismo epocal, en cuyo contexto se moverá esta literatura. Es precisamente en este punto donde el género queda concluido en virtud de la misma premisa que lo constituye: la indagación de la verdad se resuelve en interpretación y la hermeneusis queda sometida a la dinámica de la opinión (es decir, de las fuerzas sociales operantes de manera corporativa y facciosa en el espacio público: el camino va de Amasa Delano en el *Santo Domingo* al agente de la Continental en «Poisonville»), tal como acontece en la época histórico-espiritual que ha neutralizado los contenidos sustanciales, paralizando su función ordenadora onto-gnoseológica y práctica, otrora vigente. Ninguna objetividad superior justifica un esfuerzo cuyo sentido existencial no es el del conocimiento *qua* acceso a lo trascendente, sino el de un procedimiento circunscripto dentro de la inmanencia abismal, sin fundamento. Alcanzar el resultado esclarecedor consiste en ir remediando la torpeza hermenéutica, enmarcada por un espacio donde la búsqueda de la verdad y la justicia no es más que un capítulo de la conflictividad *total*, distintiva de la sociabilidad moderna. No hay soportes sustanciales, sino lucha de poder. Lo que *es* (lo verdadero/justo como meta del saber) ya *ha sido*, pero no como hegeliana reducción del *Sein* al *Wesen*, sino como vacuidad pre-posmoderna: las opiniones circulan conflictivamente en el vacío. No hay auténtica indagación como purificación espiritual porque lo que se encuentra (la *verdad* de otrora) está asentado en la nada ontológica y ética. El dualismo de la tragedia clásica no es el sustrato metafísico

de la *detective story*. La premisa epocal del género, que encontrará su desarrollo distintivo (y sus variantes estilísticas) durante el siglo XX es el quiebre de la mediación *crisológica* entre lo absoluto trascendente y la inmanencia.

Poe y Melville están en los albores de este estadio histórico. La correlación con la *Urteilskraft* kantiana y con la fenomenología del idealismo es todavía posible sobre la base de esta contemporaneidad y de la relativa extemporaneidad respecto del momento que anticipan. Mientras la soberanía política conserva sentido, el indagador de la ficción criminal mantiene la apariencia de ser soberano doxológico porque ha *conocido la verdad*; aunque en verdad lo es por su decisión, no por su conocimiento. *Autoritas, non veritas*. Lo cual es evidente en el cuento melvilleano, donde saber y acción se concilian en la conducta de Delano al toparse con lo real.

En la era de las masas y de la totalización, el género desarrollará la *dureza* de la lucha por una verdad cuyo contenido es existencialmente secundario. El sino de esta literatura es el del sujeto. El *ego* detectivesco repite las tribulaciones de la subjetividad moderna y de su autoproclamada fuerza de síntesis, pretencioso *Er-satz* de la divinidad trascendente. Cuando la subjetividad que pesquisa descubre la endeblez de sus aspiraciones demiúrgicas y la soledad de su hermeneusis, comprende la contradicción anidada en su identidad: el criminal es el sujeto deificada, el Yo que ha matado a Dios y abierto las puertas al nihilismo más desesperante y antipolítico.¹²⁵

En este exordio del proceso, entonces, Melville nos resulta el más sugestivo por dos motivos.

a) Ante todo, porque si bien es cierto que ya Poe ha presentado a su personaje como el titular del poder interpretativo que somete al orden político desde el espacio privado (le impone al representante de la autoridad civil una recompensa capitalista: se hace pagar un cheque abultado), sin embargo es Melville quien –con mayor claridad que su antecesor– entrelaza interpretación y Estado, en conformidad con su capacidad para vislumbrar las modificaciones que la irrupción violenta de la masa (la revolución de 1848 en tanto heredera de la del 89) impone a la relación entre la verdad-justicia y sus actores modernos clásicos (el soberano y sus súbditos *bourgeois*). Lo verdadero y lo justo conservan aún restos de estabilidad ontológica y por detrás de la apariencia, pero simultáneamente,

125. En lo relativo al desarrollo literario posterior, la suerte de amenaza que los dos escritores norteamericanos hacen pender sobre los futuros cultivadores del género es pesada: el reproche del *déjà vu*, en el sentido de que ya la misma –valga la etimología– génesis del género parece condicionar fuertemente las formas estéticas, las poéticas, los ensayos estilísticos y retóricos que se propongan posteriormente, que deberán desarrollarse dentro de la frontera trazada por la premisa de que *todo está a la vista, no hay nada que descubrir en sentido estricto*.

son lo que la acción exitosa decide que sean. Todo es relativo. Babo se sostiene en principios últimos tan éticamente universales y firmes como los de Cereno o los de Delano, sólo que es derrotado. Asimismo, la lucha por la hegemonía no acontece entre enemigos políticos, sino entre adversarios criminalizados, es decir, muestra los rasgos del conflicto total, tal como estallará, incontenible, en el siglo xx. La conflictividad amigo-enemigo se desarrolla a bordo del *Santo Domingo* de una manera tal, que ya está revelando el pasaje –degenerativo– desde la enemistad política hacia la *guerra total*, hiperideológica y desconocedora de todo límite.

Melville elige este contexto transicional, de *Übergang* epocal, para desplegar estéticamente el drama de la culpa y la inocencia. La persistencia del momento hobbesiano-schmittiano resulta clara: en juego está *la natural relación entre protección y obediencia*; asimismo, el sentido último de las peripecias investigativas es el de toda hermenéusis moderna, una confrontación por imponer la definición hegemónica de las conductas y establecer el criterio del reconocimiento y del castigo. Pero, al mismo tiempo, el texto tiene como referente un hecho novedoso: los acontecimientos en el mercante esclavista son una revolución de masas *en miniature*. El detective (Dupin, sagaz; Delano, actor en la excepción) es un remedo del soberano, en momentos en que el Leviatán ha entrado en estado comatoso.

b) En segundo lugar, porque el texto melvilleano produce ese efecto de ocultación del género también al esbozar anticipadamente la estructura dramática que mejor expresa el problema de la inocencia y la culpa como eje portador de la personalidad del género, a saber: la lógica del *suspense*. Aunque el relato se desarrolle como lenta epifanía de una verdad desconocida, al ritmo que impone la experiencia del analista (en la línea del *puzzle* clásico), sin embargo este momento heurístico está contenido dentro de otra lógica, de la que Melville ofrece una estetización incipiente, esbozada, pero altamente significativa. El relato se estructura a partir de la dinámica del *suspense*, cuyo hilo conductor no es el rigor de una inferencia deductiva o abductiva, sino existencial: la *angustia* por demostrar la inocencia, u ocultar la culpa, respecto de una verdad que personaje/s y lectores conocen en un grado suficientemente acabado como para que el crecimiento de la inquietud y las tensiones hasta un punto paroxístico dependa expresamente de la posibilidad o no de que la realidad sea reconocida públicamente y se desencadene la recreación de un orden ético. El *suspense* presupone un desfondamiento ontológico y el relativismo: el estatus en la doxa es la verdad de la verdad. En los albores del género literario, pero en pleno desarrollo epocal del nihilismo, Melville reformula esta literatura (con una recepción peculiar de Shakespeare y de los románticos) para esquivar el relato de horror más o menos

estandarizado, del cual simplemente utiliza alguno que otro motivo, finalizándolo a un propósito escritural distinto.¹²⁶

126. Para lo que llamamos lógica del *suspense*, tomamos como modelo las formulaciones de Alfred Hitchcock, motivadas por su propia especificidad artística. Son numerosas sus consideraciones al respecto en entrevistas y conferencias, como también en un reducido conjunto de artículos, entre los que destacamos: «Let'em Play God» (1948), «The Enjoyment of Fear» (1949), «Master of Suspense» (1950), «Would you Like to Know Your Future?» (1959), «Why I Am Afraid of the Dark» (1960): cf. Sidney Gottlieb (ed.), *Hitchcock on Hitchcock*, London, Faber and Faber, 1995, pp. 113-115, 116-121, 122-124, 138-141, 142-145. La metafísica católica de la misericordia (y el espanto ante el spinozismo y equivalentes) lleva a Hitchcock a agradecer a Dios habernos impuesto el *suspense*, para evitarle al ser humano el absurdo aburrimiento y la fría indiferencia de quienes se valen del conocimiento para desechar lo imprevisto (p. 140). Sobre su deuda con Poe, el romanticismo y la vanguardia cinematográfica y la diferencia entre el *suspense* en cine y en literatura, cf. pp. 142 y ss. Una distinción adecuada al relato de Melville (y a nuestra interpretación) la establece el entrevistador más famoso de *Hitch*: «En el estilo cinematográfico, *suspense* consiste en incitar una curiosidad sin alienar y en establecer una complicidad entre el director y el espectador, que sabe lo que va a pasar. En un libro, de todos modos, el lector no debe nunca adivinar lo que va a pasar ni conocer el desarrollo [unraveling] de la intriga antes de llegar al final» (p. 144). El director inglés ha definido el núcleo de su lógica como la expresión de la sensación máxima de peligro: la del «hombre acusado injustamente», y su excelso entrevistador expone así la cuestión: «el *suspense* es [...] la presentación más intensa posible de las situaciones dramáticas. [...] Su [de Hitchcock] trabajo consiste en alimentar el drama, en anudarlo cada vez más estrechamente, dándole el máximo de intensidad y de plausibilidad, antes de desenredarlo muy aprisa tras un paroxismo. [...] Estos artistas de la ansiedad [Kafka, Dostoievsky, Poe, además del entrevistado] no pueden, evidentemente, ayudarnos a vivir, pues su vida es ya de por sí difícil, pero su misión consiste en obligarnos a compartir sus obsesiones». Cf. François Truffaut, *El cine según Alfred Hitchcock*, Madrid, Alianza, 1974, pp. 11, 21 y 43. Es muy importante el ensayo de Pascal Bonitzer, «Hitchcockian Suspense», en S. Žizek, *Everything You always Wanted to know about Lacan (But Were Afraid to ask Hitchcock)*, London-New York, Verso, 1992, pp. 3-30. Véase también Robert E. Kapsis, *Hitchcock. The Making of a Reputation*, Chicago-London, University of Chicago Press, 1992, pp. 23-24, 36 (pp. 55 y ss. para la summa: *North by Northwest*), y Donald Spoto, *The Dark Side of Genius. The Life of Alfred Hitchcock*, Boston-New York-Toronto-London, Little, Brown and Co., 1993 (2.), p. 503. Una última conexión. Poe ha sido fuente inspiradora del director cinematográfico, pero también puede haber influido en la elaboración de *Benito Cereno*. El cuento «The System of Dr. Tarr and Prof. Fether» de 1845 es la base del film televisivo «A Home Away from Home», emitido el 27. XI. 1963 en la serie *The Alfred Hitchcock Hour* (aunque no filmado por él). El eje de su trama es la reversión desquiciadora del orden: en la Francia de la primera mitad del siglo XIX, los alienados se apoderan del manicomio privado en que estaban internados y tratados con liberalidad (un «sistema de la dulzura»), encierran al plantel profesional y pasan a representar los roles correspondientes a las condiciones de normalidad ante un visitante inesperado. Poe da, ya inicialmente, demasiados indicios del caos originado por el fracaso de la terapia iluminista y el lector, que sabe raídamente que quienes mandan son los enfermos mentales, solamente puede inquietarse por la suerte que puede correr el visitante interesado en los avances de la terapia libertaria. Su cuento –irónicamente crítico en su mismo título: onomatopéyicamente «Dr Brea y Prof. Pluma»– no llega a generar un efecto *suspense* equivalente al melvilleano; de todos modos, aunque haya también otras diferencias destacables respecto de *Benito Cereno*, comparten sin embargo un mismo espíritu de denuncia antirrevolucionaria. También Kersting alude a este relato como denuncia de la distorsión revolucionaria, desde 1789, de las libertades democráticas (*op. cit.*, pp. 128-129). Cf. E. A. Poe, *Obras en prosa...*, *op. cit.*, pp. 729-747.

Por cierto, el conocimiento que el lector tiene de lo que realmente está pasando no es lo suficientemente amplio como para que el *suspense* funcione canónicamente. Pero hay alusiones e indicios suficientes, a lo largo de la descripción de actitudes y objetos simbólicos (los cuchicheos, las hachas, etc.), que provocan un clima de desconfianza en Delano y sobre todo en los lectores. Acertadamente, Melville desdobra el ojo inquisidor y no hace coincidir el del personaje con el del lector, alimentando las dudas de éste sin engordar la inteligencia de aquél. Simultáneamente (mediante las contraobjeciones que la buena y culposa conciencia del *captain* formula a sus propias sospechas) recrea en el *Santo Domingo* una condición de (obviamente falsa) normalidad, pese a lo inusual de la situación. De esta manera, Melville respeta dos requisitos básicos de esta lógica de la ansiedad: el lector presiente o intuye –a partir de ciertos preavisos– que está ocurriendo algo inusual y posiblemente horroroso, pero se mantiene la antítesis extrema entre normalidad superficial y anomalía profunda, invisible hasta el final. O sea, logra que ninguno de los indicios de lo que realmente acontece –de lo esencial oculto por lo aparente– llegue a anular el contraste extremo entre la rutina del barco a la deriva y el desenlace, el cual –cuando sobreviene *inesperadamente*– opera esa reversión total que permite el reconocimiento público de la verdad y la consecuente recomposición dikelógica de la situación hasta entonces invertida. De este modo, a través del manejo de la temporalidad exigido por el *suspense* (morosidad, dilación, *ralentissement* insistente de la acción decisiva), mediante las idas y vueltas hermenéuticas de Delano, Melville dosifica la generación de inquietud en el dúplice indagador (personaje y lector), y logra que la situación verdadera resulte ser, a la luz de la revelación conclusiva, la negación extrema de las apariencias. De este modo acentúa el efecto emocional buscado, que no es el del *eureka* tras la solución intelectual del enigma, sino el de una catarsis provocada por la decisión: *finalmente la situación insostenible se resuelve y se recompone el orden.*

En *Benito Cereno*, Melville da muestras de dominar la visión de sus lectores, valiéndose del juego especular que establece entre sus personajes. Para informar al visitante acerca de lo que realmente ocurre, Benito (y los otros españoles) puede/n recurrir solamente a lo que sus ojos sean capaces, con suma prudencia, de decirle al americano, que no ve lo que mira; Babo observa permanentemente a uno con mirada que luce benévola, pero que es en verdad amenazante, y al otro, solicitándole comprensión, pero engañándolo para conducirlo a la trampa; finalmente, la torpeza del indagador en la ficción no es la del lector, quien también tiene todo delante suyo de manera inmediata, pero está obligado por el escritor a vislumbrar sólo muy gradualmente lo que está aconteciendo, para que no se adelante su comprensión de que la máxima visibilidad es máximo ocultamiento.

Aunque más importante aún que esta dialéctica de las miradas es la destreza con que Melville, mediante este juego del reconocimiento demorado y de la imprevisibilidad de la acción resolutoria, da expresión estética a la dialéctica *intrínsecamente política* de normalidad y excepción: en el panorama de lo rutinario (lo meramente administrativo, cuyas dificultades técnicas serían solucionables con la pericia naval del capitán yanqui) irrumpe imprevisiblemente la anomalía (el salto imprevisto de Cereno como revelación de la sangrienta rebelión plebeya), lo excepcional que exige una respuesta no normativizada ni normativizable. Quien la da y así define –o sea domina– la excepción deviene soberano en virtud de su acción decisiva. A su manera, el *suspense* estetiza lo teológico-político. En Melville, ello acontece sobre la base de una ambigua propuesta de integración entre dos versiones de la soberanía estatal moderna: la de la *monarquía hispánica* y la del *republicanismo iluminista* (lúcida, pero decadente, la primera; vigorosa, pero estulta, la segunda; heroicas ambas, una desde una soberanía que imagina dominar el capitalismo *in fieri*, la otra desde la técnica *ancilla* del imperialismo decimonónico).

En el caso del cuento que nos ocupa, entonces, donde se entranan indagación y *suspense*, la percepción de la anomalía depende de la capacidad estética de Melville, que debe inducir sospechas sin que ellas anulen el efecto final de sorpresa. Respeta así las premisas del género y hábilmente evita el riesgo de una alteración significativa, a saber: que Delano se diera cuenta de la realidad antes de la acción final y fingiera no haberlo hecho para no poner en peligro a los blancos.¹²⁷ Mas este recurso (habitual en el *suspense* cinematográfico) habría enervado el desenlace imprevisto, perjudicando la regla de oro del *suspense* en literatura: la anomalía que revierte la percepción de la normalidad en la comprensión de la excepción desquiciadora no puede perjudicar el rasgo de imprevisibilidad absoluta que debe tener el *grand finale*.

De todas maneras, lo que queremos destacar es la dosificación melvilleana de los elementos idiosincráticos de una y otra dinámica (con sus entrecruzamientos) y la habilidad para estetizar la angustia y la ansiedad que acompañan los esfuerzos por demostrar públicamente la inocencia. Este propósito de su relato subordina a sí o desplaza a una posición secundaria el tratamiento de los pasos inferenciales que seguiría una fría inteligencia que desentrañara enigmas. Preva-

127. La fama que ha ido adquiriendo este relato melvilleano perjudica la posibilidad de una primera lectura ignara de la vuelta de tuerca final: los lectores suelen saber lo que pasa antes de leerlo (éste ha sido nuestro caso). Pero no creemos exagerado sostener nuestra interpretación de que, aun en una taxativamente *primera* aproximación al texto, son perceptibles los elementos estéticos que abren interrogantes sobre lo que realmente está sucediendo a bordo y hacen presentir cuál es la realidad; con lo cual Melville respetaría la dinámica estructural del *suspense*, que está(ría) esbozando y agotando a la vez.

lece la inquietud por el destino político de la verdad, no la (presunta) metodología de su descubrimiento.¹²⁸

En este sentido, Melville también ahonda y expande conceptualmente el patos específico de *El pozo y el péndulo* (Poe da por sentado que para sus lectores un prisionero de la Inquisición no puede no ser inocente, y hace del descenso del hacha *suspense* puro), ya que *Benito Cereno* articula el momento indagativo (búsqueda de datos e informaciones) con el de la vivencia angustiante de *tener continuamente que demostrar la propia inocencia y/o disfrazar la culpa* frente a la conciencia de los demás y la propia (don Benito y Babo, ante el norteamericano; éste, ante sí mismo). Esta exigencia inherente al espacio público de la sociabilidad liberal-capitalista está (o estaría) presente en la medida en que los actores melvilleanos viven una situación cultural caracterizada por la antítesis entre la legitimidad (con su criterio metafísico de la culpabilidad) y la legalidad (con su criterio formal-positivista de la inocencia). La escena de Babo afeitando a Cereno es una condensación notable de la tensión, alimentada de modo creciente a lo largo de todo el relato, por la incertidumbre de poder, o de impedir, demostrar ante el *captain*-espectador quién es culpable y quién inocente. La forma *suspense* remite, así, a la problemática teológico-política del juez capaz de determinar el bien y el mal, como un tardío *dios mortal*, inestable y desguarnecido frente a un actor histórico que no se asusta frente al leviatán.¹²⁹

Precisamente, el drama de la inocencia y la culpa de una libertad ejercitada fuera del orden estatal es la cuestión que debe dilucidarse ante los jueces virreina-

128. El tratamiento estético de esta angustia existencial ordenará crecientemente, en la literatura posterior, el rol discursivo de los otros elementos del género, tanto los propios de la inferencia abductiva (que prevalecen en la especie-*enigma*), como los ligados con el –digamos– verismo o con la denuncia social (abundantes en la novela *dura*), con las mixturas y dosificaciones que cada autor sepa dar a esta forma triádica.

129. El (eventual) cierre predado del género en Melville, por la completitud estructural *in nuce* que ofrece su relato, y sobre todo la cuestión del desplazamiento hacia el *suspense* (anticipando así lo que encontrará realización plena en el cine del católico Hitchcock) conlleva una rearticulación entre el espíritu romano y el protestante en lo que hace al sentido no tanto de la búsqueda del saber, sino más bien de la demostración de la inocencia/culpabilidad, es decir, la visibilidad o no del *crimen* como secularización del *pecado*, y la determinación de la justa expiación. Lo cual lleva a repensar la conocida tipología gramsciana. Pero ello exigirá un tratamiento más extenso del que es sensato concederle en esta ocasión. (Se nos permita recordar información muy conocida: pese a los esfuerzos de Chesterton –y *apud nos* Castellani–, el espíritu materialista de la variante enigmática de este género encuentra su desiderátum en el descubrimiento de la prueba positivista por excelencia de la *identidad* del criminal: sus huellas digitales, tal como fuera por primera vez determinado científicamente en 1891 por el ciudadano argentino –oriundo de Dalmacia– Juan Vucetich (al respecto, y sobre su relación con experimentos similares en otras partes del mundo, cf. J. Thorwald, *Das Jahrhundert der Detektive*, Berlin-Darmstadt-Wien, DBG, 1965, pp. 71 y ss.).

les, en circunstancias históricas donde todavía no ha alcanzado plenitud el divorcio y la oposición entre lo legítimo y lo legal. Las vicisitudes jurídico-burocráticas en Lima llevan a cumplimiento tanto la adecuación fenomenológica entre el *en-sí* y el *para-sí* de la conciencia (el aspecto fenomenológico del relato), como también el *suspense* vitalizador de un proceder interpretativo que, en caso contrario, podría desdibujarse como mera sutileza heurística que simplemente ha cambiado el despacho del *detective* por un navío en alta mar.

Ante todo, la conducta de don Benito: ¿hasta qué punto obró como correspondía antes de los acontecimientos, pues la imprevisión es evidente (los negros viajaban desgrillados), y sobre todo luego, cuando pacta obedecer a los insurrectos y –aparentemente al menos– reconoce cierta justicia en sus pretensiones? La respuesta es sencilla. Con la legalidad quebrantada, Don Benito actúa legítimamente, pues su conducta protegió a los sobrevivientes; de aquí el sentido que tuvo pactar con los insurrectos. Por lo demás, ninguno pudo ir más allá de lo que la situación les permitía.¹³⁰ En lo que hace al gesto decisivo, el malhadado español procede como lo hace un soberano en toda decisión fundacional, remitiendo directamente a la trascendencia: obró por «un impulso súbito, que el deponente considera proveniente de Dios y sus ángeles» (p. 336). A diferencia de las interpretaciones habituales del personaje, entendemos que Cereno es más sutil y maquiavélico que Babo: obligado por el terror a actuar como si siguiera comandando, complota solo e indefenso contra el caudillo plebeyo que ejerce el inhumano despotismo de los justos, hasta que se le presenta la ocasión de cumplir con los –para él postreros– deberes de la soberanía, a los que lo lleva un trabajo despreciable que tal vez nunca quiso ni debió aceptar, como se trasluce de sus manos aristocráticas (p. 273).

Para quien encuentra a Yago teatralmente más atrayente que Otelio, entonces Babo –con el correspondiente quiasmo cromático y prescindiendo de las peculiaridades de las respectivas tramas– se le aparecerá como la figura más fascinante

130. Melville revierte la significación histórica de los firmatarios del pacto inicuo en el *Segundo Discurso* de Rousseau. Don Benito, «proponiéndose no omitir medio alguno de conservar las vidas de los blancos restantes, habló a los negros de paz y tranquilidad y convino redactar una nota, firmada por el deponente y los marineros que supiesen escribir, así como por el negro Babo por él y todos los negros, en la que el deponente se obligaba a llevarlos a Senegal, y ellos a no matar más [...]. Que durante la presencia a bordo del Capitán Amasa Delano, los marineros y Hermenegildo Gandiz hicieron algunos intentos de sugerirle el verdadero estado de las cosas, pero que esos intentos no fueron eficaces debido al temor de incurrir en la pena de muerte, y, además, debido a los recaudos que presentaban contradicciones con el verdadero estado de cosas, así como debido a la generosidad y lo piadoso de Amasa Delano, incapaz de sondear tal perversidad; [...] estas declaraciones se hacen para demostrar al tribunal que desde el principio hasta el fin de la revuelta resultó imposible para el deponente y sus hombres obrar de otra manera» (pp. 334, 338-339).

te del cuento.¹³¹ Su conducta es la única que, en apariencia y en esencia, se abre a la duplicidad evaluativa que recibe toda acción libertaria emprendida por la subjetividad moderna: libertad y terror –como enseña Hobbes– son inseparables. La advertencia melvilleana parece ser que quien valore el radicalismo revolucionario, que no se desentienda de los horrores que todo gesto extremo provoca; y que quien rechace el terror, que renuncie al activismo desenfrenado, espoleado por la hybris del fuero interno. Babo es, además, el típico personaje maniqueo por el que se entusiasma Melville; en el caudillo negro conviven el mal y el bien con la máxima intensidad. Sus atrocidades están inspiradas por el deseo de libertad, igualdad y fraternidad; y el propósito de la revuelta que lidera es plenamente natural/racional: escapar, junto con sus congéneres, al destino que les espera en las minas andinas y retornar al suelo natal. La sublevación que planifica, la ocurrencia de una teatralización generalizada, como engaño para apoderarse del barco yanqui, sus dotes de conductor y su astucia demuestran tanto la igualdad de las razas como la perennidad del sentimiento de libertad. Pese a los años de servicio en los territorios españoles de ultramar (la actual Argentina), compartidos con otros negros a bordo, arde en él y en todos los esclavos, en cuanto seres humanos, la antorcha avivada en 1789. La historia muestra que el camino que ella ilumina no lleva ciertamente hacia una tertulia en el *hôtel parisien* de una aristócrata enciclopedizada, sino al terror: Babo ordena tirar españoles vivos al agua y hace del cadáver de Aranda el emblema de la nueva disciplina; José, criado del comerciante cuyano desde cuando no tenía más de trece años, apuñala *motu proprio* a su amo en la misma cabina que compartía con él, alterando de este modo la propuesta de envenenamiento hecha por el bonaerense Francisco, un mulato cantante de iglesias en Valparaíso. Desde la perspectiva iluminista, la ideología impulsora del ciclo revolucionario burgués legitima a los esclavos, pues la naturaleza/razón enseña que también ellos deben ejercer el lockeano de-

131. Una referencia a *Othello*, acto v, hace el editor Dan McCall con relación al mutismo voluntario de Babo, al final del relato (cf. *Melville's Short Novels, ..., op. cit.*, p. 102 nota). Véase St. T. Williams, «Follow sour leader». *Melville's Benito Cereno*, *The Virginia Quarterly Review*, 23, 1947, pp. 61-76; C. Nicol, «The Iconography...», *op. cit.*, quien entiende que Babo, como Yago, organiza el complot que invierte las relaciones de poder (p. 29) y observa que, sintomáticamente, es juzgado en Lima, que en Melville equivale a Venecia. Brook Thomas, «The Legal Fictions of Herman Melville and Lemuel Shaw», *CEBC*, pp. 116-126 (orig. *Critical Inquiry*, 11, 1984, pp. 242-264) entiende sugestivamente que el silencio de Babo es el de Melville, enmudecido por sus propias contradicciones. En nuestra opinión, hay otra fuente a tener en cuenta: Carlyle y la mudez de Robespierre, más allá de su impedimento físico (cf. nota 134 *infra*). Asimismo, aventuramos que la presencia del drama shakespereano en Melville resulta (también) de una lectura melvilleana más compleja, que vería cómo el heroico negro, enardecido por la prédica revolucionaria de su ideólogo, termina asesinando (al símbolo de) la república.

recho de resistencia a la opresión. Sólo que el resultado al que conduce la conducta de los insurrectos es –o Melville experimenta como– consustancial a *La Terreur* desatada por las pretendidamente apolíticas *moral* y *virtud* de los abogados esclarecidos; con el agravante de que ahora se moviliza la masa proletaria y no ya el *peuple menu*.

Melville parece comprender, sin haber pasado por los rigores de los textos hegelianos, que el caos y el terror son inherentes al tipo de mediación –entre lo universal (los principios) y lo particular (las acciones concretas)– a la que se ve obligada una razón que ha elevado a verdades absolutas lo que no son sino abstracciones genéricas, vacuidades moralmente impolutas. A causa de su misma universalidad vaga (y la vaguedad es su garantía de objetividad), semejantes principios no pueden encontrar otra limitación de su aplicación más que la mayor o menor violencia con que busque imponerlas quien se proclame su vicario, en la medida en que logre vencer en la confrontación total, ideológica e ilimitada, que desencadena esa razón absoluta, moralista y economicista.

Las vicisitudes del *Santo Domingo* emulan e intensifican los acontecimientos en el Viejo Mundo con el plus aportado por la ambientación hispanoamericana y el color de piel de sus actores, quienes –anhelando ser libres iguales fraternos– representan una versión transocénica, más bárbara y espontánea, del caos a la francesa, que al menos era europeo. La excesiva violencia a la que deben recurrir, el régimen que imponen hablan del espejo galo en el que se reconoce la trama melvilleana. La historia del mercante español es una revolución francesa *en miniature*. Una repetición que, mal que le pese a Marx, de comedia no tiene nada. Con rigor aristotélico (unidad de espacio, tiempo y acción), Melville escenifica una premeditada sinécdoque de Francia bajo el terror jacobino.¹³² Consecuentemente, el héroe trágico de la epopeya libertaria hace el uso más intimidatorio y sangriento de la *ratio* moderna, sin violar su esencia. Babo es una suerte de Robespierre negro, o –como lo indican ciertos elementos del cuento– un émulo ficcional de Toussaint l'Ouverture y sus sucesores. Para Melville, el terror dominicano (el despotismo y las atrocidades de los negros en la isla real y en el barco ficcional que la simboliza) son la consecuencia coherente del ciclo histórico abierto por el *Verstand* revolucionario.¹³³

132. No falta siquiera el noble –don Joaquín, marqués de Aramboalaza– primero obligado a tareas de grumete y cuya incompetencia es castigada por Babo, quien ordena se le vierta un chorro de breca caliente en las manos; finalmente, los negros lo alzan sobre la borda con un hacha atada al brazo, y perece el fuego de los norteamericanos, quienes, al atacar, lo toman por un renegado (p. 339).

133. Melville ubica la acción en 1799. Es contemporánea, entonces, a la lucha que en la isla Santo Domingo ha emprendido el héroe haitiano contra sus anteriores mentores franceses. François Domini-que Toussaint (1743-1803) fue llamado l'Ouverture por los estragos que supo hacer en las filas

Más aún (y al igual que cuanto acontece con Ahab), el contexto epocal dado por la entrada en acción de la masa y la relativamente conexas fuerza ilocucionaria de la ideología socialista y anárquica son factores novedosos que permiten proyectar la simbología del texto hacia el futuro, con un anacronismo consciente pero, quizás, no exagerado. El distanciamiento de Melville frente a la revolución y sus consecuencias históricas no equivale a la aceptación del terrorismo contrarrevolucionario, *blanco* (en El Callao, Delano impide que algunos marineros españoles maten a negros encadenados, una mercancía valiosa: pp. 339-340), sino que indica una vivencia de época, compartida por quienes entienden que, una vez que las masas urbanas ganan caóticamente los espacios públicos –tal como, en su opinión, habría ocurrido desde la última década del siglo XVIII en más–, los excesos crecientemente nocivos de un ciclo no cerrado indican el futuro rumbo de ese Behemoth que, en la forma de conflicto socio-racial, amenaza con desquiciar a los Estados Unidos, la república alguna vez prometedora.¹³⁴ Este espíritu pesimista, que

españolas, cuando –tras organizar una rebelión de esclavos en 1791 y alinearse con la Francia revolucionaria en 1794– decidió colaborar con los franceses para expulsar a españoles e ingleses de la isla. Confiando en que los principios de sus mentores revolucionarios lo autorizaban, también a él, a intentar ponerlos en práctica, proclamó en 1800 la independencia del territorio insular que desde entonces se conoce como Haití. Sólo que no recibió de sus mentores europeos la aprobación que merece todo buen alumno, sino la represión y el castigo por haber puesto en peligro la civilización en general, e, incidentalmente, los beneficios que obtenían los propietarios esclavistas franceses, ahora protegidos por la tricolor republicana. Napoleón manda un ejército invasor que, cometiendo similares atrocidades a las de los independentistas, los derrota en 1802. Deportado a Francia, «*le Précurseur*» –tal su apodo lugareño– del independentismo tropical, ese jacobino caribeño que supo tomar en serio y pretendió interpretar también él los principios monopolizados por el tercer estado, muere encarcelado en la patria *par excellence* de la revolución. Al retirarse las tropas francesas, los sucesores de Toussaint, los auto-ungidos emperadores haitianos Dessalines y luego Soulouque, cometieron atrocidades que espantaron a la opinión pública norteamericana. Santo Domingo es donde Colón dio sus primeros pasos en tierra americana, de aquí que el mascarón del navío español fuera su imagen; de aquí también, naturalmente, el significado de la sustitución operada por los insurrectos en la proa del mercante (p. 333).

134. Melville está influido por una cierta percepción de que el proceso caótico abierto en el 89, lejos de estar cerrado, se ha agravado en el 48. De Carlyle, una de sus lecturas favoritas, posiblemente toma Melville la visión del pueblo revolucionario de la última década del siglo XVIII en Francia como si fuera similar a la masa proletarizada y plebeya de los años treinta del siglo siguiente, y la evaluación apocalíptica (calvinista-prebisteriano) del *terror* como el castigo divino a este tipo de cambios radicales violentos. Esta idea de los desgarros y las heridas que la violencia revolucionaria produce en el tejido social y cultural de un país se combina, en el pensador inglés, con su apasionamiento por el romanticismo alemán, en general, y la filosofía de Fichte, en particular, lo cual decanta en su teoría de los héroes en la historia. Melville sabe que el mismo Carlyle no prevé el futuro, que la monarquía constitucional no cierra la era abierta por Lutero, cuando en sus conferencias de 1840 escribe: «Precisamente un siglo y un día después de haber pasado a la Historia la cuestión puritana y lograr plausibles resultados en 1688, prodújose una explosión mucho más profunda y difícil de sofocar; una explosión conocida de todos los mortales, y que, con el nombre de Revolución Francesa, perdurará

sin dudas responde a la sensibilidad más íntima del escritor, a sus circunstancias privadas y a sus rasgos psicológicos, alienta las advertencias y las admoniciones melvilleanas sobre el peligro del caos –entre espartaquista y *communard*– que corre un (su) país esclavista si no sabe regenerar a tiempo su *pecado nacional*.¹³⁵

largos siglos en la memoria humana. Éste es verdaderamente el tercer acto y final del protestantismo; la vuelta confusa y violenta del género humano a la realidad y al hecho en la época en que moría en medio de imposturas y apariencias», es decir: el siglo XVIII. «De nuestro puritanismo inglés decimos que es el segundo acto. [...] Los hombres tienen que vivir en la realidad, no en la apariencia. La Revolución Francesa, o sea el tercer acto, puede muy bien llamarse el acto final, porque no es posible que los hombres desciendan más abajo de aquel *sansculottismo salvaje*. Vedles allí, sobre la más espantosa y desnuda realidad, sobre un hecho innegable hoy y en todas las épocas y circunstancias». Cf. Thomas Carlyle, *Los héroes*, trad. P. Umbert [de *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*], Aguilar, Madrid, 1985, p. 247. Pero véase, en general, la conferencia sexta: «El rey como héroe. Cromwell-Napoleón. Revolucionarismo moderno» (pp. 211-252). Melville también encuentra incentivos a su visión antirrevolucionaria en otra famosa obra carlyleana: cf. *The French Revolution. A History*, New York, The Modern Library, s/d. (1.: 1837), en especial su parte III: «*The Guillotine*», pp. 473 y ss. A nuestro entender, la actitud final de Babo responde no sólo al Othello shakespeariano, sino también a la descripción que da Carlyle del final de Robespierre, esperando ser conducido al patíbulo, con su mandíbula destrozada y su ropa a jirones: «No pronunció ninguna palabra más en este mundo» (p. 697). Así Babo: «Al ver que todo había acabado, no emití sonido alguno, y no se lo pudo obligar a hacerlo» (BC, p. 342).

135. Las interpretaciones centradas en la cuestión de la esclavitud entran en polémica con las que privilegian (en algunos casos algo ingenuamente) el problema del mal. Hay componentes comunes, y, en lo que hace a la primera tendencia, un rasgo compartido es la acentuación de la impugnación melvilleana al sur esclavista y a la torpeza y/o hipocresía del norte; asimismo, se suele ignorar el momento conservador y, sobre todo, se justifica la crueldad de los negros *qua* respuesta justa a la injusticia. En este contexto, Babo es elevado a héroe libertario que, aun fracasando en su lucha por la felicidad y la libertad, anuncia con su misma forma de ser ultimado el futuro proceloso. Hemos consultado A. Guttman, «The Enduring Innocence of Captain Amasa Delano», *Boston Studies in English*, 5, 1961, pp. 37-45 (Babo termina más cerca de Epicteto que de Yago); S. Kaplan, «Herman Melville and the American National Sin», *The Journal of Negro History*, 41, 1956, pp. 311-338 y 342, 1957, pp. 11-37 (observaciones importantes son guiadas por el reproche a Melville de haber abandonado los ideales juveniles); C. Swann, «Melville's De(con)struction of the Southern Reader», *CEBC*, pp. 16-181 (orig. *Literature and History*, 12, 1986, pp. 3-19): que Melville muestre el peligro negro es desmontar los prejuicios ideológicos, racistas y paternalistas; G. Altschuler, «Whose Foot on Whose Throat? A Reexamination of Melville's *Benito Cereno*», *CLA Journal*, 18, 1974-1975, pp. 383-392; J. Schiffman, «Critical Problems in Melville's *Benito Cereno*», *Modern Language Quarterly*, 11, 1950, pp. 317-324 (Babo es el vencedor moral); C. Karcher (en «The Riddle...», *op. cit.*) propone a los negros como los israelíes del Nuevo Mundo; es en ellos donde se plantea el enigma de qué es el hombre y el de los egipcios como antecesores de Occidente (no hemos podido consultar su libro *Shadow over the Promise Land. Slavery, Race and Violence in Melville's America*, Louisiana State Un. P., Baton Rouge, 1980); C. L. R. James, *Mariners...*, *op. cit.*, destaca –vimos– que Melville haya hecho de la raza la cuestión central; F. Busch, «Melville's Mail», *Melville's Short Novels, op. cit.*, pp. 288-290 (orig. *A Dangerous Profession*, New York, Broadway Books, 1998): el problema de la esclavitud se cruza con el de la percepción y la fantasía literaria; E. Margolies, «Melville and Blacks», *op. cit.* (la humanización del negro vía el reconocimiento de su violencia muestra que el tema central es el del poder); A. Rampersad, «Shadow and Veil: Melville and Modern Black Consciousness», *Melville's Evermoving*

Éste es el sentido *inmediato* del relato, pero por ello mismo su envergadura epocal, su significación histórica y política, son las que la interpretación schmittiana sabe darle, porque Melville siente la máxima incertidumbre ante el porvenir de la cultura occidental, minada, a su entender, por la crisis revolucionaria que desde 1789 no conoce contención y deviene paroxística en 1848. Una crisis que fácilmente puede encontrar en el contradictorio país de la libertad y la esclavitud el terreno más fértil para agudizarse más aún.¹³⁶

Dawn. Centennial Essays. Ed. by J. Bryant a. R. Milder, Kent-London, The Kent State Un. P., 1997, pp. 162-177 (Melville muestra el carácter omnicompreensivo de la lucha entre negros y blancos); J. Sparer Adler, «Benito Cereno: Slavery...», *op. cit.* analiza la dialéctica de blancos/amos y negros/esclavos como valoración simétricamente inversa que el bien y el mal reciben en cada polo; R. E. Ray, «Babo as Leader», *American Transcendental Quarterly*, 71, 1970, pp. 31-37 (Babo cumple su deber, como él mismo dice —en CC, p. 272—); J. P. Williams, *Hawthorne, Melville y el carácter norteamericano* (trad. E. Stupía), G. E. Latinoamericano, Buenos Aires, 1988, p. 307; S. Zagarell, «Reenvisioning...», *op. cit.*, destaca la crítica a la ideología de la superioridad norteamericana, alineando el cuento junto con *Israel Potter* y *Pierre*, pero también observa que, para Melville, los negros no pueden romper el modelo dominador/dominado. Ya hemos aludido a los trabajos de Moore Emery, quien ensambla la cuestión de la opresión y de las conexas atrocidades de negros y blancos con el problema de la maldad humana. Encontramos cercano a éste el artículo de K. Vanderbilt («Melville's Fable...», *op. cit.*), para quien la esclavitud corrompe al amo y la rebelión bestializa al negro y condena al amo, en un ciclo de represión/venganza que se eterniza por ser la venganza de un Dios cruel. Esto nos lleva a la tendencia que privilegia el *misterio de la iniquidad*: hemos consultado S. Williams, «“Follow your leader”...», *op. cit.*; Rosalie Feltenstein, «Melville's *Benito Cereno*», *American Literature*, 19, 1947, pp. 245-255, un temprano e importante análisis (agreguemos que suscita los comentarios lingüísticos en torno al nombre del capitán español de T. E. Connolly, «A Note on Name Symbolism in Melville», *American Literature*, 25, 1953-54, pp. 489-490. R. Harter Fogle, «The Monk...», *op. cit.*, sería quien más se acerca a una visión teológico-política (cf. pp. 165-175). La problemática en su sentido más general y por ende referida al contexto histórico motiva el importante libro de M. P. Rogin, *Subversive Genealogy. The Politics and Arts of Herman Melville*, Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press, 1985 (1.: 1979), donde analiza el influjo del 48 en la literatura y opiniones de Melville (cf. pp. 102, 151, 231 y ss.); y el artículo de E. J. Sundquist, «Benito Cereno...», *op. cit.*, donde, al analizar la situación histórica, señala los proyectos norteamericanos que, desde comienzos del siglo XIX, buscan incorporar el Caribe al dominio de la tricolor a rayas y estrellas.

136. En lo que hace a la visión melvilleana de la historia francesa moderna, a los pasos ya recordados podríamos agregar otros tomados de sus mayores fracasos de mercado, uno de menor cualidad literaria pero no menos interesante; el otro, una obra particularmente sugestiva en el arco de su entera producción. Cuando está finalizando su primera novela de aspiración conscientemente filosófica, Melville recibe las noticias de las revoluciones del 48, y vierte sus opiniones negativas desde posiciones conservadoras, a la par que formula una clara advertencia a sus connacionales sobre el huevo de la serpiente que cobijan en su propia casa: la desigualdad social y el caos político. Cf. *Mardi and a Voyage Thither*. Edited by H. Hayford, H. Parker, G. T. Tanselle. Historical Note by E. S. Foster. Northwestern University Press, Evanston—Illinois—, 1998. En pp. 497-530 leemos demasiado claras alusiones a las erupciones de los «volcanes rojos», cuya luz ilumina a las «multitudes tomando por asalto la cúspide donde arde el palacio de su monarca», uno de esos «magníficos monarcas» de Porfiria (Europa), y cuya marea de lava, mucho más peligrosa que la anterior (1789), cubre a «Franko», sin

Mas la mirada de Melville llega mucho más lejos. En virtud de la expresión literaria que Melville sabe dar a sus meditaciones y vivencias personales sobre la realidad social de su país y del mundo, su relato asume un valor sismográfico, como indicador no sólo del conflicto que se desatará pocos años después en los Estados Unidos (que presiente como lucha de clases), sino también de un derrotero histórico más universal. Su sensibilidad republicano-conservadora, más igualitaria pero no menos profunda que la de Tocqueville (otro referente de Schmitt), le permite anticipar, con notable perspectiva histórica, la esencia metafísica de un régimen de terror político-social que se verificará –como totalitarismo– casi un siglo después. Un motivo, éste, que –además de engarzar conceptualmente *Be-*

permitir más consuelo que suponer que sobrevendrá luego la calma. En Vivenza (EE.UU.), los viajeros encuentran un «jeroglífico» antiquísimo con la inscripción «En-esta-república-todos-los-hombres-nacen-libres-e-iguales», y un «postscriptum» agregado tal vez por un «bromista dañino»: «Excepto-la-tribu-de-Ham», la raza negra. Más aún los sorprende el *manifiesto* leído en público y que provoca la ira de esos pretenciosos «reyes-soberanos» de Vivenza, ya que en él se advierte sobre el peligro de renegar del pasado, de persistir en las luchas entre las «trece tribus» y de que un «sangriento halcón», de cuya «roja cresta sigue humeando la carnicería», desplace al «águila de Romara», símbolo de la república. Una república, la melvilleana, donde debería reinar la igualdad social, pero también un orden soberano de impronta hobbesiana y asentado en una legitimidad respetuosa de la tradición: «las monarquías en sí mismas no son completamente malas. Para muchas naciones son mejor que las repúblicas»; y qué mejor que «la paz reine con un cetro, en vez de que los tribunos de la plebe blandan sus espadas. Es mejor ser súbdito de un rey, probo y justo, que ser un hombre libre en Franko, donde hay un verdugo con su hacha en cada esquina». «El templo federalista de la libertad» fue construido por esclavos, por toda Vivenza el dolor está vivo. «Así es; la libertad es más social que política; por cierto, y para estar a la par de los tiempos, es verdad que se requieren grandes reformas, pero en ningún lugar son necesarias revoluciones sangrientas. [...] El mal es la enfermedad crónica del universo [...]. Las paces de Mardi no son más que treguas. Ausentes tanto tiempo, han vuelto finalmente los cometas rojos». La otra –breve– referencia que proponemos proviene de la novela con que Melville intentó bucear en lo más profundo de su conciencia, buscando el Kraken, tras haber dejado escapar la ballena blanca: «“Lo haré, mi niño. Pero primero déjame decirte que, para esa época, llegó al puerto un navío repleto de emigrantes franceses de alta estirpe; –pobre gente, Pierre, forzados a huir de su patria a causa de los tiempos crueles y sangrientos que por allí reinaban. Pero has leído todo eso en la pequeña historia que te di, hace ya bastante. –Ya sé todo sobre eso; –la Revolución Francesa”, dijo el pequeño Pierre», cf. *Pierre. Or the Ambiguities*. The Kraken Edition. Edited by Hershel Parker, HarperCollins Pub., s.l., 1995, p. 108. Desde el ángulo más personal, la valoración melvilleana del antiguo régimen, con las consecuencias doctrinarias correspondientes (incluyendo el aprecio por el hidalgo Cereno), tienen origen en la impresión favorable que en el escritor, cuando adolescente, ejerció la figura de su tío, Thomas Melville, quien viviera con buena posición durante años en Francia, y conservara cierto aire hierático y las costumbres de un francés bien posicionado, como la de inhalar rapé en los intervalos de sus labores de granjero modesto, pero señorialmente instalado en Pittsfield, al regresar en 1816. Por lo demás, Herman conoce la genealogía de sus dos familias, que se remontan, la de uno, a la aristocracia escocesa; la de otra, al núcleo duro de los fundadores holando-neoyorquinos, y ambas con héroes de la independencia. Toda su familia critica la *demagogia* jacksoniana. Cf. Pierre Frédérix, *Hermann Melville*, Paris, Gallimard, 1950, pp. 11-19, 22 y ss.

nito Cereno con algunas escenas iluminantes de *Moby Dick*— respalda la auto-identificación schmittiana con el personaje de Melville.

La inventiva demostrada y los medios utilizados por Babo para amedrentar a los españoles y anular toda capacidad de resistencia son dignos de figurar entre el instrumental ideológico y material racionalmente empleado en las variadas guerras, revoluciones, dictaduras totalitarias y acciones terroristas que el proceso de universalización y globalización *totalizantes* (con sus diversos actores) ha venido produciendo desde los conflictos de la primera modernidad eurooccidental hasta la guerra asimétrica y el terror posmoderno en la actualidad. La eficacia de la intimidación que el líder negro impone con sutileza y crueldad es digna de un caudillo totalitario *avant la lettre*, diligente y eficaz en reprimir y uniformar comportamientos y conciencias. Arrojar por la borda «tres hombres, vivos y atados» (final acuoso, éste, que ya les había cabido a muchos otros españoles al comienzo del motín) es la respuesta, fría e impetuosa, que da Babo al esfuerzo de Cereno por convencerlo de que desista. Su conducta se mueve en el arco de conductas estándar en la literatura de aventuras marinas con mayor circulación popular, a la par que cumple una función alegórica adecuada respecto de los eventos franceses. Sin embargo, no es principalmente con este u otros gestos similares de los insurrectos que Melville hace evidente la sustancia teológico-política de su relato, sino específicamente con la manera como Babo instrumentaliza el cuerpo de su amo, el comerciante y —por moderado y comprensivo que fuere— *esclavista* Aranda, para desarrollar una estrategia paralizante de toda oposición a su proyecto.

Ante todo, como propósito general, matar al mendocino es el reaseguro de la libertad y la admonición básica a toda pretensión de resistencia. Matar al amo es el primer paso con que toda revolución confirma su fuerza desquiciante del viejo orden. Pero solamente puede alcanzar el efecto performativo originario —abrir una nueva época— cuando encuentra el símbolo que *corporiza* y vuelve visible el significado de la ruptura extrema y, simultáneamente, representa el principio disciplinario de la nueva forma de convivencia, en función de la teleología que impulsa la acción emprendida. *Babo halla este símbolo en el esqueleto del amo.*

Acabar con la existencia física del esclavizador es acabar con la propia enajenación como objeto-propiedad privada de otro, y recuperar la libertad del estado de naturaleza. Esta liberación física reinstaura el *todo vale* revolucionario, que legitima el *tratamiento* al que los insurrectos someten el cadáver de Aranda, para que cumpla la función metafísica requerida. La historia ofrece hartos ejemplos del último servicio que un cuerpo exangüe le presta a un orden vigente o al estado de excepción que busca crear otro novedoso. En este sentido, los magnos parricidios colectivos que Melville conoce y más pueden sensibilizarlo

son el de Carlos Estuardo y, sobre todo, el de Luis XVI. De sus decapitaciones da en este cuento una transcripción impactante, al ficcionalizar –bajo el recurso de sugerir mediante lo no dicho– una situación paroxística que concretiza el iluminismo onírico de la razón goyesca en la forma desmetaforizada de un acto antropofágico. De este modo, Melville confiere al ritual revolucionario moderno por antonomasia, el descabezamiento de reyes, la vuelta de tuerca más coherente con el espíritu que percibe en la alborada de la nueva era revolucionaria: el de un nihilismo devorador. Los líderes y sus masas ya no se conforman con hacer rodar en espectáculo público el sostén anatómico de las coronas, sino que directamente descarnan y fagocitan el cuerpo que ha encarnado la soberanía. Melville sugiere así que esta comunión plebeya retrotrae las cosas al estado natural de libertad ferina, barbárica, *previa a la culpa teológico-política*. En el relato melvilleano, el regicidio así simbolizado alcanza la envergadura de atrocidad sublime, pues provoca –en los personajes y, eventualmente, en los lectores– un sentimiento de terror que agudiza insoportablemente el «horror» consustancial a «lo grande y sublime en la *naturaleza*» y enerva toda otra agitación del «alma». Fundamentalmente, paraliza todo rechazo activo a la autoridad revolucionaria.¹³⁷

Babo es director y actor principal de la sutil teatralización –como espectáculo intimidatorio de sus prisioneros/espectadores– del rito primitivo y ultramoderno a la vez, con el que da nacimiento a un poder hasta entonces desconocido.¹³⁸ Con unanimidad rousseaneano-jacobina en sus actores, la antropofagia deviene gesto libertario y creador de la representación plástica que más adecuadamente expresa una nueva conciencia epocal. Una época cuya dinámica Melville vivencia como peligrosamente acelerada y directamente amenazante en un país con una fuerte confrontación racial como los Estados Unidos, del cual el cuento de-

137. Las palabras entrecomilladas provienen de otra famosa obra de uno de los referentes privilegiados de Melville: Edmund Burke, *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful*, edited with an Introduction and Notes by J. T. Boulton, London, Routledge and Kegan Paul, 1967 (2.), II, secciones I y II, p. 57. Destaquemos que en esta sección II, Burke observa que la extensión del océano lo vuelve el «objeto de un terror no nimio. Ciertamente» –ha agregado en la segunda edición de 1759, en dos años posterior a la primera– «el terror es, en todo tipo de casos, ya sea de modo más evidente o bien latente, el principio rector de lo sublime» (p. 58). En la sección III, Burke destaca cómo la *obscuridad* aumenta el terror (pp. 58-59); y en la V, da como ejemplos de poderes aterradoros al Leviatán bíblico, a los soberanos terrestres y al Dios inmortal (p. 64 ss). En cuanto a Kant, que Melville no conoce de primera mano, en el parágrafo 28 de la *Crítica del juicio* suaviza la cuestión, aclarando que para sentir lo sublime pavoroso, no hay que vivir el peligro, sino estar al seguro...

138. Atufal le es un secuaz fiel, pero sin vuelo propio. No compartimos el aspecto de la interpretación de Tierno Galván que hace del reyzeulo negro el símbolo del terror (y de Babo una suerte de –no del todo comprensible– conciencia de Cereno), que además prefiguraría el antieuropeísmo del movimiento tercermundista. Igualmente compartimos –es evidente– el planteo general de su lectura.

viene un inquietante *de te fabula narratur*. La imagen de quien, en 1492, dio comienzo a la apropiación de América por los europeos cede su rol (rememorativo de una genealogía) al del nuevo mascarón de proa como símbolo de la situación imperante: la guerra total por la libertad total. No sin cierta evocación –aventuremos– de la tumba del pontífice Alejandro VII, el esqueleto del otrora amo extiende su brazo como advertencia barroca de que la inscripción que Babo le ha pintado a sus pies («*Follow your leader*») expone el primer corolario de la verdad teológico-política fundacional, aun o sobre todo en el estado de excepción: la relación eterna entre protección y obediencia. Pero enseña también que en la era del relativismo nihilista, la lucha por imponer una interpretación hegemónica de tal apotegma no conoce restricción alguna, ignora toda distinción entre fuero interno y externo, anula las diferencias entre las esferas públicas, privadas y personales. Lleva a la nueva y más cruenta *guerra justa*. Finalmente, para intensificar su propósito ilocucionario, Babo –torturador de cuerpos y conciencias en nombre de la libertad– encuentra la fórmula para obtener consenso al nuevo régimen, y al susurrárselas al oído a los blancos supérstites, les permite sutilmente taparse la cara, para que el terror que les infunde la imagen revolucionaria no los enceguezca.¹³⁹

139. La transfiguración del cuerpo de Aranda en osamenta simbólica del sangriento hundimiento de un mundo y nacimiento de otro, quizás más cruel que el periclitado, es trabajada literariamente con indicios mínimos. Un anticipo de la cuestión está en la respuesta que le da el español al norteamericano cuando éste le pregunta si Aranda había muerto de fiebre: «Murió de fiebre. Ah, si yo pudiese...», seguida de un estremecimiento (p. 276). Se sabrá luego que, tras haber sido apuñalado por su sirviente y luego ultimado a hachazos a la vista de todos, Aranda es sometido durante tres días a una *no descripta* transfiguración corporal bajo cubierta. Sabedor de que la ambigüedad lo fortifica estéticamente, Melville dosifica los datos en la declaración de Cereno ante los jueces: «Algunas de las revelaciones de la misma se consideraron por entonces dudosas, por razones tanto eruditas como materiales. El tribunal se inclinó por la opinión de que el deponente, no poco perturbado mentalmente por los acontecimientos recientes, desvariaba en cuanto a *algunas cosas que nunca pudieron haber sucedido*. Empero, deposiciones posteriores de los marineros sobrevivientes, al respaldar las revelaciones de su capitán en cuanto a varios de los detalles más curiosos, dieron credibilidad al resto». Babo le comunica su decisión de matar «al amo» para asegurarse la obediencia de los españoles que debían conducir el barco, como «una advertencia de qué camino se verían obligados a tomar si ellos o algunos de ellos se le oponían, y que la *mejor* advertencia se daría por medio de la muerte de Don Alejandro, pero que el deponente –prosigue la declaración judicial de Cereno– no comprendió por entonces *qué quería decir esto último*, ni podía hacerlo, más allá de que se proponía la muerte de Don Alejandro». Cereno insiste en la suerte corrida por su amigo y Babo, al cuarto día, le muestra el nuevo mascarón, preguntándole «si sabía de quién era el esqueleto, y si, por su blancura, no lo consideraba de un blanco, y al ver que se tapaba la cara, el negro Babo se le acercó y le dijo palabras a este efecto: “Se leal con los negros de aquí a Senegal o seguirás en espíritu, como ahora en cuerpo, a tu jefe”, señalando la proa». Luego de lo cual, emplea la misma didáctica con los otros blancos, ante lo cual «cada uno de los españoles se cubrió el rostro», repitiendo la amenaza todos los días (pp. 332 y 333-334). Una acotación: la frase de Babo, destinada a obtener la lealtad *total* –en cuerpos y almas– de los español-

Al conferirles a Babo y sus secuaces la máxima creatividad para producir un régimen de terror, Melville humaniza a los esclavos negros, dignifica la raza que sus compatriotas blancos creen indigna de otro destino que la esclavitud. Simultáneamente, su pesimismo cultural le permite anticipar estéticamente el camino totalitario a la equidad. El mismo sentimiento de decadencia inevitable lo induce a mostrar que una liberación semejante no cambia la esencia de la dependencia: los rebeldes meramente invierten las cosas, se ponen arriba después de haber estado abajo durante siglos. Todo medio les es válido para ello, pero terminan reproduciendo el mismo discurso y las mismas estructuras de dominación que buscan aniquilar, tan sólo con ese plus de efectividad que reciben gracias al terror puesto en práctica. La mudez de Babo, el silencio que se impone Cereno, las banalidades que repite Delano son la *elocuente* manifestación de la persistencia metafísica del mal.

Las páginas finales alientan dos motivos clave de la lectura schmittiana de Melville. Uno, expresamente manifestado; el otro, no reconocido por Schmitt, pese a la pluralidad de elementos que –intentamos mostrar– lo sugieren. El primero es el de la afinidad existencial que Schmitt establece entre su destino y el de Benito Cereno. A la espera de ser juzgado por su conducta bajo el nacionalsocialismo, bien hubiera podido el *Jurist* mentar las palabras de don Benito, cuando justifica la equívoca interpretación que Delano no podía no dar a las conductas del capitán del *Santo Domingo*: «A tal punto pueden llegar a imponerse las maquinaciones y los engaños malignos. Aun el mejor de los hombres puede equivocarse al juzgar la conducta de alguien de cuyo estado no conoce lo recóndito. Pero usted fue forzado a hacerlo, y con el tiempo se desengañó» (BC, pp. 341-342). Palabras

les, es ambigua. Por un lado, parece haber invertir el sentido de las cosas, pues si Cereno no obedece, será matado y también su *cuerpo* seguirá la suerte del de su amigo, mientras que su *espíritu* ya ha sido doblegado. Ha pactado con los insurrectos. Por otro, también es cierto que, a bordo del *Santo Domingo*, su *cuerpo* responde a los deseos de las nuevas autoridades, y mientras se mantenga vivo, su *alma* no se ha liberado de la *prisión* corporal. Finalmente: Cereno declara que «Yan fue el hombre quien, por orden de Babo, *preparó* de buena gana el esqueleto de Don Alejandro *de una manera* que los negros relataron después al deponente, pero que *éste no podrá divulgar mientras tenga uso de razón*. [...] Pero si bien la melancolía del español acababa a veces en mudez [...], había otros *sobre los que nunca hablaba para nada*; sobre los cuales se acumulaban, por cierto, todas sus antiguas reservas» (pp. 337-338, 342; cabe recordar que las cursivas, en todas las citas, son nuestras). S. Kaplan (*op. cit.*) sugiere el canibalismo, idea que desarrollan dos trabajos que no hemos podido consultar: Barbara Baines, «Ritualized Cannibalism in *Benito Cereno*», *ESQ: A Journal of the American Renaissance*, 30, 1984, pp. 163-169; y J. McElroy, «Cannibalism in Melville's *Benito Cereno*», *Essays in Literature*, 1, 1974, pp. 206-214. Rogin (*op. cit.*, pp. 212-213) simplemente menciona el tema, pero Sterling Stuckey, «"Follow your leader". The Theme of Cannibalism in Melville's *Benito Cereno*», *CEBC*, pp. 182-195, lo rechaza y alega –con referencias– que se trata de un ritual ashanti (lo cual, creemos, no altera el uso literario-político que Melville pueda haber hecho sugiriendo antropofagia).

que podrían ilustrar, ante sus fiscales (y no sólo los de la inmediata posguerra), la condición de quien está sometido a un poder despótico que rechaza, pero frente al cual entiende que –por variadas circunstancias personales y contextuales, acertada o equivocadamente– no puede resistir más que con el retraimiento y la alusión indirecta, alegórica y hasta críptica. Palabras que, por ende, sostienen esa identificación que Schmitt ha establecido –como vimos– mucho antes de que pudiera siquiera imaginarse que estaría amenazado no ya por los nazis (como a partir de 1936-1937), sino por los vencederos de la guerra en curso.

El segundo motivo es el del parentesco entre la teología política del decisionismo y el clima espiritual que queremos destacar en el relato de Melville, con su simbolismo por momentos exacerbado. Al igual que cuanto acontece con los espíritus de participantes y observadores de todo Occidente a partir del momento mismo en que Cavaignac reprime a los insurrectos de París (y a medida en que se extinguen por la fuerza todas las otras insurrecciones), también la *tranquilidad final* que en la muerte encuentran tres de los cuatro personajes centrales de nuestra ficción remite a dos núcleos temáticos, diversos pero entrelazados en este segundo motivo. Por un lado, el de las *inquietudes* que provoca la espera de un *nuevo 48* (como choque final de clases y razas), tanto en quienes lo temen como en los derrotados que lo alientan. Por otro, el de la única *serenidad* que es dable alcanzar en este mundo.

Asumiendo que, a su manera, todos tienen razón, la tragedia se ha resuelto por la intervención directa de Dios. El católico decadente (representante de ese orden soberano que parece despertar un singular interés en Melville) y el puritano pujante con su bondad que lo abre ingenuamente al futuro (con esa candidez que constituye el único aspecto de la ideología del *destino manifesto* y del activismo empresarial capitalista que nuestro autor podría rescatar, sin que ello contrabalancara la denuncia de la doxología expansionista) coinciden en que el estado de excepción extremo está bajo la férula de lo invisible. Pero, mientras que para el norteamericano es la naturaleza en su bondadosa espontaneidad, para el español es lo trascendente: sólo la asistencia providencial del Juez Celestial sostiene la decisión de su vicario, instaurador de orden. Dios ha privilegiado la acción que pone fin al terror desencadenado por la masa y sus caudillos, en desmedro de la exigencia libertaria de los esclavos, que debió ser respetada y encauzada mucho antes. La luz desde allá arriba es la verdadera iluminación de la oscuridad que reina en la lucha por el poder, acá abajo.¹⁴⁰

140. Luego de una aclaración metaliteraria (Melville se cree obligado a justificarse ante sus lectores por la extraña ilación de los acontecimientos a lo largo del relato), don Benito, al explicar la motivación última de su decisión, abre el discurso a lo trascendente: «Y como que Dios existe, don Amasa,

La única conciencia fotófoba es la del *enlightened* norteamericano. La charla de despedida con don Benito muestra trunco el propósito de réditos pedagógicos que esperaba obtener a bordo del *Santo Domingo* («Vaya, vaya, la experiencia de hoy servirá de lección», p. 308). Pese a conjugar conocimiento y acción, Delano no ha aprendido nada. Y sin embargo, aunque tenga su saldo educativo en rojo, sus consejos bienintencionados siguen trasudando optimismo liberal, la persistente confianza en que el banco de la naturaleza-razón paga buenos intereses por confiar en su administración impersonal del eudemonismo en este mundo. El capitán yanqui sabe que el viejo orden ha muerto, pero cree que el nuevo orden, justo y feliz, resultará de la natural racionalidad de las cosas. Basta con adaptarse a su ritmo, el mejor remedio *para olvidar y revigorizarse*: «Usted generaliza, don Benito, y muy lúgubrememente. Pero lo pasado pasó; ¿por qué moralizar al respecto? Olvídelo. ¿Ve?, aquel sol brillante lo ha olvidado todo, y el mar azul, y el cielo azul: ellos han dado vuelta la hoja». La marcha de lo inmanente ha liquidado el drama de lo trascendente en la historia. Frente a este planteo, la respuesta de don Benito revela la hondura teológico-política de su lúcida visión del mundo: «—Porque no tienen memoria —replicó él abatido—; porque no son humanos». Cuando Delano insiste en la virtud terapéutica de los «suaves alisios», o bien la de continuar con los «tráficos» (en ambos casos: «*trades*»), esos «amigos constantes», el español cierra el diálogo: «Con su amistad no hacen más que aventarme a la tumba, señor» (CC, p. 342 y BC, p. 101).

Sin abandonar en absoluto su rechazo de todo despotismo, su crítica al belicismo y al patrioterismo imperialista, sus denuncias de la inhumanidad de los regímenes disciplinarios regidos por la arbitrariedad y un machismo hipócrita, Melville deja atrás el primitivismo vagamente rousseauiano de su juventud y reivindica —en un registro personalísimo— la trascendencia y la tradición, a la par que estetiza las advertencias que dirige a su país como un hombre de orden que experimenta —poco importa si acertadamente o no— la decadencia de la cultura que alguna vez lo esperanzó. La aún joven democracia norteamericana no sabe ver la verdad trágica de la historia y se encamina hacia conflictos deletéreos, ingenuamente esperanzada en que el equilibrio regenerador del sistema sea el efecto progresivo de una naturaleza racional y compasiva a la vez, tal como se encarna

no sé si la sola preocupación por mi propia seguridad pudo llegar a darme ánimo para saltar a su bote, de no ser por la idea de que de regresar en la ignorancia a su barco, usted, mi mejor amigo, con todos aquellos que pudieren estar con usted, sorprendidos esa noche en sus hamacas, no habrían despertado más a este mundo [...]. Dios obró un encantamiento sobre su vida, pero usted salvó la mía [...] usted contó con el salvoconducto del Príncipe Celestial para todas las emboscadas. —Sí, todo se debe a la Providencia», responde Delano, quien reconoce que «la agudeza pudo haberme costado la vida» (pp. 340-341).

en la bella alma del pragmático Amasa Delano. Contra los dogmas del personaje en quien Melville ha puesto tanto de sí mismo, la disyuntiva admonitoria es nítida, aunque sin ninguna precisión –ni simbólica ni concreta– acerca de las medidas a tomar para acabar con la esclavitud y proveer conscientemente a remediar las injusticias sociales extremas, so pena, en caso de no hacerlo, de encaminarse aceleradamente –como Europa– hacia una crisis histórica que Melville cree terminal. La ceguera reinante en los Estados Unidos reales de su época violenta los auténticos principios fundacionales, precisamente *cuando se cree –o se simula– que los está respetando*. La devoción formalista por las abstracciones es la contraparte coherente con el mantenimiento del peor empirismo: el del *status quo* injusto. La duplicidad intrínseca del racionalismo inmanentista de los modernos conduce a la hipocresía y a la *débaçle*.¹⁴¹

El resto es silencio. Babo enmudece voluntariamente para siempre al ver fracasados sus planes; su cabeza, sobre una pica exhibida en la plaza, se suma al repertorio de los líderes notables decapitados durante todas las crisis excepcionales. Mas no derrotado: como a la espera de la siguiente ola revolucionaria, parece seguir mirando con odio hacia la iglesia cercana, en cuya cripta yace su antiguo amo. También enmudece el melancólico español, pues su potestad no puede sobrevivir al golpe recibido: su virilidad se ha extinguido.¹⁴² Durante el juicio no quiere ni puede mirar al negro; poco más tarde, enferma irremediabilmente; finalmente, bajo el cuidado del «monje Infelez», alcanza su última morada en un monasterio «del Monte Agonía, donde tres meses después de ser licenciado por el tribunal, Benito Cereno siguió efectivamente a su jefe» (p. 343). Infelicidad y agonía es el destino aparente que el mundo reserva a quienes han comprendido el mal («lo negro»), pero –Melville, que habla de sí mismo– en la reclusión conclusiva encuentra la *serenidad*. Dios lo protege por la eternidad y su cuerpo obedece también eternamente a Sus vicarios romanos.

141. A su manera, el relato ilustra a qué conduce la indecisión política de quienes confían en la marcha natural e impersonal de la racionalidad. El humanitario Aranda es devorado por los esclavos que siempre trató con compasión, pero a los que también lleva a morir en las minas del Perú, en vez de liberarlos. Su actitud –y el conexo rechazo melvilleano de la misma– quizás simbolicen la del juez liberal y antiesclavista, Lemuel Shaw, quien sentencia que un fugitivo negro sea devuelto al *State* esclavista de donde se había escapado, buscando libertad en el norte. *Lemuel Shaw es el suegro de Melville*, de quien éste tanto dependió para sobrellevar las penurias económicas de su existencia cotidiana como intelectual, para peor rápidamente pasado de moda.

142. Babo no le ha dejado *fuertza alguna*: Cereno le revela al norteamericano que la espada que lucía con la ropa que le había hecho endosar el negro, ese «símbolo aparente de mando despótico, no era, en realidad, una espada, sino el espectro de una. La vaina, endurecida artificialmente, estaba vacía» (p. 342). Se ha verificado un temor por antonomasia: el negro salvaje castra al blanco civilizado. Vanderbilt recuerda que el «enjambre de sutilezas» es la imagen que Milton usa para Belcebú, el «señor de las moscas» que se rebela al cielo (*op. cit.*, p. 74).

La sangrienta hermeneusis ha concluido. Queda claro qué significa para cada uno *seguir a su jefe*. La schmittiana «situación irresuelta» se resuelve plenamente. En la ficción. «*Agoreras sombras agoran un porvenir más sombrío*».¹⁴³

Universidad de Buenos Aires

Abstract

The first section of this article presents the main ideas of Carl Schmitt about the Nomos of the Earth; in the second, Schmitts opinions on Herman Melville are thoroughly analyzed; in the third, the author reads Benito Cereno from a theologico-political perspective.

143. Damos una feble transcripción de «*Shadows present, foreshadowing deeper shadows to come*» (BC, p. 35).